ANTONIO MON MORALES



UNA CRUEL ESPERANZA

EL HEREDERO DEL CIELO XIII

VENATOR

UNA CRUEL ESPERANZA

El Heredero del Cielo XIV

Antonio Mon Morales

Venator Entertainment



Derechos de autor © 2026 Antonio Mon Morales

Todos los derechos reservados.
Primera edición: marzo de 2026
Edición: Venator Entertainment (@venatorentertainment)
Corrección: Pilar Marín
Diseño de cubierta:@CorenPhotoArt
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa y por escrito del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
SOBRE EL AUTOR

DEJA TU COMENTARIO
MUCHAS GRACIAS

Cuando repases la historia de tu vida,

desearás haberlo intentado.

Todo gran salto exige el valor de un primer paso.

CAPÍTULO 1

EL FOGÓN

Cerón fue incapaz de orientarse durante las primeras horas de vuelo a lomos de la furiosa masa dorada de garras, escamas y, si aún había algo de espacio en su interior, más furia. Colin rechazaba todas sus preguntas con el más absoluto silencio o la más completa rabia, sin término medio, como lo haría cualquier joven.

El dragón estaba furioso como solo un adolescente frustrado que no comprendía lo que realmente ocurría podía estarlo. Colin era irracional hasta el extremo en que a Cerón no le pasaron por alto las imágenes mentales en las que dejaba caer a su jinete desde el cielo para seguir de nuevo su viaje hacia el siguiente nido. Sin embargo, el mago no era el culpable de la situación actual de los Calán.

Bueno, tal vez en parte, pero quien había calcinado el Nido y acabado con Pepita había sido Vaelira, no él. El mago humano solo había traído la esperanza y la verdad. El problema era que los Calán no parecían querer saber la verdad y se habían esforzado por ocultarla a lo largo de los siglos. No había sido fácil para ellos teniendo en cuenta lo longevos que son los dragones y, sin embargo, hasta Jéssica parecía haber olvidado a los ojos blancos a pesar de haberlos visto ella misma.

"No solo uno de ellos, ¡sino a dos a la vez! —pensó asumiendo lo que podía significar todo aquello. Recordó a Aylwin y su viaje con *Esmeralda* hacia el continente en busca de Kalmenter y su *Esencia* con la que volver atrás a su forma humana—. *Ahora mismo hay una con vida, aunque muy lejos de aquí. ¿Puede haber un dragón blanco sin que lo supieran? ¿Pepita podría ocultar algo así?"*

El recuerdo del anciano dragón que se había sacrificado por su pueblo le golpeó y se vio obligado a apretar los labios y a suspirar ante su heroica memoria. Tal vez solo hubiese podido hablar con él un día o dos, pero sabía que la montaña dorada permanecería en su mente durante toda su vida. Una criatura así de sabia, poderosa y heroica debía ser recordada.

Pero Pepita era algo más que eso, pues era su líder, el líder de los auténticos Calán. Él guiaba a los dragones, salvo en la batalla, que esa era la tarea de Jéssica, la cual llevaba cumpliendo miles de años, por lo que logró entender. Una sensación de envidia recorrió su cuerpo al reparar en el tiempo que podrían permanecer vivos aquellos seres mientras que él, al igual que todos los humanos, se vería obligado a morir tarde o temprano. Y, si seguía arriesgando su vida a cada paso, la balanza se inclinaba más hacia el temprano.

"Al menos si mi magia no me protege —pensó tratando de sentir su propia energía a su alrededor. La humana estaba completamente apagada por la habilidad de Colin".

"*Basta* —ordenó el dragón en su mente. Por si fuera suficiente con la orden, se sacudió con decisión y obligó al mago a agarrarse con fuerza al dragón para no caerse".

"¡No he hecho nada!".

"Puedo sentir tu magia creciendo. Basta".

"¿Cómo pretendes que me proteja del frío entonces? Mira ahí abajo, solo hay nieve, ¡por los Dioses Desaparecidos! —Colin escupió una llamarada ante él y se lanzó a su ardiente interior. Cerón se

cubrió como pudo con los brazos arriesgándose a caer si el dragón se sacudía de nuevo—. *¡¿Qué te crees que haces?!"*

"¿Has entrado en calor ya? —se burló sin el más mínimo pudor".

Pero Cerón no estaba dispuesto a aceptar su comportamiento infantil y supo darle dónde más le dolía a cualquier adolescente y más aún a uno Calán, orgullosos por ardiente naturaleza.

"¿Esto es lo que Pepita querría que hicieras? —le espetó y sintió al momento cómo la furia abrasaba a su montura. Sus alas se tensaron tal y como cualquier humano apretaría los puños tratando de contenerse… o para golpear. La verdad era que Cerón no sabía por dónde podría salir el dragón, pero cada minuto que pasaba corrían más riesgo. Las horas muertas se llevaban la esperanza de encontrar las soluciones adecuadas y faltaban muchas por hallar—. *Responde, lagarto con alas. Él te eligió su sucesor, ¿no es verdad? ¿Esto es lo que esperaba de ti? ¿Y Jéssica?* —Colin ignoró sus palabras y Cerón golpeó su cuerpo con el puño. Sabía que no le haría el menor daño, pero estaba seguro de que le haría enfocarse más en él—. *Respóndeme, maldita sea. Eres mucho más que el infantil cretino que me muestras. Eres un dorado, creado por Calandra para guiar y proteger a los Calán y te estás comportando como un niño humano, caprichoso y furioso con los demás cuando debería estarlo consigo mismo por no poder aceptar su lugar en el mundo".*

El recuerdo de Sonthorn haciendo algo muy similar durante el tiempo que rechazó intervenir en la guerra llegó hasta él. Por fortuna, el drugano sí pudo sobreponerse a su furia y su miedo para elegir el camino adecuado. Curiosamente, habían sido sus palabras, las de un humano en la Torre de Mármol Negro, las que habían hecho cambiar al guerrero y ahora debía hacer lo mismo con el Calán bajo él. El círculo se cerraba con otra Calán acudiendo a la misma torre con otra humana diferente, una vuelta a empezar para un camino ya recorrido. El recuerdo de Tamatha arañó su corazón y un ligero latido extra se interpuso en su rítmica y acelerada carrera.

"¡No tienes ni la menor idea! —le gritó Colin lleno de fuerza, asaltando su mente desde todas direcciones tratando de doblegarlo por la fuerza ya que con la razón sabía que no saldría victorioso—. *No sabes nada de los Calán, no sabes nada de los dorados".*

"Sé que valen mucho más que esto —respondió dándole un nuevo golpe en el lomo—. *Pepita te eligió, Colin, en tu interior hay mucho más que rabia y dolor. Eres el responsable de su futuro, pues cumple con tu deber, Calán dorado".*

"¿¡Cómo quieres que los proteja si no estoy con ellos!? —preguntó cada vez más furioso. Sin embargo, su voz sonaba dolida —. *Me han apartado del Nido y todo ¿para qué? ¿Para pasear sobre mi lomo a un despojo humano?"*

Cerón ignoró el insulto lanzado por la frustración y no por la razón. Pero era un gran paso, al fin le decía algo más que nada o desprecios. El mago relajó su tono.

"Yo estoy al otro lado del mundo ayudando a seres desconocidos solo con la esperanza de que, si vencen sus propias batallas, puedan ayudarme en las mías. ¿He abandonado yo a mi gente?"

"Sí —respondió tajante el dragón. Sin embargo, se tomó su tiempo antes de continuar—. *No, no creo que lo hayas hecho. Pero me necesitan en el Nido o los Tharbrins aparecerán tarde o temprano. Es una cuenta atrás en la que solo podemos perder. Siempre acaban llegando".*

"Pues démonos prisa por resolver todo esto y volvamos junto a ellos cuanto antes".

Colin giró su enorme cabeza, minúscula comparada con Jéssica o Pepita, y lo miró con una ceja levantada. Frenó la velocidad del vuelo, dejó que su corazón se acomodara a la brisa y, por una vez, se dejó llevar por ella. Planeó con suavidad y se concentró en el mago.

"Llévate al extranjero a donde crea que necesite ir. —Colin repitió las palabras de Pepita con dolor. Cerón pudo sentir cómo el recuerdo desgarraba al dragón dorado. La sensación de dolor de su montura era arrolladoramente poderosa. Pepita no había sido solo su líder, sino el guía de los Calán y, además, su propio mentor—. *Tú has traído la desgracia a los Calán".*

"Son sus mentiras las que lo han condenado. Vaelira no se enfureció conmigo, ¿o acaso no lo recuerdas? Estalló cuando se enteró de que los grises hostigan a los rebeldes".

Colin masculló un improperio y de su nariz emergió una oscura voluta de humo que se estrelló contra el rostro de Cerón. El mago tosió torpemente sin tiempo para cubrirse.

"Pepita tenía motivos más que sobrados para ocultarlo. Los Calán pequeños no pueden luchar contra los dragones. ¿De qué les serviría vivir preocupados por algo que no pueden evitar".

"Merecen saber la verdad. ¿Por qué todo el mundo parece saber mejor que nadie lo que es mejor para otros? ¿Dónde quedó la libertad y la verdad? —se preguntó el mago. En el mundo del que venía, los druganos blancos habían pretendido hacer lo mismo con todas las razas y no había dado resultado. Los Calán no iban por mejor camino—. *Explícamelo a mí. Cuéntame la verdad, dime qué ocurre con Tharion y Vaelira. ¿Dónde están los rebeldes y los grises?"*

"No tienes derecho a saberlo".

Cerón se incorporó y el aire lo zarandeó con fuerza a pesar de que Colin había reducido su velocidad.

"Entonces déjame caer. —El mago se soltó de su montura y se cruzó de brazos".

"Lo haría si pudiera".

"¿Hasta cuándo piensas perder el tiempo? ¿Cuánto tardarán en encontrar el siguiente Nido sin un dorado que los proteja?"

La entereza de Colin vaciló. Observó al mago con la duda ardiendo en sus ojos. Revelarle la verdad al humano implicaba lanzarse al vacío sin unas alas con las que sostenerse y los dragones sabían perfectamente lo que la gravedad hacía a continuación. Pero Pepita había sabido ver en él la verdad, ¿por qué él no era capaz de abrir los ojos como él?

"No… no tardarán mucho en hallarlo. Siempre ha estado bajo la protección de Pepita. Sin él… no sé qué será de los Calán —reconoció a regañadientes. Su corazón ardía por volver al Nido y hacer todo lo posible por protegerlo—. *Mi lugar está allí, con ellos, y me veo relegado a transportar a un simple humano sobre mi lomo, como un vulgar caballo".*

"No puedo decir cuál es tu lugar, Colin, pero sé que si Calandra te quisiera allí lo habría dejado claro ya. No parece alguien que se ande con rodeos, la verdad. —El dragón asintió en su mente confirmando la idea que tenía respecto a aquella diosa ardiente—. *Pepita era un dragón muy longevo y sabio, estoy seguro de que sabía lo que hacía cuando te encomendó esta misión. Jéssica estuvo de acuerdo también. ¿Por qué no intentarlo? Solo necesitamos encontrar a los Cazadores, necesitamos su ayuda para acabar con los Tharbrins. Llévame hasta ellos y después podrás marcharte a proteger el Nido si quieres".*

La idea brilló en la mente de Colin. Al fin y al cabo su orden había sido llevarlo, nada más. No había ninguna instrucción sobre el después, si bien las circunstancias tampoco habían permitido demasiada planificación. Era una estrategia arriesgada, pero con ello Cerón lograría que el joven dragón le llevara ante los Cazadores. Lo que pasara después lo enfrentaría a su debido tiempo con lo que tuviese a su disposición.

"Los Cazadores acabarán contigo —aseguró el Calán. El mago creyó distinguir un ligerísimo tono de preocupación, tan efímero como el viento bajo sus alas, pero que al igual que él, tal vez podría sostenerlo—. *Y si no lo hacen ellos, lo harán los rebeldes".*

"Si es la decisión de Calandra…"

Colin refunfuñó ante él y una nueva voluta de humo negro salió de su nariz. Esta vez a Cerón le dio tiempo a cerrar los ojos antes de atravesarla.

"Eres un humano, no sabes nada de ella".

"Sé lo suficiente para comprender que tiene un plan y que este solo falla cuando somos reacios a verlo. El camino de la diosa de mi mundo me trajo hasta aquí y me ha permitido seguir con vida. Gracias a sus pistas y, sí, también gracias a sus zancadillas, he llegado hasta donde estoy. ¿Sabes lo que pienso?"

"No me interesa".

"Pienso que tú eres el que no eres capaz de creer en ella —le espetó ignorando sus palabras".

Colin rugió de rabia y giró sobre sí mismo como cualquiera de la docena de veces que lo había hecho antes. Sin embargo, esta vez, Cerón no trató de sujetarse al dragón y se dejó llevar por la inercia del movimiento y la implacable fuerza de la gravedad, que tiró de él y lo separó del Calán. El mago se precipitó al vacío de espaldas y observó cómo el dragón se perdía en el cielo diurno escondido bajo el sol tan dorado como él.

Al instante sintió la presencia de Nefrén invadiendo su mente y buscando cada mínimo recuerdo de lo ocurrido en aquellas horas de soledad. Una parte del mago se sintió aliviada al recuperarlo.

"¿¡Se puede saber qué has hecho esta vez, maldito humano!? —exclamó tan sorprendido como desconfiado".

La pequeña parte de él aliviada por el regreso del drugano se difuminó.

"Herir el orgullo de un dragón, por supuesto —ironizó".

"No suele ser buena idea caer desde las alturas sin una noche y dos buenas alas, ¿lo sabías? Suele terminar en muerte…"

"Ya, no me digas…"

Nefrén suspiró.

"¿Cuál es tu plan?"

"Hacerle ver que ayudarme es la auténtica misión de su diosa".

"Fantástico. Veo que va muy bien la cosa, ¿no? Una ayuda provechosa y desprendida, sí…"

Cerón giró en el aire y observó el suelo acercándose rápidamente hacia él. Debía de reconocer que no iba tan bien como había planeado. A aquellas alturas, Colin ya tendría que haber recapacitado y regresado a por él.

"Si no viene puedo transportarme".

"¿A dónde?"

Cerón se humedeció los labios. Al único lugar que se le ocurría era al que menos les gustarían las visitas. Formó la imagen mental de Raanee y se la mostró al drugano. Este meditó las opciones.

"Estará junto a Cassius. Él impedirá tu magia".

"Tal vez no sea así".

"Tal vez no suena a un plan demasiado meditado. Además, aparecer sin más en el refugio de los Cazadores no será fácil de aceptar".

"Aún confío en que Colin recapacite".

"Siempre me ha gustado una cosa de los humanos —reconoció Nefrén, sin embargo su tono era más de desdén que de aprecio—. *Es su estúpida e irracional esperanza. Tal vez seas solo medio humano, pero eres igual de estúpido.* —Cerón se tomó sus palabras como un halago a pesar de su contenido. Ya había logrado entender cómo Nefrén exponía sus sentimientos y se asemejaba mucho a Ónice, si bien él parecía tener mucha más paciencia, sin duda debido a su edad—. *Comienza con el hechizo o no te dará tiempo a*

completarlo. Esperemos que el lagarto amarillo recapacite, aunque a su edad la capacidad para recapacitar suele ser escasa".

Nefrén sabía perfectamente lo que implicaba la juventud en una criatura como el Calán, tan parecido a los druganos, poderosos y poco pacientes. Colin no sería diferente a cualquier adolescente alado. Tal vez hiciera décadas que no había visto a un adolescente, mucho menos a un infante, pero Nefrén recordaba con frustración y rabia de lo que eran capaces.

Cerón comenzó a formular el hechizo y se concentró en la imagen de Raanee. Frunció el ceño cuando sintió su magia frenada en su destino, tanto que se vio obligado a concentrarse en enviar toda la energía necesaria para romper la resistencia que enfrentaba. El mago pudo percibir sorpresa y voces alertadas por alguien que escuchaba por primera vez en su vida. Cerró los ojos obviando la caída hacia el abismo y siguió murmurando el hechizo cada vez más rápido y más fuerte a medida su cuerpo caía mientras su mente viajaba hacia su destino.

—Maldita sea, ¿qué es eso? —preguntaba un hombre desconocido. Su voz era recia y dura, cargada de responsabilidad e inteligencia. Una criatura que debía ser escuchada, alguien ante el que con solo verlo sientes que debes inclinar la cabeza. Sintió su poderosa fuerza incluso a través de la distancia y circunstancias que lo separaban. Cerón no podía verlo, pero en su mente lo supo sin el menor género de dudas. El dueño de la voz giró sobre sí mismo—. ¿Has sido tú? ¡Responde!

No le hizo falta estar presente para reconocer el característico sonido de un poderoso puñetazo en un rostro. Una silla se movió sobre un suelo de piedra húmedo. Escuchó el sonido de un escupitajo sanguinolento estrellarse contra el suelo.

—Sabes quién ha sido —dijo Raanee. Su voz sonaba agotada y pastosa, pero no se había quebrado aún. Quizá nuevos golpes lograsen doblegar su espíritu, pero Cerón lo dudaba. Se preguntó por un instante cómo había llegado a aquella situación y, lo que era

más importante para él, cómo lo había hecho tan rápido—. Te he hablado de él desde que he regresado.

—¿El mismo que aseguras que ha acabado con un Tharbrins? —preguntó burlón. Se acercó a la mujer y Cerón casi pudo sentir el suelo temblando bajo cada uno de sus pasos—. Nadie ha matado jamás a uno de ellos. ¿Por qué habría de creerte?

—Porque mi hija confió en él a pesar de todo.

—Una ojos blancos, ya. —El hombre chasqueó los dedos y varios pares de botas se acercaron a él—. Tres días en el Fogón aclararán sus ideas.

Un terrible silencio llenó el ambiente.

—Señor… No aguantará ni doce horas siquiera —respondió una tercera voz masculina preocupada, a todas luces con razón.

—La verdad no arde —respondió una mujer confirmando su condena—. Las llamas nos enseñarán el camino.

Un grito desgarrador llenó la mente de Cerón. Unas cadenas se tensaron con fuerza antes de que una violenta lucha se desatara. Sin embargo, Raanee fue reducida en pocos segundos. El roce de un cuerpo arrastrado inconsciente por el suelo fue lo siguiente que escuchó el mago, que no había dejado de recitar el hechizo en su caída. No sabía si funcionaría con la mujer inconsciente, pero debía ir ya o acabaría dentro de lo que quiera que fuera El Fogón.

Y sonaba muy mal.

"¡Acaba de una vez! —gritó Nefrén en su mente—. *¡No tenemos tiempo de…!"*

Pero la voz del drugano se desvaneció de su cabeza tan rápido como las garras de Colin rodearon su cuerpo. Sintió un poderoso tirón cuando el dragón abrió las alas y tanto el hechizo como su respiración se cortaron al instante bajo la fuerza del Calán y la habilidad del mismo. Batió las alas con fuerza y alzó de nuevo el vuelo, momento que Cerón aprovechó para abrir los ojos y

comprender por qué Nefrén tenía tanta prisa porque acabara el conjuro: no había ni cincuenta metros hasta el suelo cubierto de nieve desde donde estaba.

"¡Maldito humano estúpido, engreído, irresponsable y desquiciado! —balbuceó el dragón amontonando los insultos unos encima de otros al escupirlos todos a la vez incapaz de contener su rabia—. *¿Qué te crees que haces? ¡Muerto no servirías a nadie!"*

—¡Tú me has lanzado al vacío! —le recriminó sin el más mínimo pudor—. ¡No puedes dejarme caer y recriminarme haberme caído!

"¡Sí que puedo!"

"No, ¡no puedes! Controla tu rabia y usa tu cabeza, ya sabes, eso que Tamatha besó antes de que la dejases para ir a cambiar de cuerpo".

El desconcierto llenó la mente de Colin, que dejó de ascender y giró la cabeza hacia él.

"¿Cómo sabes nada de eso? —preguntó lentamente, dejando escapar cada palabra con dificultad. Si trataba de contener su furia o su miedo, era algo que jamás confesaría".

"Puedo… ver cosas —respondió con dudas, ni siquiera él mismo sabía cómo lo hacía—. *Me pasó con Tamatha cuando la toqué por primera vez. Vi cómo Praedesi trataba de quemarla viva y yo la salvaba con una magia que se me escapa todavía. Cada una de las visiones siempre había sido sobre un futuro, pero en tu caso, cuando te toqué en el Nido, vi tu pasado".*

"¿Cada vez que me tocas tienes visiones? —preguntó desconfiado y particularmente asqueado".

"¿Eh? ¡No! No siempre ocurre, solo a veces y no he logrado nunca conseguirlo voluntariamente. —Cerón prefirió guardarse para sí mismo las lecciones de anatomía que había aprendido en el barco

tratando de revivir aquella habilidad y se centró en la información importante—. *¿Por qué eres diferente a ella?"*

"*Mi hermana es única* —aseguró el dragón retomando el ascenso hacia el cielo. Cerón se agarró a él con fuerza y abrió los ojos de par en par incrédulo".

"*¡Es tu hermana!* —Una ardiente sensación de esperanza inundó el alma del mago sin que pudiera hacer nada para camuflarlo —. *Me refiero, ¡es tu hermana!* —Aquello no solucionaba la imagen de sí mismo que estaba transmitiendo—. *Pero tú eres mayor, ¿verdad?"*

"*Sí.* —Colin aceptó cambiar de tema, al menos parcialmente—. *¿Qué viste en mí?".*

"*Te vi separarte de ella para irte al lugar de transformación. No estabas seguro de si volverías con ella. ¿Sabías entonces lo que ocurría con los dragones negros? No esperaba que lo supierais, de ser así muchos se echarían atrás."*

"Nadie se echa atrás cuando el fuego del dragón arde en su interior. O lo dejas salir o te abrasa, humano. Pero es cierto que nadie sabe nada de los Calán rebeldes, al menos hasta ahora. Pepita me lo dijo cuando le conté que sentía que iba a ser un dorado como él. Ya en aquel entonces confió en mí, supongo que supo ver mi lugar antes que nadie más lo hiciera".

"*Y, sin embargo, tú te niegas a ver en mí al aliado que ayudará a salvar a tu mundo. Curioso, ¿verdad?"*

Colin masculló un improperio y volvió a centrarse en el horizonte mientras ascendía alejándolos a ambos del blanco territorio que exploraban.

"*Tú tienes mucho que demostrar todavía".*

Cerón se contuvo a duras penas de responderle que ya había demostrado suficiente para ganar su confianza. Colin había dejado

caer una información importante sobre el fuego del dragón y no quería perder la pista.

"El fuego del dragón —dijo llamando su atención de nuevo. El cuerpo de Colin se crispó—. *Eso es lo que le ocurrió a Vaelira, ¿verdad? ¿La consumió su fuego?"*

El dragón dudó durante unos instantes en responder. ¿Tenía él derecho a explicar algo así? Aquella decisión le correspondía a Pepita, pero el monstruoso dragón dorado se había marchado para siempre. Su *Esencia* se perdería sin remedio, lo que era lo más doloroso para el pequeño dorado. No solo le había perdido, sino que lo había hecho para siempre. Sin nadie que recogiera su Esencia, esta tardaría poco tiempo en desaparecer y con ella su recuerdo. Su única posibilidad de reencontrarse con él estaba tras la última puerta junto a Calandra.

Quizá Tharion pudiera decidir sobre ello ahora, aunque él solo podía hablar por los Calán pequeños, aunque en realidad eran ellos los que podían sufrir aquella transformación. Los Calán que cambiaban a su aspecto escamoso esquivaban la posibilidad de ser abrasados por su fuego, si bien ahora debían enfrentar el problema de la corrupción. Eran dos caminos independientes con sus propios peligros.

Pensó en Jéssica, ella podría aconsejarle, si se dignaba en hacerlo sin enfurecerse primero, lo cual era infrecuente. La líder de los Calán combatientes era muy poco dada a la mesura, al contrario que Pepita. Ella era acción y rabia, lo cual la había permitido seguir con vida hasta entonces. Sin un dragón negro que dirigiera sus líneas, ella se había hecho cargo de la defensa del Nido en cualquier momento y lugar, muy a su pesar. Era una dragona inteligente y anciana, tanto que ella era la única que había llegado a conocer un ojos blancos en persona.

Y con los ojos blancos llegaban los Uldenhar, los Tharbrins y la posibilidad de acabar con ellos, todo traído a la luz por el mago humano que se había enfrentado a la misma Jéssica y había

sobrevivido. ¿Merecía aquel ser tan alta valía como sus acciones le atestiguaban? Colin siempre había detestado a los humanos, quizá por eso quiso cambiar en cuanto pudo tratando de alejarse de su forma humana. Había escuchado tanto hablar de Praedesi y de sus atrocidades que despreciar a su raza era un resultado esperable.

Ahora se enfrentaba a un dilema de los que siempre se había alejado dejándolos en manos más sabias. El problema era que no había nadie más sabio a quien preguntar, pues ni siquiera había alguien a quien hacerlo. Estaba solo él y era el único dorado actualmente. Era como si Calandra se burlara de su propia raza sin darles más alternativas. Solo estaba él y solo él podía decidir. Él acertaría o se equivocaría con su decisión, pero solo él la podía tomar.

Un escalofrío recorrió su cuerpo desde el extremo de su escamosa cola hasta la punta de sus alas al comprender que él tendría que tomar las decisiones a partir de ahora. Recordó entonces el resto de la orden de Pepita, la última orden del majestuoso y heroico dragón dorado.

"Ya sabes dónde será el siguiente Nido. Vuelve a él cuando hayas completado tu misión —pensó transmitiendo sin darse cuenta la idea a Cerón. El mago guardó silencio y esperó. Él tampoco recordaba aquellas palabras. Sin duda el momento había sido demasiado intenso para guardar todos los detalles. Solo cuando la calma permitía asentar las ideas, aparecía la verdad. Esa misma verdad golpeó a Colin con dureza—*. Hasta que no te ayude no puedo volver y, si no regreso, todos los Calán corren peligro".*

"Sí —dijo Cerón lentamente y con dolor—*. Pero regresarás con la victoria, Colin. Solo tenemos que encontrarla, pero para eso necesito la verdad. Yo pongo mi vida en tus… garras, como hice con Jéssica".*

"A ella podías haberla matado, tú mismo lo dijiste. No creo que pongas tu vida en manos de nadie, humano".

Cerón no pudo rechazar la idea. Siempre tenía la posibilidad de usar su magia telépata para protegerse, si bien el resultado era peor que la muerte.

"No te imaginas hasta qué punto prefiero morir a protegerme cuando toda esperanza termine —respondió enigmático y el dragón entrecerró los ojos suspicaz, si bien continuó mirando al frente—. *Confía en Pepita como él confió en ti, Colin, solo te pido eso".*

"Pides mucho más que solo eso".

"En realidad no, solo pido eso. El resto vendrá cuando hayas confiado en mí".

"Malditos humanos y sus enigmas —refunfuñó el dragón antes de suspirar—*. ¿Qué quieres hacer?"*

"Antes las respuestas, es difícil levantar un plan en el aire, y no me vengas con que el aire te sostiene. —Cerón sintió sonreír al dragón en su mente—. *¿Quién es Craig y qué ocurre con Vaelira y Tharion?"*

"Craig era el líder de los Calán pequeños hasta hace dos años —respondió con sinceridad. A Cerón no le hizo falta esforzarse para asociar la fecha a la batalla con Rénal en la Torre del Consejo de Shuko. Tomó nota mental de algo que seguramente acabaría por demostrarse que no era una coincidencia—. *Los Calán pequeños tienen un tiempo límite para cambiar antes de ser consumidos como le pasó finalmente a Vaelira. Solo los más templados y decididos son capaces de llevar esa carga. El fuego siempre late en su interior, jamás se apaga o mengua, siempre arde y cada día lo hace con más fuerza. Al final solo queda una opción y esa pasa por desaparecer. Creía que Craig había abandonado el Nido cuando supo que no podría controlarse más tiempo, pero parece que lo arrojaron al mar tratando de controlarlo".*

Cerón no estaba interesado en el anterior líder de los Calán pequeños, al menos por ahora.

"Vuelve a Tharion y a Vaelira. ¿Qué ocurrió con ellos? —pidió al dragón*".*

"Vaelira fue consumida por su fuego. Una vez que se pierde el control, ya no hay marcha atrás. Ya viste que Jéssica trató de contenerla sin éxito y ni siquiera Pepita fue capaz. Es posible que con Tharion aún estén a tiempo, no puedo saberlo. Lo arrojarán al mar y, con suerte, podrá apagar su fuego en su inmensidad helada. Es lo que hicieron con Craig, la cuestión es si sobrevivió".

"Yo creo que sí —aseguró Cerón atando cabos. Aquel debía de ser el Tharbrins que vio en la isla del Predilecto de la Oscuridad. Le transmitió la idea al dragón—. *¿Era de fiar? Me refiero, ¿cómo de determinado era?"*

"Completamente. A todos nos sorprendió su marcha, creíamos que lo soportaría mucho más. ¿Qué piensas?"

"Que no es una casualidad que él haya ido a la misma isla en la que puede estar la explicación de la corrupción de los dragones negros".

"Él no sabía lo de la corrupción al igual que no lo sabían Tharion o Vaelira".

Cerón masculló un improperio. Estaba tratando de hacer una teoría imposible con miles de secretos inconexos con docenas de personajes desconocidos. ¿Cómo pretendía llegar a ninguna conclusión? Cada vez le quedaba más claro que el mundo entero parecía esconder secretos, a cada uno más importante y oscuro. Pero, ¿cómo alumbrar el camino? ¿Cómo apartar las sombras que todos tejían sobre sus razas o su historia?

No podía ser casualidad, a aquellas alturas de su viaje sabía que ya nada lo era. Los dioses de todas las razas habían trazado sus propios planes para cada uno de ellos. Sin embargo, parecía que los planes de cada uno iban en direcciones diferentes. Tal vez culminasen en un solo lugar que él no era capaz de ver, que no era siquiera capaz de imaginar. Los Uldenhar, los Cazadores, los Calán,

los Tharbrins, Tarnicis… todo estaba en aquel maldito mundo y todo estaba relacionado.

Tarnicis buscando el Conducto de la Diosa, los Calán que son capaces de acabar con las criaturas de llamas con la ayuda de los Uldenhar, los Cazadores que enfrentan los mismos problemas, los dragones corrompidos, Vaelira o Craig transformados en Tharbrins ante sus ojos… Cerón frunció el ceño. Ladeó la cabeza y abrió los ojos de par en par comprendiendo la conexión.

"¿Por qué siento que el final del camino de un Calán acaba en los Tharbrins? —preguntó irónicamente".

Un escalofrío recorrió el cuerpo del dragón y Cerón sintió sus escamas tensarse bajo él.

"Porque es el destino de los líderes de los Calán menores. Quien asume el mando asume ese destino".

CAPÍTULO 2

UNA ESENCIA CONOCIDA

Cerón guardó silencio asumiendo la verdad: los Tharbrins eran Calán, a su abrasadora manera. Un círculo se cerraba, pero no era más que un eslabón de una cadena que parecía interminable a sus ojos. Sin embargo, no era capaz de encajar todas las piezas, aunque algo le decía que todo estaba ante sus ojos. Solo debía alargar la mano y recoger la idea. Estiró la mano derecha hacia delante tratando de sujetarla y suspiró cuando solo encontró aire ante él.

Lo que sí encontró fue una idea cuando vio su antebrazo expuesto ante él. No estaba solo y alguien más compartía toda la información que él tenía. Necesitaba otro punto de vista más calmado y furioso al mismo tiempo. Chasqueó la lengua cuando aceptó que necesitaba a Nefrén y a su ironía.

"Colin, necesito que me permitas usar mi magia".

"¿Cómo dices? —El dragón se sorprendió ante su pregunta. Miró hacia el mago sobre su lomo, suspicaz—. *¿Por qué?"*

El mago dudó por un instante qué responder. ¿Cómo explicarle que había una voz en su cabeza de una criatura más longeva y

amargada que podía ayudar? Sería una locura irracional y estúpida. Colin no lo entendería y comenzaría a desconfiar de él como hizo *Esmeralda* a pesar de que ella misma tenía un polizonte similar en su propia cabeza. Cerón enarcó una ceja y sonrió. Si Tamatha era su hermana y eran tan cercanos, seguro que sabría que sus ojos brillaban verdes cuando mantenía una conversación privada.

"En mi mente hay una criatura antigua, un drugano de mi mundo. Es inteligente aunque muy difícil de soportar. Necesito hablar con él, tal vez pueda despejar la bruma que me impide desenredar este misterio. —No le hizo falta que Colin respondiera para sentirlo dar vueltas por su mente buscando una idea diferente a la del mago. Percibió su suspicacia al momento".

"Estás loco".

"Tamatha tenía una presencia similar en su mente. ¿Estaba ella loca?".

"Sí, por supuesto —aseguró con dureza".

"Y si te digo que esa Esencia era de la misma época de Valeria, ¿te lo creerías entonces?"

Cerón se vio obligado a agarrarse con fuerza cuando el dragón zozobró desconcertado hasta el punto de dar un traspié en su vuelo, si se podía decir así. Un humano se habría caído al suelo de la sorpresa.

"¿Mi hermana? Tiene que ser una broma".

"Cuando hablaban le brillaban los ojos con un fulgor verde. ¿Te suena eso?"

"Sí —respondió a regañadientes—. *Le vi hacerlo un par de veces antes de cambiar. Pero… ella no es especial, siempre creí que era una habilidad, nada más. Trató de explicarme lo que le ocurría, pero no la supe escuchar".*

Cerón se guardó de reprocharle que no se diera cuenta de que era especial. Se centró en convencerlo y no en corregirlo.

"Yo haré que regreses de nuevo. Encontraré la última Esencia y a los Uldenhar. Serás la primera Calán que pueda volver atrás cuando lo necesites. Tú nos salvarás a todos. —El mago repitió las palabras que Aylwin le dijo a Tamatha antes de que se transformara —. *La ojos blancos supo ver en tu hermana lo necesario. Solo necesito hablar con él. Puedes estar presente si quieres. Si sientes algo raro, despliega tu habilidad de nuevo. Sin más".*

Colin dudó y sacudió la cabeza desconcertado, tratando de asimilar la nueva información.

"¿Cuánto tiempo necesitas? —preguntó finalmente mientras miraba hacia el suelo helado muy bajo él—. *No puedo desprotegernos mucho tiempo".*

"Minutos".

Colin controló su habilidad y Cerón sintió al instante que su mente era invadida por un furioso Nefrén. El drugano rebuscó en sus recuerdos e ideas hasta ponerse al día. Cerón sintió náuseas al sentir dos presencias en su mente y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para mantenerse cuerdo ante la oleada de ideas y sensaciones que llegaban desde cada rincón de su cabeza.

"¿Qué narices es eso? —preguntó empujando la mente de Colin contra el mago".

"Es Colin, un dorado. Nos está ayudando a encontrar a los Cazadores".

"Eso ya lo sé —gruñó—. *Apártate, engendro* —le espetó".

Colin enfureció ante el comentario y Nefrén hizo lo mismo ante su furia. Cerón se encontró ante dos adolescentes rabiosos que luchaban en el mismo bando y se sintió como un padre agotado.

—¡Basta los dos! —gritó al aire. Le era particularmente difícil hablar mentalmente cuando su cerebro estaba ocupado por otros dos entes hablando. Cerón sintió que Nefrén repudiaba la presencia del dragón y no le costó asumir que tenía que ver con su propio

recuerdo en un cuerpo similar. Aunque el drugano lo negase, la experiencia había dejado huella en él—. Estáis en el mismo equipo, así que ya podéis empezar a llevaros bien, o al menos a toleraros".

"¿Este es el ser inteligente que decías? Desde luego tenías razón en que es difícil de soportar".

—No sabes hasta qué punto. Déjanos un minuto a solas, por favor.

Colin dudó un instante, pero aceptó a regañadientes ahora que había visto que era verdad y no había peligro, al menos no uno que supiera identificar.

"*Trata de relajarte* —pidió el mago al recuperar el control de parte de su mente. Nefrén daba vueltas entre las ideas incapaz de concentrarse en nada".

"Un poco difícil, ¿no crees? Él me trae la misma sensación que viví durante mi cautiverio".

"Y pensar que querías transformarme a mí en…"

"Ya, bueno, he cambiado de opinión. Prefiero ir sobre él que dentro. ¿Cuál es el plan?"

"Encontrar a los Cazadores. Llevan enfrentándoselos a los Tharbrins mucho tiempo, tal vez sepan algo sobre ellos que nos sea útil. Serán necesarios en esta lucha, estoy seguro. Puede que sepan algo sobre el Conducto de la Diosa o Tarnicis. Además, ¿quién sabe hasta qué punto llegan sus habilidades? Quiero conocerlos".

"*Ya los has visto* —replicó Nefrén trayendo a su memoria el recuerdo de su visión—. *Raanee los ha encontrado, Cassius no estará lejos".*

Nefrén guardó silencio y se concentró en recorrer los recuerdos del mago, así como sus ideas y teorías. Cerón aguardó con paciencia hasta que la imagen de una mujer Tharbrins se alzó ante *Esmeralda*. Tras ella estaba Aylwin, minutos después de estrellarse con el barco.

A continuación vendrían las llamas y la batalla, la dragona y su partida. Una sensación de soledad se apoderó de Cerón de nuevo.

—Ha llegado el momento que tanto esperaba —dijo la mujer de llamas—. Te he buscado demasiado tiempo, hermana.

—Que te jodan, Audrielle —le espetó Tamatha mientras comenzaba a dibujar su propia runa negra.

"Puede que estén más unidos a los Tharbrins de lo que nos pensamos —dijo finalmente Nefrén mostrándole la imagen de ambas mujeres una frente a otra. No se parecían en nada y Cerón enarcó una ceja".

"No se parecen en nada —aseguró. El drugano chasqueó la lengua frustrado por su poca visión".

"¿Te pareces tú a mí acaso, humano ciego? —le espetó. Golpeó el recuerdo de Cerón y apartó la ropa de Tamatha mostrándole su cuerpo desnudo. Lo había visto cientos de veces y aún seguía alterándolo a pesar de todo—. *¿Mejor así?"*

El mago se ruborizó y apartó la vista.

"Sigo sin verlo".

"Porque no te atreves a mirar —dijo Nefrén".

"No veo la utilidad de mostrarme esto".

"No es útil, cierto, pero es interesante ver cómo te escondes como un niño asustado. —El drugano rio para sí mismo ante el rubor infantil del mago. Suspiró y golpeó de nuevo la imagen. Esta vez desapareció el cuerpo de *Esmeralda* y una llama verde simuló sus formas dándole un aspecto mucho más similar al de la mujer Tharbrins—*. ¿Eres capaz de verlo ahora?"*

"La voz de su cabeza…"

"Hay alguien que sabe quién es, pregúntale quién es. Tal vez él sepa algo de ella".

—Colin, ¿te suena de algo el nombre de Audrielle? —preguntó Cerón. El dragón volvió la cabeza hacia él.

"No, para nada. ¿Por qué habría de sonarme?"

Nefrén apretó los dientes para controlarse, pero le explicó al dragón lo que había visto, tanto a Tamatha como a Audrielle. El recuerdo sobrecogió a Colin.

"Jéssica se guardó esta información en el Nido. ¿Mi hermana habitada por la hermana de un Tharbrins? Tiene que ser una broma".

"Lo que parece una broma es que seáis tan estúpidos de aún creer que sois diferentes de ellos —le espetó Nefrén esta vez sin el menor intento de contener su acidez—. *No hay más ciego que el que no quiere ver".*

"No tienes ni idea de mi mundo, no te atrevas a juzgarlo —le recriminó con dureza".

"El que parece que no tiene ni idea eres tú —continuó Nefrén —. *No sabes nada del Conducto de la Diosa, ni de lo que hacen los Cazadores, ni de qué ocurre con los dragones rebeldes, por no hablar de Praedesi o los Uldenhar. Lleváis tantos años encerrados en las montañas que el mundo os escupe a la cara y pensáis que está lloviendo".*

Cerón abrió los ojos de par en par incrédulo. Sus palabras eran ciertas, pero al igual que Praedesi, su método distorsionaba el objetivo. A no ser que este fuera hacer enfadar al dragón, porque eso fue lo único que consiguió. La magia de Colin inundó al mago y apartó a Nefrén y a su verdad de la conversación. Cerón dudó si algún día aceptaría dejarlo regresar.

El dragón guardó silencio furioso. Sus aleteos se volvieron violentos y todo su esfuerzo por un vuelo cómodo se esfumó. Cerón

se agarró con más fuerza, no sabía si trataría de deshacerse de nuevo de él. Miró hacia el suelo y comprobó que había perdido altura. Sin embargo, Colin no trató de desprenderse de él, sino que pareció luchar consigo mismo. Cuando regresó, su voz era dura pero decidida. Su habilidad se esfumó a la vez que comenzó a hablar.

"Pepita me dijo una vez que los Calán llevaban ciegos desde que Valeria desapareció. Opinaba que no volveríamos a encontrar el camino hasta que ella regresara —confesó el Calán—. *Tal vez ella no haya vuelto, pero sí parece que hemos estado ciegos".*

"*Yo conozco a una Valeria* —aseguró Cerón. Para su sorpresa, ahora que las voces de su cabeza no trataban de sobreponerse la una a la otra, era capaz de hablar de nuevo—. *No sé dónde está ahora, pero sé que participa en La Guerra y no creo que sea una casualidad".*

"Nada lo es —dijo Nefrén. Él también estaba seguro—. *Lo único que hay que hacer para ver el camino es abrir los ojos".*

"Ese camino pasa por resolver el problema de los dragones rebeldes, encontrar el Conducto de la Diosa y derrotar a Tarnicis y a los Tharbrins. Así Praedesi dejará de tratar de conquistar el continente y permanecerá aquí. El problema es que todo pasa por encontrar a los Cazadores. Llevan miles de años enfrentándose a los Tharbrins y saben más de este mundo que los Calán, pero no sé dónde encontrarlos —propuso Cerón".

"Nadie puede, recuerda que tienen habilidades como nosotros".

"*Ya hablaremos otro día sobre vuestra relación con los Cazadores también* —ironizó Nefrén".

"Alguna manera debe de haber —dijo Cerón".

"No te va a gustar la manera que tengo en mente… —confesó el dragón".

Cerón pudo sentir la sonrisa de Nefrén antes incluso de que Colin expusiera su plan y no le gustó lo que representaba.

"¿Qué estás pensando? Algo me dice que será peligroso…"

"¿Cómo encuentras a un drugano negro, humano? —preguntó Nefrén que había comprendido lo que pensaba".

El mago conocía la respuesta, muy a su pesar.

"No se puede, ellos son los que deben encontrarte —respondió con un suspiro—. *Es un poco arriesgado..."*

"¿Un poco? —ironizó Colin mientras giraba hacia la derecha. Movió la cabeza a un lado y a otro orientándose en el aire—*. Sé dónde van a estar, al menos durante unos días más".*

Colin les mostró los recuerdos de la batalla de su escuadrón contra los dragones rebeldes el día que conocieron a Cerón. La imagen de los cadáveres cayendo fue tan trágica como impresionante. Pero Colin tenía razón, a donde cayeran los cuerpos de los Calán muertos, ellos llegarían tarde o temprano. Necesitaban sus *Esencias* para mantener sus ciudades vivas. No tardarían en llegar si no lo habían hecho ya. Sin embargo, Nefrén había identificado un peligro más.

"Los rebeldes buscan las Esencias también. —No necesitó que Colin se lo corroborara—. *Necesitaban la Esencia de los Calán caídos para volver a su forma humana. No estarían muy lejos tampoco".*

"Oh, estarán allí, y no solo los dragones..."

"¿Qué quieres decir? —preguntó Cerón aunque se hacía una idea de lo que quería decir. Por su mente pasó la idea de una *Esmeralda* furiosa y malvada y no le gustó lo que vio—. *Cuando vuelven atrás, a su forma humana, ¿siguen corrompidos?"*

"Sí. Por eso nadie se acerca a los humanos, se parecen demasiado unos a otros. Si uno de ellos llegara al Nido, imagina el caos que podría crear".

Ninguno necesitó imaginárselo.

—Vayamos con cuidado, no quiero sorpresas. ¿Puedes enfrentarte a los Calán pequeños? Siempre los he visto muy airados contra los dragones, me preguntaba por qué. —Cerón salió de su mente, necesitaba un poco de aire. Allí dentro había demasiada gente ya.

"Los Calán pequeños son poderosos y peligrosos. Son muy fuertes, rápidos y poseen su propia magia y habilidades. Además, si su vida corre peligro no dudarán en cambiar de nuevo; piensa que solo los dragones negros reviven, no sus cuerpos humanos. Y su cambio traerá a los Tharbrins hasta nosotros…"

—Y los Tharbrins a Tarnicis —añadió Cerón.

"*Y Tarnicis a Kem* —terminó de completar el terrible mapa el drugano, aplastando la esperanza del mago—. *No será un viaje sencillo".*

—Los Cazadores nos ayudarán —aseguró el mago.

"*¿Es una esperanza o una estrategia?* —preguntó Colin suspicaz".

"*¿Él? No llega ni a esperanza siquiera* —ironizó Nefrén—. *Tiene la mala costumbre de improvisar a cada paso que da".*

—Lo aprendí de quien te liberó de tu cárcel de escamas. No te quejes —le espetó—. Y no es solo esperanza. Cassius y Raanee llegaron hasta su fortaleza y les hablaron de mí y de todo lo que pasó con Aylwin, Tarnicis y los Tharbrins. Es posible que nos estén esperando o buscando. No dejarán pasar la posibilidad de averiguar cómo lo hemos hecho, por no hablar de Aylwin.

"*¿La niña de los ojos blancos?* —preguntó Colin".

—Sí. Querrán saber todo lo que puedan de ella o al menos querrán que corroboremos lo que Raanee les ha contado.

"*Tu visión fue hace unos minutos. ¿Crees que a quien encontremos estará al tanto?* —preguntó Nefrén".

—Mi visión no sé si es pasado, presente o futuro. Pero sé que no es una casualidad más. Si debí ver eso es porque debía hacerlo. Solo se puede ver el camino si abres los ojos.

"Los mismos que te arrancarán los dragones —aseguró Colin—. *No puedes enfrentarte a ellos, ni siquiera conmigo. Eres un simple humano, ¡por Calandra!".*

—Tarnicis es una simple humana —respondió el mago—. Aylwin también lo era. En realidad todos los Cazadores lo son y pueden enfrentarse a vosotros. La soberbia precipita la caída y desde aquí arriba, el golpe será terrible. Quizá deberías plantearte volar más bajo, dragón.

Una llamarada airada emergió de Colin mientras la presencia de Nefrén desaparecía. Al menos no había olvidado que debía esconder toda muestra de fuego a los Tharbrins. Cerón estuvo seguro de que estaría grabado en su naturaleza, irónicamente, a fuego desde el nacimiento.

"¿Cuánto falta para llegar? —preguntó el drugano en cuanto Colin le permitió regresar".

"Un día".

"Avisadme cuando lleguemos".

Nefrén desapareció, esta vez voluntariamente.

"Lo hace a menudo, no te extrañes. No sé a dónde va, pero no se va muy lejos".

"Curioso jinete portas".

"No te haces una idea".

"Tenemos un día de viaje aún, puedes ponerme al día".

"Has confiado en mí y yo haré lo mismo. —Cerón se humedeció los labios. Iba a ser una larga historia—. *¿Prefieres la historia corta o la larga?"*

Las peores horas de su viaje transcurrieron durante la gélida noche. Era una balanza complicada en la que equilibrar que Cerón pudiera usar su magia para no morir congelado y que Colin pudiera usar su habilidad para pasar desapercibido ante el enemigo. Para más preocupación, la noche era el territorio de los dragones negros que se camuflaban casi a la perfección en el cielo nocturno. El dragón dorado, en cambio, parecía brillar en el cielo como un sol en miniatura. Por desgracia, para frustración de Cerón, no emitía tanto calor.

Colin insistió en que tratara de dormir, según decía él estaba acostumbrado a días de viaje y semanas de guardia, no necesitaba dormir como el humano. Cerón obedeció, agotado como estaba por el viaje hasta el extremo. Sin embargo, su sueño fue intermitente y liviano, pues Colin creía distinguir en cada sombra un enemigo y tras cada sonido del viento un aleteo negro. Sus movimientos eran tensos y rápidos, casi se diría que paranoicos. Sin Jéssica para dirigir el grupo y por mucho que el pequeño y orgulloso dragón lo negara, se sentía completamente desprotegido. Lo único que tenía a su favor era un mago humano con un cretino en su cabeza, lo cual no le reconfortaba tanto como un escuadrón de dragones entrenados en la batalla, para qué engañarnos.

Cuando el sol volvió a ascender por el horizonte, el dragón dorado pudo respirar de nuevo. Se sacudió y despertó a Cerón.

"Un par de horas. Estoy dando un rodeo".

"De acuerdo. Permite mi magia, por favor. —Nefrén llegó sin ser reclamado—. *Estamos cerca".*

Nefrén revisó sus recuerdos y a pesar de que no le hizo la más mínima gracia que hubiese compartido la información sobre su mundo, se vio obligado a aceptarlo. Al fin y al cabo, la base de la confianza radicaba en confiar a pesar de todo.

"Busca fuego. Los Cazadores pueden esconderlo como Colin, pero pasarán frío como tú —ordenó".

"Lo he hecho durante todo el tiempo que tú has desaparecido —le espetó el dragón".

"No me necesitabas para volar, ¿verdad? —preguntó el drugano. Colin refunfuño—. *Eso me parecía. ¿Dónde están los grises? Debían estar hostigando a los rebeldes, ¿no es así?"*

"Sí, pero hostigar no es luchar, sino alejarlos y distraerlos, no pueden enfrentase a ellos directamente. Los grises son rápidos, no fuertes. Recuerda que los rebeldes son dragones negros, nuestros más formidables guerreros".

Cerón por un momento imaginó a uno de los Cazadores con la habilidad de un dragón negro y abrió los ojos de par en par. Si Cassius era un dorado, o lo que se asimilaría a un dorado, y aun así su fuerza y velocidad eran increíbles, ¿cómo sería un auténtico guerrero? En su mente se repitieron los pesados pasos que había escuchado en la visión de Raanee y un escalofrío recorrió su espalda. Solo quedaba el misterio de cómo serían los rebeldes en su forma humana.

"¿Has visto a algún rebelde que volviera a ser un Calán pequeño?"

"No. En realidad nunca he visto a nadie regresar. Solo son conjeturas de otro tiempo. Yo siempre he creído que se podía regresar, pero nunca lo he podido demostrar. Antes éramos capaces, ¿por qué ahora no? Tiene que haber una forma de hacerlo".

Cerón frunció el ceño.

"Tamatha creía que las Esencias solo las podía recuperar un ojos blancos".

"A menos que estuvieran presentes durante su muerte. Los rebeldes están presentes en todas las muertes, como entenderás".

"¿Crees que son capaces de regresar?"

"¿Siendo sincero?"

"No existe otra manera".

"Entonces sí. Si algo puede salir mal, saldrá. ¿Qué otro motivo puede haber para que haya una ojos blancos caminado de nuevo? Además, he visto cadáveres de rebeldes muertos y no por nuestras garras".

"*¿Canibalismo?* —preguntó Nefrén".

Colin negó con la cabeza.

"*Se mataban por sus propias Esencias…* —teorizó Cerón—. *¡Entonces podemos encontrarnos todo tipo de enemigos!"*

"*Divertido, ¿eh?* —se burló el dragón—. *Dijiste que Aylwin sabía la forma de hacer volver atrás a Tamatha. No descartemos que ellos sepan hacerlo también".*

"*¿Cómo los reconocemos?* —preguntó Nefrén".

"*Nunca regresamos a por los cadáveres, sería un riesgo innecesario. Cada vez somos menos y ellos más. Nos defendemos y escapamos* —aseguró Colin frustrado—. *A mí también me gustaría saber a qué nos vamos a enfrentar".*

—¿Qué poderes tienen los Calán pequeños? —preguntó Cerón aceptando su idea respecto a los rebeldes.

"Es imposible saberlo".

"*Pues sí que eres de ayuda* —masculló Nefrén".

"*Cada uno es único* —continuó el dragón dorado—, *casi como nosotros. Usan magia sin palabras, como si dieran órdenes al mundo y este obedeciera".*

—Tiene que ser una broma —dijo Cerón asumiendo lo que quería decir—. Dime que es una broma.

"*Por los Dioses Desaparecidos, ¡pero si aquí estaban todo el tiempo!* —exclamó burlón Nefrén, que había llegado a la misma conclusión que él".

"¿Qué quiere decir? ¿Quién ha estado aquí todo el tiempo?"

—Quiere decir que también os parecéis a los druganos en su forma humana —respondió Cerón incapaz de calcular la magnitud de la conexión entre los Calán, los druganos y los Tharbrins.

"¿Los humanos con alas de los que hablaste? ¿Como ese al que llamas El Heredero del Cielo? —inquirió Colin con buen criterio al reconocer la palabra. Obvió que Nefrén también era uno de ellos, quizá tuviera que ver con que estaba un poco… muerto. El hecho de que el cielo le perteneciera a alguien que caminaba la mitad de su vida le resultaba irónico".

—Sí. Pero es… es simplemente increíble.

"Increíble será ver cómo los derrotas —se burló Nefrén incapaz de verle una salida realista a todo aquello—. *Quiero decir, sin condenar el mundo a la muerte y la destrucción bajo tu propio yugo".*

—¿No tienes nada mejor en lo que pensar?

"La verdad es que no".

"¿Qué quiere decir ahora?"

—Por los Dioses Desaparecidos —masculló Cerón frustrado. Se frotó el puente de la nariz tratando de pensar en una estrategia adecuada para afrontar el problema con alguna garantía. Sus dos contertulios guardaron silencio, lo cual agradeció—. ¿Tenéis alguna debilidad como los druganos tienen el día?

"No específicamente".

—Pero odiáis a Praedesi y no creo que sea por quitar la comida a los humanos. Ellos os buscan, por lo que se creen superiores a vosotros.

"Se creen superiores a todo y a todos —masculló Nefrén. Aún no les había perdonado que le devolvieran a la vida—. *Pero estoy seguro de que tiene algo que ver con las runas negras".*

"Sí. No somos capaces de protegernos de ellas".

—Tamatha os traerá la habilidad —dijo Cerón, pero al momento se arrepintió. ¿Realmente quería que las runas se extendieran más todavía? La Oscuridad había corrompido a demasiadas criaturas como para dejarla avanzar en un mundo ya de por sí ante el abismo. Prefirió apartar la idea de su mente—. Nefrén puede ayudarme a defenderme si mantiene a raya a la Oscuridad. Tú los conoces mejor que nadie, quiero que te mantengas en el aire mientras yo me acerco. Si todo sale mal, llénalo todo de llamas y huye.

"Tiene que ser una broma. —Esta vez fue Colin el sorprendido —. *¡Atraeré hasta el último de los Tharbrins!"*

—Ya, por eso es la última opción y solo si todo sale mal.

"Quieres hablar con Audrielle —dijo Nefrén visualizando sus sentimientos—. *¿Por qué?"*

—No quiero, pero si todo sale mal, ella vendrá.

"Y Tarnicis..."

—Tal vez. Pero no lo creo. Audrielle está más interesada en los Calán que Tarnicis. Solo nos buscará a nosotros cuando encuentre lo que busca.

"El Conducto de la Diosa —apuntó el drugano. Cerón asintió".

—Busca el camino hacia la Diosa y nosotros solo somos un obstáculo. Mientras nos pueda evitar, lo hará.

"Tu idea es osada como poco —masculló Nefrén".

—Si tienes una mejor, te escucho.

"No me has escuchado nunca, no lo vas a empezar a hacer ahora. Me conformo con que, si llegan los Tharbrins, mates a alguno de ellos junto al lagarto amarillo. Quizá dejen de querer volver a aparecer si acabas con suficientes de ellos".

Cerón palpó su cadera inconscientemente en busca de su particular espada. Esta seguía firmemente unida a él.

—¿Tus llamas son lo bastante abrasadoras, Colin? —El dragón se tomó la pregunta como una ofensa y se sacudió con rudeza. El mago no repitió la pregunta. Sin embargo, deseó que la confianza entre ambos fuera suficiente para permitirles la proeza de acabar con un segundo Tharbrins—. Está bien. Si te parece bien, quiero protegerme con hechizos humanos. Necesitaré un tiempo sin tu habilidad. Si ves peligro, avísame. Cuando lleguemos al lugar, desciende para que vaya andando, quizá logre pasar desapercibido yo solo.

"*Te expones a un gran peligro a pie* —dijo el dragón sin tratar de hacerle cambiar de opinión. Era una afirmación aclaratoria, por si el humano no sabía lo que representaba enfrentarse a dragones negros".

—No más que tú en el aire. Este viaje es peligroso para todos. Si ves a los Cazadores, avísame, no sé si sabré reconocerlos respecto a los Calán.

"Muy bien".

Colin desapareció de su mente y dejó solo a Cerón, si se podía considerar solo cuando siempre estaba un molesto drugano negro allí dentro. Para sorpresa del mago, este también desapareció y pudo sentirse relajado al fin. Hasta que ambos desaparecieron no fue capaz de darse cuenta de lo agotadores que eran, y no solo por su carácter complicado. Compartimentar su mente en tantos pedazos era cansado en extremo.

Cerón pudo concentrase en su propia tarea y volvió a disfrutar de la magia una vez más. Utilizó sobre sí mismo todos los hechizos de protección que pudo recordar. Además, esta vez sabía que se dirigía a un enfrentamiento, por lo que trató de dar a su cuerpo más fuerza a través de la magia. Eran conjuros muy avanzados extraídos de los libros de Neyvel. Por mucho que los hubiese dejado atrás en su largo camino, había logrado memorizar cada uno de ellos y supo que jamás los olvidaría.

Cuando terminó con su trabajo, buscó el conducto de energía que drenaba desde él hacia su magia y asintió conforme. Era un goteo continuo de recursos, pero no se sintió débil en ningún momento. Cuando la magia cumpliese su cometido sentiría el verdadero gasto de energía, pero era mucho mejor estar cansado que muerto. Suspiró y volvió a centrarse en el mundo a su alrededor. Colin estaba descendiendo directamente hacia una gran extensión de nieve sin nada que los protegiera.

—Pensaba en algo como un bosque, ¿no te parece? Serás demasiado visible en campo abierto sobre la nieve.

"En los bosques yo no puedo entrar. Además, los dragones negros se ven mucho mejor que yo. En el bosque pueden camuflarse, al menos los más pequeños. Deja las cosas de dragones a cargo de los dragones, humano".

Era una poco sutil advertencia de que, si no tenía ni idea su mundo, no criticara sus decisiones. Cerón se disculpó y dejó que Colin eligiera la batalla correcta. Descendió sin dejar de mirar en todas direcciones en busca de cualquier sombra alada que pudiera ponerlos en peligro. Sin embargo, lo único que divisaron al descender fue un sendero de sangre sobre la nieve. Colin aterrizó cerca del rastro.

"Si es uno de los nuestros, debemos seguirlo y ayudarlo. Si es uno de ellos, toma la dirección contraria. Tú decides".

—¿Dónde fue la batalla? —Cerón descendió de un salto en cuanto Colin se detuvo sobre la nieve.

Sus garras se clavaron en el suelo con fuerza y desplazó una gran cantidad de nieve con su frenada. Al momento, el dragón alzó la vista hacia el cielo, incómodo. Allí abajo no tendría a dónde huir si se encontraba con los dragones rebeldes. Colin señaló tras él con una de las garras delanteras. Cerón sonrió al verle señalar, era una imagen realmente curiosa. Se hizo una idea de la dirección que indicaba y de la que seguía el reguero de sangre y trató de decidir qué hacer.

Se acercó al rastro y se agachó ante él. Sonthorn había tratado de enseñarle a rastrear, pero él no había puesto el menor interés jamás. Al igual que con la caza, lo consideraba secundario. Ahora, cada vez le veía más utilidad a la Escuela Militar y menos a la de magia. Palpó la sangre entre sus dedos tal y como Sonthorn había hecho incontables veces. Sin embargo, fue Nefrén quien supo qué significaba lo que ni él mismo imaginaba.

"Es arterial —aseguró, aunque Cerón no lo entendió y se vio obligado a explicarse—. *Dile a esa cosa que puede irse, seguiremos el rastro".*

"Esa cosa puede oírte —respondió Colin molesto. Sin embargo, obedeció encantado y se lanzó hacia el cielo. Cerón lo observó ascender majestuoso. El suelo tembló al impulsarse y el viento que provocó no fue menor. El mago se agachó para no ser empujado por el impetuoso batir de alas del dragón. Elevar una criatura de semejante tamaño requería de una fuerza arrolladora—. *Avisadme si tenéis problemas".*

Cerón sintió de nuevo el frío en cuanto Colin desapareció en el aire y comprendió que el dragón le había protegido del mismo durante el viaje, al menos lo suficiente como para que no muriera congelado por el gélido clima de las alturas. Pronunció un nuevo hechizo para protegerse de frío por sus medios. Tal vez no fuera un frío mortal como el que sintió cuando ascendió la cordillera que le llevó ante los Calán, pero era un frío terrible de todas maneras. Comprendió por qué nadie vivía tan al sur.

"Nadie no —pensó al reparar en los Cazadores—. *Ellos son capaces de sobrevivir aquí e incluso progresar".*

"¿Has terminado ya de divagar? —preguntó Nefrén".

Cerón se centró de nuevo en el rastro tras una mueca involuntaria de hastío.

—¿Qué opinas?

"Está muy herido o muerto —aseguró sin el menor remordimiento, duda o interés en su supervivencia—. *Es imposible saber cuánto tiempo hace que pasó por aquí. Con este frío la sangre se congela rápido. Puede haber sido hace una hora o una semana. No ha nevado en días, por lo que no puedo asegurar nada".*

—¿Amigo o enemigo?

La risa del drugano llenó su mente con un sonido demasiado similar a la locura.

"Nada de lo que nos podamos encontrar aquí abajo está de nuestro lado".

—Por ahora.

La risa histérica de Nefrén se incrementó.

"Guarda tu esperanza para cuando sea útil, humano. —Nefrén se contuvo a duras penas y se enfocó en el siguiente paso—. *Respóndeme una cosa. Si pudieras renacer tras solo unos meses, ¿de qué huirías? Más sencillo aún. ¿De qué protegerías tu vida?"*

Cerón meditó por unos instantes. El drugano descartaba que el rastro de sangre fuera de uno de los Calán del Nido, por lo que solo podía ser de uno de los rebeldes. No había muchas razones para huir entonces. Y por lo que había logrado entender, los rebeldes no se atacaban entre ellos para conseguir una nueva Esencia. Por consiguiente, solo quedaba un grupo que buscase dar muerte a los rebeldes.

—Los Cazadores…

"No, los Cazadores no —respondió Nefrén—. *Los Cazadores con la habilidad de Raanee de no ser vistos".*

—Mierda.

CAPÍTULO 3

UN NUEVO CAMINAR

—¿Crees que han llegado ya? —preguntó en voz alta mirando en todas direcciones. Incrementó la energía que enviaba a sus hechizos y buscó rastros de magia a su alrededor. Al menos había cien metros sin rastro alguno de magia. Sin embargo, ¿sería la habilidad de Raanee considerada magia por su hechizo? Lo único de lo que estaba seguro era de que sí detectaría cuando alguien como Cassius se acercase usando su habilidad. El resto de los Cazadores eran un misterio para él.

"No tengo la menor idea —respondió el drugano. Era imposible estimar nada con tanto desconocimiento. No sabían nada de los Cazadores más allá de las leyendas—. *Pero si nos quedamos mucho tiempo aquí, acabarán apareciendo".*

Cerón comenzó a caminar siguiendo el rastro de sangre congelada e incluso él identificó las huellas del dragón, al fin y al cabo, había un sendero de más de dos metros de ancho abierto en la nieve. Sin duda el animal había arrastrado el abdomen durante todo el viaje. Nefrén aseguró que debía de tener al menos una de las patas traseras muy herida porque ladeaba el peso sobre un lado de la nieve. El mago aceptó su teoría sin la menor intención de contradecirlo o de corroborarlo. Él prefería hacer uso de su magia,

por lo que dejó que el drugano divagara con teorías imposibles de imaginar para él.

Sin embargo, una hora más tarde, cuando ascendían por una pendiente de roca, nieve y algunos orgullosos árboles que osaban crecer en un lugar tan duro como aquel, le hizo detenerse. Cerón identificó las huellas de una furiosa batalla incluso sin la ayuda de Nefrén. Una brutal salpicadura de sangre colmaba una roca afilada de un metro de alto muy próxima al rastro que los había llevado a aquel lugar. Miró al cielo en busca de enemigos que continuaran lo que habían empezado, sin éxito.

"Mira hacia el norte".

El mago obedeció y observó cuatro gruesas huellas separadas muchos metros entre ellas.

—Debe de ser un dragón enorme —dijo impresionado, pero Nefrén no lo estaba en absoluto.

"No lo creo. Sigue el rastro unos metros más".

Cerón cambió de dirección y avanzó a través de las huellas para descubrir que estas venían de más lejos de lo esperado. Cerón usó su magia para mejorar su vista y siguió el sendero.

—Se pierde en la lejanía, pero ¿por qué hacerlo si pueden volar? Quizá también esté herido… No, no encaja —se corrigió antes de que Nefrén lo hiciera por él. Tal vez el mejor rastreador, por no decir el único, fuera el drugano, pero la mente de Cerón seguía siendo rápida y brillante. Volvió la vista hacia la mancha de sangre y ladeó la cabeza. Miró hacia el primer rastro y observó que giraba rápidamente, lo que le había pasado por alto antes. Las huellas que seguían ahora iban directamente al encuentro con el dragón, justo en el lugar donde la sangre se había acumulado—. Estas son las huellas de un cazador… me refiero a uno de verdad, no al nombre de su…

"Te he entendido, sigue".

Cerón regresó hacia la encrucijada donde supuso que se habían encontrado ambos dragones.

—Pero no lo entiendo. Si era un rebelde el que huía, ¿quién lo atacó? Si fuera un Calán se habría escondido o habría huido… no, tampoco, Jéssica lo sabría y volverían a por él.

"Si no nos lo ocultaron. A esta raza parece que le gusta mucho guardar secretos importantes".

—Mira quién fue a hablar —ironizó Cerón. Cuatro improperios muy poco sutiles después pudo continuar—. Jéssica ya no tenía nada que ocultar con todo lo que ocurrió. Aquí hay algo más. ¿Serán los Cazadores realmente? Algo escuché sobre sus transportes de metal con los que atacaban a los dragones.

Nefrén se encogió mentalmente de hombros incapaz de aceptarlo, pero tampoco de rechazarlo ante la falta de conocimiento sobre aquellos humanos. Cerón suspiró y siguió el rastro de nuevo mientras continuaba conjeturando.

—Tal vez un rebelde decidiera atacar a otro herido, al fin y al cabo, una *Esencia* es una *Esencia*, la obtenga de donde la obtenga.

"La Oscuridad los gobierna a todos. No permitirá que se maten entre ellos, son los juguetes de esa zorra".

Cerón asintió, no ocurría algo así salvo que ella quisiera, lo que bien podría ser una trampa para ellos.

—Puede ser una de sus trampas. Nos ha visto ascendiendo y junto a Jéssica. Es posible que esto no sea más que una trampa suya. Piénsalo bien, tú la conoces más que yo.

Nefrén meditó durante unos instantes antes de chasquear la lengua confirmando la posibilidad que él también lograba ver.

"¿Es que no podemos confiar en nada? —Cerón se abstuvo de responder que él no había confiado en nada nunca, pero olvidó que el drugano estaba en su mente y podía saber lo que pensaba—. *Sí que he confiado, humano, en dos personas y tú eres la segunda.*

Sigue avanzando despacio. Observa el rastro de sangre sobre la ladera".

El mago siguió ascendiendo sobre la nieve que parecía más aplastada que metros atrás. Pronto descubrió las huellas de una furiosa batalla. Árboles derrumbados, roca quemada, suelo desgarrado y muchas manchas de sangre. Cerón se concentró en la magia y buscó peligros cerca. Por suerte, no encontró nada.

"Túmbate en la nieve y asómate por encima de la cresta".

Cerón se tumbó como había visto a Sonthorn docenas de veces y se arrastró sobre los codos hasta que sus ojos emergieron sobre la cresta de la ladera. Abrió los ojos de par en par al descubrir el cadáver de un dragón negro con incontables y terribles heridas en su cuerpo. Se agachó todo lo que pudo y buscó señales del otro dragón que debía de estar vivo. Alzó la vista hacia las nubes en su busca, pero no encontró ni una sola mota de oscuridad en el cielo azul.

—No hay nadie más —aseguró poniéndose en pie de nuevo a pesar de las protestas del drugano—. Quiero verlo de cerca.

Sorteó la cumbre y emergió en el sendero que discurría ladera abajo. Un dragón negro estaba tumbado en el barranco que descendía ante Cerón, a poco más de cien metros. Su huida no había llegado muy lejos. Se deslizó ladera abajo esquivando las numerosas rocas, muchas de ellas cubiertas de sangre. Según avanzó pudo distinguir que gran cantidad de escamas negras se habían desprendido de su cuerpo durante la batalla. No le costó comprender que habían sido arrancadas por la fuerza cuando observó los daños que estas presentaban.

El dragón negro había luchado por su vida en una feroz batalla en la que Cerón no lograba comprender el rival. Aquel dragón negro podía revivir en unos meses, ¿por qué luchar por escapar entonces? Y lo que más se le escapaba, ¿contra quién? A medida que se acercó más al cadáver, el enigma se fue resolviendo, pues incontables marcas de garras y dientes desgarraban el cuerpo del dragón. Cerón

llegó hasta el cadáver y se hizo una idea real de su tamaño. Era bastante más grande que Colin, pero estaba muy lejos de Jéssica o Pepita. Recordó a Nefrén y su tamaño, este ejemplar sería el doble de grande que él como poco a pesar de que debía de ser un ejemplar joven. Por lo que le habían contado en el Nido, los dragones negros crecían más y mucho más rápido.

Exploró el cuerpo y confirmó que una de sus patas estaba muy dañada, seguramente era lo que le había hecho dejar el rastro. Sus alas estaban desgarradas por completo, lo que explicaba que no se hubiese ido volando de allí. Sin embargo, lo que más llamó su atención fue el hueco en su tórax por el que podría haberse introducido sin problemas. Era una herida terrible, de bordes irregulares y agudos.

—Un mordisco. Muchos, en realidad —dijo en voz alta poniendo voz a sus pensamientos—. Ha sido otro dragón.

Giró sobre sí mismo y miró a su alrededor en busca de las huellas que habría dejado el vencedor al marcharse de allí, pero no encontró rastro alguno de él. Miró hacia el cielo aun a sabiendas de que no habría rastro alguno allí.

"Se habrá ido volando".

Pero Cerón no pensaba lo mismo que él, algo en su interior le decía que no era así. Las piezas de su puzle mental no encajaban en aquella escena. Miró atrás, hacia la cima por la que había descendido y la imagen de la batalla pareció revelarse ante sus ojos, como si volviese a suceder de nuevo. El dragón cayó rugiendo mientras culminaba la cresta con movimientos agónicos y desesperados. Comenzó a arrastrarse luchando por su vida…

—No, no solo por su vida.

Cerón comprendió que el dragón negro luchaba no solo por su supervivencia, sino por cada una de las que ya no tendría a continuación. Cuando tienes la inmortalidad en la mano y ves que

esta se escapa entre tus dedos, o garras, luchas con desesperación. Y el dragón negro lo hizo.

Extendió la mano hacia el cuerpo y acarició una de sus escamas negras. Miró tras de sí y casi pudo distinguir su furiosa lucha cuando tras él apareció un nuevo contrincante sin un color definido aún. El dragón negro se detuvo y trató de saltar al aire donde podría ponerse a salvo. Sin embargo, si no lo había hecho ya, no lo haría jamás. Fue un vano intento instintivo por escapar de allí y ponerse a salvo.

Pero sus alas no estaban recuperadas y solo pudo volver a caer tras unos dolorosos impulsos que jamás tuvieron esperanza. Su perseguidor corrió tan rápido como pudo, saltó sobre él con desesperación. Se agarró a su cuerpo como si de aquel único y desesperado gesto dependiera su victoria. Ambos cayeron contra la pared de piedra que descendía por el barranco envueltos en una frenética batalla.

La lucha se volvió encarnizada allí. Garras y dientes bailaron en una agónica y mortal danza de muerte entre dragones. El espectáculo en su imaginación fue tan nítido como si el mago hubiese estado allí. Sintió la tierra vibrar bajo las inmensas patas y escuchó sus rugidos cuando su carne se abrió desgarrada por furiosas dentelladas.

Las dos moles se enredaron en la batalla, mordiendo y desgarrando al rival tratando de ser el primero en acabar con el otro sabiendo perfectamente ambos que solo la muerte de uno acabaría con la batalla. Las rocas explotaron aplastadas por el peso de sus cuerpos, la nieve se llenó de sangre y, finalmente, llegó la muerte cuando uno de ellos no pudo esquivar unas mandíbulas terribles sobre su cuello.

Entonces trató de lanzar una llamarada que atraería a los Tharbrins tal vez deseando no ser el único que perecería allí abajo. Sin embargo, el dragón cazador no se lo permitió y aplastó una y otra vez su cráneo contra la pared de roca hasta que dejó de

intentar pelear. Tras unos segundos para calmar su corazón, soltó el cuello del dragón caído y hundió las fauces en el cuerpo del mismo. Bocado a bocado y con ayuda de sus garras, enterró la cabeza en su cuerpo en busca de algo que al mago se le escapaba.

Fue entonces cuando la imagen de su imaginación se congeló impidiéndole continuar la historia más allá de donde ya no había prueba alguna.

Cerón sacudió la cabeza desconcertado al volver a la realidad. Se frotó los ojos tratando de separar el extraño sueño. Volvió a mirar al cadáver y el rastro que lo había conducido hasta allí. Cada una de las escenas de lucha mortal que había visto encajaba a la perfección con el rastro de muerte que los había conducido hasta allí.

"Sin color —dijo Nefrén, que había experimentado las mismas imágenes. El por qué o el cómo llegarían en otro momento—. *¿Por qué no has visto su color? ¿Quién era entonces?"*

—No lo sé —reconoció Cerón repasando cada momento de su memoria, cada gesto, cada ataque, cada salto… Solo entonces comprendió la verdad, una tan increíble como imposible: cuando el dragón caído trató de escapar volando, su cazador saltó sobre él en un único y agónico momento como si de ese gesto dependiera todo. En sus ojos estaba la desesperación, pero Cerón no encontró odio en ellos. Alzó la vista hacia el cielo—. ¡Colin! ¡Colin! ¡Maldita sea, escúchame!

Pronunció un hechizo con el que alzó una esfera de luz hacia el cielo, impregnándola con toda la fuerza que pudo acumular, y la hizo estallar provocando un destello imposible de ignorar.

"No sé si es buena idea llamar la atención de lo que sea que haya matado a esta cosa —dijo Nefrén sin reprocharle la insensatez".

—No lo es, pero no creo que quede ningún dragón por aquí cerca. —Siguió oteando el cielo hasta que percibió un destello dorado volando rápidamente. La voz de Colin no tardó en llegar.

"¿Qué ocurre? ¿Problemas?"

"No lo sé. Escucha, los Calán mutilados, los que no pueden volar, ¿Dónde están? —preguntó. Al instante sintió su reticencia a contestar—. *Maldita sea, no me vengas con esas ahora. No me interesa encontrarlos, quiero saber si pueden llegar hasta aquí* —dijo señalando al cadáver a su lado".

"*Ya te sigo* —aseguró Nefrén, que volvió a examinar sus recuerdos. Esta vez no encontró alas en el dragón cazador, lo que explicaba su frenética carrera y su desesperado intento por evitar que escapara hacia los cielos—. *Será mejor que respondas si no quieres acabar como este de aquí* —le amenazó".

"Dile a tu mascota que se calme, lo único que puede hacerme es aburrirme. ¿Crees que uno de ellos atacó a ese dragón negro? — Colin meditó las posibilidades—. *Es imposible, son mucho más pequeños y no llegan a cambiar del todo hasta que vuelan. Sus huesos son más débiles, sus dientes menos afilados, son más lentos y no tienen alas, no tienen la menor posibilidad de luchar contra un rebelde como este".*

"*Ya viste que estaba herido hace unas horas, es el rastro que hemos seguido".*

"Aun así… es… es imposible. Además, los custodian los grises y nadie puede escapar de ellos, por no decir que están realmente lejos de aquí. Tendría que haber cruzado media Isla para llegar y ¿para qué? ¿Para atacar a otro rebelde? Nosotros somos su objetivo".

"O es un dragón mutilado o es que nos habéis mentido respecto a la batalla que se libró cuando os encontré. Elige una de las dos".

"No te mentimos".

"*¿Pudo sobrevivir alguno de los Calán del Nido?* —preguntó Nefrén para sorpresa de todos, conciliador".

"No, por Calandra. Ojalá hubiese sido así".

"¿Tamatha tal vez? Es el único dragón que queda, no creo que Ónice se digne a hacer esto —aseguró el drugano. Cerón enarcó una ceja, no se le había ocurrido que pudiese haber más dragones fuera de aquellos tres grupos".

"Vuelve a tu guardia, Colin, pero vigila el suelo si puedes".

El dragón dorado desapareció de su mente y comenzó a alejarse entre las nubes. Cerón volvió a centrarse en sus recuerdos, sabía que si hubiese visto a aquel dragón de su visión antes lo habría reconocido, su propia mente lo habría usado para conformar las imágenes de la batalla.

Negó con la cabeza, él estaba seguro de que había sido uno de los dragones mutilados. El cómo o el por qué no llegaba a imaginarlos. Sin embargo, si hubiese sido uno de ellos, habría dejado sus enormes huellas al marcharse, pero Cerón no encontró rastro alguno más adelante. No había ninguna huella de enormes patas o de colas gigantes en la nieve. Se preguntó si podría haber vuelto por donde había llegado, pero todas las marcas encajaban con su visión y el brutal desenlace.

Miró hacia los pequeños muros que encerraban el desfiladero. No eran demasiado altos, pero cualquier ser sin alas debería haber destrozado gran parte de la piedra tratando de ascender por la roca. No parecía la vía de escape correcta. Todas las pistas le indicaban que había salido volando de nuevo, pero la criatura que su corazón le decía que era el culpable de aquel cadáver no podía volar. Chasqueó la lengua frustrado y miró ladera abajo.

Incapaz de resolver el misterio, solo restaba seguir adelante. Observó unos minutos más al cadáver comprendiendo sus heridas y aprendiendo de su anatomía, lo que no dejaría pasar el mago, y continuó el descenso. Sin embargo, en cuanto adelantó el cuerpo inmóvil, él también se detuvo. Se agachó y observó un pequeño rastro que le había pasado desapercibido. Miró tras de sí y encontró que él mismo dejaba las mismas huellas en la nieve.

—Tiene que ser una broma —dijo incapaz de comprender nada de lo que veía.

"Sea una broma o no, esas huellas o son de humano o de un Calán pequeño —aseguró Nefrén. Cerón se agachó y acercó la mano a los dos agujeros paralelos que se alejaban de allí y que habían pasado desapercibidos a su escrutinio anterior. Cuando buscas el rastro que deja una pata de un metro de ancho, es muy fácil ignorar un simple pie humano—. *Es un hombre y va descalzo".*

Cerón no quiso preguntarle cómo sabía si era de un hombre o una mujer y aceptó su idea sabedor de su dilatada experiencia. Buscó el inicio de las huellas sin resultado alguno, parecían comenzar en mitad de la batalla entre ambos dragones y se alejaban de allí. Cabía la posibilidad de que hubiese sido un viajero, pero en aquel mundo frío y peligroso, ¿quién emprendería un viaje en solitario? El sur de la cordillera era el territorio de los Cazadores, los únicos humanos que se atrevían a desafiar al frío y a los dragones.

Por un momento se imaginó a un Tharbrins apareciendo debido al fuego de la batalla y se planteó que podían ser suyas sus huellas. Desechó la idea al instante, pues la nieve a su alrededor se evaporaría.

"¿Tarnicis quizá? —pensó incapaz de atar los cabos que aparecían a su paso. Si hubiese sido el barco de Praedesi, ya habría recibido una paliza por ello—. *No, para empezar sus pies no son de los de un hombre. Me rindo, no sé qué está ocurriendo aquí".*

"Sigamos sus huellas —dijo Nefrén—. *Lo más probable es que sea un Cazador. Si lo es, al ayudarlo puedes cambiar su opinión de nosotros. Y si es un Calán pequeño, le ayudaremos".*

"¿Y si es Praedesi?".

"Lo mataremos. Este mundo lo que menos necesita es a más facciones con sus propios intereses. Además, la Oscuridad ya es demasiado poderosa aquí. ¿De verdad permitirías que alguien trajera las runas negras a este mundo? —aseguró como si la muerte no

fuera para él más que una vela que apagar, si bien era verdad que el drugano era la única criatura que había regresado tras pasar el último camino. Si alguien podía hablar así, ese era él".

Cerón obvió que él traía las runas negras y asintió conforme a su teoría. Continuó la marcha siguiendo el rastro de huellas, en un principio vacilantes, casi torpes, tanto que no fueron pocos los tropiezos que la nieve revuelta les reveló. Las huellas se hundían en la nieve tanto o más que las del mago, por lo que este entendió que debía de ser como mínimo como él de grande, si no más, aunque era difícil de saber.

Poco a poco las huellas ganaron fuerza y ritmo, como si fuera un niño que aprendiera a caminar de nuevo. En un principio, Cerón pensó que estaba herido cuando vio cómo vacilaban sus pasos. Sin embargo, ahora que estos habían ganado firmeza, desechó por completo la idea. Fuera quien fuera el que había dejado el rastro, no estaba herido en absoluto, lo que encajaba poco o nada con su procedencia. Aquel hombre había estado presente durante la batalla de dos dragones, ¿cómo había podido salir airoso? ¿Por qué había dejado el dragón victorioso que escapase?

Eran muchas las dudas y muy pocas las explicaciones, tal como todo lo que parecía ocurrir en aquel maldito mundo helado. Se abrazó a sí mismo y desvió más energía a sus hechizos para protegerse del frío. Por suerte, allí abajo sí que eran suficientes para mantenerlo caliente, o todo lo caliente que se puede estar. La diferencia con la cordillera donde conoció a Jéssica era más que notable, casi un alivio en realidad. Campos abiertos, maleza intermitente y leguas y leguas de nieve eran sus únicas distracciones, lo que le permitió tomarse un tiempo para ordenar sus pensamientos, tiempo que Nefrén le permitió. Tal vez no resolviese nada, pero necesitaba aquel ejercicio mental.

Revisó sus recuerdos, sus objetivos, sus pasos y organizó el ingente número de secretos de los que no tenía idea de cómo resolver. Sin embargo, lo que más ocupó su mente fue Kelldom y su voluntad de encontrar a los dioses. Cerón entendía que quería

acabar con ellos, la cuestión era el cómo y el por qué. El Conducto de la Diosa parecía ser el camino para su victoria, pero era incapaz de ver el verdadero propósito del Mago Negro. La inmortalidad ya la había obtenido, lo que le provocaba una poco sutil envidia en Cerón. Sin embargo, esta no parecía suficiente para él.

Kelldom quería acabar con ellos, pero ¿para eliminarlos o para suplantarlos? La envergadura de lo que trataba de conseguir era inconcebible, inabarcable para cualquier mente racional. De lograr acabar con todos ellos, las consecuencias serían imprevisibles.

En otro tiempo hubiese aceptado que la locura lo empujaba a cometer semejante imprudencia, pero después de su conversación con Tarnicis, Cerón ya no pensaba igual. El Mago Negro no era la criatura terrible de las leyendas de humanos y druganos, sino una persona con un propósito, una idea y una dirección. No eran elucubraciones de una mente enajenada, sino el objetivo de alguien demasiado cuerdo para que el resto del mundo comprendiera la envergadura de lo que estaba creando.

Sus métodos eran crueles, cierto, pero solo eran el camino a su objetivo, no un fin en sí mismos. Los druganos blancos dirigían el mundo con una conexión con su diosa que ninguna otra raza tenía, al menos hasta que Cerón conoció a los Calán. Kelldom creía que Sonthorn era el último nexo de unión con Irena, pero no lo sabía todo, pues la diosa le había hablado a Egon durante su viaje de retorno a su propio mundo. No eran sus alas blancas las que lo unían a su diosa, lo que hacía que la teoría del Mago Negro se debilitase para esperanza del mundo.

"Las huellas se han detenido —dijo Nefrén en su cabeza interrumpiendo sus pensamientos. Cerón se detuvo y observó el rastro que le indicaba el drugano. Este parecía capaz de recibir la información de sus sentidos que el propio mago ignoraba, absorto en sus pensamientos—. *Y giran a continuación hacia el oeste".*

Cerón miró en la dirección que seguían las huellas. Estas desaparecían a media milla de allí de forma abrupta. El mago frunció

el ceño y potenció su vista confirmando que las huellas se esfumaban, sorprendentemente, a la mitad de un paso. Ladeó la cabeza tan extrañado como Nefrén.

—Allí no hay nada.

"Algo hay, pero no sabes qué es —le corrigió Nefrén. Cerón puso los ojos en blanco".

—Vamos a averiguar qué es.

Cambió de dirección y siguió las huellas hacia el oeste. Estas eran más rápidas, casi desesperadas.

"No —se corrigió el mago—. *Desesperadas no. Furiosas".*

Las zancadas eran más largas, rápidas y se hundían mucho más en la nieve, lo que le debió de costar muchas más energías. Quedaba claro que había encontrado su objetivo, fuera cual fuese. Sin embargo, cuando llegaron hasta la última huella, la situación no se había aclarado. Tal como había visto cuando cambiaron de dirección, las huellas se detenían de forma abrupta, tanto que una de ellas se mostraba a la mitad.

Cerón se situó al lado de la última huella del suelo y observó que el espacio de medio pie estaba marcado en la nieve, mientras que la punta del pie había desaparecido. Su mente trabajó rápido y una hipótesis fue tomando forma. Recordó cuando había llegado al Nido la primera vez y lo encontró oculto tras una ilusión lograda gracias a la habilidad de los Calán.

—Los Cazadores —murmuró ladeando la cabeza. Inspeccionó los hechizos que protegían su cuerpo así como los que debían advertirle ante cualquier magia cercana sin que ninguna detectara nada. Chasqueó la lengua al asumir que su magia era incapaz de detectar las habilidades de los Cazadores. Su desconocimiento sobre ellos era tan grande como incomprensible.

Dio un nuevo paso siguiendo las huellas del humano que rastreaban y se encontró de frente con una amplia zona despejada

por completo de nieve. Los restos de los pequeños árboles talados se repartían por el lugar como si hubiesen sido arrancados con desesperación. La cuestión era, ¿para qué? En aquel mundo no había fuego y Cerón ya lo asumía como algo extraño incluso para él. Continuó observando el lugar y pronto la respuesta apareció ante sus ojos.

El suelo de tierra mostraba el recuerdo de varias hogueras repartidas por lo que ahora entendía que debía de haber sido un campamento improvisado. Miró en todas direcciones tan incrédulo como el día en que entró en el Nido, incapaz de asumir que algo así pudiese pasar desapercibido a sus ojos y a su magia. Sin embargo, lo que más llamó su atención fue un hombre desnudo en el centro del campamento, que golpeaba con furia dos trozos de piedra entre sí sobre una improvisada cama de ramas pequeñas.

Sus dientes castañeaban y su cuerpo parecía seguir el mismo movimiento involuntario. Su piel azulada confirmaba que su cuerpo amenazaba con claudicar ante el frío. A juzgar por la intensidad del color azulado y sus dedos torpes y rígidos, le quedaba muy poco tiempo para poder escapar de la muerte. Cerón entró corriendo en la ilusión dispuesto a impedirle completar su desesperado intento por entrar en calor.

—¡No! —gritó iniciando la carrera—. ¡Detente!

Pero el hombre ni siquiera levantó la vista y siguió golpeando las piedras con desesperación más rápido. Cerón pronunció un hechizo de viento que impediría al hombre cometer la imprudencia que buscaba. Sin embargo, sus palabras se perdieron en el aire sin resultado alguno. Sacudió la cabeza tan incrédulo como desconcertado. Echó a correr hacia el hombre, si no podía impedírselo con la magia, lo haría con las manos.

"¿Qué ocurre? —le preguntó a Nefrén en su cabeza. Sin embargo, el drugano no respondió. Se concentró por un instante en el vacío que sentía de nuevo en su mente y no le costó reconocer que había vuelto a desaparecer. La sensación de desamparo era

demasiado similar a cuando se encontró con Cassius y Cerón asumió lo que estaba viendo—. *¡Los Cazadores!"*

El hombre hacia el que corría debía ser uno de ellos. Imaginó que se habría quedado atrás por alguna razón que desconocía y regresaba al campamento. El cómo había logrado crear la ilusión y desbaratar su magia a la vez era algo que pensaba descubrir, porque hasta dónde él sabía, los Cazadores tenían solo una habilidad.

—¡Detente! ¡Los atraerás!

Pero el hombre no se detuvo. Un reflejo de esperanza apareció en sus ojos cuando una pequeña chispa emergió de entre las piedras, lo suficientemente fuerte para iniciar las llamas en las delgadas ramas. Tiró las piedras al suelo y se inclinó sobre el fuego, que comenzó a soplar con cuidado tratando de darle vida. Cerón tuvo que decidir en un breve instante qué hacer y a su modo de ver solo tenía dos opciones completamente contrarias.

Podía detener al hombre con su magia de telépata, rompiendo la promesa que había hecho a Nefrén y descendiendo a ciegas un nuevo escalón hacia la locura, uno que no sabía si podía ser el último. Era terriblemente arriesgado solo para impedir que un hombre entrase en calor.

Sin embargo, la otra opción era confiar en lo que estaba viendo. Un campamento de Cazadores y uno de ellos con la capacidad de usar dos de sus habilidades al mismo tiempo. No encajaba encontrar a aquel hombre allí desnudo luchando por entrar en calor, pero en realidad nada encajaba con él.

"Por los Dioses Desaparecidos, ¡si ha sobrevivido a la batalla entre dos dragones! —exclamó mentalmente".

No entendía qué estaba pasando allí, pero tampoco comprendía qué había ocurrido casi en los tres últimos días. Se sentía como el muñeco de trapo de una diosa caprichosa e irascible que ponía ante él encrucijadas inesperadas. Si todo aquello era idea de Calandra, debía escucharla. Sin embargo, en aquel mundo

también estaba Tarnicis y la misma Oscuridad. ¿Cómo descubrir la verdad con solo un instante para entenderla? Cerón era un hombre que meditaba sus pasos, que analizaba las consecuencias de cada uno de sus actos. El único que era capaz de decidir en un instante el camino, la verdad es que no siempre con acierto, era Sonthorn.

En los pocos pasos que ganó hasta decidir, el mago tuvo tiempo de preguntarse qué haría Sonthorn en su lugar. La respuesta fue tan firme como obvia: Sonthorn habría confiado y habría asumido las consecuencias de su decisión. Tanto si detenía al hombre con su magia como si se defendía de los Tharbrins, tendría que usar su magia.

Pero no siempre es fácil elegir el camino adecuado.

—¡Yo haré que entres en calor, no los atraigas! —le gritó buscando una opción intermedia que no fuera condenar el mundo a su locura ni confiar en el criterio de un hombre congelado.

El hombre levantó la cabeza hacia él por un instante y alzó la mano ordenándole que se detuviera. Regresó al momento a su pugna por dar vida a la pequeña brasa que luchaba por alzarse ante él gracias a su aliento.

Era ahora o nunca.

—Mierda.

Cerón se detuvo y confió. Alzó las manos y contempló cómo una única llama se alzaba devorando con timidez el primer trozo de madera. Pronto se le unieron muchas más mientras el hombre sonreía echando más y más combustible sobre el fuego. Este se reflejó en sus ojos que, para sorpresa del mago, no mostraron signo alguno de locura.

Aquel hombre sabía lo que hacía y quería hacerlo, no era una respuesta irracional al frío que sentía, sino que buscaba el fuego. La cuestión era, ¿traería este algo más?

Cerón observó las llamas casi tan desesperado como el hombre desnudo. Sujetó la espada y esperó.

CAPÍTULO 4

EL YUGO DE LA LUZ

Tristán, Ónice y Sonthorn clavaron sus ojos en el hombre que se alzaba desafiante ante ellos, asomando por la entrada de la cueva de Byford sin ningún arma en las manos con la que defenderse. Sin embargo, Sonthorn ya les había relatado el uso de su magia rúnica en su encuentro anterior, por lo que ninguno de ellos se dejaría sorprender.

—¿Esto es lo que encontraste? —preguntó la drugana sin la más mínima intención de ocultar el asco que le producía. Sin contar a Neyvel, aquel era el primer neutral que conocía y su aspecto no hacía que cambiase de opinión sobre ellos—. No parece más que otro neutral cobarde con aires de grandeza. —No se iba a guardar su opinión, nunca lo había hecho.

El hombre amagó una sonrisa irónica y se concentró en los ojos de la drugana. Su espada refulgía roja en contraste con la azulada del guerrero.

"Deja que hable, no lo mates".

"Me da a mí que, cuanto más hable, más ganas tendré de matarlo".

—Una servidora de la Oscuridad —respondió el neutral sorprendido. Frunció el ceño desconcertado. Miró de nuevo a Sonthorn y a Tristán, ambos con la misma mirada plateada—. ¿Cómo es posible?

Ónice ardió de rabia ante la palabra. Dio un paso al frente y Sonthorn la detuvo poniendo la mano en su hombro. Ella se soltó de un manotazo, pero se contuvo y no trató de matar al neutral, al menos por ahora.

—Yo no sirvo a esa zorra, maldito cobarde. No tienes derecho a hablar ante mí siquiera, eres solo la escoria que se ha escondido lejos del mundo. Has escondido la cabeza por miedo a perderla. Eres despreciable, indigno de mirarme siquiera.

—Una drugana negra —se corrigió—. Junto a un Silvano. ¿Es auténtico? Sus alas no eran reales cuando lo vi por primera vez. Por eso lo dejé vivir.

El neutral señaló a Sonthorn. Su gesto se había relajado levemente y la drugana se percató de ello. Una sonrisa apareció en su rostro mientras trazaba un plan tan improvisado e imposible como los de Sonthorn. Era tan improbable que a la fuerza tenía que salir bien y, si no era así, le echaría a él la culpa por empujarla a actuar así.

Un plan en el que ella ganaba sí o sí.

—Tan real como mi espada. ¿Quieres que te la enseñe de cerca? —le amenazó sin rodeos.

—Ónice…

"Cállate y confía en mí".

La drugana dio un nuevo paso hacia el neutral. Su furia crecía a medida que hablaba. Su arma refulgía cada vez con más intensidad en su mano. Tristán palidecía con cada palabra, atónito, dudando si intervenir. Miró a Sonthorn y ante su confianza en la mujer, tragó saliva y mantuvo su posición.

—Mereces que te golpee por cada uno de mis antepasados que siguió luchando contra ellos mientras vosotros os escondíais en vuestros palacios dorados. ¿Crees que no sé lo que hicisteis? No sois más que basura, escoria en una bota. Vuestras vidas valen menos que el polvo sobre mis alas. Atrévete a hablar de nuevo y te juro que te arranco las tuyas en cuanto llegue la noche. Arrodíllate ante mí y suplica mi perdón.

"Sutil…"

"Efectiva".

El neutral observó a la drugana con fijeza. Su mano se abrió y cerró mostrando duda en su movimiento. Al final y para sorpresa de los tres, se arrodilló y apoyó las manos en el suelo obedeciendo las órdenes de Ónice.

—Ha llegado en tiempos difíciles, mi señora —aseguró con la voz desgarrada. Ni siquiera miró a la drugana y se limitó a rendirse ante ella—. Solo las sombras pueden acabar con la luz corrupta que nos gobierna. Necesitamos tus alas más que nunca.

—Tiene que ser una broma —aseguró Tristán.

El neutral levantó la vista hacia él. Su mandíbula se tensó y unas líneas doradas brillaron en su brazo. Estas se extendieron hacia delante mostrando un arma mágica similar a una espada corta que continuaba su brazo como si fuera parte de él.

—Pídelo y acabaré con ellos aquí y ahora. —Se puso en pie y un escudo creado por líneas doradas apareció en su antebrazo izquierdo.

—Él es humano y él está a mi servicio —aseguró señalando a Tristán y a Sonthorn—. No te enfrentarás a ellos o te enfrentarás a mí.

—Él es un Silvero —masculló entre dientes— y él tiene sus ojos.

—Que se ha redimido y me está ayudando a salvar a mi raza. Ambos han comprendido que solo las sombras muestran la verdad.

—La luz no permite ver las noches. —El neutral estaba de acuerdo—. ¿Cómo se llama mi señora?

—Mi nombre es Ónice. —La drugana guardó la espada en su funda y miró las armas del neutral. Enarcó una ceja y señaló con un gesto su magia—. ¿En tu mundo no existe el respeto? Guarda tus armas y dime quién eres y qué haces aquí. Y hazlo rápido.

El neutral observó a Sonthorn con un odio visceral y a Tristán con una mueca de asco. Se humedeció los labios dubitativo e hizo desaparecer sus armas para regresar sus líneas a su brazo. Estas se convirtieron en los tatuajes negros grabados sobre su piel habituales. Respiró hondo tratando de controlarse. Sonthorn y Tristán guardaron sus armas a su vez.

—Mi nombre es Vórian, mi señora.

—¿Por qué crees que soy tu señora? No te conozco de nada —le espetó con su característico desprecio. Sonthorn tuvo que reconocer que resultaba del todo efectivo— y yo no soy señora de nadie.

El neutral amagó una sonrisa.

—Porque todo aquel que luche contra los asesinos blancos será mi aliado. Los druganos negros los habéis doblegado en el continente, no puedo por menos que inclinarme ante ti.

—Me gusta oír eso —reconoció la drugana. Sonthorn fue incapaz de saber si decía la verdad o solo actuaba. Algo le decía que, si no era cierto, tampoco le desagradaba la idea—. ¿Cómo no habéis sido capaces de libraros de unos pocos y estúpidos alas blancas por vuestra cuenta? No sabía que quedase alguno con vida fuera del continente.

El hombre chasqueó la lengua molesto. Miró a Sonthorn y recordó cómo le había derrotado en su propio mundo.

—Son muy buenos engañando a mis congéneres. Sus mentiras corrompen y dividen; sus promesas crean lealtades irreales.

—No te atrevas a… —reaccionó Sonthorn.

Ónice se giró hacia el guerrero y le dio un puñetazo en el rostro con todas sus fuerzas. El golpe fue tal que Sonthorn cayó de rodillas tratando de mantener la consciencia. Se tambaleó al tratar de ponerse en pie y cayó de nuevo. La drugana no se había controlado al mostrar quién estaba al mando allí y había usado toda su fuerza. Por cómo le pitaba el oído del lado golpeado, también gran parte de las fuerzas de Ágata.

Miró a Tristán tras ella y este inclinó la cabeza. Abrió los brazos y se arrodilló ante ella. Sus ojos negros brillaban en una oscuridad que parecía absorber la luz a su alrededor. Una sonrisa sincera de satisfacción llenaba su rostro.

—Cierra tu sucia boca, Silvero. Solo sigues vivo porque yo te lo permito. Recuérdalo antes de volver a enfrentarte a mis aliados —le espetó. Sonthorn agarró un puñado de nieve y se lo apoyó en el lado de la cara. Esta ardía y adormecía a cada segundo.

"Auch —le dijo".

"No me hagas repetirlo, esto me ha dolido más a mí que a ti. — El guerrero enarcó una ceja, sabía tan bien como ella que no era así —. *Arrodíllate y muestra el respeto necesario".*

Sonthorn obedeció y se inclinó tal y como Vórian había hecho antes. La drugana asintió conforme ante su sumisión y el neutral se maravilló ante la escena; sus ojos se humedecieron al ver a un drugano blanco arrodillado ante una drugana negra.

—Tú… tú puedes salvar mi mundo —dijo tan incrédulo como esperanzado. Su voz sonaba emocionada—. Eres de quién hablan las leyendas.

—Me importan una mierda tus leyendas. ¿Quién es ese drugano blanco de tu mundo y dónde está para que pueda acabar

con él? —le espetó. Ónice estaba más que cómoda con su papel, casi se podría decir que aprovechaba el momento para desinhibirse por una vez desde que había conocido a Sonthorn. Al fin podía actuar como le habían enseñado y eso era en parte liberador.

—Es… una drugana blanca, no uno —aseguró. Ónice enarcó una ceja y miró a Sonthorn. Este, incapaz de seguir el papel como ella, alzaba el rostro hacia Vórian sorprendido. La drugana le dio una patada en el abdomen con más fuerza de lo necesario para mantener la tapadera.

—No te he dicho que levantes la vista del suelo. —Se volvió hacia Vórian—. Y tú, ¿dónde está? ¿Cómo llego hasta ella?

—No será fácil, pero te llevaré ante ella —aseguró. Observó de nuevo a Sonthorn—. Pero no es buena idea que él nos acompañe.

—Espero no tener que repetirte cuánto me importa tu opinión o tus leyendas. Solo quiero acabar con ella. ¿Por qué no estás luchando contra ella? ¿Cobardía? Debe ser eso.

—Las criaturas del hielo son una amenaza más inmediata. Hemos venido a acabar con ellos. Después tendremos oportunidad de liberar a los neutrales de la tiranía de los druganos blancos.

—¿Quiénes habéis venido?

—Un pequeño grupo, no más de media docena.

—¿Acaso crees que podéis acabar con ellos solo con media docena? No me hagas reír.

—Cada uno de nosotros ha descubierto su propia habilidad. Somos más fuertes que el resto de los neutrales.

—Y aun así esa zorra blanca sigue viva. ¿Es así? —le espetó. Vórian asintió y bajó la cabeza—. ¿Dónde están?

—Tras el glaciar.

—¿Y qué haces tú aquí?

—Busco la manera de abandonar este mundo helado y consumido. Mi pueblo no podrá soportarlo mucho más. Ellos han hecho que la barrera caiga y ha arrastrado a los neutrales con ello —aseguró señalando a Sonthorn.

"Hasta ellos llega tu barrera".

"¿Mi barrera?"

—¿Aquí arriba? —preguntó la drugana.

—Sí. Y ahora que tú también has venido, sé que es el lugar correcto. De no ser así, ¿qué habría venido a buscar una drugana negra como tú? Tiene que ser aquí, estoy seguro.

Vórian se volvió y miró hacia el interior de la cueva. Dibujó una runa dorada y esta brilló ante él. La empujó hacia el interior de la cueva y esta se llenó de luz al instante.

Tristán miró a Sonthorn con los ojos abiertos de par en par.

"Runas doradas —pensó el guerrero por los tres—. *Manejan las runas doradas también. ¿De qué más son capaces? ¿Qué ha querido decir con lo de que han encontrado su habilidad?"*

"Pienso averiguarlo, me cueste lo que me cueste".

La nieve comenzó a caer sobre los cuatro.

—¿Has encontrado algo? —preguntó la drugana.

—Aún no.

Ónice se volvió hacia sus compañeros.

—Quedaos aquí fuera, escoria. Yo estoy harta de frío. Vórian, enséñame la cueva, tal vez yo sí vea algo que tú no hayas sido capaz.

La drugana avanzó y el rostro de Vórian se iluminó. Ambos se adentraron en la cueva dejando a los dos ojos plateados solos en el exterior.

—¿Es cosa mía o parece que le gusta ese papel? —preguntó Tristán. El guerrero no respondió y se quedó quieto observando cómo la drugana se adentraba en una cueva desconocida junto a un neutral que había jurado que acabaría con él—. Esto no me gusta.

Sonthorn creó una esfera de protección a su alrededor y se cubrió de la nieve sobre él. Invitó a Tristán a adentrarse y este prefirió seguir a la intemperie por el momento. El frío ayudaba a pensar y Tristán tenía mucho en qué meditar, al igual que el guerrero. Un mundo neutral en decadencia era inesperado por completo. Sin embargo, el de Egon parecía zozobrar también. ¿Por qué no ambos? El guerrero se concentró en recordar todo lo que Valeria le había contado a Neyvel y que este le había relatado a la drugana. Una historia narrada por tres interlocutores no era la fuente más fiable.

Observó a Ónice desaparecer en el interior y solo esperó que tuviera cuidado. Él estaría atento a ayudarla de ser necesario.

—Confía en ella —pidió a Tristán.

—Ya, y en la diosa, ¿no? —Sonthorn asintió ante sus palabras. No podía hacer nada más.

En el interior de la cueva, la runa avanzaba a medida que ambos druganos se adentraban en ella.

—¿Por qué los mantienes vivos? —preguntó Vórian en cuanto estuvieron a solas.

A ambos lados de la cueva aparecían varias estancias pequeñas que, a juzgar por los restos que había en ellas, debían de haber sido las guaridas de las que Tristán les había hablado. Al fondo aparecieron los restos del espacio en que situaban el fuego que mantenía vivo al lugar. Sin embargo, ahora que ninguna llama calentaba el lugar, el frío se había apoderado de él y el hielo había vuelto a cubrirlo todo.

—Métete en tus asuntos, neutral —le espetó. No le hacía falta esforzarse para mostrar el desprecio que sentía por él y por toda su

estirpe. Chasqueó la lengua cuando recordó que Sonthorn mostraba las mismas alas doradas que ellos debían de poseer. Tal vez no fueran tan inútiles como creía que eran. Se obligó a bajar el tono ligeramente hacia él—. Me ha servido bien e incluso ha matado a otros de su raza para protegerme.

—Quizá por eso sus alas sean doradas —teorizó—. Ha debido de abandonar su legado y se ha vuelto neutral. De ser así, tal vez merezca vivir a pesar de todo.

Ónice enarcó una ceja, era una salida demasiado perfecta para la situación. ¿Sería capaz ese neutral de saber algo así? ¿La estaría poniendo a prueba? Su instinto le decía que algo tan sencillo no debía ser real. Pensó en la drugana blanca que odiaba aquel hombre y se percató de que jamás se refirió a ella como neutral. Si era tan cruel como decía y si seguía su lógica, ella sería negra o al menos dorada.

No encajaba.

—No seas estúpido —le espetó mientras recordaba la conversación de Sonthorn previa con el neutral—. Nadie puede cambiar sus alas. Él carga con el don de Calandra.

—Calandra es un nombre peligroso en mi mundo.

—¿Por qué?

—Porque nos abandonó. —Vórian hablaba con seguridad—. Nos dejó olvidados en este mundo.

—Vosotros os fuisteis del mundo cuando no soportasteis la guerra. No hay más responsables que vosotros y vuestra cobardía.

Vórian se detuvo y miró a la drugana con intensidad. Sus ojos dorados eran mucho más vivos que los de Neyvel. *El Inmortal* podía tener toda la historia bajo su nombre, pero el neutral que tenía ante ella tenía la vitalidad y la determinación de la que carecía él. Ónice apartó los ojos de los suyos molesta y observó su brazo tatuado. Las líneas del mismo serpenteaban por su piel ocultándose entre la

armadura de cuero y metal dorado cubierto de delicados grabados. Ónice se preguntó hasta dónde llegarían aquellos tatuajes. Sacudió la cabeza furiosa.

—Eso no es lo que dice mi pueblo —dijo Vórian. La drugana se apartó de él y llegó hasta el fondo de la cueva. Observó la entrada a lo que debía de ser la cueva de Radnor y la reconoció al instante. El olor seguía siendo intenso. Volvió al lugar del fuego donde el neutral la esperaba—. Los neutrales no abandonamos el continente.

—Solo he sabido de dos neutrales en toda mi vida: uno está muerto y el otro lo parece. —Ónice no había visto a Roland, pero el recuerdo de él de Sonthorn era demasiado intenso y casi lo volvía suyo—. ¿Os escondíais bajo tierra entonces?

Un escalofrío la recorrió al recordar a los enanos y a Ágata. Vórian negó con la cabeza.

—¿Cuál es tu habilidad? —preguntó el neutral pillando por sorpresa a la mujer.

—¿Qué? ¿Qué habilidad? —No tenía ni la menor idea de qué estaba hablando. El neutral frunció el ceño extrañado. La miró de arriba abajo y la drugana sintió que la desnudaba con los ojos. No le molestó en absoluto.

—Cada drugano tiene su propia habilidad, por supuesto. Una magia única y especial que solo él puede hacer. Yo puedo adentrarme en el plano en el que solo las mentes llegan. Nadie más puede hacerlo.

—El drugano blanco que me sirve es capaz de hacer lo mismo. ¿Eso es todo lo que tienes? —se burló.

—No sé cómo puede hacerlo —reconoció a regañadientes—. Nadie ha podido jamás. Siempre he sido el único que ha podido hacerlo.

—No me impresionas en lo más mínimo —le espetó la drugana.

—¿Cuál es tu habilidad entonces? —Vórian se acercó más a ella.

—No es asunto tuyo.

Ónice lo apartó de un empujón y sintió la fuerza de su pecho, la brutalidad de un cuerpo forjado a base de dominar tormentas.

—Pero no es lo único para lo que sirve. También puedo transmitir mis recuerdos desde ese plano.

La drugana se volvió hacia él. Aquella parte sí le interesaba.

—Muéstrame a esa zorra —pidió al instante. Deseaba ver a aquella drugana blanca con sus propios ojos más que nada en el mundo. Si existía una única drugana blanca más con vida, ¿cómo afectaría a Sonthorn?—. Quiero ver por qué no has sido capaz de matarla.

Vórian asintió. Sus tatuajes danzaron sobre su piel brillando con su propio fulgor dorado. Llegaron hasta su mano como extrañas serpientes, chasqueó los dedos y el mundo cambió a su alrededor. Ónice solo pudo escuchar mientras el neutral le mostraba sus recuerdos. No trató de resistirse.

—Si vuelves a mirarme siquiera… —me dice la única drugana blanca de este mundo para luego suspirar frustrada ante mí—. Arrodíllate.

Deseo con toda mi alma que sea la última. Si por mí fuera, ahora mismo acabaría con ella aunque ello me condenase a la muerte a mí. Pero no puedo y lo sé tan bien como ella. Me arrodillo tal y como ordena. "Vive ahora y lucha mañana", me digo. Agacho la cabeza y miro al suelo donde la sangre se acumula bajo mis manos. A pesar del frío, el líquido carmesí aún está caliente. Un gemido a mi lado me confirma el motivo. Cierro los ojos cuando escucho una lanza clavándose en un cuerpo condenado. ¿Es una muestra de clemencia? ¿Odio tal vez?

No, ella jamás ha tenido clemencia por nadie.

Tan joven y tan cruel. Esos ojos blancos han visto suficiente muerte para mil vidas consecutivas. Un suspiro irónico escapa de mis labios antes de que pueda retenerlo. Ella se da cuenta, ella se da cuenta de todo.

—¿Te diviertes?

Escucho sus pasos acercarse hacia mí ignorando la sangre que pisa. Se detiene ante mis manos.

—No, mi señora. —Me obligo a responder. No hacerlo es morir y yo antes tengo que acabar con ella.

—Esto lo habéis provocado vosotros —asegura por encima de mí alzando la voz. Se dirige a su público, el único ante el que no es necesario que hable, ellos firman todo lo que salga de su boca. Los que no acatamos sus palabras… bueno, en mis manos está su recuerdo. "¿Por qué no acaba conmigo?", pienso. "Soy el líder de todos los rebeldes"—. Os prohibí usar vuestra magia. ¿He sido cruel por ello?

—No, Gran Señora —dijeron a mis espaldas. Sus voces me repugnan más aún que la sangre bajo mis manos. Al menos los héroes cayeron con orgullo. No hay honor en sus palabras. Casi puedo verla sonreír ante su respuesta.

—Los Grandes Señores buscamos lo mejor para los neutrales. Cuidamos de vosotros desde hace siglos. ¿Es esta la manera adecuada para compensar nuestro sacrificio?

"¿Tu sacrificio? —No sé si siento más náuseas u odio hacia ella".

Cientos de años bajo el yugo de su familia, bajo su tiranía disfrazada de democracia en la que nadie elige a alguien que no sea un drugano blanco para gobernarnos. El recuerdo de la Diosa aún está presente en todos nosotros. Ella dispuso a los druganos blancos como líderes, ¿cómo podíamos rechazar su voluntad?

El problema es que esa misma voluntad es la que nos ha condenado. Ya no somos nosotros mismos. Nuestras alas no brotan en la noche, ya no cantamos canciones, ya no tallamos la piedra. El arte se ha perdido junto a nuestra capacidad de alzarnos. Somos tan pocos los que luchamos por algo que ya no estoy seguro ni de que seamos la mayoría. Somos el rebaño y ella la pastora.

Cáscaras vacías a su servicio.

—Habéis destruido la barrera —continuó con sus mentiras, como si de tanto repetirlas fuesen a hacerse realidad—. Estos traidores han creído que su mano era más digna que la de Calandra. Y ¿qué han conseguido con su acción? Solo tormento para sus hermanos. ¿Deben pagar por ello?

—¡Sí!

—¡Deben pagar!

—¡Su destino es la muerte!

Me atrevo a mirar hacia ella y la veo sonreír. Es tan hermosa como cruel. Su pelo blanco a juego con sus alas y sus ojos plateados cae sobre sus hombros ondulado, agitándose al ritmo en que ella niega con la cabeza. Porque, con ella, nada es jamás lo que parece.

—Su destino no es la muerte —asegura mientras se aparta de mí y se acerca al neutral que yace aún con lanza clavada. A su lado, uno de los guardias del Martillo arranca el arma de su espalda emitiendo un sonido que he escuchado demasiado a menudo—. Su destino nunca debió ser la muerte. Es la diosa la que debe decidir quién vive o quién muere. Jamás debió obligarme a decidir a mí, jamás debió enfrentarse a mí.

Tras de mí el público grita contra el cadáver como si pudiera oírlos. Tal vez debería decir su público, al fin y al cabo le guardan una devoción tal que parecen inmunes a sus crueldades. Son unos fanáticos que encuentran en ella el motivo de su existencia igual que hicieron con su padre.

"No, igual no —me digo al recordar que incluso él fue un gobernante mucho más sabio y, desde luego, mucho menos cruel—. Ella es peor y desde la caída de la barrera su crueldad se ha intensificado".

—Pero soy magnánima —asegura y a punto estoy de echarme a reír, lo que habría sido mi muerte. ¿Me dolería? Me asalta un nuevo impulso por reír que controlo a duras penas. Claro que no me dolería, ¿para qué vivir sin un propósito, sin un horizonte hacia el que viajar? Pero dejaría a muchos hermanos a su merced y no estoy dispuesto a dejarla ganar cuando parece que soy el único que es capaz de ver lo que hay en su interior.

Puede que su belleza y juventud, que su dulzura y sus ojos plateados los engañen a todos ellos, pero conmigo no ha podido y no podrá jamás. Sé lo que hay en el interior de un drugano blanco, sé el mal que habita dentro de él, sé de la sombra que lo consume, que lo corrompe un poco más con cada latir de su negro corazón.

—Cada una de las vidas de los neutrales es valiosa y debo protegerlas —asegura como si no fuera ella quien haya segado la vida de todos esos neutrales que dice proteger—. Pero para protegerlas me veo obligada a tomar decisiones difíciles. Un niño debe ser corregido, un animal guiado. Si os comportáis como niños malcriados o como animales salvajes, ¿qué esperáis que haga?

La drugana blanca suspira con un dolor fingido tan real que a punto estoy de creerlo. Incluso yo, que sé lo que es, a veces soy incapaz de verlo con mis propios ojos. Es su mirada blanca que hace imposible desconfiar de ella. Y cuando llega la noche y sus alas brillan con su resplandor blanco incluso yo debo apartar la mirada para poder seguir odiándola. Es su poder, su habilidad, ella corrompe las mentes de todos nosotros sin que nadie pueda escapar de su embrujo. ¿Cómo lo he logrado yo? Ojalá lo supiera, podría hablarles a mis hermanos y entre todos podríamos vencerla.

Y, sin embargo, no podemos. Pero estos años al mando la han vuelto confiada, cruel y rápida en sus decisiones. Sé que tiene un

plan que no logro comprender. Ella se cree la misma Calandra y dice hablar por ella. Estoy seguro de que daría su vida solo por la oportunidad de ser una Diosa.

El problema es que todos los neutrales parecen opinar lo mismo, somos realmente pocos los que logramos entrever su maldad. ¿Cuántos quedarán mañana vivos? Soy incapaz de imaginarlo, pero no serán muchos y, desde luego, yo no seré uno de ellos.

—Llevaos a estos traidores y dejadme a solas con el prisionero —ordena a los presentes que al momento obedecen su voluntad. Ambos nos quedamos a solas ante el altar creado para el recuerdo de los druganos blancos. Incluso yo, que odio a esta mujer como jamás nadie podrá odiar, debo admitir la belleza de la talla de piedra, el recuerdo de una época en la que el mundo nos pertenecía y no al revés—. Levántate.

Obedezco. No puedo evitarlo. Cuando concentra su poder en mí soy incapaz de soportarlo. Sus palabras son órdenes, sus deseos son mis deseos. Daría la vida por ella, mataría por ella. Me alzo y la miro a los ojos. El color blanco brilla con intensidad sobre mí. Trago saliva tan enamorado de ella como el primer día que la conocí.

—Te ves bien —me dice. Siento ganas de reír pero mis músculos no me obedecen. Ella tiene absoluto control sobre mí y lo sabe—. ¿Por qué me haces esto?

Percibo el dolor en sus palabras, un desgarrador dolor imposible de soportar sin perder la cordura. ¿La ha perdido ella? ¿Ha sido por mi culpa? ¿La he perdido yo? Ya no sé qué pensar, pero su dolor corroe y desgarra mi alma. Solo puedo pensar en consolarla. Abro mis brazos y ella se refugia entre ellos. Apoya la cabeza en mi pecho y lo acaricia con las manos lentamente.

—Tu sitio está a mi lado, no contra mí —asegura y yo sé que es verdad. Ella es mi destino, ella es mi lugar, ella lo es todo para mí. Debo protegerla de todo aquel que trate de herirla.

—Sí, Lysandra —respondo—. Siempre estaré a tu lado.

Se aparta y me mira a los ojos. La comisura de su labio sube en un gesto que conozco y que deseo. Al instante noto cómo mis pantalones me aprietan y mis manos buscan las ataduras. Lysandra se aparta más de mí y me mira de arriba abajo.

—Se nota que quieres estar a mi lado.

—Siempre he querido. Siempre lo he deseado.

—Dime que me deseas.

—Te deseo.

Su ceño se frunce. Me mira suspicaz. Sus ojos brillan un poco menos.

—No es suficiente. Necesito más para confiar en ti. Has tratado de escapar de mi ciudad.

—Nunca quise hacerlo. Ellos me obligaron. Yo te serviré siempre.

Lysandra agita un dedo ante mis ojos y lo deja caer por mi pecho hasta mi cintura. Agarra mi pantalón y le da un tirón provocador. Baja la mano y agarra mi deseo por ella confirmando que eso es lo que quiero.

—Solo me buscas para esto. Pero yo valgo mucho más, ¿no es verdad?

—Mucho más, mi señora.

—Para ti es mi ama. ¿Ya no te acuerdas? ¿Me has olvidado tan rápido?

—No, mi ama. —Mi mente trae ante mis ojos las cientos de ocasiones que he pronunciado aquellas palabras. Ella es mi ama, mi diosa—. No, mi diosa.

Lysandra tiembla de excitación ante mis palabras. Una mano recorre su propio pecho antes de volver a mirarme.

—Entonces dame más.

—Te daría mi vida. Te daré mi vida.

Agita una mano con desidia. Ella ya tiene muchas vidas. Mi vida no es valiosa.

—Ya tengo muchas vidas en mis manos. Yo dirijo esta ciudad. Todos los neutrales están bajo mi protección. Quiero algo más de ti —asegura. Su mano desabrocha una de las correas de cuero de sus hombros. La armadura blanca desciende levemente tentando mi autocontrol. ¿A quién quiero engañar? Ella es quien me controla y me gusta. Alzo las manos hacia ella y se aparta risueña—. Quiero algo más de ti.

—Haré lo que pidas. Pídeme que haga lo que quieras. Pídeme lo que quieras.

—No es tan sencillo. —Una nueva correa cuelga inerte de su otro hombro y el peto desciende un par de centímetros mientras mi deseo arde con más fuerza. Sus dedos buscan su espalda y siento cómo mi sangre hierve en mis venas—. Quiero que me digas lo que sabes.

Parpadeo. El mundo parece romperse ante mí, una ventana de cristal se derrumba con estrépito mientras mi mente vuelve a caminar sobre un lecho de alquitrán espeso. Lysandra se acerca a mí y chasquea los dedos ante mis ojos. Sacudo la cabeza y la miro con profundidad tratando de comprender cómo he llegado hasta allí. Sus ojos brillan de nuevo. Son tan profundos y hermosos que soy incapaz de apartar la mirada de ellos.

—Cada día te resistes más —masculla entre dientes. Se quita el peto y me muestra sus formas de mujer. No soy capaz de resistirme y me abalanzo sobre ella, que me permite tomar su cuerpo con una rabia ciega, la misma rabia que adora, la misma furia que la colma —. Pero aún sé cómo conseguir que hables.

Siento sus dedos desabrochando mi pantalón y rujo desbordado por la pasión incendiaria que su cuerpo produce en mí.

Mis manos arrancan las escarcelas de su cintura, dejando que las placas se deslicen por sus caderas hasta golpear la piedra, liberando por fin el objeto de mi deseo.

—Tendrás todo de mí, lo que ordenes será tuyo. —La inclino hacia delante y me sitúo tras ella. Agarro sus caderas con fuerza.

Lysandra se libera de mis manos y se aparta. Se alza de nuevo y me mira a los ojos.

—Dime quién está a tu lado —me ordena.

Mi corazón late rabioso en mi sien. Mi cuerpo tiembla, mi carne palpita. Escucho un cristal romperse en mi mente y ella chasquea la lengua, frustrada. Agarra mi mano y la introduce entre sus piernas.

—Dime quiénes están contigo —me ordena de nuevo. Sus ojos blancos se concentran en mí.

—No… no puedo…

—¡Dime quién está de tu lado!

Trago saliva, no puedo decirlo. Ella se acerca a mí y me agarra sin sutilezas. Se gira y apoya su espalda sobre mí. Tira de mi pelo hacia su cuello y gime ante mi contacto.

—Dime quién está de tu lado. Dame nombres, solo eso.

Lysandra se agacha y dirige mi deseo hacia ella. Deja caer sus caderas contra las mías. Soy incapaz de guardar ningún secreto y con cada empujón le relato cada uno de los nombres.

Ella es mi ama, ella es mi diosa, ella lo es todo para mí.

La escena desapareció tan rápido como había llegado y Ónice abrió los ojos de par en par. Miró a Vórian cuyas lágrimas brotaban de sus ojos dorados.

—Ahora ya sabes de lo que es capaz y por qué no he podido matarla.

CAPÍTULO 5

UNA ALIANZA INESTABLE

—¿Qué narices ha sido eso? —preguntó la drugana a punto de vomitar. Se apartó de Vórian de un salto y se tapó la boca luchando por contener las náuseas. Logró controlarse a duras penas. Convocó su magia para forzar al viento a adentrarse en la sala buscando un poco del aire que le faltaba.

El neutral no se acercó a ella y se mantuvo a una distancia prudencial. Su rostro mostraba la desolación más absoluta ante sus actos. Estaba roto por completo por dentro. Ella lo había roto hasta casi entregarlo a la locura. Lo había utilizado, lo había humillado y lo había obligado a traicionar a sus compañeros.

—La verdad de lo que es un drugano blanco.

Ónice miró hacia la entrada de la cueva donde su propio drugano blanco esperaba a la intemperie. Observó furiosa al neutral.

—Tú eres débil —le espetó como si solo con entereza se pudiera resistir algo así—. Tú le has permitido vencerte.

Vórian asintió con dolor.

—No fui capaz de hacerle frente. Nadie ha podido jamás. Tú eres la única que ha logrado doblegar a un drugano blanco. Te

necesitamos. Tú debes liberar a los neutrales.

—¿Ni siquiera las mujeres neutrales se resisten?

Vórian negó con la cabeza. Con Lysandra no había distinciones. Ella dominaba, corrompía y destruía por igual.

—Ellas sufren sus artimañas de forma más intensa aún.

Ónice no quiso pensar en ello, pero no pudo evitar una ligera sombra de envidia ante el poder de aquella drugana blanca. Con algo así un drugano negro sería imparable. Un escalofrío recorrió su espalda y sacudió la cabeza antes de que la idea llegara a su mente y se concretara. Por suerte, sabía que no era verdad lo que el neutral le mostraba. Los Grandes Señores podían ser duros en sus decisiones y era cierto que no se dejaban aconsejar. Pero de ahí a lo que le mostraba Vórian… ni siquiera Kem sería capaz de algo así.

"No es capaz porque nadie tiene esa habilidad, no porque no quiera —se corrigió—. *¿De dónde ha sacado ese poder? Cualquier drugano negro daría un brazo por algo así…"*

—Los druganos blancos no tienen esa habilidad —le recordó Ónice—. Nadie la tiene.

—Porque esa es su habilidad única. Todos los druganos tienen una capacidad única y excepcional. Yo puedo adentrarme en el plano mental y gobernar en él, al menos hasta que tu siervo se adentró en él, nadie había sido capaz de hacerlo. Lysandra puede controlar la voluntad de quien tiene ante ella y la sabe aprovechar, igual que todos sus antepasados. Los druganos blancos gobiernan desde que se alzó la ciudad.

Ónice frunció el ceño. Recordó algo similar que Neyvel le había dicho sobre ello.

"¿Qué me dijo en concreto? Maldito neutral inútil, para algo que tenía que contarme y no fue capaz de hacerlo bien. —No tenía nada que ver que ella no prestase atención a los neutrales cobardes

y ajenos, no—. *Algo de una lucha en… el Yunque contra los neutrales del Martillo. ¿Eso mismo ha dicho él?"*

—Eso que me has enseñado del Martillo. ¿Qué es?

—Es… son los soldados de Lysandra. Su guardia personal. ¿Qué tiene de importante?

—Que ese término ya lo habían usado antes en una ciudad de neutrales bajo el gobierno del rey Egon. ¿Te resulta familiar?

Vórian negó con la cabeza.

—No hay ninguna otra ciudad. Todos los neutrales vivimos aquí.

O Vórian estaba equivocado por completo, lo cual no le extrañaría a la mujer, o se había perdido la memoria de los otros neutrales. Ónice recordó a regañadientes la historia del éxodo neutral y las palabras de la diosa cuando acabó con ellos para entregarles los artilugios. El neutral iba a continuar con su negación cuando ella alzó la mano pidiéndole silencio mientras recordaba.

—¿Cuándo se construyó vuestra ciudad?

—Es imposible de asegurar. Pero tiene más de mil años.

—¿Cómo llegasteis hasta aquí?

—Solo se recuerda lo que los antepasados de Lysandra han relatado. ¿Te fías de ellos?

Ónice chasqueó la lengua. Rechazó la explicación con un gesto de la mano. Prefería no saber nada a escuchar una historia a todas luces falsa. Sin embargo, aquellos neutrales estaban unidos a la fuerza a los que Valeria había conocido. No podía ser una casualidad que compartieran el mismo nombre para su guardia. Debía haber una conexión que se le escapaba.

—Quiero ver tu mundo —pidió, aunque su tono distaba mucho de lo que sería acorde a una petición—. Y mataré a tu drugana blanca yo misma. ¿Te parece bien?

El rostro de Vórian se iluminó gracias a la esperanza. Regresaba acompañado de una drugana negra capaz de derrotar a la propia Lysandra. Al fin vengaría a todos sus hermanos muertos por su debilidad.

—Liberarás a los neutrales —aseguró emocionado—. La ciudad será tuya si lo deseas.

La idea tentó a la drugana por un momento, luego recordó todo lo que todavía tenía que hacer para que el mundo siguiese con vida y apartó la idea. Además, hacía demasiado frío tan al norte para ella.

—Tal vez más adelante. Si os libero de ella, quiero que luchéis por el mundo que un día os negasteis a proteger. A mi lado.

Vórian sacudió la cabeza.

—¿Contra los druganos blancos?

—¿Qué? No, esos están a mi servicio ahora. Contra algo mucho peor.

—Los Uldenhar.

—No, tampoco. Algo mucho peor todavía. —La drugana recordó el problema con los engendros dorados—. ¿Qué os ocurre con los Uldenhar?

—Atacan nuestra ciudad desde que cayó la barrera y matan a nuestros animales. La ciudad desfallece de hambre por su culpa.

Ónice enarcó una ceja mientras se hacía una idea de lo que podía estar pasando entre todos ellos. No los culpaba en absoluto por atacar a aquellas cosas, ella misma deseaba librarse de ellos. Si no fuera porque ellos habrían de impedir que Ágata escapase, los dejaría abandonados en el hielo para siempre.

—Vosotros los atacáis incluso en su propio hielo —respondió tentándolo a explicarse.

—Si te refieres a lo que ha visto tu esclavo blanco, hemos sido solo nosotros. Un pequeño grupo tratando de impedir que escapen.

—Si tan peligrosos son, ¿por qué no envía la zorra esa al Martillo a acabar con ellos?

Vórian se mordió el labio y aspiró entre dientes.

—Porque está prohibido salir de la ciudad. Ni siquiera el Martillo sale jamás.

La drugana se contuvo a duras penas de insultarlos, despreciarlos y humillarlos por dejarse encarcelar. El recuerdo de lo que la drugana blanca había hecho con el neutral volvió para enfurecerla.

—¿Por qué? Si tan controlados os tiene, ¿por qué esa medida?

—Porque solo tras sus muros brotan las alas.

—Tiene que ser una broma.

—No. En la ciudad solo ella o el Martillo pueden cambiar. El resto estamos limitados. Solo quien ella decide es capaz. Como comprenderás, nosotros no seríamos parte de ellos.

—Tiene que ser una broma —repitió. La idea de abandonar a aquellos neutrales en su estúpida ciudad comenzó a crecer en su mente. No tenía la más mínima intención de ir a un lugar en el que sus alas no pudieran crecer. Bastante había tenido ya con no poder volar bajo tierra como para no poder hacerlo al aire libre. Se volvería loca—. Me volvería loca de ser así.

—No serías la primera y, por desgracia, no creo que fueses la última. Tras los muros de la ciudad no existe esa habilidad, salvo en Lysandra y el Martillo. Antes de que lo preguntes, no sé cómo lo hace.

—Tiene que haber una forma de conseguirlo. —Apartó la idea de su mente, no tenía importancia, el momento aún estaba demasiado lejos—. ¿Por qué no enviar sus tropas? No lo entiendo.

—Fuera de la ciudad pierde su poder. Tras los muros su hechizo no funciona…

—Y eso es peligroso para ella. —Vórian asintió—. ¿Os habéis escapado? ¿Cuál es vuestro plan?

—Era nuestro plan hasta que te conocí. Queremos destruir el glaciar sobre los Uldenhar. Tu esclavo lo impidió y tuvimos que avanzar a la siguiente parte del plan. Y última.

—La cueva de Byford. ¿Por qué? Dijiste que buscas la manera de abandonar este mundo.

Vórian se adentró en la habitación de piedra del gigante empujando la runa dorada ante él. Las preguntas de la drugana se acumulaban, pero hacía un buen rato que estaba harta de hablar. Sin embargo, Sonthorn no sería el interlocutor adecuado para el neutral. Tristán, con sus ojos plateados, tampoco lo sería. Chasqueó la lengua frustrada por completo.

—Fuera de la ciudad gobernaba Byford o, mejor dicho, él era su protector.

—¿El gigante loco? —Ónice recordó el cuerpo del monstruoso Vanhir caído en desgracia.

—No estaba loco, que yo sepa. Tal vez fuera un poco seco, eso sí. —La expresión "seco" se alejaba tanto de Byford como aquel lugar del calor de la ciudad de Firman—. Tenía un oso blanco aún más grande que él. ¿Los has visto? Hace semanas que no llega hasta las murallas, desde un poco antes de la caída de la barrera.

—Está muerto. Los dos están muertos —respondió con su habitual sutileza. El único que le daba un poco de lástima era el oso y solo por lo que Tristán les había contado sobre su muerte.

—Fueron los Uldenhar, ¿verdad? —El neutral apretó los puños y las runas grabadas en su brazo se iluminaron. Ónice recordó cómo estas runas estaban grabadas por casi todo el cuerpo del neutral de su memoria. Sacudió la cabeza apartando la imagen.

—No, no fueron ellos. ¿Qué has venido a buscar aquí?

—A él. Tal vez sepa cómo acabar con ellos.

—No vas a acabar con ellos, hazte a la idea de una maldita vez. Esos engendros no son tus enemigos y no volverán a atacar tu ciudad. ¿Te ha quedado claro ya? —le espetó exasperada. El recuerdo no se iba de su cabeza por mucho que intentara borrarlo.

—¿Puedes jurarlo?

—No pienso hacerlo, pero podría. Esas criaturas tienen una misión que habían olvidado. Yo se la he recordado. —No había sido ella, pero había contribuido a su manera. El recuerdo de la tortura a la que los sometió apartó la imagen del poderoso y tatuado cuerpo desnudo de Vórian—. Seguirán mis instrucciones al pie de la letra. ¿Qué esperabas de él? Si no puedes regresar, ¿para qué venir aquí?

—Sé que él vino del sur. Quiero una manera de abandonar mi mundo…

—Cobarde —le atajó—. Abandonas a tu pueblo cuando tú eres el único capaz de ver su corrupción.

Vórian negó con la cabeza y se volvió hacia ella. No había nada en la cueva de Byford que usaba para dormir. No le había resultado difícil de registrar, solo tenía pieles y armas. Ninguna de ambas cosas les sería útil.

—Para encontrar a un drugano negro y regresar con él —respondió dejando a Ónice con la boca abierta—. Para salvar a mi pueblo con su ayuda.

Ónice soltó una carcajada. Si aquel neutral se hubiese encontrado con un drugano negro, estaría muerto. Si ella los despreciaba tanto como hacía y ella era la razón entre los de su especie, sin duda un encuentro con un drugano dorado habría sido, como poco, violento.

—Has tenido suerte de que sea yo quien esté aquí.

—¿Porque eres la única que es capaz de doblegar a un drugano blanco?

—Algo así —mintió con descaro. Por fortuna, aquel neutral podía ser todo lo atractivo que quisiera, pero también era ingenuo, al menos sobre lo que acontecía en el mundo fuera de su ciudad neutral. Apartó la imagen de su mente de nuevo. Cada vez estaba más furiosa con él sin razón—. No hay forma de salir de aquí. El único camino es el cielo y no te veo capaz de volar tan alto.

Vórian negó con la cabeza.

—Hay un camino, lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? ¿Qué vas a saber tú si nunca has salido de tu maldita ciudad?

—Porque Úrsula lo dijo una vez.

La drugana puso los ojos en blanco, harta de sus historias.

—Mira, neutral de las narices, no sé quién es esa Úrsula, pero me estás haciendo perder la paciencia. O hablas claro o te dejo aquí tirado ahora mismo.

La drugana se dio la vuelta y salió de la sala que era la habitación de Byford hasta el lugar que había contenido un fuego en muchas ocasiones.

"¿Cómo vas? —preguntó el guerrero en su cabeza. Su llegada fue un ancla de paz a la que agarrarse".

"Al parecer esa drugana blanca existe y gobierna su ciudad, solo que por las malas".

"¿Estás segura de ello?"

El guerrero no pudo controlar su esperanza y Ónice la percibió con total claridad. Sonthorn deseaba con toda su alma no ser el único. La cuestión era, ¿para qué?

"No hasta que la vea. Él me conducirá ante ella y podré confirmarlo. —Ónice se abstuvo de decirle el motivo real para

acercarse a ella. No era capaz de imaginar cómo se tomaría el guerrero que quisiera acabar con ella. ¿Desconfiaría de ella? ¿Lo estaba haciendo realmente para salvar a los neutrales o era solo un deseo ardiente de acabar con un drugano blanco? ¿O con una rival? —. *No sé qué creer. Después te informaré".*

"Mientras tengas cuidado…"

Ónice ignoró al guerrero y volvió a centrarse en Vórian. El neutral decidía qué contarle a la mujer. No debía de ser sencillo. Pero si no había tenido problemas en contarle lo de Lysandra, ¿qué podía ser todavía peor?

—Úrsula apareció hace un par de décadas —aseguró volviendo a inspeccionar la estancia. Sin embargo, parecía más interesado en encontrar las palabras adecuadas que en encontrar alguna información útil—. Byford la acogió al principio, antes de que acudiera a nosotros. Fue su mayor error.

—¿Abandonar a Byford o ir junto a vosotros?

—Acudir a los neutrales. Acudir al padre de Lysandra, para ser más exactos. Él tenía la misma habilidad que ella, ¿te lo dije?

—Algo así entendí. Déjame adivinar: no acabó bien.

—No acabó bien —confirmó el neutral—. Ella es la única persona que logró entrar en la ciudad jamás.

—¿Cómo que jamás? —Ónice frunció el ceño extrañada—. ¿Cómo narices piensas llevarme allí entonces?

—Porque ella fue la que logró entrar cuando lo tuvo prohibido. Nosotros vamos a entrar porque nos van a dejar hacerlo.

—Explícate.

Vórian miró a la drugana de nuevo y desvió la vista hacia la entrada de la cueva. Fuera seguían aguardando ambos hombres obedeciendo las órdenes de la drugana. Ninguno de los dos se movería hasta que ella lo autorizase, tanto para seguir el plan como

para no llevarle la contraria. El neutral señaló hacia ellos con la mano.

—Ellos serán nuestra llave de regreso. —Ónice enarcó una ceja y siguió la línea que señalaba el neutral tras ella. No le gustaba lo que planeaba en absoluto.

—¿Quieres usar a mis esclavos como cebo? Tiene que ser una broma.

—Como llave. Y no te negaré que si los perdemos, no sufriré por ellos.

—No voy a jugarme sus vidas. Como te he dicho, me son leales y yo respondo por ellos. No permitiré que les hagáis daño y, si lo intentáis, acabaré con vosotros y dejaré vuestros cadáveres para que Lysandra juegue con ellos como quiera. ¿Me has entendido, neutral? —le espetó, indignada. Sonthorn había dado la cara por ella en todos los lugares a los que habían ido. Ella no iba a ser menos que él. Si Sonthorn corría el más mínimo peligro, lo pagarían caro. Antes dejaría aquel mundo helado y dorado para que se lo follase Lysandra que condenar a Sonthorn.

"Si solo fuera Tristán… —pensó por un segundo—. *No, ni siquiera él a pesar de todo".*

Vórian alzó las manos en señal de paz asumiendo que no era el camino adecuado.

—No correrán peligro. Estoy seguro de que Lysandra los querrá vivos y, tal como has visto, ella controla a toda la ciudad. Nadie más se alzará contra él si ella no lo pide.

—Ya he visto cómo os controla y no lo estás arreglando en absoluto. —Ónice sintió náuseas solo de pensar en Sonthorn situado en el recuerdo de Vórian. ¿Sería él capaz de dominar a aquella mujer? ¿Podría resistirse a ella? La drugana tragó saliva, ni siquiera ella era capaz de pensarlo con frialdad.

Sonthorn era todo corazón, voluntad y coraje. Sin embargo, Vórian mostraba la misma voluntad y coraje que parecían inquebrantables y estos habían cedido ante la habilidad de la drugana blanca.

—Él puede resistirse. Al fin y al cabo es un drugano blanco como ella, tiene ese mismo poder.

Un escalofrío recorrió a la drugana. Había escuchado aquellas palabras antes de la boca de Rénal durante la batalla de Darmid. El engendro negro había gritado que esa misma era su habilidad. Corrompen el alma de los druganos negros, según decía. La sombra de la duda apareció en su interior. ¿Podría ella haber sido engañada por él desde que la desarmó en el puente de Tares? Miró hacia la entrada de la cueva de forma inconsciente.

—Ese no es su poder —aseguró más para afianzar su idea que para debatir con el neutral—. Ese no es su poder —volvió a murmurar.

—Ese es su auténtico poder, pero no puede con una drugana negra. Vosotros tenéis la determinación de la que los neutrales carecemos. Tú has podido resistir su poder. —Vórian se acercó a ella —. Eres la única capaz de protegernos.

Si Kem escuchaba aquellas palabras se echaría a reír durante días. Sin embargo, si hubiese sido Nefrén el que las hubiese recogido… ¿Ella en qué lugar estaba? Chasqueó la lengua frustrada, estaría siempre del lado de Nefrén. Además, en cuanto Sonthorn escuchara la historia, nada le impediría acudir a la ciudad.

—¿Qué pasó con Úrsula? —preguntó apartando la idea de su mente por el momento.

—Fue directa a hablar con el padre de Lysandra. ¿Quieres saber su nombre?

—¿Está vivo?

—No.

—Entonces no me interesa. ¿Se sabe para qué quería verlo?

—Acudió porque quería preparar a los neutrales para algo que ella llamaba El Regreso. La verdad es que nadie llegó a saber qué significaba. No tardaron en deshacerse de ella.

"Pregunta al escupido de tu lado por Úrsula. Hay algo que no me encaja aquí —le ordenó al guerrero".

Este obedeció y regresó a los pocos segundos.

"Dice que es la Reina de Hielo anterior a Valeria. Ella congeló a los Uldenhar en el hielo de nuevo. ¿Por qué?"

"¿Qué fue de ella?"

"Byford solo dijo que desapareció sin más. No dio ninguna información al respecto. ¿Qué ocurre?"

"El neutral dice que fue a su ciudad y acabaron con ella. Nadie jamás ha entrado salvo ella".

—¿Estás bien? —preguntó Vórian sacando a Ónice de la conversación.

—Estaba recordando. Había oído que era poderosa. ¿Cómo acabaron con ella?

Vórian negó con la cabeza.

—No lo sé, nadie lo sabe. Imagino que la matarían. Cualquier extranjero es un peligro para los druganos blancos y su poder —argumentó el neutral. Sin embargo, Ónice no le creyó. Si aquella mujer había llegado hasta allí guiada por Calandra y había sido capaz de detener a los Uldenhar, debía ser lo suficientemente poderosa como para no dejarse matar tan fácil.

—¿Sabes qué es eso del regreso? —Algo le decía a la drugana que ella sabía mejor que nadie qué era El Regreso. O quién regresaba en realidad.

—No le dieron tiempo a explicarse. —Ónice chasqueó la lengua. Aquellos neutrales eran más rápidos quitando vidas que sus

propios congéneres. Al menos ellos trataban de sacar provecho de la situación y escuchaban. Casi siempre—. La trataron como una enemiga a pesar de llegar con un regalo para el padre de Lysandra.

Ónice volvió a centrarse en el neutral.

—¿Qué regalo?

—Un medio medallón con una cadena de oro.

Ónice cerró los ojos y tragó saliva. Volvió a mirar hacia atrás y después hacia el techo de la cueva. Apretó el puño y masculló un improperio dirigido a ciertas diosas caprichosas que les indicaban el peor camino a seguir. Si era la mitad del medallón que ya poseían, tendrían que ir a la ciudad de los neutrales y en la puerta tal vez tuviesen que pagar un peaje muy alto.

—¿Puedes dibujarlo?

—No creo que sea necesario, no es más que…

—¡Que lo dibujes, maldita sea! —le gritó furiosa. Vórian aceptó desconcertado. Dibujó el contorno del mismo con una línea rúnica dorada. Esta se apagó al cerrar el dibujo al no encontrar utilidad—. Mierda.

—¿Conoces ese medallón?

—No —le espetó. No le pensaba decir la verdad. Ella manejaría la puerta, no él. Ella decidiría quién la atravesaba y por los Dioses Desaparecidos que si le pasaba algo a Sonthorn, ningún neutral escaparía jamás de su cárcel de oro—. Pensaba que era otro.

"Los neutrales tienen la otra mitad del medallón".

"¡Fantástico! —exclamó el guerrero, lo que no le hizo la más mínima gracia a la drugana".

—¿Dónde está ese medallón? —Ónice estaba segura de que sabía la respuesta. Sus diosas no iban a ponérselo fácil y, si querían que los neutrales participaran en la lucha, estos debían ser liberados de todos sus yugos dorados.

—Lo tiene Lysandra. Siempre lo lleva colgado del cuello.

—No lo vi en tu recuerdo —respondió con asco. Vórian carraspeó y apartó la mirada.

—No… no lo lleva en público jamás.

"Lo que me faltaba. Quiere protegerlo, sabe lo que es —pensó con frustración".

—¿Por qué lo hace?

—Nadie sabe qué pasa por su cabeza —aseguró el neutral—. ¿Tenemos un trato?

Vórian odiaba tener que ceder en el detalle menor de no matar al drugano blanco, pero Ónice parecía decidida. Él no iba a enfrentarse a quien es capaz de acabar con uno de ellos cuando él no pudo hacerlo jamás.

—Entrad —gritó la drugana hacia la entrada. Recibió al momento la confirmación de Sonthorn en la distancia—. Solo morirá un drugano blanco y yo decidiré quién es. ¿Ha quedado claro?

—Sí, mi señora.

Un escalofrío recorrió la espalda de Ónice al escuchar aquellas palabras de la boca del neutral. Usaba el mismo tono que con Lysandra. Volvió a sentir asco ante ella y se enfureció. Ni siquiera ella había sido capaz de algo así en su vida, si bien no había podido, dado que carecía de su habilidad. Sin embargo, se encontró pensando en si habría hecho lo mismo que ella y rechazó la idea. Lysandra no solo utilizaba a los neutrales, sino que los rompía por dentro. Los obligaba a querer cumplir sus depravaciones cuando ella solo los obligaba sin más.

¿Era más digno obligar desde el dolor o desde la voluntad? Los que obedecían a menudo salían con vida sabedores de que habían hecho lo que habían podido y con la voluntad reforzada. Lysandra los masticaba y los escupía a sus pies sin dejar más que cáscaras casi vacías y sin alma. Si tenía que elegir entre morir de pie o… lo

que le había obligado a hacer a Vórian, ella miraría al cielo una última vez altiva y orgullosa.

Sonthorn y Tristán llegaron hasta ellos.

"Una paz precaria. Odia a tu raza y con muy buenos motivos —le aseguró mientras se detenía a su lado. Ambos agacharon la cabeza".

"¿Cuál es el plan?"

"Complicado —fue lo mejor que se le ocurrió. Le transmitió la idea de todo lo que habían hablado y el guerrero sintió las mismas náuseas que ella, lo que la reconfortó".

—No sé qué ha pasado con esa drugana blanca —aseguró Sonthorn dolido por completo. Jamás hubiese creído capaz a alguien de su raza de hacer eso e incluso le costaba imaginarse a un drugano negro haciéndolo—. Te prometo que impediré que siga adelante.

Vórian lo miró con odio.

—Para mí tu palabra vale menos que los excrementos que siembran la cueva —le espetó—. Por mí estaríais todos muertos.

—Te reto a intentarlo —le enfrentó. No estaba dispuesto a que dudaran de su palabra. Tal vez no quisiera acabar con ella, pero no podía permitir que continuase destruyendo a los neutrales.

Ónice apoyó una mano en su hombro y el guerrero se obligó a relajarse. Por una vez ella era la voz de la cordura en aquel grupo.

—Él es Vórian —los presentó—. No tenéis que llevaros bien, solo que colaborar. Los dos queréis lo mismo. Él es Sonthorn y él es Tristán, un Vanhir como Byford.

El neutral observó al pelirrojo suspicaz.

—Los Vanhir tienen los ojos rojos. Él apesta a blanco.

—Plateados —le respondió Tristán alzando un dedo ante él. Dibujó una runa roja en el aire y la dejó apagarse antes de

completarla. No estaba dispuesto a hacerle creer que era una amenaza—. Son plateados, no blancos. Pero mis runas son rojas y eso me hace un Vanhir. Puedes guardarte tu odio para alguien… no sé, como él.

—Muchas gracias… —ironizó el guerrero.

—Respetaba a Byford y a su oso. ¿Los conocías?

Tristán apretó los dientes con dolor. La herida de su alma se reabría al recordar a Radnor, su sacrificio y la muerte de Valeria entre sus brazos. Asintió lentamente.

—Radnor se sacrificó para salvar la vida de mi amiga Valeria —reconoció incómodo. Tragó saliva y carraspeó.

—Valeria… ¿de qué me suena ese nombre? —Vórian hizo memoria tratando de encontrar el fragmento de su pasado. La corrupción de Lysandra alteraba sus recuerdos y los volvían borrosos y etéreos, difíciles de recuperar. Sin embargo, el nombre de Valeria reapareció en el mismo recuerdo que el de Úrsula—. Úrsula preguntó por ella cuando llegó a la ciudad. Decía que estaba buscando a una mujer llamada Valeria. Sin embargo, no había nadie con ese nombre y no lo ha habido desde entonces. Aseguraba que tenía que estar allí, que aquel era el lugar en el que su diosa le había indicado que la encontraría.

—¡Lo sabía! —exclamó el pelirrojo. Abrió su chaqueta de piel y Raika asomó la cabeza—. Te lo dije, te dije que estaría allí. —La loba sonrió a Tristán y miró con dureza al neutral—. Bah, no seas así, que te ha dicho dónde está Valeria.

—No te he dicho que esté allí.

—Pero sí que estará. Irena ha trazado el camino, solo tenemos que ir a su encuentro.

—¿Irena? —preguntó extrañado el neutral. Sacudió la cabeza desconcertado—. Ese nombre no me resulta familiar.

—¿No es quien os llevó a construir la ciudad cuando os separasteis del resto de neutrales? —preguntó la drugana. La historia de Neyvel danzaba intermitente en su memoria. Por un momento se molestó por no prestar atención al traidor, pero la sensación se esfumó tan rápido como llegó.

—No, no fue ella. Fue Calandra, pero solo es una leyenda. No existen más neutrales en el mundo.

"*Tampoco existían más druganos blancos* —masculló Ónice".

"*Y estoy seguro de que es así. Ninguno actuaría como ella y, si hubiera alguno más, la barrera no habría caído. Hay algo que se nos escapa*. —Sonthorn se mantenía razonable a pesar de la esperanza de encontrar a alguien de su grupo".

—Sí existen otros neutrales —apuntó Tristán volviendo a esconder a la loba bajo su ropa—. No salgas, eres demasiado pequeña para este frío. —Un gemido de confirmación llegó tras las pieles. No era el peor lugar del mundo para cobijarse—. Valeria los ha conocido y protegido. Tienen incluso un rey que se llama Egon. ¿Te resulta familiar?

—No. No existen los reyes en mi ciudad. Solo está Lysandra y ella no permitiría que nadie gobernase.

—¿Quién es Lysandra?

—Una drugana blanca manipuladora y cruel que los tiene a todos sometidos —aseguró Ónice. Vórian confirmó sus palabras—. Ya te lo explicaré, esclavo. No te metas en asuntos de mayores.

El pelirrojo hizo una profunda reverencia ante ella manteniendo el papel que debía interpretar y la drugana disfrutó del gesto.

—Si no te importa, mi Señora de las Sombras y Garras, hace un poco de frío aquí. Puedo usar mi magia para calentar el lugar.

La drugana miró interrogante a Vórian confirmando su confianza.

—Mismo bando, ¿no es así? —confirmó el neutral.

—Así es.

Tristán sonrió y se adelantó hasta el lugar que había ocupado el fuego en su memoria. Casi podía ver el lugar donde Byford había acabado con el herbívoro para darles de comer. Dibujó la runa y la depositó sobre la cuna de piedras quemadas. Le entregó energía y la hizo crecer hasta que pudo sentir el calor que irradiaba. El resto se unió a él sin que ninguno demostrara debilidad alguna, si bien aprovecharon su luz y calor.

—¿Cómo llegasteis hasta vuestra ciudad? —preguntó Sonthorn. Vórian lo miró con odio.

—Púdrete en el infierno, Silvano.

—Por los Dioses Desaparecidos —masculló Tristán—. ¿Siempre estáis tan de mal humor?

—Tú, silencio —dijo Ónice señalando al pelirrojo burlón. Desplazó su mirada hacia el neutral—. Y tú, escoria cobarde, controla tu lengua o te la corto. Te juro por tu diosa caprichosa que te enviaré con ella si vuelvo a escuchar un desplante así. ¿Me has entendido?

"Al menos no le has golpeado, te estás conteniendo —le dijo Sonthorn".

"Porque ellos tienen el otro medio medallón. De no ser así, estaría muerto y yo muy lejos de aquí. Y al sol".

Vórian vaciló. No era sencillo aparcar años de dolor colmados de cientos de torturas.

—No soy tu enemigo, es ella —aseguró el guerrero señalando hacia el oeste, o lo que creía que era el oeste. En realidad no era capaz de orientarse de forma correcta en aquel lugar—. No pienso permitir que siga manchando el honor de los druganos blancos. Dame el beneficio de la duda como Ónice un día me dio.

El guerrero le tendió la mano al neutral y este la miró asqueado. Negó con la cabeza y se apartó de él. Sonthorn suspiró. El daño que había hecho Lysandra podía ser irreparable.

—La historia de Heindor ha tratado de borrarse en numerosas ocasiones. No solo lo ha intentado el padre de Lysandra, sino su abuelo y su tatarabuelo antes que él —afirmó ignorando a Sonthorn. Si no podía enfrentarse a él, lo ignoraría. Desde luego no le daría la mano a un drugano blanco. Antes se quitaría la vida que hacerlo de forma voluntaria—. No puedo mostraros mis recuerdos porque no son míos, pero os puedo decir lo que dicen los grabados. Prestad atención.

CAPÍTULO 6

UNA DECISIÓN VANHIR

"No hubo otra posibilidad porque no tuvimos oportunidad para decidir. Nos empujaron a alejarnos de todo nuestro pasado, del mundo que nos vio nacer y en el que crecimos felices. Y todo ¿por qué? Porque unos arrogantes han decidido que las vidas de los druganos negros son menos valiosas que las nuestras.

Si no fuera un tiempo tan difícil me echaría a reír, pero ese gesto parece haberse borrado de mi rostro. Ya no hay felicidad, ya no hay más que resentimiento. Dejamos atrás nuestro arte, nuestra pasión, nuestro amor por otros que nos completaban. Nos empujaron contra un precipicio en el que atrás está la muerte y delante una vida vacía.

La respuesta no es tan fácil como muchos creyeron. Los druganos blancos creen que nos protegen de un enemigo que nos ignora, pero yo sé la verdad. No temen que acabe con nosotros, no. Si fuera así, no nos obligarían a abandonar nuestro mundo condenándonos a la muerte en vida.

No.

Nos temen a nosotros. Saben de lo que somos capaces y les aterra. El poder de alguien que es capaz de elegir es abrasador, y nadie puede elegir más que un neutral.

Podemos ser las criaturas más crueles, más incluso que nuestros hermanos oscuros.

Podemos ser más bondadosos que los Grandes Señores a los que obedecemos como si ellos fueran nuestros dioses.

Podemos ser lo que queramos y podemos serlo de forma más intensa que cualquiera de ellos.

El poder de la elección, lo llamamos. Quien elige un camino encuentra la fuerza para recorrerlo y, quien se ve empujado a caminar por él, se hunde en su barro o se tropieza con sus piedras. Dicen que nos dan la vida, pero nos arrebatan la elección y con ello nos quitan la vida. Ahí comprendí lo que eran los druganos blancos en realidad. Si tuviera saliva escupiría sobre ellos, pero lo único que me queda son mis manos, un cincel y esta pared en la que grabo la auténtica verdad sobre ellos.

Sé que tratarán de borrarla, sé que intentarán eliminar el conocimiento que encierran estas palabras, pero también sé que no podrán hacerlo jamás.

Porque yo he descubierto mi poder, mi auténtico poder. El tiempo no marchitará este grabado y la magia no podrá borrarlo. Leed con atención, hermanos, y asumid mi verdad, porque aquellos a los que llamáis héroes son los auténticos cobardes en esta historia. Siglos de degeneración han corrompido su estirpe y ya hace mucho tiempo que dejaron de representar el honor o el valor. No son ni la sombra de lo que un día fueron.

Al contrario que nuestros hermanos oscuros. Ellos mantuvieron su espíritu libre y se enfrentaron a los líderes caídos cuando nosotros no somos capaces y siento decir que creo que jamás lo seremos. Su habilidad es demasiado poderosa para nosotros y no podemos resistirnos a ella.

La luz trae más dolor que la oscuridad.

Pero, cuando mañana traten de borrar mis palabras y esconder su recuerdo, mi voz se alzará libre como siempre debimos ser.

Muerte a todas las alas blancas".

—Eso dice el grabado —concluyó Vórian.

—Eso no dice nada de cómo llegasteis a construir vuestra ciudad —le espetó la drugana. Estaba tan atónita por sus palabras como Sonthorn. Tristán parecía ignorarlas, lo cual no sabía si era una estupidez o un acierto—. No me creo ni una sola de tus palabras.

—Podrás leerlo tú misma si conoces las runas. Sus palabras siguen allí tras tantos siglos, bajo la estatua de un drugano blanco con las alas abiertas. Entregó su vida para proteger ese grabado para toda la eternidad y sigue siendo tan cierto como entonces, si no más. —Miró a Sonthorn con dureza y este no se amedrentó—. Por mucho que uno de ellos haya encontrado el camino recto, toda su estirpe está corrompida.

—¿Cómo llegasteis a Heindor? —volvió a preguntar la drugana.

—Calandra había construido la ciudad y nos llevó hasta allí. Eso dicen los antepasados de Lysandra. ¿Te fías de ellos? Dicen que no somos más que una escisión de los neutrales que abandonaban el continente. Ellos se fueron mientras nosotros nos quedamos. Calandra nos trajo aquí después. Pero no me creo nada de ello.

—¿Hace frío allí? —preguntó la drugana esperanzada.

—Antes no.

—Mierda…

—La ciudad ha sufrido mucho desde la caída de la barrera. Por suerte las runas recorren sus estructuras y nos permiten vivir en ella. Pero creemos que es solo temporal. Los símbolos pierden su brillo poco a poco y ya hay algunas pequeñas zonas que no

mantienen la magia. Por desgracia, nadie sabe usarlas, ni siquiera Lysandra.

—Tú pareces saber algo de ellas —ironizó la drugana señalando su cuerpo cubierto de símbolos.

—Y quien me enseñó pagó las consecuencias de su saber —respondió con un dolor desgarrador que no le pasó por alto a ninguno. Aquel recuerdo era doloroso.

—¿Usáis las runas en las casas? —preguntó Tristán por los tres.

Él era el que más conocía lo que representaban los símbolos. Los Vanhir jamás habían hecho algo así porque quien cerraba las runas debía darles la energía para cumplir su cometido y el paso del tiempo acabaría consumiéndolo.

—¿En las casas? No.

—Menos mal, sería algo…

—Las usamos en todo —concluyó. Tiró de la coraza sobre pecho y les mostró varios tatuajes entrelazados de color negro.

—¡Por los Dioses Desaparecidos! —exclamó el pelirrojo. Ónice no se inmutó, ya había visto el cuerpo desnudo del neutral en todo su potencial. Tristán dio un paso hacia Vórian y este se volvió a cubrir—. Nunca… nunca había imaginado que pudiera hacerse algo así.

—Es algo muy arriesgado. Una runa mal cerrada y el resultado puede llevarte a la muerte. Hay que estar muy desesperado para hacerlo, y yo lo estaba.

—No vi a nadie más que tú tatuado en la visión —aseguró Ónice en completa referencia a la drugana blanca. El resto de los presentes habían tenido la decencia de permanecer vestidos.

Vórian apretó los dientes con dolor.

—Solo había dos neutrales con runas tatuadas —reconoció. Debían de ser los neutrales a los que había traicionado bajo la

coacción de Lysandra—. La otra desapareció hace décadas y no… no he vuelto a saber nada de ella, por mucho que la he buscado. Lo más probable es que esté muerta…

—¿Por qué nadie sabe sobre las runas más que vosotros dos?

—Se olvidaron con los años y los gobiernos corruptos. Solo la auténtica habilidad de una drugana logró traerlas de vuelta, pero a un gran precio. —Los tatuajes de su antebrazo brillaron y se deslizaron como serpientes sobre su piel hasta formar un arma rúnica ante su mano. Movió el brazo arriba y abajo y el arma siguió su movimiento sin vacilar. Se acercó a la pared y lanzó un tajo con el brazo. La silueta dorada de la espada atravesó la piedra sin percatarse siquiera de ella dejando un corte limpio, recto y ardiente en ella—. Es un arma única.

—Creo que ya veo el por qué —dijo Tristán impresionado. Observó al neutral con otros ojos—. Es formidable. ¿Qué runas usáis? ¿Están unidas o son simples?

El pelirrojo ardía de deseos de conocer las runas doradas del neutral, pero este devolvió las mismas a su brazo y negó con la cabeza.

—No sé qué eres. No me fío de ti y si no fuera por ella, acabaría contigo igual que con él. —Sonthorn puso los ojos en blanco frustrado—. No te daré ninguna información.

—¿Todos los neutrales sois así de desconfiados o solo tú? —masculló.

—Hablabas de la barrera —interrumpió el guerrero focalizando la conversación.

Vórian suspiró y apretó los dientes.

—Protegía la ciudad del clima y ya no lo hace. Solo nos mantienen vivos las runas de las estructuras, pero estas se están agotando a gran velocidad. Los símbolos de la muralla casi se han

apagado por completo y ya no son capaces de protegerlas del clima. Pronto no será posible estar en la ciudad.

—Más fácil será entrar si nadie las vigila —predijo la drugana.

—Es posible, pero no lo sé. Lysandra puede obligarlos a vigilarla y morirán congelados antes de abandonar su puesto. Tal vez si esperamos una semana más…

—No —lo atajó Sonthorn con determinación—. No permitiré que esos neutrales caigan por obedecer a esa déspota. Hay que devolverle el calor a la ciudad.

—Sin la barrera no hay nada que hacer. ¿Crees que no lo hemos intentado ya, Silvero?

—La solución no es dejarlos morir. Debemos salvar a todos los que podamos. Además, podemos entrar volando en la ciudad, no hay necesidad de…

Una mueca de desprecio se dibujó en el rostro del neutral.

—No podrás. Nadie puede, solo Lysandra y el Martillo vuelan en la ciudad. Estoy seguro de que, en cuanto entres, tus alas se esfumarán. Si lo haces volando, caerás. Solo en el mortal exterior somos libres de cambiar.

—Mira tú, pues ahora también es mortal el interior —se burló Tristán. Los tres druganos lo miraron con dureza—. ¿Qué? Es verdad, por eso quiere escapar, ¿no? Lo que no entiendo es cómo se mantienen las runas activas. Si nadie les entrega su energía, ¿cómo siguen funcionando? Y ¿por qué se apagan las cercanas a las murallas solamente?

Vórian observó al pelirrojo con los ojos entrecerrados.

—Él es quien más sabe de runas —admitió la drugana por las malas. Aún recordaba perfectamente cómo le había ocultado los símbolos negros al regresar de Firmantalas—. Respóndele. Es un niño estúpido, malcriado y caprichoso, pero en ese tema es el experto aquí.

—Por la magia del castillo de Lysandra —aseguró tras meditarlo un instante—. Está en el centro de la ciudad y desde ella fluye toda la fuerza que la sostiene. Cuanto más te alejas de ella, más rápido sucumbe. No sé cuánto tiempo tardará en marchitarse por completo.

"Hay que ir allí —dijo el guerrero—. *Estoy seguro de que ocurre lo mismo que en el castillo de Jayone".*

"¿El del rey elfo demente?"

"Sí. Recuerda lo que te conté que había bajo su cárcel, una fuente de magia pura que reaccionaba conmigo".

"Eso implicaría que está reaccionando con esa zorra y que ella es una drugana blanca y no la farsante que creo que es. —La idea no le gustaba en absoluto a la drugana".

"Tenemos que averiguarlo. Además, tiene el medio medallón necesario para abrir este grabado. Es la única manera de salir de aquí y llevarnos a los neutrales, a los enanos y a los Uldenhar".

"Hacer eso es dejar libre a Ágata. —La idea era aún peor".

"Solo si logra escapar. Pero para enfrentarnos a ella quizá necesitemos a los neutrales. Me ha sorprendido lo de sus habilidades. Tal vez tengan algo oculto importante".

"¿Estos cobardes?"

"Vórian no es cobarde. Solo está roto por completo".

"Porque es un cobarde —masculló Ónice zanjando la conversación. No obstante, ella tampoco se creía sus palabras".

—Llévanos allí —dijo Sonthorn por los tres. El neutral lo ignoró.

—Llévanos allí —repitió la drugana.

—Llévanos allí —se apuntó Tristán. Un gemido lobuno emergió de su chaqueta—. Ella ha dicho lo mismo, pero como no la entendéis yo os…

Ónice se volvió hacia el pelirrojo y este se arrodilló ante ella implorando su perdón con una naturalidad tal que bien parecía que suplicara realmente por su vida. La drugana asintió conforme. Miró a Sonthorn y este agachó la cabeza ante ella.

—No será fácil entrar. ¿Asumes el riesgo de perder a estos dos despojos en el viaje?

—Si los pierdo, tú perderás la vida y detrás de ti irá toda tu maldita ciudad. No dejaré hombre, mujer o niño vivo, te lo prometo. Les arrancaré los brazos a todos ellos, uno a uno. —Los ojos de la drugana se oscurecieron. La luz huyó de su rostro y las sombras volvieron a ella. La runas de Tristán y de Vórian flaquearon—. A la más mínima sospecha sobre ti o sobre lo que tramas, os mataré a todos, te lo prometo. A Lysandra le dejaré vuestros cadáveres para que siga aprovechándose de ellos para siempre. ¿Me has entendido, neutral?

—No te traicionaré. Mi vida será tuya y esta vez mis palabras son solo mías. —Vórian observó a Sonthorn y respiró hondo enterrando cada centímetro de su ser que le empujaba a acabar con él. Su compañía sería el precio a pagar por la ayuda de Ónice. Señaló hacia el norte—. Dos noches de vuelo desde el final del glaciar. El frío será cada vez más intenso.

Ónice alzó una ceja. Las sombras desaparecieron y las runas volvieron a brillar.

"Aún podemos rechazarlo, quizá… —se dijo frustrada".

"Cuanto antes acabamos, antes regresaremos al calor —le consoló el guerrero".

—Podemos ir volando —aseguró la drugana, esperanzada. Menos días de viaje significaban menos días de frío. Y una drugana blanca muerta antes, claro.

Tristán tosió aparatosamente llamando su atención. Señaló su espalda mientras se ponía en pie.

—Hay algo que se te olvida, ¿no crees?

—No, la verdad es que no.

—Mi señora… —dijo el guerrero, lo cual sorprendió a todos—. Debería replantear…

—No.

—Esas runas doradas pueden ser imprescindibles. Debo conocerlas.

—¿Para guardar el secreto como ya hiciste? —La drugana estaba furiosa de repente. Agarró al pelirrojo por la chaqueta y lo alzó del suelo. Tristán miró a Sonthorn desconcertado.

"Ónice, suéltalo. Por favor, no hagas algo de lo que te arrepientas".

"No me arrepentiré".

La drugana cortó la comunicación y su mano se abrió para dejar caer a Tristán. Lo agarró del cuello en su caída. Este comenzó a patear mientras se asfixiaba. Se agarró a su brazo tratando de aligerar el peso sobre su cuello. Comenzó a dibujar una runa roja con su mano libre y la drugana lo golpeó en el estómago sin soltarlo.

—¡Basta! —gritó el guerrero saltando hacia ella. Dio una palmada y ambos guanteletes volvieron a sus manos. Agarró a la drugana por las muñecas y la obligó a soltar a Tristán—. Recuerda quién eres, ¡maldita sea!

Vórian se acercó. Portaba un escudo y la espada rúnica en cada mano. Se mantenía ligeramente al margen dudando si entrometerse.

—¡Suéltame! —gritó Ónice zafándose de él. Se giró a una velocidad imposible y le dio una patada en el pecho. Sonthorn tuvo el tiempo justo para interponer sus manos y amortiguar el golpe, pero fue tan fuerte que tuvo que retroceder varios metros.

—¡Tus alas! —gritó Tristán mientras corría por su vida—. ¡Devuélvele la luz!

Sonthorn no necesitó oírlo de nuevo. Supo en cuanto cortó la comunicación que la drugana se había perdido en las sombras de nuevo. Se concentró un instante y se transformó colmando la cueva de una luz dorada que volvió inservible la de Vórian. El neutral abrió los ojos de par en par, incapaz de creer lo que veía. Sus armas regresaron a sus brazos.

El guerrero se interpuso entre Ónice y Tristán que corría por su vida. La drugana desenfundó su espada que parpadeaba incapaz de decidir si la mano que la sostenía era la correcta o no. Sonthorn mantuvo la calma, si bien la rabia ardía en su interior. No había una luna sobre él con la que pasar primero por la forma blanca con la que controlar su temperamento. Aun así, logró controlarse y ni siquiera sacó su espada.

—¡Apártate! —gritó la drugana con una expresión desesperada. La oscuridad de sus ojos parecía luchar contra el brillo de Sonthorn y le impedían alcanzarla.

Él negó con la cabeza.

—Encuentra el camino, ábrete a la luz.

—Que se pudra la luz. Tiene que desaparecer, solo las sombras muestran la verdad. —Una voz extraña emanó de sus labios. Era más metálica, oscura y cruel de lo que jamás había escuchado. Ónice respiraba entrecortadamente, sus músculos palpitaban por el esfuerzo.

Sonthorn envió energía a sus cuatro alas y estas brillaron con más fuerza convirtiéndolo casi en un pequeño sol imposible de mirar. Ónice se vio obligada a apartar la vista y el guerrero aprovechó el momento. La agarró del brazo, la desarmó y la lanzó contra el suelo con más fuerza de la que le hubiese gustado usar. La drugana se estrelló contra la piedra y gritó furiosa cuando Sonthorn se situó sobre ella. Se sumergió en su mirada al instante.

—¡No os acerquéis! —gritó a Tristán y a Vórian. El pelirrojo no tenía ni la más mínima intención de hacerlo mientras que el neutral dudaba qué hacer. Ante él tenía a un neutral cuyas alas emergían durante el día. Estaba paralizado ante la visión.

Sonthorn se adentró en el mundo etéreo en el que nada era verdad y todo lo era al mismo tiempo. Al momento fue sacudido por una tormenta de oscuridad desgarradora. Los rayos perseguían un tornado negro que giraba sobre la drugana. A su alrededor el hielo y las rocas volaban a su compás. El guerrero alzó la vista hacia el cielo donde este se perdía. Volar sobre él y adentrarse no parecía una buena idea.

—Vamos, vamos, Ónice…

Dio un paso hacia el torbellino y extendió la mano. Esta fue golpeada por una roca y de no haber sido por los guanteletes de Calandra, se habría destrozado la mano. El viento era atronador y amenazaba con romperle los tímpanos. Ágata aprendía de cada contacto entre ellos y cada vez interponía más y mejores barreras ante su juguete. Tras aquel muro de oscuridad Ónice ni lo vería ni lo escucharía. O lo atravesaba o la perdería y sabía que Ágata disfrutaría de cualquiera de ambos desenlaces, ambos serían una victoria para ella.

Casi podía verla sonreír entre las sombras que el viento dibujaba en su girar.

Sonthorn envió toda su fuerza a las alas y estas brillaron de nuevo. Las acercó con torpeza al torbellino y en cuanto este las alcanzó, arrastró el apéndice y con él al drugano, que cayó a más de veinte metros de distancia. Su hombro se desgarró y dos de sus alas cayeron laxas a su espalda. Gritó de dolor y el tornado emitió un sonido demasiado similar a una risa demente.

Masculló un improperio y se puso en pie de nuevo sujetándose el brazo herido. Por suerte aún mantenía la movilidad y solo las alas derechas habían sufrido con su torpe intento. No se interesó por la anatomía de su cuerpo o en el por qué solo se dañaron sus alas,

esas eran preguntas para Cerón y su curiosidad. Él tenía que hacer algo más.

Desenfundó la espada y le entregó todo su poder. La empujó contra el torbellino y por un instante pareció abrir un minúsculo hueco en las sombras. Sin embargo, fue tan efímero como esperaba en su fuero interno. La oscuridad se cerró sobre la espada y la repelió. Sonthorn la apartó antes de que fuera demasiado tarde.

—¡Mierda! —masculló esta vez en voz alta—. ¡Ónice! ¡Oye mi voz!

Sin embargo, no fue la drugana quien le respondió.

—Este no es tu sitio —dijo Vórian tras él.

Sonthorn se volvió hacia el neutral. No parecía amenazador, pero no se fiaba en absoluto de él. Trató de no demostrar su lesión dejando caer las otras dos alas. Aun así, el daño sería evidente para cualquiera con algo de experiencia. Vórian ignoró el hecho.

—He venido a protegerla. Debo apartar las sombras de ella.

Sonthorn se giró de nuevo hacia el torbellino. No había cambiado nada en él, si acaso se había acelerado.

—No lo conseguirás. Como te he dicho, este no es tu lugar.

—Maldita sea, o me ayudas, o te callas —le espetó el guerrero cuyos ojos iluminaban las sombras sin que su luz lograse atravesarlas.

—Este es mi hogar —dijo el neutral avanzando hacia el torbellino. Se situó junto a Sonthorn e introdujo la mano en la oscuridad. Esta pareció apartarse de su camino. Era sutil, pero había logrado más que el guerrero—. Ahora lo entiendo. Tú eres capaz de entrar aquí, pero no de dominarlo. No es tu habilidad, si bien puedes hacer uso de ella de forma precaria. —Los tatuajes de su brazo brillaron y serpentearon hasta su mano donde crearon un escudo pequeño. Apretó los dientes y todas las runas de su cuerpo se iluminaron al unísono entregándole su poder. El escudo se alargó

hasta alcanzar la altura del neutral. Clavó la base en el suelo y lo sostuvo gracias a su fuerza bruta. La oscuridad rodeó su magia. Dio un paso hacia delante y se introdujo en la oscuridad—. Te llevaré hasta ella.

El guerrero no se lo pensó y se colocó tras el neutral protegido por su escudo. Plegó las alas todo lo que pudo y se agachó tratando de no ser arrastrado por la oscuridad. El sonido del viento era atronador, el ruido de las rocas estrellándose contra el escudo era aterrador. El neutral trató de sacar el escudo del suelo y al momento el ímpetu del viento lo zarandeó.

—¡Ayúdame a moverlo! —gritó Vórian ante él—. ¡Yo solo no puedo!

Sonthorn agarró el antebrazo del escudo con una mano y sujetó al neutral con su brazo libre empujando con su cuerpo. El escudo brilló con más intensidad y las sombras se apartaron ante la fuerza redoblada.

—¡Ahora!

Vórian levantó el escudo y solo gracias a la fuerza de ambos lograron evitar que el viento los arrastrase. Dieron un paso esperanzador entre las sombras y estas los envolvieron por completo. Dos pasos renqueantes más y una oleada furiosa los golpeó haciendo que sus pies se arrastraran y perdieran la dirección correcta.

—¡No sé dónde está! —gritó el neutral.

—¡Yo sí! —dijo Sonthorn a pesar de la total oscuridad. Señaló el lugar donde Ónice se encontraba y ambos avanzaron de nuevo.

Paso a paso y luchando contra los iracundos intentos del torbellino por destrozarlos, lograron llegar hasta la drugana. Esta permanecía inconsciente en el aire con el cuerpo flácido sobre su espalda. Ambos saltaron al escaso espacio de paz que rodeaba a la drugana. Sonthorn observó que era mucho más pequeño que la

última vez que la Oscuridad la atacó. Ágata ganaba terreno con cada nuevo intento por apoderarse de ella.

Vórian detuvo la magia del escudo y esta volvió a su interior. Sudaba sin parar y su respiración era agónica. El guerrero, en cambio, se mantenía herido pero preparado para todo. Corrió hacia Ónice y la hizo descender al suelo. Se situó sobre ella y abrió sus ojos. Estos mostraban el mismo color que el torbellino. Movió sus alas sanas hacia delante y envolvió el rostro de la drugana con ellas, entregándole toda su fuerza y deslumbrándola.

—¡Regresa! —gritó a pocos centímetros de su rostro. El ruido era atronador—. ¡Vamos, encuentra la luz, maldita sea!

Pero su luz no era capaz de alejar las sombras a su alrededor. Se inclinó sobre ella y trató de mirar en su interior sin el más mínimo resultado, las sombras le impedían acceder a ella. Ágata estaba ganando.

—¡Debo hacerla despertar! —le gritó a Vórian—. ¡Tú conoces este lugar, ayúdame!

—Esto es la Oscuridad, la misma que hay en Lysandra —aseguró el neutral—. Nunca pude vencerla, no puedo…

—¡Maldita sea! ¡Dime cómo controlas este lugar!

—Puedo controlar este lugar, no lo que hay en él.

—Eso sí puedo hacerlo yo. Dame toda la luz que puedas —le ordenó volviendo a centrarse en Ónice.

El mundo cambió de color y un leve fulgor dorado apareció sobre ellos en la distancia. El viento pareció frenarse levemente y Sonthorn aprovechó su oportunidad en cuanto vio vacilación en la Oscuridad. Se introdujo en el caos que era la mente de Ónice y apareció ante ella. Una esfera negra la envolvía.

Ya no había tormenta, ya no había ruido, solo dolor.

Se acercó a la drugana, que permanecía de pie dándole la espalda.

—He venido a por ti —susurró y caminó hasta ella. La rodeó y la miró a los ojos. Ónice lloraba desesperada—. Te he encontrado.

—Fuera está ella —dijo sin más. El guerrero lo comprendió al instante. Era más fácil esconderse. Sin embargo, Ónice jamás haría algo así.

—Tú no te has escondido jamás. Tú te enfrentas a lo que el mundo depare para ti. Este es solo un paso más hacia delante.

La drugana observó al guerrero por primera vez. Sus ojos expertos repararon en sus alas caídas. Alargó la mano hacia ellas y las alzó provocando una mueca de dolor en el guerrero.

—Estás… herido.

—No me iré de tu lado. Pase lo que pase llegaré hasta ti.

Ónice se abrazó al guerrero y ambos se fundieron en un abrazo.

—Cada vez es más fuerte, la siento ganar terreno palmo a palmo.

—Lo conseguirás, estoy seguro. Deja que te saque de aquí.

El mundo cambió de nuevo y ambos reaparecieron ante Vórian que los miraba anonadado.

—¡Jamás creí posible eso! —aseguró señalando a Sonthorn—. Has pasado a otro plano que desconozco siquiera. ¿Cómo…?

—¡Vámonos de aquí! —gritó el guerrero. El aire volvía a acelerarse. Parecía tratar de cerrarse sobre ellos con un latido que se aceleraba rápidamente.

—Eso es fácil.

Vórian puso una mano sobre Sonthorn y otra sobre Ónice y los tres reaparecieron en la cueva. Tristán estaba oculto tras un muro de

runas rojas. Raika estaba a su lado gruñendo hacia el interior. Ninguno de los dos estaba seguro de quién regresaría de los tres. Cuando vieron el rostro de Ónice apesadumbrado, supieron que había pasado el peligro, al menos de momento. Tristán eliminó las runas y dio una palmada tranquilizadora a la loba.

—Lo ha conseguido, tranquila.

Raika gimió tan aliviada como Tristán. Había encontrado el camino de vuelta una vez más. ¿Cuántas más sería capaz de hacerlo?

Vórian se tambaleó y se vio obligado a apoyarse en la pared. Sonthorn lo sostuvo y lo ayudó a sentarse.

—¿Estás herido?

—No, solo agotado. —El neutral respiraba a duras penas. Varias runas de su cuerpo brillaban bajo su armadura ligera—. ¿Cómo no lo estás tú? Y ¿por qué tienes mis alas? ¿Por qué cuatro?

—Es una larga historia que te contaré de camino a tu mundo. Descansa, todos lo necesitamos. —Volvió junto a la drugana que se había apartado hacia las sombras inconscientemente. Le tendió la mano y la apartó de ellas—. Ten cuidado con las sombras. Recuerda que tu lugar está en la luz.

Ónice miró tras de sí sorprendida. La oscuridad parecía retirarse a medida que ella se alejaba. Ni siquiera se había dado cuenta.

—Tenemos que acabar cuanto antes. Ella está más cerca, siento sus garras cada vez más dentro de mí.

—Lo sé. No retrasaremos ni un minuto del viaje. —Sonthorn se volvió hacia Tristán. Tragó saliva y le pidió que se acercara con un gesto. Tanto él como la loba obedecieron, no sin antes mirarse entre ellos. Sabían lo que iba a decir.

—No puedes dejarnos atrás —dijo nada más llegar hasta la pareja. Miró a Ónice a los ojos, estaba tan pálida como rota—. Joder.

Sonthorn amagó una sonrisa. Pensaba lo mismo.

—Descansaremos hasta el anochecer e iremos volando a Heindor. Tú te quedarás con los Vanhir y los prepararás.

—¿Prepararlos? ¿Para qué? Eso ya lo hace Pimape y las ranas doradas. Mi sitio está en Heindor, allí llegará Valeria. Tengo que estar a su lado. No me pidas que…

Tristán no pudo continuar. El rostro de Sonthorn era inflexible a pesar de que le desgarraba tener que apartar a su amigo de él. La loba apoyó la cabeza en su pecho consolándolo. El guerrero se volvió hacia ella.

—Lo siento, pero no podemos correr el riesgo. Ágata cada vez es más fuerte. Tal vez con un solo día tarde la perdamos para siempre. No correré ese riesgo, Tristán. Y tú tampoco lo harías, piensa en el bien de los Vanhir, por la Diosa. Razona como el líder que te han designado ser.

Pero decidir con la cabeza cuando el corazón te empuja a hacer lo contrario nunca es sencillo. Tristán ardía de deseos de volver a ver a Valeria y a Líner, por supuesto. Era incapaz de aguardar un minuto más. Por él casi podría caer el mundo al abismo mientras ella estuviera a su lado. Necesitaba verla cuanto antes.

—Valeria llegará a Heindor —repitió recalcando las palabras—. Y yo estaré allí para entonces —prometió.

Sonthorn negó con la cabeza y apoyó una mano en su hombro.

—No, pero regresará a tu lado, a vuestro lado —dijo mirando a la loba— en cuanto la vuelva a ver, os lo prometo. —Apretó su hombro con dolor. Aquella decisión le desgarraba—. Debes guiar a los Vanhir, a los Uldenhar y a los enanos. Ágata puede aparecer en cualquier momento. Te necesito allí, Irena te necesita allí. Por eso te entregó su mirada. Tu lugar está allí.

—Mi lugar está junto a Valeria —protestó el pelirrojo. Sin embargo, su tono lo orientaba más hacia una promesa.

—Esta vez no, amigo mío. Partiremos al vuelo en cuanto caiga la noche —sentenció.

La expresión de Tristán se congeló. Raika movió su cabeza sobre su pecho tratando de consolarlo, si bien ella sentía lo mismo.

—Como ordene, mi señor —respondió, solo que esta vez no había burla ni jovialidad en sus palabras. Ónice lo observó con atención.

El guerrero le dio una palmada de ánimo y se alejó de él.

"No me gusta cómo ha dicho eso".

"Dale tiempo, es una decisión difícil".

La drugana se guardó para sí misma su opinión real, por una vez no tenía ganas de discutir. La rabia y el dolor eran las puertas por las que Ágata accedía a ella.

Raika miró a los ojos de Tristán y este asintió. Dibujó una runa sobre sus cabezas y ambos aparecieron en su mundo especial nacido de su unión.

Esta vez el frío gobernaba y una estepa de nieve y viento helado fue su hogar. Ante él estaba Raika observándolo con dolor. Arrebujada bajo una gruesa capa de pieles rojas, la mujer pelirroja era incapaz de controlar las lágrimas que recorrían su rostro. Abrió los brazos y se lanzó al pecho de Tristán donde lloró amargamente. El Líder de los Vanhir no pudo evitar que varias de las suyas acompañaran a las de la mujer loba.

—Quiero verlas, Tristán —sollozó—. Las echo mucho de menos. Tal vez la siguiente vez que nos veamos sea la última y no quiero que…

—No será la última, de eso estoy seguro.

—¿Por qué lo dices? —preguntó buscando alguna esperanza a la que agarrarse con fuerza.

—Porque Valeria es la clave de este mundo y seguirá adelante siempre. Si nosotros caemos, iremos al lado de la Diosa y la esperaremos allí. Solo será cuestión de tiempo reencontrarnos.

La loba le dio un empujón.

—¡No quiero morirme para esperarlas! ¡Quiero verlas vivas!

Una nueva lágrima recorrió el rostro del Vanhir. Sin embargo, limpió las de la mujer con las llamas de los dedos e ignoró las propias.

—Y yo también, Raika, hasta un punto que no te imaginas —aseguró apretando la mandíbula. Suspiró y trató de calmar su corazón que trataba de desbordarse.

—¿Qué estás diciendo?

Tristán miró al cielo y este cambió a la noche mostrando una luna pequeña y apagada en el cielo.

—Que vamos a desobedecer al último de los Grandes Señores —respondió con determinación. Miró a la mujer loba que, por una vez en su vida, no encontró ironía, burla o mentira en su voz. Tristán hablaba en serio. Raika miró hacia el cielo y se abrazó a él—. Voy a rechazar el camino de la Diosa para seguir el de mi corazón.

—No, tú no los desobedecerás. Lo haremos los dos. Siempre estaré a tu lado, Tristán. Y al de Valeria y Líner. Ese camino no está en el hielo, sino en Heindor. —Tristán miró a la loba que ya no lloraba, sino que miraba al cielo con decisión—. Vamos a por nuestras chicas.

Tristán sonrió y firmó su traición a los Grandes Señores y a las Diosas para encontrar su propio camino hacia su corazón. Él también tomó una decisión muy humana a pesar de ser un Vanhir.

CAPÍTULO 7

UNA FUERZA INDOMABLE

Las llamas crecieron avivadas por la incesante llegada de aire y nuevas provisiones. No transcurrió mucho tiempo hasta que el fuego superó la altura del hombre acuclillado ante ellas, tan cerca que casi se podría decir que estaba sobre ellas.

Una sonrisa de triunfo poco cuerda presidía su rostro ahora en contraste con su expresión previa. En su rostro no se adivinaba la alegría de quien logra crear un sencillo fuego con el que recalentarse, ni siquiera era la felicidad de quien ha logrado escapar de las heladas garras de la muerte por muy poco. En un segundo había cambiado de la cordura a la más divagante locura.

Aquel desconocido mostraba una sonrisa casi desquiciada, como la que mostraría un hombre que ha logrado sobreponerse a todo y a todos por cumplir con su objetivo; solo quien está realmente decidido logra su objetivo, y para eso debe estar un poco loco. En su sonrisa quedaba de manifiesto que el término "un poco" hacía mucho tiempo que había quedado atrás para él.

Se puso de pie y alzó las manos sobre las llamas, tan cerca que Cerón creyó que se quemaría, pero el hombre sonrió mientras abría y cerraba los dedos torpemente. Sus ojos se centraron en sus

manos, que miraba por uno y otro lado como si fueran algo nuevo para él, como si fueran un misterio que desentrañar. Su piel poco a poco fue ganando color y una gota corrió por su mejilla, pero Cerón no supo si era nieve derretida procedente de su cabello o una lágrima de satisfacción.

Observó que el pelo del extraño, al derretirse la nieve, volvía a su color negro habitual. Se reveló como una densa maraña apelmazada y pesada por la humedad, con mechones gruesos y rebeldes cayendo sobre su frente como raíces retorcidas de una cabellera indómita. Una barba igual de oscura y salvaje le cubría el resto del rostro; ruda, erizada y húmeda, servía de marco perfecto para su expresión triunfal. Sus ojos negros reflejaban las llamas como si fuera un espejo ante el que danzaban hipnóticas, casi frenéticas.

Cerón miró a su alrededor confirmando que los Tharbrins no acudían a la llamada de las llamas y volvió a centrar su visión en el hombre que seguía lanzando leña al fuego tratando de alejar un frío que solo su mente recordaba ya. El mago se quitó la túnica y se la tendió al desconocido.

—Ten, cúbrete del frío con esto —le ofreció. El hombre lo miró sorprendido, tanto a él como a la túnica. Ladeó la cabeza sin comprender lo que quería decir. El mago se señaló a sí mismo mostrando sus propias ropas—. Póntelo, te protegerá del frío. —Cerón dio un paso hacia él dispuesto a entregarle la prenda y el hombre retrocedió de un poderoso salto más de cuatro metros. El mago se detuvo tan incrédulo como impresionado. Alzó las manos tratando de hacerle confiar en él—. No voy a hacerte daño, te lo prometo.

El desconocido carraspeó, tosió y balbuceó sin que nada semejante a una palabra saliera de sus labios. Señaló el camino por el que había llegado, inquisitivo. Cerón observó su gesto y comprendió que buscaba una explicación a su visita. En aquel mundo frío nadie caminaba por la nieve sin un motivo importante.

—Seguía el rastro de unas huellas que aparecieron tras una batalla entre dos dragones.

La respuesta no debió de gustarle porque sus músculos se tensaron. Cerón pudo ver entonces la formidable forma física del desconocido. Era un mapa de anatomía tallado en violencia; una estructura de puro músculo magro y tendones en tensión, sin un gramo de grasa que suavizara su aspecto. Parecía una cuerda de arco a punto de romperse, un físico atlético y explosivo forjado para la guerra.

Pero lo que realmente sobrecogía no era su fuerza, sino su piel. Su torso desnudo era un tapiz de brutalidad donde no quedaba un solo centímetro virgen: cientos de marcas de quemaduras, mordiscos y desgarros se entrelazaban contando la historia de mil bestias derrotadas. Y presidiendo aquel caos de vieja carne rasgada, cuatro surcos profundos y pálidos le cruzaban el pecho desde el hombro izquierdo hasta la cadera derecha; la firma de una garra colosal que debió haberlo partido en dos, pero que ahora solo servía de trofeo en el cuerpo del hombre que se había negado a morir.

Cerón sopesó sus alternativas y mentir a aquel desconocido no parecía la mejor de ellas. Suspiró y, a pesar de que sabía que Nefrén se enfadaría con él, decidió decirle la verdad.

—Busco a los Cazadores. Los necesito para ayudar a los Calán pequeños y a los dragones. Puede que tengan la respuesta de por qué se corrompen sus dragones negros —aseguró con la firmeza que solo la verdad es capaz de demostrar.

El desconocido se irguió de nuevo relajando su postura de combate. A pesar de su entrenamiento en el barco de Praedesi, Cerón no se habría enfrentado a él por nada del mundo con los puños. Aquel cuerpo parecía estar hecho por y para la lucha. El desconocido se acercó lentamente hacia él y volvió a situarse ante el fuego sin perder de vista al mago. Echó un nuevo tocón de madera y señaló al mago.

—Mi nombre es Cerón. Vengo del continente, un mundo al norte de la Isla, muy lejos de aquí. He venido en busca de ayuda para defender mi mundo, pero antes parece que tengo que arreglar este. —El hombre señaló su espada y ladeó la cabeza. Un nuevo sonido gutural salió de sus labios seguido de una tos incontrolable. Se agachó y recogió un puñado de nieve que comenzó a comerse ante el atónito mago—. Es una larga historia —trató de esquivar. Sin embargo, el hombre recogió un nuevo puñado de nieve y siguió comiendo sin perder al mago de vista. Le instó a continuar con la cabeza—. Es… no tengo muy claro qué es, pero gracias a esto y al fuego de una dragona, conseguí matar a un Tharbrins.

El hombre dejó de comer y frunció el ceño. Miró al mago de arriba abajo, suspicaz. El cuerpo de Cerón era fuerte, sin embargo carecía de la indomable fuerza del hombre desnudo, cuyos brazos eran el doble de gruesos que los del mago. Sin duda desconfiaba de su fortaleza e incluso Cerón comenzó a hacer lo mismo al compararse con él. Pero si una cosa había aprendido desde que había nacido era que nadie domina la magia y la fuerza a partes iguales, salvo quizá Sonthorn. ¿Sería aquel hombre capaz de usar la magia también? Quizá eso explicase cómo había hecho para sobrevivir a la lucha entre los dos dragones.

Miró su propio cuerpo desnudo y al mago después. Sus labios se movieron sin pronunciar ningún sonido. Miró a Cerón con intensidad y apretó los puños frustrado. Tosió de nuevo.

—¿Cómo te llamas?

El hombre lo miró furioso y sus labios mostraron una mueca de locura de nuevo. Abrió y cerró los ojos tratando de controlarse, trayendo a la memoria de Cerón el recuerdo de dónde había visto a alguien comportarse así. Sacudió la cabeza incrédulo ante lo que su mente le decía que era la auténtica verdad. Las piezas comenzaron a encajar en su mente y pronto el puzle de lo que estaba pasando se iluminó ante él.

—¡Eres un Calán! —exclamó. El hombre puso los ojos en blanco como si aquella fuera la mayor obviedad del mundo—. Pero no estabas en el Nido, te habría visto y nadie voló hacia aquí. No había ningún Calán pequeño ajeno al Nido salvo Tamatha… —El hombre ignoró el nombre de la Calán, debía de desconocerla—. Solo quedaban dragones fuera del Nido, pero solo había… ¡por los Dioses Desaparecidos! ¡Has vuelto atrás! ¡Tú eras el dragón que atacó al dragón negro! ¡Eso lo explica todo!

Una risa demente llenó la garganta del hombre y esta vez sí que emitió un sonido voluntario, si bien podía habérselo ahorrado dada la locura que transmitía. Sin embargo, era un paso adelante. Cerón comprendió entonces por qué no podía hablar, por qué se miraba las manos extrañado o por qué carecía de ropa. Debía de llevar tanto tiempo en su forma de dragón que había olvidado lo que era un cuerpo humano. Pero había conseguido volver atrás y la imagen de su trampa a Tarnicis con Tamatha volvió a su memoria confirmando que se podía conseguir. Había dejado de ser una suposición y se había vuelto una realidad.

—¿Cómo lo has hecho? —El hombre miró hacia el lugar por el que había llegado Cerón y alzó las cejas con sorna. El recuerdo del dragón muerto con el agujero en el pecho volvió a él. Aquel hombre le había arrancado la *Esencia* y la había usado para volver atrás. Solo faltaba por explicar quién era, ¿era un Calán desconocido para él? ¿Era uno de los grises? ¿Era uno de los negros que atacaron a Jéssica? Si era un dragón negro y seguía corrompido por la Oscuridad, tendría que detenerlo—. ¿Quién eres? ¿Cuál es tu color?

El desconocido rio de nuevo, esta vez con tristeza. Se giró y le enseñó la espalda a Cerón mostrando dos cicatrices tras sus hombros exponiendo la desgarradora verdad de quién era aquel hombre. El mago dio un paso atrás de forma inconsciente. Ante él tenía a uno de los dragones rebeldes a los que habían arrancado las alas para evitar que cambiaran por completo. Ese era el motivo de que hubiese huellas en la nieve marcando su camino, porque él no

había llegado volando como el dragón negro muerto. La última pieza del puzle encajó ante sus ojos.

Según había dicho Colin los Calán sin alas estaban muy lejos de allí incluso para hacer el viaje surcando los cielos. La magnitud del viaje a pie que decía aquel hombre era inimaginable. Podía haber pasado meses corriendo sin siquiera saber si encontraría su objetivo.

Cerón dudó cómo tomarse a aquel desconocido que había sido corrompido por la Oscuridad, si bien se suponía que aún no se había adueñado de él como lo había hecho con el resto de rebeldes alados. La dura y cruel estrategia de arrancarles las alas había conseguido apartarlos de las garras de las sombras, pero a juzgar por su mueca tan poco cuerda, el precio a pagar había sido su cordura. Recordó la historia de Roland en la que Nurae le había arrancado las alas y un escalofrío recorrió su cuerpo al sentir la cercanía de ambos eventos.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó de nuevo tendiéndole su capa. El hombre miró el objeto de nuevo, extrañado—. Te protegerá del frío. Recuerda que cuando eras un Calán pequeño te vestías para protegerte del frío.

El desconocido frunció el ceño y sacudió la cabeza concentrado. La idea pareció entrar poco a poco en su mente hasta que, finalmente, se acercó al mago y la recogió de su mano. Se echó la capa sobre los hombros y la cerró sobre su cuello. Sin embargo, aunque la capa le protegiera parcialmente del frío, no podría hacer nada con sus pies descalzos.

—Puedo usar mi magia para calentarte. No sé a dónde vas, pero puedo ayudarte. —El hombre negó con la cabeza rechazando la posibilidad—. Háblame de ti, de los Calán, de la Oscuridad. Puedo ayudar, conozco a esa mujer, por desgracia.

El hombre lanzó más leña al fuego y extendió las manos sobre él. Abrió y cerró los dedos tan sorprendido como antes. Tosió y carraspeó tratando de usar una voz que hacía mucho tiempo que no tenía.

—No —logró articular finalmente.

—¿No? ¿No a qué?

El desconocido dio una patada al fuego y una gran parte de sus brasas se dispersó por la nieve. Cerón se apartó justo antes de ser cubierto por ellas. Cuando se recuperó de la sorpresa, observó que el hombre volvía a lanzar más leña al fuego tratando de revivirlo. La poco sutil semejanza con la ira de Ónice no le pasó desapercibida. Sin embargo, hasta ella actuaba con más calma.

Cerón esperó pacientemente a que el hombre calmara su temperamento. Conocía demasiado bien lo que ocurría si alguien tensaba demasiado la cuerda de la paciencia de la drugana, alguien como Tristán, por ejemplo. Esperó y, tras unos minutos de silencio, el hombre volvió a tratar de comunicarse.

—No confío —aseguró con dificultad. Sus palabras eran torpes y entrecortadas, pero Cerón las comprendió a pesar de todo.

—Jéssica lo hizo, Pepita también. ¿Ellos no merecen tu confianza?

El desconocido miró a Cerón a los ojos, sin duda preguntándose cómo conocía aquellos nombres que volvían a su memoria como si una antorcha se hubiese encendido entre las sombras de su mente. Esta iluminaba los rostros del dragón dorado y azul que el mago refería. Sin embargo, el resto de sombras se negaban a desaparecer con una llama tan escasa.

—Habla —ordenó tal y como hacía el resto de los Calán. Calandra nunca pedía, ella reclamaba.

Así pues, Cerón se vio obligado a confiar su historia a aquel hombre, al menos parcialmente. No necesitaba contarle lo que ocurría en el continente, pero sí todo lo relacionado con los Calán o los dragones. Sabía que Nefrén se enfurecería, pero como ya se iba a enfadar de todas maneras, un poco más no supondría problema. Unas horas después, la memoria del hombre se había iluminado lo

suficiente para permitirle hacerse una idea de la verdad que el mago portaba.

—No soy una amenaza para los Calán, te lo aseguro. —Cerón señaló al cielo—. Colin puede confirmarlo si quieres. ¿Quieres que le llame?

—Desde aquí no puedes —aseguró el desconocido que poco a poco había recuperado el habla a base de esfuerzo. Su voz era dura y grave, y eso no parecía que fuese a mejorar con el tiempo.

—Ahora es tu turno de hablar —dejó caer Cerón tal como él había hecho, pero sin el detalle de ordenárselo. Ónice se tomaba demasiado mal las órdenes y no quiso poner a prueba el autocontrol de aquel hombre.

—Me llamo Rhogar y no descansaré hasta liberar a mis hermanos —aseguró completamente decidido. Cerón frunció el ceño, desconcertado.

—¿Quién está retenido?

—Esos a los que llamas rebeldes. Están al sur, en el territorio de los Cazadores. Voy a liberarlos cueste lo que cueste.

El recuerdo de Sonnen y la soflama de los semielfos acudió a la memoria de Cerón. Dos mundos muy lejanos compartían la misma determinación, no podía ser casualidad. Sin embargo, estaba hablando de liberar a criaturas consumidas por la Oscuridad, no debía permitirlo.

—Esos que quieres liberar atacan a los Calán sin descanso. Ayer mismo asesinaron a siete de ellos —le recordó. Sin embargo, Rhogar arrugó la nariz y gruñó antes de escupir sobre el fuego. La saliva silbó al evaporarse entre las llamas—. Pero eres un Calán, ¿por qué querrías atacar a tu propia raza? ¿Una venganza por tu mutilación?

—¿Venganza? —rio con estrépito—. ¿Crees que busco venganza? Yo mismo me hubiese arrancado las alas si hubiese

podido para no cambiar. Yo también vi a los dragones caer ante los dragones negros. Ante mis ojos tuve a la criatura ciega en la que me convertiría si osaba elevarme del suelo. Yo mismo arranqué las alas de muchos de ellos, ¿debería vengarme de mí mismo? Tal vez acabe haciéndolo después de todo, pero todavía no. Todavía tengo mucho que hacer para protegerlos.

—¿Eres su… líder?

—No hay más líder que Jéssica y Pepita para mí. Yo solo he tomado mi propia decisión. Si he de vengarme de alguien es de eso a lo que llamas Oscuridad.

—¿Cómo os ha alcanzado? ¿Por qué ahora?

—No lo sé, solo estoy seguro de que hay una sombra en mi mente que se vuelve más tangible cada día. Puedo sentir la niebla negra condensándose en mi interior, enredándose en mi alma. Solo la determinación más absoluta me permite seguir adelante.

—¿Hacia dónde?

—Hacia los Cazadores. Ellos tienen muchas *Esencias*, las suficientes para devolver la forma humana a todos los rebeldes. Tendrán una nueva oportunidad.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Cómo sabías que se podía volver atrás? Los Calán lo habían olvidado. Solo Colin lo creía y ni siquiera con seguridad.

—Lo vi entre las sombras —aseguró, de forma tan poco cuerda como su primera sonrisa de victoria—. Vi la luz en el interior de los dragones negros, pero solo en el interior de los que ya habían asesinado a un Calán sin corromper. Llevo persiguiéndolos años a lo largo de todo este mundo helado —dijo abriendo las manos y señalando a su alrededor—. He matado a docenas de ellos en busca de una *Esencia* limpia, pero aún no la había encontrado. Esos malditos Cazadores son más hábiles de lo que jamás había creído. Siempre han ido un paso por delante de mí, hasta hoy.

—Buscamos lo mismo, entonces —confirmó Cerón. Si bien tenían objetivos diferentes, el destino de ambos era el mismo—. No sé dónde encontrarlos, pero voy a hacerlo.

—¡Ha! Yo pensé lo mismo mucho tiempo, pero no puedes encontrarlos, solo ellos a ti. Mira a tu alrededor. ¿Por qué crees que el fuego no atrae a los monstruos?

—Sé que tienen habilidades y una de ellas es impedir la magia.

—Como aquí, ¿no es verdad? Hasta un extranjero como tú es capaz de verlo. Creía que estarían aquí, pero ya se han ido. Este fue uno de sus campamentos. He logrado ver que tienen habilidades como nosotros, pueden camuflarse bajo un espejismo como ocurre en el nido, pero además han aprendido a mantener esa habilidad un tiempo tras su marcha. Son capaces de proezas que no logro ni imaginar gracias a las *Esencias* de mis hermanos muertos, asesinados bajo su mano.

—¿Qué quieres de ellos entonces? ¿Qué te devuelvan esas mismas *Esencias*? ¿Eso les vas a pedir?

—¿Pedir? ¿Quién ha hablado de pedir nada? —preguntó con sorna. Cerón recordó que los Calán no pedían ni suplicaban, ellos tomaban lo que necesitaban. El problema ocurriría cuando se encontrase con alguien que no se dejara dirigir y, por su experiencia junto a Cassius, estaba seguro de que esos serían los Cazadores.

—Puedo ayudarte, pero no creo que sea lo mejor tratar de obligarles a hacer nada. Quieres su ayuda y estoy seguro de que pueden alejarse de ti tan fácilmente como encontrarte. Y si te dan esas *Esencias*, ¿qué harás con ellas?

Rhogar miró al mago con los ojos entrecerrados tratando de decidir si tomarlo en serio o golpearlo.

—Entregárselas a mis hermanos. Como te había dicho.

—¿Para que la Oscuridad vuelva a encontrarlos y ya nadie pueda controlarlos? ¿Esa es tu estrategia?

—Si no te gusta, te apartas de mi camino.

—Por Calandra, ¿es que todos sois tan arrogantes como para no tener dos dedos de frente?

—Los dragones no tienen frente —ironizó.

—Eso me ha quedado claro. Todos vosotros creéis que el mundo se va a doblegar a vuestra voluntad y no es así. Más te vale aprender a perder.

—¡Mi voluntad es lo único que me ha mantenido con vida! —gritó Rhogar furioso—. ¡Salvar a mi gente es lo que me mantiene cuerdo! ¿Sabes acaso lo que es tener una mano atenazando tu mente día y noche sin un solo segundo de respiro? ¿Sabes lo que es ya no saber quién eres?

Cerón sacudió la cabeza y sonrió, conocía perfectamente todas aquellas sensaciones. Estas llevaban toda la vida a su lado. Su gesto no le hizo la menor gracia a Rhogar que alzó el puño dispuesto a golpearlo. Con un rápido movimiento atacó a Cerón que se inclinó lo bastante rápido para esquivarlo. Se apartó un paso y esquivó un nuevo ataque con el brazo contrario.

—¡Sí sé lo que es! —exclamó mientras retrocedía una vez más —. ¡Por eso conozco a esa misma Oscuridad que te contamina! ¡Por eso quiero derrotarla por encima de todo! Pero el camino no es doblegar a los Cazadores, sino convencerlos de que nos ayuden. ¿Crees que se detendrán ante un Calán pequeño cuando cazan dragones de verdad?

Rhogar se detuvo en seco. Alzó la vista hacia el cielo y saltó a un lado. Un instante después Colin aterrizaba en el hueco que ocupaba. El dragón dorado miró a su alrededor antes de concentrarse en el desconocido. Abrió las alas protegiendo a Cerón y enfrentó a Rhogar abriendo las fauces ante él. Pero Rhogar no se amedrentó en absoluto. Apretó los puños y corrió hacia el dragón que, con ingenuidad, quiso soportar el golpe. La fuerza del desconocido impactó contra el pecho de Colin dejándolo sin aliento.

Trató de apartar al humano con el golpe de una garra y este resistió el peso de la monstruosa pata con sus manos. Se deshizo de la misma y saltó sobre su cuello como había hecho docenas de veces con otros tantos dragones.

Colin se impulsó con las alas y se apartó de su trayectoria. Aterrizó al instante y lanzó un golpe con la cola que impactó en el costado de Rhogar lanzándolo por los aires. El Calán pequeño salió volando más de treinta metros ante la furia del dragón. Atravesó la ilusión y desapareció en el aire hacia el mundo exterior.

—¡Detente! —gritó Cerón demasiado tarde. Colin lo miró furioso seguramente tratando de increparle, pero ninguna protesta llegó a la mente del mago. La magia del propio dragón dorado era rechazada allí dentro. Golpeó furioso las llamas con la cola y estas se extinguieron al instante—. ¡Es un Calán pequeño!

Cerón corrió en la dirección en la que había volado Rhogar deseando que aquello no lo considerase el vuelo que completase su transformación. A aquellas alturas de su viaje, ya nada le parecería extraño. Sin embargo, estaba más preocupado por su salud, un golpe como aquel debería haberlo matado.

Emergió de la ilusión y se encontró a Rhogar corriendo de nuevo hacia el interior. Solo pudo verlo un breve instante antes de que desapareciera tras ella, pero no parecía herido. Su furioso alarido se perdió tras la barrera tras él. Cerón se detuvo y volvió corriendo al interior. El hombre saltaba de nuevo hacia el dragón, pero Colin debió de recapacitar, lo cual no hizo el propio Rhogar, y el dragón lo atrapó con ambas garras. Lo empujó contra el suelo y apoyó todo su peso encima de él. Aun así, Rhogar se resistió y comenzó a levantar al propio dragón preso de una rabia furibunda.

—¡Basta, Rhogar! —gritó Cerón a la carrera. Se detuvo a pocos metros de Colin que se afanaba en controlar al hombre entre sus manos. Apoyó todo su peso en las patas delanteras y empujó con fuerza solo para controlarlo. El mago se detuvo incrédulo por lo que veía. Aquella fuerza en un cuerpo tan pequeño era inimaginable

para él—. Estáis en el mismo bando. Él me ha traído hasta aquí y él ha vuelto atrás, como tú teorizabas —dijo señalándolos a ambos.

Colin miró a Cerón incrédulo, incapaz de asumirlo. Observó de nuevo al hombre entre sus garras, momento que este aprovechó para apartar al dragón dorado y saltar a un lado dispuesto a plantar batalla de nuevo. Colin golpeó con la cola ante él avisándolo de lo que ocurriría si avanzaba.

—Fuera de aquí los dos —ordenó Cerón—. Salid de la ilusión y hablad entre vosotros. Hacedme caso ahora mismo u os juro que te arranco las alas a ti y te las pongo a ti si hace falta.

Ambos Calán se miraron desafiantes, Rhogar apretando los puños y Colin moviendo la cola ante él, preparado para apartarlo de un nuevo golpe. Tras unos segundos de duda, Rhogar asintió y caminó hacia Cerón. Pasó a su lado y salió del recinto mágico de los Cazadores. Colin lo siguió a una distancia prudencial sin dejar de mirar al mago. No tardaría en reprocharle su amenaza, aunque Cerón sabía que podía cumplir ambas amenazas ya fuera con la magia humana, las runas negras o la telépata.

Los tres salieron al exterior y, tal como pensaba, lo primero que llegó a él fue la furiosa voz de Colin ante su amenaza. La ignoró a duras penas y señaló a Rhogar con la mano, era con él con quien debía hablar. El dragón desapareció de su mente y Nefrén ocupó su lugar. Revisó sus recuerdos mientras mascullaba improperios sobre su escasa inteligencia.

"No puedo dejarte solo ni un momento. ¿Qué te crees que haces? ¿Has visto su fuerza?".

"Lo que pude con lo que tenía. Y claro que la he visto".

"Es uno de los negros, estoy seguro. Está hecho para luchar".

"Y loco. Se ha lanzado al cuello del dragón solo con las manos desnudas".

"Y no dudo que pudiera enfrentarlo de verdad. No creo que sea buena idea hacerlo enfadar".

"Ya, como a la mitad de los seres de este maldito mundo".

Nefrén asintió mentalmente. Cerón observó a ambos Calán gritándose el uno al otro tratando de hacer entrar en razón a alguien que jamás lo haría de forma voluntaria. Rhogar se mantenía firme en su posición de ayudar a los rebeldes mientras que Colin se oponía a todo lo que tuviera que ver con ellos, o al menos eso entendía Cerón, pues cuando Rhogar hablaba de ellos el dragón apartaba la vista asqueado. Aquellos dragones rebeldes habían asesinado a muchos de sus hermanos. Lo que Colin olvidaba era que esos mismos dragones eran también sus hermanos.

La Oscuridad los había corrompido, ¿tenían ellos la culpa acaso? Nefrén opinaba que sí, eso estaba claro. Para él el error no tenía cabida, quien se equivocaba perdía, así de sencillo. Cerón recordó que una vez una criatura dijo algo similar, tan solo unas semanas atrás durante la batalla de Darmid. Sonthorn le contó que Rénal había pronunciado aquellas mismas palabras y él las había rechazado. ¿Era en realidad tan cruel como parecía entonces si Nefrén pensaba lo mismo? La respuesta se le escapaba, pero una pequeña parte de sí mismo comenzó a pensar que tal vez un error imperdonable fuera un filtro adecuado para que los débiles no lograsen avanzar.

Sacudió la cabeza alejando aquellos pensamientos y caminó hacia ambos Calán. Antes de que llegara Colin había invadido su cabeza. Supo que no sería una conversación ni agradable ni sencilla, pues tendría que lidiar con la rabia de Colin, con la determinación de Rhogar y la ironía de Nefrén al mismo tiempo.

"¡Quiere liberar a los rebeldes! —gritó el dragón en su cabeza. El dorado, el más grande, claro".

—Quiere que escapen de la Oscuridad —replicó el mago interponiéndose entre ellos.

—No me detendré ante nada —le retó Rhogar. Su aspecto bajo la capa de Cerón no era precisamente imponente, pero todos habían visto su fuerza y su determinación—. Iré a rescatarlos con o sin vosotros.

"Vete, creo que es hacia allí —masculló Colin señalando con la cola. Chasqueó las mandíbulas ante él—. *Buen viaje".*

Rhogar asintió y emprendió el camino que señalaba el dragón.

—¡Detente! No puedes ir tú solo. ¿Qué crees que harán los Cazadores cuando te vean? —preguntó Cerón.

"Yo creo que ya le han visto —murmuró el drugano de su cabeza—. *A él y a nosotros. Un dragón dorado no pasará desapercibido mucho tiempo en la nieve".*

Cerón abrió los ojos de par en par reparando en la situación. No hizo falta que dijera nada al dragón para que comprendiera lo que quería decir. Colin saltó hacia el cielo y ascendió tan rápido como pudo hasta desaparecer en contraste contra el sol. Su mente siguió llegando hasta ellos apelmazada por la distancia.

"Los ha atraído hasta mí. Apártate de él, no podemos confiar en él. La corrupción jamás se detiene en su interior, ¿acaso crees que no hemos tratado de confiar en ellos? Siempre ceden, te lo aseguro. Sus almas acaban tan negras como sus cuerpos".

"Es lo que buscábamos, esto solo nos lo ha puesto más fácil. Y no creo que su presencia sea lo que llame su atención, sino la tuya. No tienen nada que temer de dos humanos como nosotros, tú eres el faro en este entuerto —le recordó Cerón—. *Buscamos el mismo objetivo que él, asúmelo, todos queremos acabar con la Oscuridad. Además, es un Calán, ¡por Calandra! Bien puede ser un hermano tuyo…*

"Mis hermanos no se corrompen".

"¿Puedes decir lo mismo por Tamatha? ¿Estás seguro de que ella soportará a la Oscuridad?"

La imagen de Aylwin frente a un dragón negro amenazante apareció en su mente con tal nitidez que casi pudo sentir el calor que desprendía el cuerpo del dragón. Sacudió la cabeza apartando la idea, seguro de que ella lo soportaría. Además, Aylwin no se habría ido con ella de saber que su destino sería ese, ¿o no? Las encrucijadas de los ojos blancos solo las podían comprender ellos mismos.

"No sé si lo soportaría —reconoció finalmente Colin que había visto con la misma claridad la escena—. *Ella es especial, pero no sé si para bien o para mal".*

"Deberías confiar más en tu Diosa —le espetó el mago—. Y tú también —le dijo a Rhogar".

—¿Cómo? —El hombre no había escuchado la conversación entre Cerón y el dragón y aguardaba, para sorpresa del mago, con paciencia.

—Le he dicho a Colin que debería confiar más en su Diosa y te digo lo mismo a ti también. Si os ha puesto en el mismo camino es un motivo mayor que vosotros. Tenéis el mismo objetivo, al fin y al cabo.

—Es él quien quiere interponerse en mi camino. —Se encogió de hombros—. Si lo hace, no será el primer dragón que mate. No me detendré por nada del mundo.

"Es un psicópata —aseguró Colin".

La mueca de demencia de Rhogar no se alejaba demasiado de su descripción.

—Me da igual. Todos vamos a buscar a los Cazadores. —Señaló al cielo—. Tú te mantendrás al margen pase lo que pase y, si todo se pone feo, informarás al Nido. Y tú —dijo señalando a Rhogar — pedirás su ayuda como yo lo haré. Yo derrotaré a la Oscuridad y tú podrás liberarlos cuando sea seguro hacerlo. ¿Te parece un buen trato?

"A mí sí —dijo Nefrén—. *Estoy deseando ver cómo lo logras".*

"Tú te callas".

Rhogar miró con furia a Cerón, desde luego la parte de recibir órdenes se le atragantaba.

—Tú no me das órdenes —respondió confirmando su teoría.

—Vengo desde el otro extremo del mundo, no te imaginas a los peligros a los que me he tenido que enfrentar para llegar aquí y cuántos más me faltan por superar. Yo sí que no me voy a detener ante nada. Nadie me detendrá, ni Tarnicis, ni los Tharbrins, ni Praedesi, ni tú. Harás bien en tener en cuenta mis palabras —dijo amenazador.

"Quizá deberías relajarte… —murmuró Nefrén que era capaz de ver en su interior cómo crecía un sentimiento que por nada del mundo quería ver en el mago telépata".

Rhogar frunció el ceño, ya había visto aquella actitud antes, en demasiadas ocasiones en realidad. Supo reconocer el rastro de las sombras en el mago.

—La Oscuridad también late en ti —aseguró relajándose levemente—. Es un fuego que danza en silencio y, cuando menos te lo esperas, se reaviva. Es el viento que alimenta la llama del rencor y tú la tienes aquí dentro —dijo señalándose el pecho.

—No me es ajena, si a eso te refieres. Por eso la enfrento, no puedo permitir que venza.

"¡Lo sabía! —exclamó Colin en las alturas—. *¡Eres uno de ellos!"*

"Espera, ¿qué? ¿Uno de qué? —preguntó al instante, pero Colin ya había desaparecido de su mente".

Rhogar miró hacia el cielo con una sonrisa de desdén en su rostro.

—Solo pueden vencerla quienes saben lo que realmente es. Los cobardes solo pueden huir o ceder ante ella. Pero yo no sé ni huir ni ceder.

CAPÍTULO 8

UN PEQUEÑO EJÉRCITO

Cerón siguió contemplando el cielo por el que Colin se alejaba tan rápido como podía. Buscó en su mente cualquier rastro que seguir para explicar lo ocurrido, pero fue en vano.

"Aquí no está —aseguró el drugano de su cabeza observándolo dar vueltas a su alrededor—. *Mejor, así hay más espacio".*

"Es lo que nos une a los Calán, no puede ir por ahí diciendo que somos un peligro".

"Lo que os une a los Calán es el psicópata este de aquí, y ya sabían que eras un peligro desde el principio. Quédate con Rhogar, al menos él quiere enfrentar lo mismo que tú... a su manera".

"Ya, a su manera".

Cerón suspiró cuando fue incapaz de distinguir al dragón aceptando que se había ido, tal vez para siempre. Miró a su alrededor viendo nada más que nieve y chasqueó la lengua; tendría que caminar mucho de ahora en adelante. La esperanza de llegar volando sin contratiempos ni cansancio se esfumaba por el cielo descubierto de nubes. El frío era intenso y tembló sin poder evitarlo. Al menos, por suerte, no nevaba.

—¿Sabes el camino? Hacia los Cazadores, me refiero.

—Creía haberte dicho que ellos son los que te encuentran.

—Sí, algo me suena. ¿Alguna idea?

—Dejarnos ver.

"Muy lógico —dijo Nefrén con ironía crispando los nervios del mago".

—Vas a pasar frío, entonces —respondió dando justo en la herida.

Rhogar frunció el ceño y se miró los pies. La capa no le cubría más abajo de las rodillas y casi no le cerraba al pecho. Se veía obligado a sujetarla con ambas manos cruzadas para protegerse torpemente del frío. Levantó un pie que ya comenzaba a cambiar a un poco saludable color azul y trató de mover los dedos sin el menor resultado.

—Estoy bien —mintió. Se le daba tan mal como a Cerón, lo que le hizo sonreír.

—Puedo usar mi magia contigo, te mantendrá en calor. Al menos hasta que tengas algo de ropa más adecuada. ¿Te parece bien?

—Odio la ropa. Llevo demasiado tiempo sin ella.

—Creo que no tienes otra posibilidad. No veo escamas que te protejan.

—Ni las volverás a ver. Por nada del mundo volveré a ser un dragón —aseguró, lo que extrañó a Cerón. Según había entendido, aquel era el destino final de cada Calán, casi lo único por lo que luchaban, por lo cual lo arriesgaban todo, incluso ante la Oscuridad, solo para poder volar.

Una sensación que el mago comenzaba a comprender.

Cerón pronunció el hechizo que protegería del frío al Calán sabiendo que funcionaría como lo había hecho con Tamatha. Una

imagen de una llamarada y una lucha terrible llegó a su mente sin que pudiera ver quién participaba en ella.

—Gracias —dijo Rhogar sorprendiendo al mago y alejándolo de la imagen de la batalla. Volvía a mover los dedos de los pies y su color había vuelto casi a la normalidad. Cerón observó que el conducto de su magia reclamaba más energía de la que pensaba, como si aquel cuerpo estuviera recuperándose gracias a él.

—De nada. Como te he dicho, tenemos el mismo objetivo, aunque no compartamos la forma de llegar hasta él.

—¿Cuál es tu idea, entonces? ¿Presentarte en la Academia y pedirles su ayuda? —preguntó irónico.

—En esencia, sí.

—Eso ni siquiera llega a ser un plan.

—Es mejor que presentarte allí y obligarlos a hacerlo, ¿no te parece?

—Mejor no lo sé, pero más lento sí.

—¿Has conocido a algún Cazador? —preguntó Cerón. Solo su negativa explicaría que creyera de verdad que podía obligarlos a hacer algo que no quisieran.

Rhogar escupió al suelo.

—Son humanos —respondió como si aquello zanjara el asunto.

—Yo también lo soy. —El Calán miró a Cerón con desdén. El mago pronunció un hechizo de levitación sobre Rhogar y este se elevó en el aire, donde se contorsionó tratando de volver al suelo. Cerón lo hizo girar hasta quedar boca abajo, lo que provocó que la capa cayera dejando demasiado del hombre expuesto al frío. Apartó la vista y lo giró para que le diera su espalda, hecho que tampoco mejoró la situación. Volvió a girarlo hasta su posición original—. Y puedo hacer cosas que ni siquiera imaginas. Tal vez seas fuerte, pero esa habilidad es inútil contra mi magia por ti mismo. —Cortó el

conducto de energía y Rhogar cayó al suelo, con una agilidad y habilidad que sorprendió al mago—. No subestimes sus habilidades, ¿por qué te crees que llevan milenios cazándoos? No sabes de lo que somos capaces los humanos.

Rhogar se irguió con calma, sin dejar de contemplar al mago a través del enmarañado pelo que caía sobre su rostro. Sus ojos ardían anhelando el combate, pero su sonrisa demente decía otra cosa. Había encontrado un rival adecuado, un reto ante él, y eso le gustaba. Por desgracia, debían ser aliados para llegar al mismo objetivo, pues el mismo fuego oscuro los calentaba a los dos. Relajó su postura y volvió a cubrirse con la capa como pudo.

—Se rindieron al final —aseguró con determinación. Se encogió de hombros—. Tuvieron lo que buscaban.

—¿La muerte?

Rhogar negó con la cabeza.

—El olvido.

—¿Qué quieres decir?

—Algo que no les incumbe a los humanos conocer, ni siquiera a ti. Solo debes saber que yo no me dejaré llevar aunque no quede alternativa. Yo siempre seguiré adelante e incluso después de muerto volveré a luchar.

—Eres… un dragón negro de verdad. Me refiero a uno auténtico —dijo Cerón, sorprendido—. Igual que Kalmenter.

—Kalmenter era mi padre. ¿Cómo conoces tú su nombre?

Cerón se humedeció los labios. ¿Cómo explicarle que había acabado con él junto a Sonthorn? Rhogar reconocería la mentira en sus palabras, no podía permitirse mentirle. Suspiró con dolor.

—Fue derrotado en el continente. Yo mismo lo vi morir, lo siento. —Sin embargo, Rhogar no se inmutó ante la confesión. Simplemente sonrió jovial, lo que desconcertó a Cerón más todavía

—. ¿Cuánto tiempo llevas cambiado? Me refiero, desde que comenzaste a cambiar.

—Fui el primero de todos. Soy el que más tiempo lleva siendo un rebelde, como tú dices. Todos llegaron después de mí, solo que muy pocos lograron controlar la Oscuridad. No están hechos para soportarla y sucumben ante ella.

"No sé a quién me recuerdan —ironizó en su mente. Nefrén no tardó en responder su tentativa".

"Eso no explica que no le afecte la muerte de su padre".

Cerón observó a Rhogar con detenimiento. Obviando el aspecto que mostraba con su torpe vestimenta, era un hombre decidido, duro y valiente hasta la irresponsabilidad. ¿Qué motivo podría haber para que una noticia así no le afectara lo más mínimo?

"Porque sabe que volverá —dijo el drugano negro".

"Pero… no puede, no hay ninguna Esencia que reclamar".

—¿Por qué no te afecta la muerte de Kalmenter? ¿Es por la Oscuridad que ha ganado terreno en ti?

—¿Qué? No, para nada. Si el decidió dejarse matar estoy seguro de que es por un buen motivo. Era el dragón más fuerte de todos y ha regresado más veces de la muerte que nadie. No me extrañaría que volviera a hacerlo una vez más.

—Pero necesita una *Esencia* para hacerlo y en el continente no hay ninguna —argumentó Cerón. No tenía sentido para él, había algo se le escapaba entre los dedos.

—Sí que hay, otra cosa es que las puedas encontrar —aseguró Rhogar.

—Aylwin puede.

—¿Quién?

—La ojos blancos de la que te hablé.

—La que vuela junto a Tamatha. Si ella es lo que tú dices debería verlas, pero lo que ella vea ahora Kalmenter no lo pudo usar. Solo puede revivir si tiene una *Esencia* a la que agarrarse. Ten por seguro que tuvo una, te lo prometo. No se dejaría matar de no ser así.

—¿Tú sabes por qué se fue de la Isla?

Rhogar negó con la cabeza lentamente.

—Las cuestiones de los dragones solo las conocen los dragones. Los Calán pequeños son ajenos y yo aún no había cambiado por entonces, aunque es verdad que lo hice al poco tiempo. O lo intenté, ya ves que me quedé a medio camino.

La posibilidad de saber quién era su madre se escapaba entre sus dedos de nuevo. Solo Kalmenter parecía conocer la verdadera historia de su nacimiento. Por un segundo deseó poder volver atrás y preguntarle, pero era completamente imposible. Sin embargo, si Rhogar tenía razón, el dragón negro volvería a la vida de nuevo y, si lo hacía, quizá sí que tendría ocasión de preguntarle.

¿Respondería voluntariamente? ¿Podría obligarle como había hecho Nurae a obedecerle? La idea le desagradó por completo, pues la simple posibilidad en su cabeza le acercaba más a la rama demente de su familia.

—Cuando regrese, ¿será un dragón o un Calán pequeño? —Tal vez si tenía una boca para conversar decidiese usarla con él tal como había hecho con las fauces, pero de otra manera más sutil.

Rhogar se encogió de hombros.

—Lo que él decida. Él es el dueño de su vida y él decide qué quiere ser. Yo no pude elegir, pero él sí pudo, puede y podrá. Cuando regresas tantas veces de la muerte, el cuerpo se convierte solo en un recipiente a elegir.

—Con una *Esencia* se puede volver atrás, pero vosotros además podéis revivir. —Una sensación demasiado cercana a la

envida recorrió al mago. *"Toda una vida para aprender… no, ¡todas las vidas para hacerlo!",* pensó.

Por suerte, una voz en su cabeza no se dejó llevar por la ilusión o la envidia.

"Conozco a alguien que piensa así y no acabó demasiado bien. Creo que era algo así como un telépata de ojos rojos, ¿te suena? —ironizó Nefrén".

Un escalofrío recorrió al mago. Sin embargo, no sintió frío en absoluto. La sensación de que perdía el control se abrió camino en su mente estallando ante él con la clara y descarada idea de que quizá el camino de Kelldom no había sido tan imposible de recorrer. Sacudió la cabeza y tragó saliva apartando a la idea de su mente. La tentación arañó su alma con más fuerza que la propia Oscuridad y Cerón pudo ser testigo de cómo daba un paso hacia ella sin poder evitarlo.

—Debemos irnos —dijo Rhogar sacándolo de sus pensamientos pesimistas, lo que agradeció más que un buen fuego—. La noche está cerca y debemos prepararnos.

—Hay que buscar refugio. ¿Conoces la zona?

—No es para eso para lo que hay que prepararse.

—¿Entonces?

—Para los Cazadores. ¿O te creías que cazaban de día? La vista del dragón es peor en la noche y es su mejor baza.

Cerón tomó nota de que al fin encontraba una diferencia respecto a los druganos que alcanzaban su máximo potencial durante las noches. Su imaginación dibujó la imagen de Sonthorn volando sobre un dragón blanco durante el día y protegiéndolo durante la noche. Se concentró en la imagen y, para su sorpresa, no logró encontrar a Ónice por ningún lado.

—Vamos hacia el sur, es su territorio. Sus ciudades están aún muy lejos de aquí, la cordillera es el límite de su mundo.

Cerón asintió y ambos comenzaron a caminar hacia el sur con el mago al frente abriendo camino en la nieve que le llegaba hasta la rodilla. Sintió el consumo de energía al mantener su temperatura y la de Rhogar, pero no era lo suficiente para agotarlo; podría mantenerla durante días. El contraste con el frío de la cordillera era evidente.

—¿Siempre está nevado tu mundo? —preguntó aprovechando que no tenía nada mejor que hacer que caminar. Al menos podría aprender algo sobre aquel lugar.

—No, pero casi. Ocho meses al año gobierna la nieve y solo durante cuatro desaparece. Esos meses son los más peligrosos para los dragones, como comprenderás. Los Cazadores pueden alejarse más de sus ciudades.

—¿A qué viene esta enemistad con ellos?

—Desde la antigüedad han aprendido a usar nuestras *Esencias* para domesticar su mundo. Al principio solo las usaban para proteger sus ciudades del frío y, por así decirlo, de ciertos ejemplares alados demasiado arrogantes para aceptar que no eran comida. —Cerón enarcó una ceja. Calculó con repulsión que un dragón tan grande como Jéssica necesitaría varias docenas de humanos para saciarse. Le fue imposible calcular el número adecuado para alimentar a Pepita. El dolor por su pérdida regresó a él con una inesperada intensidad—. ¿Quién comenzó la guerra? Seguramente los Calán, pero de ello hace tanto tiempo que nadie lo recuerda. Fue entonces cuando llegaron Valeria y Connor para reconducir nuestra historia. Antes los Calán no eran como ahora, ¿lo sabías?

—He escuchado fragmentos muy desordenados, me temo. Pero tengo tiempo ahora, me gustan las historias mucho, a decir verdad. De Valeria he oído hablar varias veces, la tenéis en muy alta estima. Creo que incluso hay un libro sobre su vida, creo que se llamaba "Ojos de hierro" o algo así.

Rhogar asintió aprobando su recuerdo.

—No diré que sienta no haberlo leído, pero mi naturaleza me impide pasar muchas horas… bueno, sin encontrar una batalla —aseguró, lo que no le extrañó al mago en absoluto.

Tal vez la naturaleza de alguien no estuviera determinada desde su nacimiento, como ocurría con Ónice sin ir más lejos, pero su vida siempre era orientada hacia su plenitud moral, y para eso sus actos debían de estar alineados con su espíritu. En el caso de Rhogar, su naturaleza era la batalla, la necesitaba más que respirar. Sin embargo, Cerón no sería que fuera un ser cruel o despiadado, solo combatiente. El liderazgo, el honor o la fuerza eran las monedas de intercambio en su vida igual que lo era la sabiduría, la calma o la razón en la del mago. El problema era que esas tres monedas habían desaparecido del bolsillo de Cerón semanas atrás.

—En Rodelmaer hay varios volúmenes sobre ella. Te aseguro que los leeré.

—¿Rodelmaer es la ciudad que tiene un puerto? Una grande, al menos comparada con la de los humanos del sur.

Cerón frunció el ceño al recordar esa expresión. El mago recordó el pequeño fragmento de historia que encontró en la biblioteca de Darmid. Ni por un momento ahora creía que hubiese sido una casualidad.

"Al ocaso, cientos de druganos del mal se lanzaron sobre los valientes mortales que peleaban en primera línea, exterminándolos en un abrir y cerrar de ojos. Los elfos oscuros, los humanos del sur y los enanos desterrados se armaron de nuevo de valor ante sus supuestos Dioses oscuros, que llegaban azotando a su enemigo con su poder oscuro".

—Los humanos del sur… —recordó encajando las piezas de la historia—. Siempre había creído que el texto hablaba de los humanos del sur del continente, no del mundo entero, aunque es verdad que los dragones de aquella época tal vez vinieran desde aquí. ¿Es posible que hubiesen llegado desde tan lejos? De ser así, ¿por qué se pondrían del lado de Kelldom?

—No sé de qué me estás hablando —dijo Rhogar que desconocía todo lo que decía.

—Después, solo pienso en voz alta. *"Nuestros dragones fueron los siguientes en caer, no olvidaré ninguno de sus nombres. Hermanos, espero que tengáis un sitio junto a la Diosa. Por suerte, esta noche me encontraré de nuevo con vosotros junto a ella".*

—Lo de los dragones sí que me suena —se burló Rhogar tras él.

—¿Y si no eran dragones? —se preguntó con una idea en su cabeza, tan extraña, alocada e inesperada que, a la fuerza, tenía que ser correcta.

—Ahí atrás hay uno, o al menos están sus restos. ¿Quieres ir a verlo para asegurarte de qué es un dragón?

Cerón puso los ojos en blanco. Rhogar apreciaba la ironía al parecer tanto como Nefrén. Sin embargo, el drugano no decía nada y le permitía continuar con su propio proceso mental.

—Si hubieran sido bestias libres como pensaba antes, no habrían sido hermanos para los druganos blancos. Pero el que escribió la historia los conocía por sus propios nombres, lo que significaba que podían hablar con ellos. —Cerón se detuvo y Rhogar buscó con una sonrisa cualquier señal de peligro a su alrededor que hubiese hecho detenerse al mago. Cuando confirmó que no había ningún peligro, chasqueó la lengua decepcionado—. Creo que fueron los Calán los que lucharon contra Kelldom hace tanto tiempo. Y, si en un bando estabais vosotros, a la fuerza en el otro estarían los humanos. Si se vieron empujados a luchar contra vosotros por eso de no ser comidos, tal vez decidieran erróneamente participar en la guerra en el bando de Kelldom.

—No sé de qué me estás hablando, pero tiene algo de sentido. Comedores de hombres por un lado, hombres comidos en el otro.

—Gracias por tu apoyo. —Cerón reemprendió la marcha. Si su teoría era cierta, los Cazadores o los humanos de las ciudades a ese

lado de la cordillera debían de saber algo. A la fuerza alguien recordaría por qué llegaron hasta el continente. La idea de ir a una de las ciudades de los humanos se abrió paso en su mente, lo que estuvo seguro de que Rhogar no comprendería—. Debo hablar con algún humano de las ciudades sobre esto.

—Cuando libere a los dragones de la Oscuridad, te traeré varios si quieres.

—Me refería a voluntariamente.

—Eso es más difícil, no suelen salir de sus ciudades.

—¿Por eso de los come hombres?

Rhogar se encogió de hombros.

—Antes sí, ahora tienen bastante con los Tharbrins y sin fuego no pueden sobrevivir. Los únicos que deambulan por la tierra como insectos son los Cazadores.

—Seguro que os vais a llevar muy bien —ironizó poniendo los ojos en blanco. Le sería más fácil presentarles a Colin que a Rhogar, por lo que estaba viendo.

—Por mí pueden quemarlos vivos a todos —dijo confirmando su teoría sobre su sincera amistad con los Cazadores.

—Se nota que los Tharbrins son familia vuestra, sí. La única diferencia parece que es que ellos han sido consumidos por su fuego. No sé qué quieren, pero sí sé cómo acabar con ellos.

—Pues ya es algo. Lo único que no me gusta es que haya sido la hija de un Cazador quien diera con la solución.

—Calandra lo decidió, ¿no es eso lo que pensáis los Calán?

—¿Calandra también decidió torturarme y arrancarme las alas? Comienzo a dudar de su criterio respecto a las decisiones.

—Creía que todos los Calán aceptabais sus designios sin preguntas —dijo Cerón sorprendido por el comentario de Rhogar.

El hombre se echó a reír con una carcajada tan sincera como desquiciada.

—Yo no, jamás lo hice y sé que mi padre tampoco. Él decía que nadie debe disponer de nuestro destino y se agarraba a ello con garras y dientes.

Cerón se imaginó al dragón furioso rechazado todo lo que no fuera su voluntad con, bueno, garras y dientes. Qué lejos quedaba la visión del Kalmenter de su recuerdo. Su cuerpo mutilado, su mente rota y la tragedia que implicó aquella noche hacían que el dragón de su memoria fuera un monstruo muy diferente del que dibujaba Rhogar. Si era verdad lo que decía respecto a él, Kalmenter se parecía más a Sonthorn de lo que jamás habría imaginado. Ambos repudiaban su destino, pero ambos estaban sujetos a él. ¿Sabría el viejo dragón que cada uno de los huesos que Nurae rompió de su cuerpo había sido entregados por Calandra en sacrificio? ¿Qué opinaría de morir en una torre en un mundo ajeno sin posibilidad de renacer?

A aquellas alturas, debía de estar al lado de Calandra terriblemente furioso con ella y decepcionado con el mundo. Sin embargo, sí podía entender a Rhogar y a su rechazo a su diosa. Demasiadas veces era necesario culpar a otros por los sacrificios que se deben asumir y el suyo no había sido menor, tanto que casi le había arrebatado la cordura por completo. Entre la Oscuridad y el sacrificio existía una línea tan fina que era, a menudo, imposible de evitar cruzar.

—¿Todos los dragones negros pensáis así? —preguntó tratando de averiguar más sobre ellos.

—Cuando conozca a alguno más, te lo diré. Si sigues vivo, claro.

—No es mi intención morir en este lugar helado.

—Las ciudades no están heladas.

—Gracias a las *Esencias* de tus congéneres.

—Correcto. ¿Te parece un motivo suficiente para atacarlas el tratar de arrebatárselas y liberar a los Calán cautivos?

—Suficiente sí, tanto como secuestrar una *Esencia* para protegerlos de dragones come hombres. ¿No te parece?

Rhogar se encogió de hombros.

—Para mí son insectos. Si me demuestran que son algo más que eso, tal vez comience a respetarlos.

Cerón alzó una ceja, creía conocer perfectamente cómo debían demostrar a Rhogar ser algo más que insectos. ¿Sería capaz Cassius de enfrentarse a él a pesar de su edad?

"Cassius no es un luchador y recuerda lo rápido que era —apuntó Nefrén. A continuación le mostró el recuerdo de la visión en la que torturaban a Raanee y de los pesados pasos que se escuchan en ella—. *Si un Cazador tiene la Esencia de un dragón negro, ni siquiera puedo llegar a imaginar su fuerza".*

—¿Los Cazadores tiene *Esencias* de los dragones negros? —preguntó directamente buscando solventar el enigma.

—Si tienen un ojos blancos que aún son más escasos que nosotros, habrá de haber alguien con algo de fuerza entre ellos.

—No me lo digas, ¿me lo dirás cuando conozcas a alguno?

—No será necesario que te lo diga.

—¿Por qué?

—Porque no podré resistirme a atacarlo.

El día avanzó despacio, tanto como ellos a través de la nieve virgen. A pesar de que Cerón buscaba cada poco tiempo alguna señal de Colin, el dragón dorado no regresó en ningún momento confirmando que le había abandonado en contra de las órdenes de Jéssica y Pepita. El carácter impredecible del adolescente se había

impuesto a su lealtad, lo que el mago estaba seguro de que no tardaría en afectarle. Colin respetaba demasiado a Pepita para traicionar su recuerdo, por lo que la cuestión no era si recapacitaría, sino cuándo lo haría.

El frío acompañó a la luna cuando esta se alzó en el firmamento apartando los últimos rayos de sol. El espejismo del calor se disipó por completo. No tardó en comenzar a sentir cómo el vínculo del hechizo que protegía a Rhogar del frío consumía un caudal de energía perceptible ahora para él. No era algo preocupante, al menos de momento. Sin embargo, se preguntó cómo repondría energía en aquel páramo de nieve dura y árboles bajos. Sus ojos no estaban entrenados para la caza, lo que sabía perfectamente, por lo que la posibilidad de encontrar alimento se disipó junto al calor del día.

Cerón estaba avanzando hacia un abismo sin posibilidad de vuelta atrás. La única salida era seguir adelante. No dudaba de que los Cazadores, a diferencia de él, harían honor a su nombre y serían capaces de encontrar alimento incluso en aquel mundo helado.

La idea le llevó a buscarlos en la noche. Debía haber alguna forma de encontrarlos que no fuera a través de la magia ya que sus habilidades le impedían ser localizados a través de hechizos corrientes. Decidió pensar en ello mientras avanzaban, Rhogar no tenía intención ni de hablar ni de detenerse, y Cerón agradeció lo segundo. Era una lástima no poder averiguar más, pero el humor del Calán había cambiado con la noche volviéndose más arisco. Sin duda tendría que ver con que alcanzaban su máximo poder durante el día. La noche era peligrosa para ellos.

Cerón meditó entonces sobre la magia, disfrutando el esfuerzo mental en el que Nefrén no parecía interesado en participar. A decir verdad, el drugano se había vuelto más esquivo en las últimas horas y se negaba a explicarle el motivo. Cerón pensó en los planos de la magia, en la energía y en lo que se podrían llamar habilidades tratando de encajarlas en alguno de aquellos lugares. Era similar a la magia de los druganos, esto estaba claro dado que podían hacer uso

de ella sin conducirla con hechizos. Sin embargo, no podían modificarla o alterarla, era como si sus cuerpos abrieran una sola puerta a la magia, pero esta fuera lo suficientemente poderosa para imponerse al resto de habilidades.

Pensó entonces en Calandra y en lo que creía que era ella, o más bien en cómo creía que ella era. Al fin y al cabo, ella era su diosa y de ella dependían sus acciones, su pasado y su futuro. Ella era quien les daba su poder, un poder arrollador en realidad como su propio temperamento. Sin embargo, el problema de los poderes arrolladores era que necesitaban ser controlados de alguna manera y no le costó mucho asociar el hecho a sí mismo. Los telépatas tenían su propio control, si bien este podía acarrear muchos más peligros. El recuerdo de Nurae y del mismo Kelldom golpeó su mente con dureza, ambos familiares suyos sin saber quién era qué.

La locura era su propio freno, como bien sabía. ¿Cuál sería el de la magia de las *Esencias*? ¿Permitiría Calandra que hubiera criaturas como él mismo recorriendo su mundo? Sin contar a los Tharbrins, claro. ¿Eran ellos un error por su parte? Si era así, ¿por qué no los detenía? Eran demasiadas preguntas sin respuesta las que se abrían en cada dirección que miraba, por lo que volvió al problema original.

"El poder sin control —se recordó obligándose a enfocarse. Era difícil en aquel mundo frio y silencioso. Si no fuera por el viento suave que había comenzado a elevarse, solo escucharía sus pasos en la nieve y los murmullos de Rhogar—. *Calandra no permitió que tuvieran un poder sin control, por eso solo permite una habilidad. Es como si su magia se bloqueara por completo y solo dejara crecer en cada uno de ellos una sencilla, aunque poderosa, habilidad".*

La respuesta era tan obvia como interesante. Si aceptaba que tenían todas las habilidades y era Calandra la que solo le permitía usar una de ellas, ¿podría cometer un error con algún Calán que hiciera que pudiera evitar su bloqueo? Cerón sacudió la cabeza, de ser así sería una criatura tan increíble como el mismo Sonthorn.

"O tú —le espetó Nefrén recordándole que no estaba solo—. *Pero tú sí tienes freno".*

"¿Crees que existirá alguien así?"

"Lo crea o no, estoy seguro de que, si es así, lo acabaremos conociendo".

Cerón asintió, pensaba lo mismo. Si existía alguien así, no sería ajeno a los problemas del mundo. Acabaría dando la cara en algún momento, estuviera en el bando que estuviera. Tal como había aprendido hasta entonces, cada poder tenía un contrapeso, un contrario con el que equilibrarse o anularse. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando pensó en Aylwin. ¿Qué clase de poder tendría la criatura que fuese su contrario?

Chasqueó la lengua incómodo.

"Debe ser muy…"

La voz de Nefrén desapareció de su mente de forma abrupta con su siguiente paso. Cerón revisó en su interior sin encontrar al drugano, ni siquiera el más leve rastro. Su corazón se aceleró, aquella sensación ya la conocía tras tantas horas sobre Colin. Miró tras de sí y encontró a Rhogar en posición defensiva enseñando los dientes en todas direcciones, aunque de momento no había comenzado a gruñir. El mago supo que no tardaría en hacerlo.

Buscó los conductos de su magia y los encontró cerrados por completo.

—Están aquí… —murmuró. Alzó las manos mostrando que no llevaba armas—. Más te vale no darles motivos para atacarnos —le dijo al Calán, que ahora olfateaba el aire a su alrededor con fuerza, jadeando con cada exhalación—. No queremos problemas, hemos venido a hablar con ellos.

—No te muevas y tal vez te deje pronunciar una sola palabra más —dijo una voz femenina tras él.

Antes de que se diera cuenta, una afilada daga presionaba su cuello con dureza. Su magia al momento trató de repeler la agresión y se vio obligado a controlarla dividiendo su mente entre lo que ocurría a su alrededor y la lucha contra su propia naturaleza e instinto de supervivencia. Aunque todo su cuerpo le pedía acción, logró controlarse y se sintió orgulloso de ello.

Rhogar era algo muy diferente, él no se dejaría controlar y Cerón dudaba incluso que fuera capaz de hacerlo. Saltó hacia un lado y golpeó con una fuerza y velocidad atroces al aire. Para sorpresa del mago, el sonido de un puñetazo y una mandíbula rota acompañaron al gesto a continuación. El impacto no frenó su puño en absoluto. El Calán giró sobre sí mismo y agarró una figura invisible tras él, le dio la vuelta y rodeó con su brazo su cuello sin el más mínimo cuidado.

La conversación no iba por buen camino.

—Sin trucos, humana —le espetó.

Apretó un poco más fuerte y el cuerpo de una mujer se materializó ante él. La ilusión se desvaneció al mismo instante que la chica perdía la consciencia. Más de media docena de hombres y mujeres los rodeaban, todos con armas de todo tipo apuntándolos. Eran espadas torpes y arcos improvisados, pero tras ellos guardaban las armas de las que se enorgullecían. Unas estructuras de hierro se alzaban sobre la nieve, sobre la cual se desplazaban con una legión de ruedas de metal.

Allí donde mirara el mago, afiladas espinas emergían por ventanas igual de preparadas para la defensa. Pero lo que más llamó su atención fue una descomunal ballesta sobre el tejado de cada una de aquellas estructuras.

—Suelta a mi humano —amenazó Rhogar sin el más mínimo pudor. Las armas se concentraron en él que ignoró por completo la poco sutil amenaza. Agarró a la inconsciente mujer por el cuello y la alzó con una sola mano sobre su cabeza.

La mujer que sujetaba a Cerón liberó su presa.

—Yo me ocupo. Despertad a Thorgum —indicó un hombre tras él con voz tranquila. Asumió el lugar que la mujer del cuchillo tenía tras Cerón. No usó daga alguna, pero el mago no se movió y esperó —. Decidle que hemos encontrado a uno.

El murmullo recorrió al grupo al instante.

—No queremos problemas —dijo Cerón, lo que era muy poco convincente cuando Rhogar se volvía hacia los hombres y mujeres desafiándolos a atacarle a pesar de ir desarmado—. Él no puede controlarse, no lo hostiguéis. Suelta a la mujer, Rhogar.

—Sabemos perfectamente lo que es. Y tú también, mago. Por eso sigues vivo.

Cerón recordó al momento la visión de la tortura de Raanee y adaptó su historia a la nueva información. El calán dejó caer a la mujer al suelo sin el menor cuidado.

—No soy un peligro.

—Al contrario, eres un peligro. —Uno de sus hombres se acercó a él con una mordaza exactamente igual a la que le habían puesto en la isla del Predilecto de la Oscuridad. Frunció el ceño, no esperaba algo así allí abajo—. No es necesario, su magia no usa palabras.

El hombre guardó la misma en un bolsillo interior de su capa marrón, de aquel característico material de la que estaban hechas las ropas de los Cazadores confirmando que los habían encontrado al fin.

—Rhogar, son los Cazadores que buscábamos, relájate.

El Calán pareció meditar la posibilidad, si aquel Calán fuera capaz de tal cosa. Las armas dejaron de apuntarle y se mantuvieron a la espera. Dos de los Cazadores se acercaron a los dos compañeros desmayados y los apartaron de Rhogar, que no perdía detalle de cada uno de sus movimientos.

—Llévalos adentro. Cúralos rápido, no podemos seguir abiertos —indicó el hombre tras Cerón que ya había asumido que era el líder de aquel grupo. Cargaron a los dos inconscientes en sus brazos sin que pareciera que sintieran su peso siquiera.

—Puedo ayudar a curarlos —aseguró Cerón realmente tratando de ayudar.

—No. Guarda silencio.

—Si sabes quién soy, comprendes que no soy una amenaza, venimos a ayudar a…

Una patada en los riñones y un fugaz pisotón en la corva de sus rodillas le hizo arrodillarse.

—Guarda silencio y observa. Este no es tu mundo, no tienes ni idea de lo que hay en él. Hablarás cuando te lo permitan. Acéptalo o vete. Si has matado a un Tharbrins junto a un dragón como dicen, sé que podrías hacerlo.

Cerón asumió la posición y se sentó sobre sus talones levantando las manos aceptando sus palabras. Fue entonces cuando escuchó un crujido alargado junto al roce de un metal doblándose por una fuerza superior. Miró en dirección al sonido y encontró el origen en la estructura más grande. Esta parecía mecerse a un lado y a otro siguiendo el crujir del metal. Para su sorpresa, porque no tenía ni idea de qué era aquella cosa y todo sería una sorpresa para él, en uno de sus extremos se abrió una puerta. Esta formó una rampa de más de tres metros de largo, casi tantos como tenía de alto la estructura.

—En este mundo solo los fuertes sobreviven —dijo el hombre tras Cerón. Los Cazadores comenzaron a apartarse de la línea imaginaria que unía a Rhogar con los crujidos. El Calán se giró hacia el lugar y comenzó a gruñir. Adoptó una posición de ataque, mostrando los dientes mientras un ronquido sordo escapaba de su pecho. Una sonrisa monstruosa y demente llenó su rostro—. Tiene habilidades y secretos que desconoces. Uno de ellos es que, para

controlar a los ojos negros, debes dejarlos ser ellos mismos cada cierto tiempo. Y Thorgum lleva mucho esperando.

La estructura dejó escapar un crujido de alivio en el instante en que un gigante de tres metros se precipitó al suelo con un estruendo ensordecedor. El temblor sacudió la nieve hasta alcanzar al mago, que parpadeó incrédulo ante la visión. La bestia que se alzaba frente a ellos era una versión aún más extrema de Rhogar; un leviatán surcado por cicatrices profundas y tatuajes que parecían rasgar su propia carne. Desafiando al clima polar, apenas lucía un taparrabos, exhibiendo un cuerpo que rompía todas las reglas de la anatomía humana.

Pero Rhogar no se dejó intimidar. Se quitó la capa de Cerón y echó a correr contra Thorgum soltando un bramido gutural que hizo estremecerse al metal de las estructuras a su alrededor y que pareció hacer vibrar incluso el aire. No era un grito de hombre, sino el trueno de una tormenta contenida en el cuerpo del Calán que ansiaba salir a la luz.

CAPÍTULO 9

UNA ILUSIÓN EFÍMERA

Rhogar impactó contra el pecho del gigantesco guerrero y ambos salieron volando hasta estrellarse contra la estructura de metal tras él. Varios de los Cazadores acudieron a animar a su compañero como si aquello no fuera más que un espectáculo para ellos. Solo el líder y una mujer de ojos rojos permanecieron allí. Cerón observó la batalla impresionado con la brutalidad de ambos, que parecían luchar a muerte. Ambos golpeaban con una rabia homicida, recibiendo brutales golpes en el proceso.

—Lo he visto levantar a un dragón con sus propias manos —aseguró Cerón negando con la cabeza. Thorgum agarraba a Rhogar y lo lanzaba por los aires hasta que se estrelló contra una de aquellas estructuras de metal produciendo una enorme abolladura en la pared lateral—. ¿De dónde ha salido eso?

La definición de "eso" era la más adecuada para algo así. Thorgum corrió casi tan rápido como Rhogar y lo embistió con el hombro cuando se levantaba aplastándolo de nuevo contra la estructura. Esta se inclinó levantando unas lanzas de metal de más de dos metros enterradas en el suelo a lo largo de todo el lateral, levantado la tierra con su arrastre y dejando expuesto el fondo de la estructura. Ambos cayeron al suelo mientras lo que fuera aquello de metal zozobraba peligrosamente. Los Cazadores contuvieron la

respiración mientras se debatía en el aire sobre la dirección en la que caer.

Finalmente, volvió a su posición inicial provocando una sacudida en el suelo que hizo temblar al mago aún de rodillas. El estruendo atravesó la tundra de hielo como un trueno. Los Cazadores vitorearon a Thorgum, que los miró con el mismo odio que miraba a Rhogar antes de volver a golpearlo. Una patada lo hizo volar de nuevo para estrellarse contra otra de las estructuras, que para eso parecían haberlas dejado formando un semicírculo.

—Jamás nadie ha tumbado un armadillo —dijo el Cazador sobre Cerón. Se adelantó a él y le hizo señas para que lo siguiera—. Ven conmigo, a estos dos aún les quedan muchos minutos de distracción. Controladlos a ambos —ordenó a la mujer mientras se alejaba.

Cerón se puso en pie y lo siguió sin poder dejar de mirar la brutal lucha entre ambas criaturas jaleada por sus compañeros, todos bajo la capa marrón de los Cazadores. El mago recogió la suya propia y dudó si ponérsela de nuevo, al fin y al cabo había sido expuesta a demasiado Calán para su agrado. Decidió dejarla allí para Rhogar una vez hubiese terminado su distracción.

Siguió al líder de los Cazadores sobre la nieve observando que esta era mucho más espesa que toda la que había seguido durante el último día y comenzó a pensar que ellos tendrían algo que ver. Miró hacia el camino por el que habían llegado y observó que este había cambiado por completo. Una línea de varios metros de ancho serpenteaba en la dirección que habían recorrido hasta llegar allí. Frunció el ceño y se detuvo. El líder lo imitó y lo miró con dudas.

—Vosotros habéis hecho que viniéramos hasta aquí —concluyó sintiéndose engañado por completo. Comenzó a dudar de todo a su alrededor sin poder evitarlo.

—Como te he dicho, este mundo te es desconocido, extranjero. ¿Has decidido ya si vienes o te vas?

El líder emprendió el camino de nuevo y Cerón suspiró dejándose llevar hacia un nuevo abismo del que sabía que sería imposible regresar. El Cazador se detuvo ante una de las estructuras de metal y golpeó con el puño la misma. Comenzó a escuchar ruidos de metal rozando que desconocía pero que asoció a cadenas antes de que se abriera una puerta en el extremo posterior.

El líder continuó su avance hasta el final de la estructura. Cerón observó descender el mismo tipo de rampa que por la que había descendido Thorgum. Se asomó y apreció que en el interior era casi imposible ver nada en la oscuridad de la noche. Tal vez la luna le hubiese permitido ver el combate, pero allí dentro ella no parecía tener cabida.

El Cazador sacó algo de su capa y, tras manipularlo con habilidad, una luz blanca apareció en su mano. El fulgor iluminó un espacio abierto en el interior que se alejaba hacia las profundidades. En las paredes encontró todo tipo de armas de metal, pero lo que más halló fueron lanzas de metal colgadas en las paredes. Ante él, una mujer de aproximadamente treinta años miraba al líder adentrarse.

—¿Es él? —preguntó con voz fría.

—Sí.

—¿Lo ha revisado Melissa?

—Está inconsciente. Lo hará después. —La mujer asintió y se apartó del camino del líder. Llevaba la misma capa que él, la misma que el resto de los Cazadores. Esta caía pesadamente y Cerón recordó el notable peso de la misma. El hombre siguió avanzando y atravesó una puerta de metal redondeada por la que tuvo que pasar de lado, no era más que una abertura ovalada de un metro de alto. El mago dudó si continuar hacia delante, incómodo. El frío contacto con el metal le hizo sentir incómodo—. Dentro hay comida. Si has venido desde tan lejos cruzando las montañas, no habrás podido alimentarte correctamente. Tal vez seamos un poco bruscos —ironizó y la mujer tras Cerón dejó escapar una risotada—, pero nos

alimentamos bien. De no ser así no sobreviviríamos y eso es lo único que hacemos. Hasta ahora.

—¿Hasta ahora?

El hombre siguió avanzando hacia las entrañas de la estructura de metal con ruedas. Si no hubiese sido una locura, habría dicho que era un carro descomunalmente grande y protegido. Pero el mago no había visto caballo alguno que tirara de ello, ¿cómo se supone que avanzaba? Por un segundo se planteó que fuera la magia, al final era la única explicación que encajaba en todo aquello, una idea tan descabellada como plausible a tenor de su completo desconocimiento de su mundo.

Avanzó tras él y la mujer cerró la entrada de metal exterior volviendo a su posición. El hombre esperó a que Cerón cruzara e hizo lo mismo con la que acababan de atravesar. Un instante después la estructura recibió un impacto brutal contra su pared exterior que la hizo inclinarse. Cerón se agarró como pudo a las paredes mientras los gritos y rugidos llegaban desde el exterior. El sonido de la batalla se alejó de nuevo.

—Esta sí la han derribado alguna vez, al menos una que yo recuerde —aseguró el hombre. Tiró de una palanca en la pared y una mesa con dos sillas plegadas se desprendió de ella. Las armó e invitó a Cerón a sentarse, el cual obedeció con calma. Si el Cazador quería matarlo, podría haberlo intentado antes. Se acomodó en el frío metal, o al menos lo intentó, era peor que sentarse en el suelo.

—Gracias —dijo tratando de ser cortés.

—Veo que no te gusta el metal.

—No es algo frecuente en mi mundo. Allí usamos madera para los muebles —respondió tratando de acomodarse sin mucho éxito.

—El problema de la madera es que tiene la mala costumbre de arder bajo el fuego. Aquí dentro lo único que puede arder somos nosotros —aseguró y la mujer exterior golpeó su pecho con un puño. Cerón tomó nota de la expresión. Miró a su alrededor con

otros ojos y confirmó que no había nada que pudiese lanzar al fuego y no siguiese allí por la mañana—. Me llamo Owen, soy el líder de este destacamento.

—Mi nombre es Cerón, he de decir que es un placer volver a encontrar calor en este mundo helado —dijo mirando a su alrededor.

Aquel lugar metálico parecía aislado de la temperatura exterior y pronto tuvo que abrirse el cuello de la camisa. Ahora que estaba frente a su interlocutor, pudo fijarse en él. Lo primero que captó su atención fueron sus ojos iluminados por la fuente de luz de su mano, que apoyó sobre la mesa de metal. Eran dorados como los de Cassius, lo que explicaba que Nefrén se hubiese ausentado de forma tan brusca. Miró tras de sí tratando de distinguir los ojos de la mujer en el exterior sin éxito. Esta observaba concentrada la puerta de acceso a aquel lugar dándoles la espalda.

Volvió a concentrase en Owen, que esperaba sentado con calma, como si aquel fuera el lugar más cómodo del mundo. Cerón se removió en su asiento provocando una sonrisa en su interlocutor.

—Sé quién eres —aseguró inclinándose hacia delante. Sus ojos dorados se clavaron en el mago con una intensidad tal que parecía estar midiendo su magia, como si calculara de qué era capaz. Levantó levemente la ceja de forma casi imperceptible—. Los desertores informaron sobre ti. ¿Es cierto que hay un ojos blancos caminando por el mundo de nuevo?

La pregunta pilló a Cerón desprevenido. No esperaba que fuera tan directo.

"Directo no es la palabra, siempre son directos en este mundo, no se andan con rodeos. Tan específico sí es más adecuada. De todo lo que puede preguntarme, ¿por qué en lo primero que se interesa es en Aylwin?"

—Sí. Melissa podrá confirmarlo, ¿no es así? —respondió atando cabos.

Owen asintió y se echó hacia atrás con una calma inquietante, anticipándose al silencio que seguiría. Se llevó una mano a la barbilla, rascando con desgana una barba negra y cerrada de varios días; la estética era un lujo que un hombre en guerra constante no podía permitirse. Llevaba el cabello igual de oscuro y cortado al ras, práctico, sin adornos.

Fue ese gesto involuntario el que rompió su fachada impenetrable. Al alzar el mentón, la luz de la estancia reveló una cicatriz pálida que corría oculta bajo el ángulo de su mandíbula. De no haber movido la mano en ese preciso instante, el detalle habría pasado desapercibido. Cerón clavó la vista en la marca, pero su atención fue arrastrada de inmediato hacia arriba, hacia la mirada del Cazador. Sus ojos eran de oro líquido, dos monedas antiguas y brillantes que lo observaban con una fijeza abrumadora, como si aquel hombre ya hubiera visto el siguiente segundo de la historia y solo estuviera esperando a que el resto del mundo lo alcanzara.

—Ese hombre con el que viajas, no nos hablaron de él. De un dragón sí, de una Tharbrins también, pero él… No hay humanos que viajen por este mundo, serían solo el almuerzo de los dragones. Háblame de él.

—Lo conocí hoy mismo, en realidad. —Cerón no quería dar demasiada información sobre él que, por otro lado, tampoco tenía. Pero mentir a alguien con la habilidad de Cassius no era la salida adecuada. Ellos estaban allí para pedir ayuda, debía confiar en ellos aunque fuese una locura. *"Como todo este mundo"*, pensó—. Es un Calán.

Owen frunció el ceño y ladeó la cabeza. Su expresión se volvió más dura.

—Es un tema complejo el que planteas. ¿Te haces una idea de hasta qué punto?

—Ni la más mínima idea —respondió con sinceridad—. No conozco casi nada de este mundo, como has dicho tú mismo. Solo

he venido a él para buscar ayuda, para derrotar a Tarnicis y salvar después el continente.

—Los Calán son los enemigos de los Cazadores —dijo con frialdad.

—Los enemigos de los Cazadores son los Tharbrins —le espetó —. Igual que son los enemigos de los Calán. Me sorprende que yo, viniendo de tan lejos y desconociendo tanto sobre tu mundo, sea capaz de verlo y vosotros no.

El mago se ruborizó cuando cayó en la cuenta de lo que acababa de decir. Era una actitud osada cuanto menos. Sintió un ligero movimiento tras él y vio cómo Owen levantaba la mano pidiendo paciencia. Cerón se giró y encontró a la Cazadora que les había abierto con el cuchillo en su espalda sobre el lugar que debía ocupar su corazón. Instintivamente su magia se activó sin que le diera tiempo a controlarla y una descarga se extendió sobre el brazo de la mujer, que gritó de dolor y cayó al suelo entre convulsiones.

—¡No! —exclamó Cerón demasiado tarde. La mujer apretaba los dientes en un rictus que no presagiaba nada bueno. Cerón buscó dentro de sí y encontró la compuerta de fuerza que seguía dominando a la mujer. La cerró a duras penas y se apartó de ella buscando que la distancia aliviara el problema—. Lo siento, no pretendía…

Owen ignoró su disculpa y con movimientos rápidos y entrenados, cambió la postura de la mujer y la colocó de lado apoyando su cabeza en su brazo. Acarició su rostro mientras hablaba tratando de calmarla.

—Aguanta, escama mía —le dijo con suavidad sin que Cerón llegara a comprender qué significaban sus palabras—. Lo has soportado antes y lo harás ahora.

Poco a poco la mujer dejó de convulsionar y su cuerpo volvió a relajarse. Su respiración se alivió.

—Puedo curarla —se ofreció Cerón.

—Ronan, haz que se recupere —ordenó al aire tras Cerón. De él surgió un Cazador de ojos verdes con su propio instrumento para iluminarse. Tras él descubrió la mujer de ojos violetas responsable de la ilusión, tal y como Raanee podía hacer.

Cerón se apartó de ambos y fue a dar contra la pared de metal. Comenzó a sentirse cada vez más agobiado en aquel lugar cerrado, sin la más mínima ventana que permitiera renovarse el aire. El Cazador llamado Ronan se agachó sobre la mujer herida y puso su mano sobre su pecho. No tardó en relajarse por completo y descansar. El hombre asintió.

—La llevaré a mi armadillo —aseguró. Levantó a la joven sin el menor esfuerzo. Fue entonces cuando su capa marrón de Cazador se abrió y pudo observar una armadura negra y firme bajo ella, con casi tanto cuero como metal, que sujetaba varias armas pequeñas. El mago observó la daga derretida en el suelo y el recuerdo de la mujer a la que había carbonizado el brazo en el continente volvió a él. Sin duda esta mujer debía de ser mucho más resistente que la infeliz asesina que tuvo la pésima idea de tratar de matarlo.

—Melissa, regresa —ordenó Owen.

Una mujer apareció de la nada. Al disiparse su magia, la luz de Owen arrancó destellos azulados en su cabello: una melena negra como el ala de un cuervo, recogida en una trenza gruesa y algo deshecha que le caía sobre un hombro, dejando escapar mechones rebeldes que enmarcaban su cara.

Su rostro era de una belleza afilada, casi cruel. Tenía unos pómulos altos y marcados que parecían cortados a cuchillo y una tez pálida que contrastaba violentamente con la oscuridad de su armadura que se entreveía bajo su capa. Sus labios, carnosos y de un tono natural oscuro, estaban curvados en una mueca de interés.

Alzó la barbilla hacia Cerón y este se encontró atrapado por el impacto de sus ojos violetas que brillaban mostrando los últimos momentos de su habilidad. No eran ojos humanos comunes; brillaban con una intensidad que parecía ver a través de las

mentiras, recordándole que, aunque su belleza era evidente, Melissa era, ante todo, una Cazadora capaz de ver en su interior.

—Preparada, señor —dijo resuelta.

Cerón la reconoció al instante como la mujer Rhogar había dejado inconsciente pocos minutos antes. Se acercó a él tan mortal como sensual.

—Espera —dijo Owen—. Nuestro invitado ha de consentirlo.

Cerón se humedeció los labios.

—Os contaré todo lo queráis saber sobre mí, pero mantendré al margen a los Calán y a los dragones —dijo directamente. Melissa miró con dudas a Owen. Aquello era lo primero que quería averiguar —. No son mis secretos, no puedo compartirlos.

—Esos dragones y esos Calán están en el recuerdo de una ojos blancos —aseguró Owen.

—Sí. Esa parte es toda vuestra, confirmará mi historia. Sin embargo, no permitiré que accedáis a su Nido. ¿Trato hecho?

—¿Tenemos alternativa?

—Puedo obligarlo, Owen —se adelantó Melissa.

—No, no puedes. —El hombre la miró con dureza. Ella frunció el ceño, jamás había escuchado que no pudiera obligar a alguien a entregarle sus recuerdos. Sin embargo, respetaba Owen demasiado y aceptó sus palabras. El hombre miró a Cerón de arriba abajo—. He visto su magia, más allá incluso de lo que él es capaz. Obligarlo a algo solo nos causaría más problemas.

Owen invitó a Cerón a sentarse de nuevo.

—Siento lo de… tu compañera, no pretendía hacerle daño.

El Cazador suspiró.

—Es demasiado osada demasiado a menudo —aseguró—. Quiso comprobar tu magia de una manera menos sutil que yo.

Pronto estará bien, Ronan es nuestro sanador, de los mejores de la Academia. ¿Podemos comenzar?

—Sí.

Melissa se situó tras Cerón y apoyó ambas manos en los hombros del mago, que se concentró en mantener al margen su magia de la mujer. No tenía intención de que resultara herida. La sintió adentrarse en su mente tal y como Jéssica había hecho antes y tomó nota mental de la similitud de sensaciones y habilidades. La descubrió vagando por sus recuerdos sin obligarlo, lentamente para que él fuera decidiendo qué secciones apartar de su mirada, lo cual agradeció.

Cuando llegó hasta Aylwin, se detuvo por completo. Cerón notó su estupor en su mente, genuino e inesperado.

—Es… es verdad —aseguró desconcertada por la noticia. En su fuero interno creía que era imposible, que no eran más que engaños de los desertores. Melissa siguió recorriendo su memoria aprovechando a aprender sobre Tamatha y los Calán de los escasos recuerdos que compartían con la ojos blancos. Dejó avanzar de nuevo la historia hasta la muerte del Tharbrins y lo repasó una y otra vez asegurándose de absorber cada detalle. Momentos después, continuó hasta que apareció Tarnicis. Se separó de él como si hubiese recibido una descarga—. ¡La conoce!

Owen miró a Melissa y luego a Cerón tratando de componer a qué se refería. La mujer mostró la imagen de Tarnicis de su recuerdo ante ella dándole tanta solidez que casi parecía real.

—Quítala de mi vista. ¿Conoces a esa mujer? —preguntó sin rodeos.

—A la mujer sí, a lo que hay dentro… no podría asegurarlo. —Una nueva media verdad, sabía lo que era pero no lo conocía. Se señaló la cabeza de nuevo—. Te enseñaré quién era.

Owen asintió y Melissa volvió a adentrarse en su mente. Cerón le entregó cada uno de los recuerdos de Tarnicis, desde su

encuentro en Darmid a cada una de las conversaciones con Sonthorn. Le mostró el dolor por encontrarla y el alivio de que estuviera viva. Les enseñó su teoría de quién era y lo que buscaba allí sin secreto alguno. Tarnicis era el verdadero peligro de aquel mundo tanto o más que los Tharbrins, pues ella los dominaba.

Melissa apartó las manos del mago y se retiró un metro asqueada.

—Es ella, estoy segura —dijo completamente convencida. Su voz estaba desgarrada por un sentimiento de dolor que Cerón no esperaba encontrar en aquel mundo frío y mortal.

—Disculpad, pero ¿cómo la conocéis? Creí que no llegaría al sur de la cordillera.

Owen tamborileó la mesa con los dedos de una mano mientras se rascaba la barba con la contraria.

—Retírate —le ordenó. Melissa obedecía al momento—. Retírate por completo, Mel. —La mujer chasqueó la lengua frustrada y se alejó andando hacia la entrada de aquel lugar metálico—. Tu llegada explica muchas cosas, extranjero. O puede que esas cosas expliquen tu llegada. Sígueme.

Owen se levantó y continuó adentrándose en la estructura. Abrió una puerta tan angosta como la anterior, salió por ella y Cerón lo imitó. Al otro lado, descubrió lo que en su mundo hubiese llamado un despacho, salvando las diferencias de que, como ya le había dicho Owen, la madera no era bienvenida allí. Una mesa de metal cubierta de utensilios extraños y llamativos sobre un mapa llamó su atención. Sin embargo, no había sillas en ella, lo cual agradeció.

Owen rodeó la mesa y señaló el mapa.

—¿Lo conoces?

Cerón se acercó y lo observó con detalle. Tenía marcadas una docena de ciudades en un mapa que acababa al norte en una cordillera infranqueable. Al parecer el resto del mundo no les

importaba lo más mínimo, lo que no encajaba con la idea que tenía de ellos si habían llegado hasta el continente para luchar contra los dragones. Se hizo una composición mental rápida de su distribución y negó con la cabeza.

—No conozco casi nada al norte y nada al sur, me temo. Desde que crucé la cordillera, hice el resto del viaje como pasajero.

Owen asintió y comenzó a señalar partes del mapa mientras hablaba.

—Estamos aquí —explicó. Era un punto al oeste cerca de las montañas—. La ciudad más cercana es esta de aquí y la capital está aquí. Aquí nos moldeamos los Cazadores y aquí están los lagartos negros. —Cerón se concentró en el lugar que indicaba—. Algo me dice que sabes lo que son.

—Algo…

Owen guardó silencio instándolo a explicase, pero Cerón no dio su brazo a torcer.

—¿Temas de los Calán?

—Me temo que sí. Pero puedo decirte que no son enemigos, solo han sido corrompidos.

Owen tomó nota, él también se guardó preguntas para conversaciones más avanzadas.

—Has acabado con un Tharbrins, has conocido a una ojos blancos y traes a un Calán ante los Cazadores. El mundo se derrumba más allá de nuestras fronteras de hielo, ¿no es verdad? —Cerón iba a responder, pero Owen levantó la mano instándolo guardar silencio—. Cuando Cassius y Raanee regresaron se montó una buena, he de ser sincero. Jamás nadie había huido de la Academia, o al menos había logrado sobrevivir después de hacerlo, pero ellos eran antaño de los mejores Cazadores que teníamos. Tenían un grado alto en la Academia, mayor que el mío incluso. Se

creía que su compromiso con los Cazadores era absoluto, como el de cualquiera de nosotros. Ya veo que no.

—¿Tú qué hubieses hecho si tu hija es la primera ojos blancos en miles de años? Su destino podría haber sido muy diferente.

Owen se encogió de hombros.

—Depende de cómo lo mires. Verás, en la Academia hay Cazadores más… chapados a la antigua, se podría decir, que respetamos lo que representan las *Esencias* por encima de todo y de todos. Pero no todos son así, me temo que hay quienes creen que esto —dijo señalando sus ojos— es un don o una ventaja, algo con lo que obtener rédito o renombre. El problema es que esos suelen acabar muertos rápidamente en la Academia, te aseguro que somos expertos en apartar de la formación a los interesados. Pues bien, si Cassius y Raanee hubiesen asumido lo que realmente son las *Esencias*, no habrían dejado que su hija se hubiese criado fuera de la Academia.

—Era su manera de apartarla de su encrucijada —los defendió, pero estaba seguro de que habían obrado mal.

—Su encrucijada es lo único por lo que viven. No son humanos, señor extranjero, como habrás podido adivinar. Esa criatura no cree en nada que no sea su encrucijada. No hay amor más importante, no hay deseo más ferviente que encontrarse ante ella. Para eso ha nacido y solo para eso vive.

—Yo mismo se lo dije a sus padres.

—Lo sé, Melissa me lo ha dicho —dijo señalándose la mente—. Lo vio en tu recuerdo, pero aún así los defiendes.

—Defiendo a unos padres que hicieron lo mejor que supieron cuando se vieron obligados a elegir.

—Elegir o no elegir. Parece sencillo, ¿verdad? Ella puede saber lo que va a ocurrir y puede actuar en consecuencia, pero siempre en el interés de su encrucijada.

—Aylwin puede ver el pasado también. Yo mismo lo supe cuando me contó algo… demasiado personal. Fue entonces cuando lo creí todo. Ella es más única aún. —Owen ladeó la cabeza y enarcó una ceja. Volvió a rascarse la barba con interés—. Los Calán y los dragones tampoco se lo creyeron al principio hasta que —Se señaló la cabeza— lo vieron con sus propios ojos. Decían que era imposible algo así.

—Porque es imposible algo así.

Cerón soltó una risotada irracional.

—Llevo tantas situaciones imposibles a mis espaldas que una más no es nada. Aylwin puede ver el pasado y el futuro. Yo sé cómo acabar con los Tharbrins y ya lo he hecho. Eran imposibles antes de mi llegada.

—No te falta razón. Háblame de los lagartos negros.

—No puedo decirte casi nada. Al parecer se corrompen muchos de los Calán que cambian desde hace veinte años y se convierten en dragones negros rebeldes. ¿Ha ocurrido algo extraño en este mundo desde hace ese tiempo?

El hombre apretó la mandíbula. Fuera lo que fuera, Cerón había dado en el cabo. Owen suspiró recuperando la compostura.

—Nuestro mundo ha cambiado mucho en veinte años. Casi se podría decir que se ha vuelto irreconocible. Hace veintidós años que concluí mi adiestramiento y obtuve mi don. He visto cómo todo en lo que antes creían los Cazadores se ha ido derrumbando piedra a piedra, palabra a palabra. Durante mis años de Academia aprendimos a creer en la magia de este mundo, en su propio poder, casi como si hubiese sido creado para nosotros a cambio de protegerlo y cuidarlo. Pero las nuevas generaciones de líderes parecen haber olvidado el precio a pagar por ello. Las ciudades se enfrentan por sus recursos entre ellas, olvidando todos los pactos que las han permitido seguir en pie durante miles de años. No son más que la sombra de las grandes ciudades que fueron antaño.

«Yo crecí en una de ellas, una tan formidable que sería capaz de soportar el ataque de incluso seis dragones al mismo tiempo. Sus murallas eran altas, sus defensas rápidas y mortales. La *Esencia* de la ciudad las protegía con su poder, un poder claro y sabio. Ahora, sin embargo, su poder es furioso y torpe, como si se negara a proteger a las criaturas que la rodean. Se ha vuelto caprichosa y cuando antes era capaz de alimentar a toda la ciudad de vida y energía, ahora apenas logramos arrancarle lo suficiente para animar las granjas subterráneas».

Cerón se hizo una idea mental del cambio, si bien no lograba comprender hasta qué punto eran vitales las *Esencias* para las ciudades de aquel mundo. No obstante, una idea llegó a su mente tan clara como solo la verdad sincera podía serlo.

—Llegó la Oscuridad —aseguró encajando la pieza del puzle.

—¿Oscuridad? —Owen meditó unos instantes sobre la palabra —. Suena acorde, sí, pero nosotros lo llamamos El Rechazo. No suena tan bien, la verdad, pero tiene más sentido.

—Explícate.

Owen se apartó del mapa y se dirigió a una de las paredes, donde activó una palanca. En el techo se abrió una compuerta que dejó caer una escalera, por supuesto, de metal. Accedió por ella con una naturalidad y agilidad desconcertantes. Se podría decir que había repetido aquella acción miles de veces.

—Sube —le ordenó desde arriba. Cerón obedeció y ascendió por la escalera vertical. Cuando llegó al piso superior, se encontró un lugar tan bajo como para tener que mantenerse agachado—. Y no te sorprendas.

—¿Por qué?

Owen activó una palanca con el pie y el techo de la pequeña sala se abrió en todas direcciones. Escuchó el sonido de cadenas y engranajes trabajando al unísono para empujar una ballesta gigante que se alzó desde el lateral de la estructura tras apartarse una de las

placas protectoras. Subió hasta situarse ante las manos de Owen a no más de dos centímetros de ellas, deteniéndose justo en el lugar en el que él aguardaba. La cuerda se tensó y el metal de la misma protestó ante el esfuerzo. Owen estiró la mano derecha hacia un expositor de afiladas lanzas de metal que se situaban una tras otra esperando el momento para ocupar su lugar.

El frio viento sobresaltó a Cerón que comprendió que estaba encima de la estructura. Se asomó al borde y descubrió a Rhogar y a Thorgum que seguían golpeándose con el mismo frenesí homicida. Sacudió la cabeza incrédulo ante el combate. El resto de los Cazadores, al menos los que no estaban heridos, los observaban desde el exterior, tensos y atentos, lanzando rápidas miradas en todas direcciones que siempre regresaban hasta Owen en busca de instrucciones. Incluso Thorgum pareció detener su lucha por un momento. Rhogar aguardó a que su rival volviera a enfrentarlo.

Luchar sí, ganar por la espalda, no. Cerón asintió ante el inesperado temple del Calán.

—¡No hay peligro! —gritó desde lo alto. Se volvió hacia Cerón cuando los Cazadores se relajaron. Los golpes entre ambos púgiles volvieron a sonar—. Nos entrenan día y noche para este sonido. —Owen palmeó la ballesta con cariño y orgullo. El doloroso recuerdo de su entrenamiento y de los cadáveres que tuvo que dejar por el camino regresaron a él. Suspiró y miró al cielo por un instante antes de continuar—. ¿Para qué crees que es esto?

La respuesta parecía obvia.

—Para cazar dragones.

—Solo un necio diría algo así y no creo que tú lo seas si has llegado hasta aquí. ¿Me he equivocado contigo?

Cerón meditó mejor su respuesta. Retomó las ideas que tenía sobre los Cazadores esquivando las que los Calán le habían dado. Vivían en un mundo duro en que solo había un largo invierno y una breve primera. Se protegían de los dragones que los devoraban y

usaban sus *Esencias* para alimentar la magia de sus ciudades, o eso entendía sobre ellas. Pero cazar a aquellos monstruos no era su objetivo, sino el medio para lograr sobrevivir.

Los dragones eran su sustento y su amenaza a partes iguales, pero lo que no podía decir es que fueran su objetivo. Si el clima no fuera tan duro o los dragones no les atacaran, ¿por qué enfrentarse a ellos? No habría más motivo que la codicia o la búsqueda de obtener su habilidad, algo con lo que Owen dejaba claro que no comulgaba.

—Para sobrevivir —respondió tras unos segundos—. Cazáis para sobrevivir. —Owen asintió conforme con su idea—. Pero siempre podéis dejar esta tierra, ¿por qué no lo hacéis sin más? Hay todo un vasto mundo lejos de aquí y de los dragones.

—No podemos y dudo que podamos jamás llegar a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque protegemos algo mucho más importante.

Cerón abrió los ojos de par en par.

—¡El Conducto de la Diosa! —exclamó sin poder controlar sus palabras.

—¿El qué? No sé a qué te refieres.

—Eso es lo que la mujer que viste ha venido a buscar aquí. Eso es lo que ha atraído la Oscuridad a este mundo.

Owen frunció el ceño y se rascó la barba como siempre que meditaba algo con profundidad.

—No sé si encaja con lo que tú llamas así, pero lo que sí sé es que ella lo está buscando y no podremos impedir mucho más tiempo que lo encuentre.

—¿Por qué? Háblame de ello, puedo ayudar.

—Oh, puedes y debes, si como dices ella pertenece a tu mundo. Es tu responsabilidad.

—He venido hasta aquí para asumir esa responsabilidad —aseguró decidido.

—Paso a paso, aún tengo que confiar en ti y no sé cómo… ¡cuidado, Melissa! —gritó Owen asomándose al borde con una agilidad inesperada.

Cerón hizo lo mismo, más despacio, por supuesto. Vio cómo Thorgum salía volando lanzado por el ímpetu de Rhogar. La enorme mole de músculos frenó su vuelo solo una centésima parte antes de seguir su camino hasta estrellarse contra otra estructura de metal que hizo inclinarse con la fuerza del impacto.

Owen saltó hacia el lugar de la contienda. Su actitud dejaba claro que, pasara lo que pasara, era algo grave. Cerón saltó tras él sin dudarlo.

—¡Ronan! ¡Traed a Ronan ya! —rugió Owen dando instrucciones rápidas a todos—. ¡Ayudadme a mover a Thorgum!

Dos Cazadores salieron corriendo en dirección a una de las estructuras mientras otros cuatro corrían junto a Owen hacia la mole que pugnaba por levantarse. Los cuatro lo levantaron mientras Owen se introducía bajo su cuerpo y sacaba de debajo a Melissa herida y, como mínimo, inconsciente.

—¡Mierda! ¡Ronan! —gritó desesperando. Cerón llegó corriendo hasta él. El resto de Cazadores dejó caer a Thorgum. Una joven salió corriendo a una velocidad tal que pareció una sombra difusa. Cerón la ignoró, ya tendría tiempo para ella.

—¡Puedo curarla ya! ¡Déjame curarla, está muy grave!

La sangre manaba por su boca y respiraba agitadamente. Sus ojos violetas se apagaban poco a poco.

—Libera la ilusión —le ordenó Owen—. Concéntrate en vivir.

—N… no…

Melissa señaló hacia el cielo con un puño. Owen miró por un momento y vio cómo la ilusión que protegía el campamento se apagaba rápidamente, parpadeado mientras se marchitaba. Tras ella, varias alas se manifestaban como reales en el exterior.

—Lucharemos como siempre hemos hecho.

—¡Déjame ayudar! ¡Libera mi magia! —le ordenó Cerón sujetándolo por el hombro. Uno de los Cazadores agarró su muñeca y, tras una rápida descarga, se apartó de él. Por suerte esta fue menos intensa.

—¡A la batalla! —gritó Owen a todos. Cada Cazador salió corriendo en una dirección—. Más te vale que sirvas para algo.

—Si no, no habría llegado hasta aquí.

Ronan llegó corriendo y se lanzó sobre Melissa. Comenzó a usar su magia sobre ella.

—No sé si podré, Owen.

"*¿Qué narices has hecho esta vez?* —le increpó Nefrén en su mente. Su magia había vuelto".

Lanzó un hechizo de curación sobre Melissa que se unió a la habilidad de Ronan. Concentró su energía sobre ella mientras, sobre él, la ilusión que los protegía a todos se desvanecía por completo. Tras ella, seis dragones negros volvían sus ojos hacia ellos.

Los habían encontrado.

CAPÍTULO 10

TRES HERMANAS

Tristán y Raika volvieron a la realidad sin que hubiera transcurrido ni un solo segundo en la cueva. Nadie parecía haberse percatado de su conversación. Sonthorn se dirigía hacia Ónice y Vórian seguía sentado en el suelo recuperando el aliento. Recogió su mochila y se la echó al hombro. Dibujó la runa para encoger a Raika y esta volvió a tener el tamaño de un perro pequeño, al cual volvió a introducir entre su ropa.

—Nosotros regresamos al campamento —afirmó decidido. No era una mentira, pasarían por allí al fin y al cabo. La más mínima mentira sería descubierta por la drugana que lo observaba con atención—. Os deseo la mejor de las suertes. Estaremos esperando para cuando Valeria regrese.

—Seréis los primeros en saberlo —aseguró el guerrero—. Buen viaje, amigo.

Ónice no se dignó en responder y apartó la vista de él, ya no estaba interesada en absoluto. Tristán suspiró. La drugana había cambiado mucho, casi no la reconocía. Solo se mantenía como antes con Sonthorn. Una línea muy fina la separaba de Ágata y esta se difuminaba día a día.

"Si se hace con su control, hemos perdido, sin más. Será el final, habremos llegado hasta aquí. Al menos pasaré mis últimos días junto a mis chicas —pensó, para su sorpresa, sin dolor ni arrepentimiento. Estaba seguro de lo que hacía. En su chaqueta Raika se removió confirmando su determinación".

Se giró y abandonó la cueva sin mirar atrás, al fin y al cabo, delante estaba Valeria y atrás la traición. El futuro era mucho más esperanzador que el pasado. Tristán abandonó la cueva decidido a encontrar su propio camino. Descendió hasta el suelo sin demasiados problemas y en cuanto sus pies estuvieron firmemente apoyados, dejó salir a la loba. Esta saltó al suelo y se perdió entre la nieve que llegaba casi hasta las rodillas al pelirrojo. Había vuelto a nevar en su ausencia. Aún quedaban unas pocas horas de luz, debían aprovecharlas. Dibujó la runa para hacer crecer el tamaño de Raika y esta creció lo bastante para transportarlo sin problemas.

—Debemos avanzar rápido. Han dicho que están a dos días de vuelo tras el glaciar. Ellos volarán esta noche, quiero llegar allí mañana. No necesitamos correr, pero sí ir rápido. ¿Podrás hacerlo? —La loba ladeó la cabeza ofendida. Tristán sonrió y le dio unas palmadas cariñosas. La loba era tan grande y su pelaje tan denso que casi no sintió su contacto. Se tumbó y dejó que el pelirrojo se subiera sobre su lomo—. Vamos al campamento, algo tendremos que decirles, ¿no? A ver si se te ocurre algo bueno de camino.

Iniciaron la carrera de vuelta ignorando el cielo y a los tres druganos. Hasta la noche no iniciarían su propio viaje y sin la luna no podrían alcanzarlos. Estarían solos por completo hasta que llegaran al glaciar, si bien desde que Valeria y Líner se habían ido, ya se sentían solos. Solo cuando el tiempo organiza las prioridades es cuando se es capaz de mirar dentro de uno mismo y escuchar atentamente la verdad ignorada. En su caso la verdad era pelirroja y reinaba en el hielo.

Justo antes del anochecer habían llegado al campamento. Fueron directos a ver a Pimape y se encontraron a Copi ante la puerta sentado en un porche de madera que lo cubría de la

intemperie. El león inclinó la cabeza ante la loba y esta hizo lo mismo. Tristán repitió el gesto y después redujo a la loba a un tamaño que le permitiera descansar. Llamó a la puerta y Pimape abrió con el primer golpe.

—¿Solos? —preguntó directamente.

—Chivato —le dijo al león—. Sí, hay novedades.

—¿Están bien?

—Sí, no te preocupes. —Tristán se adentró en la estancia. Esta era cálida y reconfortante. No se había dado cuenta del frío que había soportado hasta que el calor lo golpeó. Incluso Raika se acercó a la hoguera que ardía con furia, una de las ventajas de la leña ilimitada. Ojalá la comida lo fuera también.

Copi aguardó fuera y Pimape cerró la puerta ante él.

—¿Qué ha ocurrido?

—El neutral que Sonthorn vio en el hielo estaba en la cueva esperando. Al parecer en su mundo gobierna una drugana blanca que los tiene a todos dominados con una habilidad similar a la de Suren, pero mucho más intensa.

Pimape meditó unos instantes. Le tendió a Tristán los restos de una comida copiosa que no había concluido aún. Ni él ni Raika pudieron rechazarla. Tristán se quitó las pieles mientras hablaba.

—Esa misma habilidad que tú heredaste —dijo la Vanhir.

—No, yo puedo adentrarme en su alma, encontrar la verdad en ella y traerla a la luz, como Sonthorn. Ella es capaz de dominarlos en contra de su habilidad. Puede doblegar a varios a la vez, a muchos en realidad. Toda la ciudad está sometida a su voluntad.

—Me cuesta creer algo así de un drugano blanco. ¿Seguro que es una de ellos? —Pimape tomó nota mental.

—Eso pensé yo también. Además, la barrera ha caído en su mundo al igual que en el nuestro o en el de los elfos. La cuestión es

que esa mujer tiene el otro medio medallón. Es la llave que encaja en el mural dorado que hay ascendiendo a la cueva de Byford. Lo descubrimos al subir, es su negativo.

—¿Crees que es la llave que te dijo Calandra?

—Con toda seguridad. He conservado nuestra mitad y solo queda esperar que ellos consigan la otra. Estará más a salvo aquí contigo —aseguró alzando la cadena sobre su cuello. Se la tendió a Pimape que le miró extrañada—. No puede encontrarla, si es como aseguran, no necesitamos una criatura así recorriendo el mundo en libertad.

La Vanhir se apartó de Tristán sin recoger el objeto. Se sentó en una silla de madera más ornamentada que el resto. Sin duda Éwoly se había esforzado por agradarla a pesar de que la silla, a la vista de un elfo, era tosca y fea. Se acomodó y se reclinó mientras meditaba.

—No —respondió sin más.

—¿No? ¿No el qué?

—No pienso llevar la carga de la mitad de la llave que abre el camino al continente, o a donde quiera que vaya. Esa es la responsabilidad que Calandra te entregó y que Irena asumió. Es tu destino, no el mío. Debe estar en tus manos. Además, si te quedas aquí estará tan cerca del peligro en manos del uno como del otro. —Tristán desvió la mirada hacia el suelo. La madera que sostenía la estructura parecía de lo más interesante desde hacía un par de segundos. Raika se alejó y olfateó la pared más distante posible. Pimape se inclinó hacia delante más todavía—. A no ser… a no ser que no pretendas quedarte aquí. ¿Qué me ocultas, Tristán? Jamás has ocultado lo que piensas, siempre has ido con la verdad envuelta en la ironía dibujada en tu frente. ¿Qué ocurre aquí?

El pelirrojo suspiró y miró a su antigua líder.

—Quizá deba desobedecer a Sonthorn —reconoció. Observó el gesto de Pimape esperando que pusiera el grito en el cielo, sin

embargo, se mantuvo calmada y no juzgó su determinación—. Siento que debo ir a la ciudad de los neutrales. Valeria se dirige hacia allí, estoy seguro. No me quedaré aquí esperando.

Pimape asintió lentamente.

—Tú eres la llama que abre camino, Tristán. Los Vanhir te seguirán a donde los envíes, estés tú o no.

—Los Vanhir deben permanecer aquí bajo tu supervisión. Los Uldenhar y los enanos nos necesitan para sobrevivir. Solo iremos Raika y yo.

—Como te he dicho, estés tú o no. Tristán, la diosa confió en ti, yo no voy a ser menos. El camino para alguien como tú nunca será sencillo, estoy segura. Tú eres único, para bien y para mal. ¿Cómo voy a juzgar yo que el sendero ante ti no esté siguiendo ese camino? La única que puede hacerlo es la que te ha elegido para recorrerlo.

—Gracias, Pimape, no sabes cuánto…

—Pero no me pidas que guarde el objeto que una diosa te ha entregado a ti. Si está en tu mano es porque debe estar en tu camino. —Pimape negó con la cabeza—. Es tu destino, quieras o no.

—¿Y si mi destino es dártelo? ¿Y si mi elección es lo que ella busca al elegirme? —preguntó frustrado. ¿Cómo podía dar por seguro una cosa y no la contraria?—. No puedo ver qué es mi camino y qué no.

—En el Valle —dijo la Vanhir con dolor— yo pensaba algo así. Creía que mis decisiones estaban alineadas con ella, que debíamos mantenernos allí a pesar de todo. Tú supiste ver que no era así y ella misma te lo dijo personalmente. Habías encontrado el camino cuando yo solo vi la decisión. Darme el medallón es tu decisión y portarlo, pase lo que pase, es su camino, Tristán.

—No te defraudaré —murmuró a la luna en el firmamento. Y el tiempo se detuvo. Las bocas dejaron de moverse, las llamas de

danzar y el mundo de girar ante él. Un escalofrío recorrió su espalda al sentir el auténtico poder de su Diosa.

"Sí que lo harás, pero eso también será parte de tu camino —escuchó dentro de su cabeza. Era una voz fuerte y poderosa, recia y decidida que, aun así, mantenía la dulzura y la bondad. Era una voz mágica y sobrecogedora que escondía entre sus palabras la sabiduría que solo la eternidad es capaz de otorgar".

El pelirrojo tragó saliva cuando recordó las palabras de Irena. ¿Cuál era la decisión que la defraudaría? ¿Entregar el colgante o portarlo? Si se lo quedaba no sería una decisión, sino mantener el sendero marcado por ella, lo cual no podía defraudarla.

—Malditos enigmas —masculló frustrado por completo. Volvió a colgarse el medallón del cuello y lo escondió entre sus ropas—. Gracias, Pimape. Quizá todos necesitemos una mirada ajena que vea todo el conjunto.

La Vanhir asintió agradecida.

—Yo la necesité y ahora te la devuelvo. ¿Cuál es el plan ahora? ¿Por qué querías darme el medallón a mí? Algo me dice que sé la respuesta.

—Es posible que me esté planteando ir por mi cuenta a la ciudad de los neutrales… —dejó caer como si no estuviera más que decidido y no lo hubiese dicho ya. Sin embargo, encontró otro detalle para comentar—. Además, tal vez Sonthorn necesite ayuda con Ónice. Se ha vuelto a perder y esta vez sí creí que acabaría conmigo.

—Oh. Es una drugana negra, pero Sonthorn confía en ella por completo.

—Creo que ya no tan por completo, Pi. He visto duda en sus ojos. Está realmente preocupado por ella. Ágata debe estar próxima a regresar y no tengo ni idea de qué puede hacer, pero si logra controlar a Ónice, tenemos un gran problema.

—Los Dioses no pueden manifestarse en este mundo —aseguró Pimape y Tristán enarcó una ceja—. Carecen de un cuerpo que controlar. Pueden ir a sus anchas entre los planos, como Sonthorn, pero caminar sin más…

—¿Cómo? ¿Por qué no lo dijiste cuando discutimos el plan?

—Porque no estoy segura de ello y acabo de decidirme por esta teoría. Piénsalo por un momento. Si Irena pudiera luchar, ¿no crees que lo haría ella misma? ¿Para qué trazar miles de planes a lo largo de cientos de años si solo necesita detener a alguien? ¿No crees que habría acabado con Kelldom ella misma de ser así? No habría permitido que extinguiera a todos sus hijos, estoy segura.

—Pero… ellos vieron a Ágata en Zimbu´el —protestó. Recordaba el momento a la perfección.

—Estoy segura de que encontrarás la respuesta. —Pimape se puso en pie—. ¿Qué crees que pueden hacer los Uldenhar contra una diosa real? Son fuertes, sobre todo Tsuneo, pero no creo que sea capaz de enfrentarla. Sin embargo, a una criatura mortal tal vez sí.

—Crees que tomará algún cuerpo y que los Uldenhar están aquí para luchar contra él… Ahora sí te sigo. —Tristán se mesó la barba que le crecía ahora descuidada. Más le valía afeitarse para cuando llegase Valeria—. Sin embargo, ahí abajo no hay más que enanos. ¿Qué raza podría querer habitar? Sin duda ellos serían la última.

—Lo sabes tan bien como yo.

—Mierda. —Tristán miró hacia el exterior sin poder evitarlo. Descubrió que la noche caía ya sobre el campamento. No tardarían en ver pasar volando a los tres druganos sobre sus cabezas. Cuando reparó en qué cuerpo querría ocupar Ágata, lo tuvo claro—. Mierda.

Pimape asintió con dolor. Lo había estado pensando desde que Ónice se desequilibró la primera vez. Una cosa era su temperamento iracundo y otra sus reacciones irracionales. Al menos las irracionales

asesinas. O al menos las irracionales asesinas dementes. Ónice nunca se había dejado llevar como entonces.

—Sí, mierda —repitió sorprendida por el agradable sabor de la palabra en sus labios—. Tal vez el mayor peligro esté entre nosotros.

—Sonthorn no la dejará caer. Él será su luz.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cuántas veces? Si algo he aprendido de las runas negras, Tristán, es que la Oscuridad siempre encuentra el camino tarde o temprano.

Tristán suspiró al recordar la Oscuridad en los ojos de la drugana.

—Lo que me preocupa es que no sea capaz de impedirlo la próxima vez que ocurra, porque volverá a ocurrir. Tengo que ir tras ellos a pesar de que me ordenaran lo contrario —confesó finalmente.

El rostro de Pimape se endureció.

—Eso suena a una decisión. —La mujer intentó no juzgarlo. Jamás un Vanhir había desobedecido a uno de los Grandes Señores. Tampoco ninguno se había enfrentado a algo así, que ella supiera—. ¿Estás seguro?

—Sí, completamente. Alguien debe estar allí con la mirada lo bastante amplia para ver el conjunto. —Cada vez estaba más seguro. Raika se sentó a su lado apoyando su decisión—. Estamos seguros.

—Entonces, buen viaje. ¿Quieres que alguien te acompañe?

—Tsuneo, se lo diré a su líder. Huz aún está agotado de su visita a los enanos, además que tanto él como Éwoly son necesarios para mantener todo esto vivo —dijo moviendo las manos en todas direcciones—. Cuando lleguen los enanos, reconocerán a Huz, y cuando despierten los Uldenhar, tendrán a Hisao.

—No despertarán si no regresa Valeria.

—Ya, y yo temo que no lo haga si no protejo su regreso.

Tristán recogió su chaqueta de nuevo y señaló hacia la puerta a la loba. Esta obedeció al instante.

—¿Has dejado de confiar en Ónice? —preguntó la anterior líder de los Vanhir.

Sin embargo, Tristán no respondió y abrió la puerta. Fuera estaba la enorme cabeza del león observándolo. Tsuneo apareció a su lado.

—¿Me has llamado? —preguntó extrañado. Miró al pelirrojo y buscó en todas direcciones a los dos druganos—. ¿Han muerto?

—¿Qué? ¡No! Y ¿quién te ha llamado? —Tsuneo se encogió de hombros o al menos pareció alzar algo similar. Su extraña anatomía desconcertaba al Vanhir. Miró a Raika y al león—. Chivatos.

—¿Deseas algo más para el viaje? —preguntó Pimape tras él.

—Buena suerte.

—Esa siempre la has tenido. Solo tienes que evitar perderla.

—¿A dónde vamos?

—A conocer a las criaturas que atacan a tu pueblo tras el glaciar.

—Me apunto.

—¿Necesitas algo para el viaje? Puede que sea largo… —preguntó Tristán.

—Solo espero que haga más calor que aquí. Odio el frío…

Tristán caminó directo a las escaleras que daban acceso al glaciar y ascendió seguido por Tsuneo y Raika. No miró tras de sí en ningún momento. Su futuro estaba ante él y el pasado perdía su importancia con cada paso que daba hacia delante. Dibujó una runa roja que iluminó su camino y ascendió. Una vez sobre el hielo, dibujó una nueva con la que le dio el tamaño necesario a Raika para transportarlos a ambos. Tsuneo observó al animal cuya cabeza quedaba muy por encima de la suya—¿Aguantará el peso de todos?

La loba lo miró airada para después poner los ojos en blanco.

—Si no lo hace, solo tenemos que salir de nuevo —dijo Tristán saltando sobre el lomo de la loba. Esta se apartó de un salto y el Vanhir se estrelló contra el hielo. Este crujió bajo el golpe. El Vanhir golpeó el hielo con los nudillos, chasqueó la lengua y dibujó la runa de encoger sobre la loba—. He pensado que mejor vamos a pie un poco. Ya sabéis, por disfrutar de la noche y eso.

Carraspeó y se puso en pie. Tsuneo avanzó el primero.

—Yo iré primero, si su grandiosa personalidad no me adelanta —ironizó—. Mis pies entienden mejor el hielo que tus botas.

—Hombre, es que si llevando miles de años deleitándote con su contacto no lo entiendes ya, deberías hacértelo mirar.

—Eso y mi piel, pero sí. Además, he estado investigando mientras tú te dedicabas a pasear de acá para allá sin conseguir nada útil.

—La información es útil.

—No sé a cuál te refieres, pero no es útil, si acaso lo será. Nada ha cambiado.

—¿Tú has encontrado algo útil?

—No. Ya te he dicho que nada ha cambiado. Solo he investigado.

—¿Y qué has descubierto?

—Que nada ha cambiado. Deberías escuchar un poco más.

—Lo tendré en cuenta. Pero si nada ha cambiado, como bien has investigado tan detenidamente, quiere decir que el hielo es seguro.

—Correcto, es seguro. Lo que no sé es si será seguro.

—Aguafiestas.

—El agua es lo que me preocupa.

Tristán asintió, él pensaba lo mismo. El glaciar se derretía rápidamente.

—¿Has visto al elfo y al engendro medio elfo? —Ambos debían de estar preparando la red de seguridad por si el hielo se resquebrajaba. El trabajo les llevaría días, como mínimo.

—No han dejado de trabajar desde que te fuiste esta mañana. Solo descansan lo necesario para comer y estoy seguro de que ni siquiera mucho —respondió confirmando por qué no había visto a Éwoly junto a Pimape—. ¿Cuál es el plan? ¿Dónde están tus líderes?

—No creo que tardes demasiado en verlos pasar volando sobre nosotros. Se dirigen a Heindor, la ciudad de los neutrales. Ellos son los que trataban de destruir el hielo y atacaban a tus amigos.

—No hay explosiones desde ayer, ¿seguirán allí?

—No lo sé. Formaban un grupo con el neutral que vi esta mañana. Si él estaba ausente tal vez se hayan retirado. No puedo asegurar ninguna opción.

—¿Son peligrosos?

Tristán meditó unos instantes antes de responder. En otro tiempo habría dicho que no, que no eran más que unos cobardes que preferían la buena vida al honor. Sin embargo, ahora su opinión había cambiado por completo.

—Más de lo que imaginaba, Tsuneo, pero no sé hasta qué punto. Parece que cada uno tiene una habilidad única que ni siquiera soy capaz de imaginar.

—Me gusta la idea. —El Uldenhar sonreía con su enorme boca llena de dientes afilados. Por suerte Tristán estaba a su espalda y no se percató en absoluto—. ¿Cuál es el plan? —Tristán guardó silencio. Tsuneo se volvió hacia él y comprendió lo que representaba aquello —. ¿Otra vez que no tienes el menor plan?

—A ver, no es que no tenga, es que… —Raika ladró tras su oreja corrigiéndolo—. ¡Auch! Que me vas a dejar sordo… ¡Está bien!

No es que no tenga un plan… es que definido, lo que se dice definido… así como lo que tú llamarías planeado o correctamente trazado… algo similar a afirmar con determinación que tengo un plan… pues no podría decirlo.

—No tienes un plan.

—Tengo un esbozo de plan.

—Ya es más que otras veces.

—Gracias.

Raika puso los ojos en blanco y suspiró.

—¿En qué consiste tu idea?

—En proteger a Sonthorn de Ónice, colarnos en la ciudad de los neutrales y esperar a que llegue Valeria.

—Parece que lo más sencillo será colarse en una ciudad extraña. ¿Tú crees que pasaré desapercibido?

—No, pero tengo una idea para eso. Déjame probarla. —Tsuneo se detuvo y se volvió hacia el Vanhir. Este comenzó a dibujar una runa roja ante él—. ¿Confías en mí?

—Mi Diosa lo hizo, yo seguiré haciéndolo. —El Uldenhar abrió los brazos y expuso su pecho dorado.

—Espero que sepa lo que hace.

Trazó la runa de encoger y la lanzó contra Tsuneo. Esta se estrelló contra su pecho. Una oleada de luz rojiza se dispersó sobre su piel y se extendió por todo su cuerpo. Al momento, el Uldenhar comenzó a crecer de tamaño y el hielo crujió bajo su peso.

—¡Mierda! —gritó Tristán—. ¿Qué te crees que haces?

—¡No lo sé! ¡Mi cuerpo reacciona contra la runa! —Tsuneo se tumbó en el hielo buscando repartir su peso.

"¡Agrandadlo! —gritó una voz en su cabeza, una voz femenina que conocía y amaba a partes iguales. Miró tras de sí incrédulo y vio

a Raika mirándolo con intensidad. Chasqueó la mandíbula sacándolo de su ensimismamiento—. *¡Hace lo contrario!"*

Tristán cortó la fuerza hacia su runa y Tsuneo dejó de crecer. El suelo crujió con fuerza bajo su peso. Medía más de tres metros ahora. Dibujó la runa para hacerlo crecer y la lanzó sobre él, si bien desde aquella postura solo alcanzaba a ver de él cierto lugar con el que se sentaba y maldijo a toda su raza por no usar ropa. Lanzó la runa sin mirar demasiado hacia dónde y le entregó su fuerza. El cuerpo de Tsuneo reaccionó enfrentándose a él y redujo su tamaño al instante. El suelo dejó de crujir, pero el Vanhir no dejó de entregar energía a la runa hasta que Tsuneo le llegó a la altura de la rodilla.

Raika se acercó a él y lo olfateó.

"Me gusta más ahora".

—A él no creo.

—¿Qué dices? —preguntó Tsuneo con una voz mucho más aguda de lo normal.

—No era a ti. Le respondía a ella.

"¡No puede oírme! —exclamó frustrada la loba. Se estaba replanteando seriamente seguir hablando con él".

—No ha dicho nada.

—¡Basta los dos! —los cortó a los dos. Se volvió hacia la loba con todo el cariño en sus ojos y la abrazó por el cuello—. Al fin lo hemos conseguido.

"¿Hemos? He sido yo quien…"

Pero era imposible resistirse al abrazo de Tristán y Raika se dejó abrazar. Por momentos como aquel había vivido toda su vida. Se sentía la pequeña loba de la cueva bajo su abrazo cada vez que lo hacía y ese pequeño gesto la llenó de esperanza.

—En mi pueblo se tardan años en poder hablar con nuestros compañeros. Conseguirlo al fin es algo… —Carraspeó y se

humedeció los labios—. Es algo muy personal.

—Nosotros podemos con los dragones casi desde que nacemos. —Tsuneo se encogió de hombros, o su extraña manera de imitar ese gesto que, dado su pequeño tamaño ahora, fue casi imperceptible. Se señaló a sí mismo—. ¿Este es tu plan?

—Algo así. Ahora solo tengo que pasar desapercibido yo. A vosotros os puedo esconder.

Tsuneo abrió las garras y las lanzó contra el suelo helado. Estas arañaron la superficie.

—Al menos siguen afiladas. —Las guardó de nuevo y reemprendió el camino hacia la ciudad.

"¿Va a ir caminando así?"

—Deja que te devuelva a tu tamaño. —El Uldenhar se detuvo y asintió. Tristán lanzó la runa de encoger y el cuerpo de Tsuneo volvió a llevarle la contraria. Lo dejó crecer hasta ser un poco más alto que antes—. Un par de centímetros de regalo. Ya eres casi tan alto como Hisao.

Se encogió de hombros, esta vez sí de forma visible, y reanudó el camino.

"Qué poco espíritu".

"Eres tan sutil como siempre".

"¡Has hablado!"

"¡Lo he hecho!"

"Ahora seguro que ya no sabes usar los labios. Tú eres capaz de olvidarte".

—¡Eh!

Tsuneo se detuvo y se volvió.

—¿Qué ocurre?

"¿Otra vez?"

—¡Por los Dioses Desaparecidos, silencio! —Se volvió hacia la loba—. Ten paciencia, es nuevo para mí. Y tú, lo mismo. Si algo no te cuadra, es que no era para ti.

—Me parece bien. Podrías ir contándome todo lo que sepas mientras caminamos, será un viaje largo.

Tristán aceptó la propuesta y le relató todo lo que sabía sobre los neutrales, la ciudad de Heindor y Lysandra. Añadió lo que sabía sobre el viaje de Valeria y al final Tsuneo tuvo una idea aproximada de lo que representaban los neutrales.

—Si no fuera una locura, te diría que se parecen mucho a los Calán —aseguró el Uldenhar—. ¿Estás seguro de que su diosa no es Calandra?

Tristán frunció el ceño sorprendido ante la afirmación. No había pensado que pudiera ser así. Para él la única diosa era Irena, al menos hasta que conoció a su hermana. Sin embargo, tenía sentido, al fin y al cabo, Ágata gobernaba a los druganos negros.

—No lo había pensado. Valeria dijo que Irena habló con Egon. —Tristán se esforzó por recordar los detalles exactos, pero no logró encontrar el fragmento. ¿Lo habría imaginado? ¿Lo habría rellenado con su propia idea de diosa?—. Tal vez no fuera ella, es verdad, no puedo asegurarlo ahora. Pero aunque fuera Calandra, ella también habló conmigo y no tengo pinta de drugano. Y Sonthorn está bajo los ojos de Irena, no de Calandra.

Tsuneo rio irónico.

—Parece mentira que aún no te hayas hecho a la idea de qué es Calandra, oh poderoso Vanhir, Protector de los Calán. Ella está por encima de sus cinco hermanos. Ella puede destruir este mundo y forjar uno nuevo si se le antoja.

—Pues entonces que baje aquí y luche por salvar este. Estoy de diosas hasta las narices.

—No lo hará, su poder lo destruirá todo. No te haces una idea, te lo aseguro.

—Si es así, ¿por qué todo este plan para proteger el mundo de Ágata? Y ¿por qué ella sí puede pasearse por el mundo sin destruirlo? —preguntó Tristán.

—No lo sé y me da igual. Ellas sabrán sus razones. Yo no nací para pensar, sino para confiar y actuar. ¿Para qué has nacido tú?

"Para salvar al mundo —le recordó Raika lo que él mismo decía desde muy joven. Sin embargo, ya no era capaz de decir lo mismo".

—¿Qué ves semejante en los neutrales y los Calán? —preguntó esquivando responder.

—Sus habilidades. Calandra ama una cosa sobre todo lo demás.

—¿Y eso es?

—Que alguien encuentre su propio camino.

—Te explicas como un libro abierto.

—¿Qué es un libro?

—Por los Dioses Desaparecidos. Explícate mejor, Tsuneo. Ya veo por qué Hisao gobierna por ti…

"Iba a decirte lo mismo".

—Su camino, su destino… Cuando alguien sabe lo que tiene que hacer a pesar de todo, cuando se sacrifica por el motivo correcto, cuando vive por cumplir sus sueños, cuando arrasa con el mundo por lograr por lo que ha nacido… ¿No lo entiendes?

—La mitad de lo que has dicho es malo, ¿lo sabías?

—Ella premia a quien sabe lo que quiere y pelea por ello. —Se encogió de hombros de nuevo—. Para bien o para mal, eso es lo de menos para ella.

—Un poco ambigua, ¿no te parece?

—No, más bien… neutral.

"Neutral —dijo la loba a la vez que Tsuneo. Tristán se detuvo y Raika lo embistió. Por suerte le llegaba a la cintura. El Vanhir miró hacia atrás donde el glaciar se perdía a una buena distancia ya. La noche había avanzado sin que se diera cuenta—. *Tal vez tenga razón".*

"Comienzo a pensarlo yo también".

—Sonthorn dijo que, cuando le habló y le entregó las alas doradas, le dijo que sí merecía brillar más que el sol. Quizá tengas razón, Tsuneo.

—Mira, parece que también nací para algo más que para luchar —se burló—. Al final yo seré el Protector de los Calán.

Tristán amagó una sonrisa y miró hacia el frente. Si los neutrales realmente eran los hijos de Calandra, serían tan peligrosos como necesarios. Valeria había dicho que eran capaces de lo peor y lo mejor. Había visto atrocidades en la ciudad, pero también el sacrificio de una neutral con una habilidad única en lo que llamaban El Yunque. La teoría de Tsuneo comenzó a encajar en su cabeza. Los neutrales cobardes que creía que eran distaban mucho de todo lo que estaba viendo. Desde luego, Vórian no se parecía a uno de ellos.

—Hay al menos dos días de viaje desde el final del glaciar —dijo cortando la conversación—. Será mejor que avancemos todo lo que podamos.

El grupo guardó silencio e incluso Raika controló su nueva habilidad hasta que unos minutos después escuchó un batir de alas en la lejanía. Avisó a Tristán que miró hacia el cielo y no tardó en descubrir unas alas blancas y unas doradas a gran altura. No pudo distinguir a Ónice, pero no le extrañó en absoluto que pasara desapercibida entre las sombras. Estas parecían moverse hacia ella en todo momento desde su primera deriva en el campamento.

—Ahí van —dijo señalando hacia los druganos—. Debemos darnos prisa. Ellos tardarán pocas horas en llegar, tal vez ni siquiera

necesiten parar. No podemos retrasarnos.

CAPÍTULO 11

UN NUEVO GUARDIÁN

El frío cortaba sus rostros a medida que volaban sobre el territorio helado y su situación no parecía que fuera a mejorar. Habían iniciado el vuelo tras unas pocas horas de descanso en las que se produjo una calma tensa entre todos ellos. Ninguno parecía fiarse del todo del resto y su descanso fue mucho menor de lo esperado. Al caer la noche, los tres se transformaron creando una escena no vista quizá nunca.

Tres druganos de diferentes estirpes unidos en una misma misión, obligados a colaborar y desconfiando en todo momento entre ellos. Un neutral, uno blanco y una negra iluminaron el exterior de la cueva y sus fulgores se entremezclaron en la nieve que caía sobre ellos. Era una visión extraña, tanto que Sonthorn estuvo seguro de que Irena estaría observándolos desde el cielo. Alzó la vista y encontró a la luna oculta entre las nubes, quizá reacia a contemplar su creación.

Ónice saltó hacia el abismo y Vórian la siguió al instante. Sus alas brillaban doradas con intensidad cuando su cuerpo se perdió en la oscuridad. No tardaron en ascender de nuevo. Sonthorn observó a la drugana que parecía arrastrar las sombras con ella, como si

estirara la oscuridad del cielo y alejase la luz de su camino. Solo era visible gracias a la luz dorada de Vórian.

Suspiró. ¿Hasta dónde llegaría su oscuridad esta vez? Chasqueó la lengua y se lanzó tras ellos sintiendo de nuevo que volaba a contrarreloj como en la torre de Nurae. Deseó con todas sus fuerzas que esta vez el resultado fuera diferente sabiendo que lo único que podía hacer era seguir adelante y, cuanto más rápido, mejor.

No tardó en alcanzarlos y se situó al lado de la drugana. Esta le sonrió, pero no había jovialidad en su rostro.

"¿Preparada? —preguntó el guerrero. Una pregunta así le habría granjeado un improperio en otro tiempo".

"Acabemos cuanto antes —respondió evitando la pregunta".

"Sí".

No había mucho más que decir. Vórian se adelantó a ellos y ambos siguieron al neutral, lo cual era realmente fácil de hacer. Un par de horas después vieron el glaciar ante ellos.

—¿Distancia? —preguntó el guerrero.

—Más de una noche de vuelo desde el glaciar, no creo que podamos hacerlo en una sola etapa —aseguró.

—Mierda —masculló la drugana.

—Lo intentaremos igual.

—De acuerdo. —No iba a ser él quien retrasara tratar de salvar su ciudad—. Debo parar tras él, allí están mis compañeros.

Ónice y Sonthorn se miraron. No tenían intención ni de parar ni de encontrarse con más neutrales de los que desconfiar.

—No, seguiremos adelante —dijo la drugana tajante.

—Debo avisarlos. Vigilan que no escapen las criaturas del hielo, ¿quieres que sigan luchando?

—Me da igual —le espetó la drugana.

—No, avísalos. Nosotros seguiremos adelante. —Al menos tendrían tiempo para verlos venir.

Vórian aceptó y no tardaron en alcanzar el glaciar. El neutral frenó su vuelo para observar la estructura de madera creada ante la montaña de hielo. No tardó en continuar su avance y todos cruzaron sobre el hogar de hielo de los Uldenhar. El frío era más intenso aún que antes.

Media hora después pasaron sobre Tristán sin percatarse de su presencia, ninguno le prestaba atención ya al hielo. Desde su altura, todo seguía igual allí abajo y la vista se volvió monótona. La luna casi no se proyectaba sobre el mundo bajo ella. Seguía oculta entre las nubes, casi escondida. Sonthorn comprendió el gesto y se lo dijo a la drugana.

"No está contenta, algo va mal".

"¿Quién? Ah, pero ¿es que te parece que algo va bien? —preguntó con acierto. Podían ocurrir mil situaciones en el mundo que llevasen a Irena a aquella situación".

"No te falta razón".

Siguieron avanzando y una hora después llegaron al final del glaciar. Vórian señaló la dirección a seguir y se desvió hacia el suelo. Ónice y Sonthorn siguieron adelante no sin antes echar un rápido vistazo hacia la dirección que tomaba Vórian. No pudieron descubrir a nadie en la oscuridad. Sonthorn buscó en las inmediaciones a los neutrales.

"Son cinco, seis con él —dijo la drugana antes que él—. *Parecen agotados".*

"Están tan rotos como él —añadió el guerrero—. *No sé cómo han llegado hasta aquí así".*

"Porque él soporta sus cargas. Creo que, a pesar de todo, es el líder correcto. —Ónice recordó cómo había sido él quien había

entregado cada uno de los nombres de sus aliados a Lysandra provocando su muerte. A pesar de ello había logrado encontrar la determinación para volver a convencer a más neutrales para luchar —. *Ya vuelve".*

Vórian no tardó en ascender de nuevo y ambos frenaron su avance al confirmar que nadie más los seguía. Se situó al lado de la drugana.

—Regresarán a pie —aseguró.

—¿A pie? ¿Por qué? —Era una estupidez permanecer en aquel mundo helado un minuto más del necesario. Ónice sintió un escalofrío solo de pensarlo.

—Porque no confían en los Uldenhar, por mucho que yo se lo explique. Volverán sobre sus pasos sin dejar de vigilar el glaciar y si ven a alguno de ellos lo matarán —explicó el neutral—. Desde el cielo pasarían desapercibidos y en minutos ya no podrían distinguirlos. Además, de aquí en adelante es más fácil hacer el viaje a pie.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Ónice miró al neutral con ira y desesperación a partes iguales.

Una ráfaga de viento desequilibró a la drugana y a Sonthorn a la vez lanzándolos la una contra el otro. El guerrero sostuvo a la mujer y ambos se equilibraron gracias al otro. Ónice miró furiosa a Vórian que se mantenía con un vuelo relajado que a ella le resultaba imposible. Cada segundo perdía aplomo una de sus alas cuando no el propio viento cambiaba de dirección, casualmente siempre en contra de ella. Por fortuna, Sonthorn sufría el mismo contratiempo, de no ser así se habría vuelto loca.

—¡¿Por qué no te afecta?! —gritó al neutral—. ¿Es por tu maldito color?

—No, mis hermanos sufrirán lo mismo que vosotros. Es por las runas —les explicó—. Nadie más evita el viento al norte del glaciar, os lo prometo.

"Me recuerda a la maldita isla de tu estirpe —le espetó la drugana a Sonthorn recordándole al Guardián de Silvanasia que habían visitado solo unas semanas antes. El tiempo parecía haber enterrado el recuerdo en lo más profundo de sus mentes".

"Si afecta a todos por igual menos a él, tiene que haber un motivo. No sé qué hacen esas runas, pero me gustaría averiguarlo".

Ónice pensó lo mismo y por un momento se imaginó a sí misma cubierta de runas negras que brillaran a su voluntad y no le desagradó. Después se imaginó a Sonthorn con sus runas blancas y la imagen le gustó más. Sonrió de nuevo por un breve instante.

—Avancemos lo que podamos —dijo Sonthorn sin mucha esperanza tras casi detenerse en el aire debido a una oleada de viento contra él. Por suerte, este ignoró a la drugana.

Guardaron silencio y volaron tan rápido como pudieron hasta que la noche comenzó a desaparecer tras el horizonte. Descendieron hasta volar a ras de suelo y cuando el sol reinó sobre el mundo, se dejaron caer sobre la nieve, agotados por completo. Sonthorn y Ónice se tumbaron de espaldas y dejaron que el contacto con la nieve calmara sus músculos destrozados por el esfuerzo.

—Siento que no hemos avanzado casi —dijo Sonthorn.

—Mucho más de lo que esperaba —aseguró Vórian sorprendido.

—Dime que ha acabado —ordenó la drugana que sentía que no era así. Cada vez le costaba más avanzar.

—Irá a peor a cada metro.

—¿Por qué no nos hablaste de esto? —Ónice volvió a enfurecerse. Sonthorn le agarró la mano. Sacudió la cabeza y luchó por contenerse.

—El camino habría sido el mismo, el resultado también. ¿Para qué preocuparse por algo que no se puede cambiar?

"Recuérdame que lo mate cuando todo esto acabe —pidió a Sonthorn".

El guerrero se incorporó y observó su alrededor ahora que el día había despuntado. El invierno había reclamado aquel rincón del mundo con un silencio absoluto. Ante su mirada se extendía un manto infinito de nieve virgen y escarcha, roto únicamente por la silueta de los imponentes abetos que se alzaban como antiguos centinelas de un reino olvidado, con sus oscuras ramas doblegadas bajo el pesado yugo del hielo. Una niebla espesa y fantasmal reptaba entre los troncos del bosque, devorando los valles y desdibujando las cumbres de las montañas que se erguían como sombras en el horizonte. El cielo, un pesado manto de nubes plomizas, apenas dejaba filtrar una luz pálida y melancólica sobre la nieve. Era un paisaje de belleza implacable, gélido y hostil, donde el viento helado parecía susurrar viejas leyendas entre las agujas de los árboles congelados.

Su camino a pie sería aún más duro que por el cielo a pesar de no tener que luchar contra el viento. Se hizo una idea del duro sendero que tendría que recorrer para llegar a la ciudad de Heindor. Desde el cielo no se había percatado del agreste terreno a recorrer. Volvió la vista tras de sí y encontró a Ónice con el ceño fruncido. Se había incorporado y observaba el mismo destino que él.

Se puso en pie y le tendió la mano. La drugana masculló un par de improperios y se alzó dispuesta a continuar adelante.

—No creo que lleguemos antes de que acabe el día —aseguró Vórian animando a ambos druganos.

—En marcha —ordenó Ónice. Cuanto antes llegaran, antes regresarían al calor del mundo. Y antes mataría a Lysandra, pero eso no hacía falta decirlo. Emprendieron el camino a pie sobre la nieve que llegaba hasta sus rodillas.

—¿Cuál es tu plan para volver a entrar? —preguntó Sonthorn.

—Entregarle algo a Lysandra que no pueda rechazar —respondió devolviéndole la mirada. El guerrero no se reconoció en su teoría.

—¿El qué? —preguntó. Vórian miró a Ónice con una ceja levantada.

—Siempre ha sido muy lento para las indirectas. Háblale de frente y lo comprenderá —se burló la drugana. Amanecía de mejor humor que el día anterior. Tal vez la distancia a Ágata alejara su influjo. Solo el tiempo lo diría, pero era un motivo más para avanzar rápido.

—A ti —respondió el neutral—. Estoy seguro de que querrá conocerte.

—¿A mí?

—Sí —respondió.

—Piénsalo. Si llegas hasta ella y usas tu mirada quizá puedas hacerla recapacitar y, si no, pues la matas —apuntó Ónice.

"Tal vez no merezca morir, tal vez solo sea un malentendido..."

Ónice ni siquiera se dignó en responder. Él no había visto el recuerdo de Vórian como ella.

—¿Su mirada? —preguntó Vórian.

—Es capaz de sacar a la luz los sentimientos más escondidos, todo lo bueno de ella, si es que queda algo —explicó la drugana—. No la matará si hay algo que salvar.

—No tengo intención de salvar nada. Vamos a matarla, para eso vienes tú —argumentó Vórian. Todo lo que no fuera matar a Lysandra estaba fuera de sus planes.

Sonthorn no respondió. Observó a ambos druganos ante él, tan diferentes y tan similares a la vez.

"No has visto su crueldad como yo —dijo la drugana en su mente—. *Debe morir".*

"¿Debías morir tú? —preguntó con calma—. *Roland lo pensaba. Neyvel también. Seguramente todos en el mundo pensaran lo mismo que ellos. ¿Tú qué opinas?"*

Ónice apartó la mirada de él y se concentró en el frente.

"No solo corrompe, sino que tritura el alma de quien domina. Algo así… es peor que cualquiera de mi raza".

"¿Estás segura? ¿Crees que Tarnicis no ha sido triturada por culpa de Kem?"

"Eso es diferente. Ella es un medio para traer a Kelldom..."

"No sabes si dominarlos es un medio para algo más. No acabaré con ella hasta saber qué está pasando, y tú tampoco — sentenció, lo cual no le hizo la menor gracia a la drugana".

"¿Cómo? ¿Me estás prohibiendo que haga algo?"

"Te lo estoy pidiendo, por ahora. Deja que lo intente, dame la oportunidad de encontrar la verdad en ella".

"Lo que pasa es que no quieres matar a un drugano blanco — le espetó—. *Con mis primos no tuviste ningún problema".*

"Ni tú tampoco —se defendió—. *Si nos ataca a cualquiera, nos defenderemos y pagará su error. Si hay paz, quiero respuestas. No tiene nada que ver con las alas, jamás me ha importado su color. Parece mentira que seas tú quien lo diga".*

Ónice apretó los dientes. Sabía que él tenía razón. Jamás le había importado el color de ninguno de ellos. A todos les había dado la oportunidad de salvarse, por muy cruentas que hubiesen sido sus vidas. ¿Cómo no iba a hacer lo mismo con Lysandra? El Sonthorn que conocía, el drugano blanco del que se había enamorado, lucharía por darle una oportunidad. Estaba en su naturaleza, incluso Marit había tratado de darle la posibilidad a Nurae cuando su alma se había perdido hacía décadas. Él trataría de perdonarla por todos los medios.

Suspiró y se acercó un paso a él.

"Gracias por recordarme de quién me enamoré —dijo con dolor y se agarró al brazo de Sonthorn. Apoyó la cabeza en su hombro".

"Es un camino muy difícil, pero sé que, si me mantengo firme en quién soy, podré salvarlo. Recuerda que soy tu luz, ¿no es así?"

La drugana le dio un codazo.

"Siempre he odiado esa actitud tuya".

"Yo creía que era lo que te enamoró de mí".

—Le daremos una oportunidad de demostrar que no es la zorra que parece ser —dijo Ónice. Vórian se detuvo y se volvió hacia ellos.

—Has visto de lo que es capaz. Debe morir.

—Debe deponer el mando por lo que ha hecho, pero todos merecen una oportunidad —añadió el guerrero.

—Ella no, hace mucho tiempo que merece morir.

—¿Puedes tú decidir sobre la vida y la muerte?

—¿De ella? Por supuesto. Ha acabado con docenas de neutrales por capricho. Se merece mil muertes cruentas. Morir es un regalo para ella. —Vórian miró a la drugana y frunció el ceño—. Te ha dominado —le espetó.

—¿Qué?

—Ha usado su habilidad tal como ella hizo conmigo. —Las runas del cuerpo del neutral brillaron bajo su armadura.

—No existe esa habilidad en los druganos blancos. No somos capaces de algo así.

—¿Piensas que voy a creer eso? ¡Lo he visto con mis propios ojos, lo he sentido en mi cuerpo! —La espada dorada emergió de su brazo—. Eres igual que ella.

Ónice desenfundó su espada interponiéndose entre ambos. Apuntó con ella al neutral.

—No tiene esa habilidad, ninguno de los suyos la ha tenido jamás. Levanta tu brazo y te lo cortaré, seguiré adelante, conoceré a Lysandra y le daré una sola oportunidad. Si no pasa la prueba, morirá, te lo prometo. Nosotros vamos a llegar a la ciudad contigo o sin ti, tú decides si quieres seguir con vida, aunque es verdad que sería una lástima matarte.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hacéis? Esta no es vuestra guerra.

—La Guerra al sur es de todos. Necesitamos a todos de nuestro lado, neutrales o humanos.

—No me importa tu guerra.

—Porque quiero el medallón de Lysandra —confesó la drugana —. Con él se puede escapar de este mundo de hielo. Pasaré por encima de los cadáveres que sean necesarios para hacerlo.

Vórian enarcó una ceja sorprendido.

—El medallón de Úrsula… ¿Cómo funciona?

Ónice negó con la cabeza, aquella no era la conversación adecuada.

—Lysandra dejará de ser un problema para los neutrales, yo me llevaré el medallón y abriré la puerta con la que hacer que todo el mundo regrese al continente. Quien quiera participar en la guerra que se avecina, podrá hacerlo de nuestro lado —dijo Ónice.

—¿Puedes sacarnos de aquí?

—Sí —aseguró Sonthorn—. A los neutrales, a los Uldenhar, a los Vanhir y a los enanos. Dejaremos este territorio helado atrás.

"¿Y Ágata?"

"Cada cosa a su tiempo".

—La libertad a cambio de una oportunidad. Sea el destino que sea, Lysandra dejará de ser un problema —concluyó la drugana. Vórian dudaba qué hacer y la espada de runas parpadeó. Miró al guerrero.

—Tu raza ha causado tanto dolor…

—No lo ha hecho. Estoy seguro de que no es de mi raza.

Vórian puso los ojos en blanco y amagó una sonrisa irónica. La espada desapareció de su mano.

—Mi pueblo acabará muerto si no escapamos de aquí. Te doy esa oportunidad a cambio de su libertad.

—Acepto —dijo al instante el guerrero—. Tu pueblo será libre y todos regresaremos al continente. —Miró a la drugana y esta guardó su arma—. Como te he dicho, los druganos blancos no somos el enemigo.

—No es eso lo que dicen nuestros textos.

—Entonces habrá que reescribirlos.

Vórian inició la marcha de nuevo con la drugana tras él. Sonthorn se mantuvo el último a la mayor distancia posible del neutral. No dejaba de darle vueltas a qué había podido pasar para que los neutrales de Heindor detestaran tanto a los druganos blancos. Toda su existencia se había basado en proteger, en ayudar, en salvar a los inocentes.

"Y en gobernar —apuntó la drugana en su mente—. *Pero recuerda que no a todos les gusta ser gobernados, Sonth".*

"Lo sé, pero grabó con su vida esas palabras en piedra, eso no es solo estar en desacuerdo con ser gobernados. Hay mucho más resentimiento en ellos. No sé qué ha podido pasar para llegar a esta situación. Quiero aclararlo".

"Mi pueblo tiene mil historias sobre vosotros que jamás considerarías reales. En todas ellas hay algo de verdad. Tal vez no

toda, pero sí mucha. Puede que tus antepasados no fueran tan puros como creías".

"No, me niego a pensarlo".

"No lo hagas si no quieres. El pasado está muerto y ahora solo quedas tú".

"Todos mis recuerdos son sacrificios, luchas, honor y protección. Cada vez que me sumerjo en ellos encuentro héroes, no tiranos".

"¿Cuántas veces te has sumergido en ellos buscando gobernar? —preguntó la drugana con acierto. Sonthorn comprendió al instante lo que quería decir—. *Jamás lo has hecho porque solo has tenido oportunidad de luchar, no de gobernar. Tal vez, cuando todo esto acabe y haya que reorganizar este mundo, te toque rememorar esos momentos. Ahí sabrás la verdad".*

"Yo no gobernaré sobre nadie".

"Eso no evita el recuerdo de su gobierno en tu interior".

Ambos zanjaron la conversación dejando las dudas en el aire, unas dudas que las que la drugana carecía y que solo Sonthorn podía aclarar. Todos sus recuerdos consistían en héroes, sacrificios, honor y verdad. ¿Era posible que tras esa primera capa de bondad hubiera una historia terrible de tiranos? Neyvel era el único que conocía el gobierno de los Grandes Señores y él siempre los había respetado y defendido, pero él había renunciado a todo por seguir en el mundo a su lado. ¿Estaba su vista tan nublada como la de Sonthorn?

La idea de que tal vez Lysandra sí fuera una drugana blanca ganó más peso en su corazón. Si no fuera porque las barreras habían caído tras…

"Oh, no —masculló. Ónice llegó rauda a su mente".

"¿Has buscado su gobierno?"

"No, solo he pensado que las barreras han caído cuando abrimos la primera puerta, no tiene nada que ver con que yo sea el último o no".

"*Ya lo sé* —le espetó la drugana".

"¿Y no me lo has aclarado?"

"Eras más feliz así".

"Por los Dioses Desaparecidos…"

"Rénal te dejó vivir porque no te habías transformado. De haberte matado las barreras jamás se habrían abierto".

"Me hubiese matado de todas maneras de no ser por ti. —Sonthorn estaba seguro. De hecho, se sintió morir bajo las lágrimas de la drugana. Recordó por un momento que antes del último golpe Rénal mantuvo una breve conversación con alguien desconocido—. *¿Con quién habló?"*

"Ni lo sé ni me importa —masculló la drugana. Odiaba todo lo que tuviera que ver con Rénal. Bueno, todo menos Sonthorn—. *Desde luego ahora no es importante".*

"Tal vez sí que lo sea. Quizá alguien le dijo que había otra drugana blanca fuera del continente… De ser así..."

"Te necesitaría vivo para abrir las puertas y así poder llegar hasta ella —concluyó atando cabos que no sabía que existiesen siquiera—. *Él busca acabar con todos vosotros".*

"Tal vez le estemos llevando hasta ella"

"Cumpliendo lo que él dijo. Maldito bastardo —masculló junto a otra sarta de palabras malsonantes que ningún escritor registraría dada su carga semántica. Tardó más de un minuto en desahogarse —. *O puede que nada de todo eso sea verdad, que ella sea una impostora y que Rénal solo tratara de asustarnos".*

Sonthorn aceptó su idea. No podrían saberlo hasta que conociera a Lysandra. Por suerte, faltaba poco para ese momento.

—Vórian, ¿cuánto tiempo hace que Lysandra es una tirana? —preguntó el guerrero.

—Siempre lo ha sido —aseguró sin vacilar—. Y su padre antes que ella, y su abuela antes que él. Pero es verdad que cada generación su legado es más negro. —Miró a la drugana—. Sin ofender…

—Las sombras traen la verdad, nada más —dijo quitándole importancia. Ella sabía mejor que nadie el legado de los druganos negros. Tenían las manos demasiado manchadas de sangre para decir lo contrario.

"Si hubiese cambiado hace solo unas semanas podríamos asociarlo a Neroc —explicó su teoría".

"Y él, ¿sabrá algo?"

—¿Qué sabes de un tal Neroc? —preguntaron ambos a la vez.

—¿De quién? —Ónice le repitió la pregunta—. Nada, ese nombre no me dice nada familiar.

—¿Ha cambiado algo en las dos últimas semanas más allá de la barrera? —Esta vez fue Sonthorn el que preguntó.

—No, solo la barrera y los Uldenhar. Nuestra ciudad no ha cambiado más allá de eso. ¿Qué estáis pensando?

—En los muchos enemigos al sur que pueden haber llegado a Heindor.

—Nadie ha entrado jamás en la ciudad. Seréis los primeros y eso aún está por ver. Guardad fuerzas, pronto el viaje será más duro —predijo el neutral y los tres guardaron silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Nada parecía ser lo que era en el mundo. ¿Cómo encontrar la verdad si todo estaba difuminado por los secretos y el dolor?

El día continuó su avance y, tal y como Vórian les avisó, el viaje se volvió más duro a cada paso. El viento se volvió un problema a

las pocas horas para Sonthorn y para Ónice. Este arremetía con furia contra ellos evitando al neutral. Sus ropas eran arrastradas con fuerza y cada paso pronto se volvió agotador. El neutral les indicó que se acercaran todo lo posible a él y ambos se situaron tras su espalda buscando escapar del viento.

Al principio pareció funcionar y el clima les dio un respiro. Sin embargo, la calma duró poco y pronto una terrible tormenta de nieve se inició a su alrededor. Los árboles se agitaban con fuerza empujados por el viento helado. Este era tan frío que sus mejillas se congelaban al contacto. El sol dejó de ser una ayuda real cuando se escondió tras unas gruesas nubes negras que se cerraban impidiendo pasar al más mínimo rayo de luz.

—¡¿Qué es esto?! —exclamó la drugana. Esta se encogía tras Vórian, que sufría las mismas inclemencias que ellos. Parecía como si el clima, incapaz de localizar a los asaltantes, hubiera decidido impedir el acceso a todo ser vivo.

—¡No es fácil llegar a Heindor, ni siquiera para mí! —respondió el neutral.

Guardaron silencio y se concentraron en avanzar paso a paso hasta que el viento fue tan intenso que no pudieron dar un paso más. Se vieron obligados a arrodillarse para soportarlo. Vórian comenzó a gatear hundiendo sus manos en la nieve hasta el codo tratando de llegar hasta el suelo y así encontrar un lugar firme con el que empujarse. No se rendiría.

"¡Esto no puede ser casualidad! —exclamó la drugana".

"No lo es. Voy a ver qué ocurre —respondió el guerrero".

Se sumergió en su ser y se abandonó confiando ciegamente en la drugana. Ónice agarró a Sonthorn por la chaqueta en cuanto sintió que su cuerpo se relajaba.

—¡No te muevas! —le gritó a Vórian. Este miró hacia ella extrañado. Se agarró a una roca del suelo y le tendió la otra mano a la drugana.

Ónice dudó por un instante. Lo que menos quería en aquel momento era contemplar un nuevo recuerdo del neutral. Sin embargo, sus ojos eran firmes y decididos. Suspiró incómoda y se agarró de Vórian mientras dejaba que Sonthorn encontrara una salida a todo aquello. Por un momento, cada uno de los druganos confió en los otros dos y un primer puente entre las tres razas se tendió. Solo les quedaba esperar que soportase el peso de milenios de odio.

Sonthorn cerró los ojos y amplió su vista interior a su alrededor. Ante él descubrió el centro de una tormenta que zarandeaba al grupo con su fuerza. Sin embargo, en su visión era tan dorada como Vórian, lo que no le costó encajar. Entrecerró los ojos observándola con detenimiento y descubrió lo que debía de ser la ciudad de Heindor como su epicentro. De ella provenía el poder, estuvo seguro en cuanto la vio. Se centró en la ciudad y trató de desplazarse hacia ella.

Sin embargo, no llegó muy lejos. Una figura dorada, de un color apagado más oscuro que la miel, se alzó ante él. Era solo la silueta de un hombre dorado la que empujó su pecho impidiéndolo avanzar. Su mano era fría como el viento a su alrededor, pero tenía la misma dureza que el metal. La silueta observó al drugano de arriba abajo casi tan extrañada como el propio Sonthorn.

—¿Qué eres? —preguntó la figura—. Llevas tres entes dentro de ti.

—Mi nombre es Sonthorn —aseguró como si fuera a servir para algo. Aquella criatura no conocería su nombre o lo que representaba. Cuando se lo contase a Ónice se burlaría de él—. Soy un drugano blanco.

La mano dorada olvidó su pecho y se cerró en torno a su cuello con fuerza. Sonthorn se agarró a su muñeca tratando de liberarse.

—Los druganos blancos jamás pasarán ante mí. —Parecía ser solo una advertencia. El guerrero aún podía respirar—. Su legado debe ser extinguido.

—¡Su legado ya está extinto! —gritó luchando por respirar—. ¡Soy el último de ellos!

La mano no incrementó su fuerza, pero tampoco se redujo. Se mantuvo a la espera mientras la duda se manifestaba en su rostro.

—¿Al fin han sido derrotados?

—Han sido eliminados, solo quedo yo en este mundo —respondió con dolor. El recuerdo de cada uno de sus antepasados caídos llegó a su memoria arrastrado por la fuerza del ser anhelante de información. Visualizó cada una de las muertes con agrado deleitándose en cada gota de sangre derramada. El guerrero sintió náuseas ante su felicidad. Su mente vagó hasta los druganos negros asesinados junto a Ónice.

—Aún quedas tú —afirmó cerrando su mano con fuerza. Sonthorn no pudo impedirlo—. Llevas su sangre en tu interior. Aún queda un drugano blanco que deba pagar el precio.

—¡No respondo por los crímenes de mis antepasados, solo por mis propios errores! —gritó tratando de respirar. Soltó las manos del antebrazo de la silueta dorada y dio una palmada. Los guanteletes de Calandra volvieron a sus manos. Agarró de nuevo el brazo que lo atenazaba y apretó con fuerza obligándolo a soltarlo. Respiró agitadamente y se apartó de la silueta. Esta observaba los guanteletes más desconcertado todavía.

—El dorado no es tu color.

—Has visto a tres entes en mí —respondió entre jadeos—. No soy solo un drugano blanco. Yo volveré a unir a todos los druganos, volverán a nacer libres de elegir su camino de nuevo.

La silueta rio con fuerza. Sacudió la cabeza en una negativa.

—No dejaré que tus mentiras corrompan de nuevo a los neutrales. Tal vez seas más que un drugano blanco. No sé cómo lo has hecho, pero no te servirá de nada. No te dejaré pasar.

—¿No me dejarás? —preguntó irónico. Comenzó a enfurecerse ante la osadía de la silueta—. Ni tú ni nadie me dirá lo que hacer.

—Eso sí que suena a un drugano blanco. Líderes tiranos que gobernaban contra sus propios súbditos. ¿Has olvidado acaso lo que hicisteis en Silvanasia?

Sonthorn recordó por un momento una gran lucha entre los primeros druganos blancos y negros, pero era algo tan antiguo que nunca le había prestado atención. Sabía que existía una dirigente blanca que había ordenado acabar con una rebelión y que todo se había torcido. Comprendió entonces que al pensar aquello, él mismo se estaba poniendo de parte de ella y no de los rebeldes. Tal vez hubiera algo de gobernante tirano en su interior.

"No —se dijo".

Sacudió la cabeza y se enfrentó a la silueta.

—A mi lado viaja una drugana negra y un neutral, hemos vuelto a sellar la paz entre las razas.

—No habrá paz mientras uno de vosotros siga vivo.

—No impedirás que pasemos, te lo advierto.

La figura dibujó una sonrisa en su rostro.

—No tienes ningún poder aquí. Heindor me otorga su poder. La luz de un tirano no podrá vencer su brillo —le espetó retándolo.

Pero Sonthorn no se dejaría detener por nada ni nadie. Aquel Guardián era demasiado similar al de Silvanasia para que fuera una simple casualidad. Recordó cómo había tratado de corromperlo para que acabara con Ónice. ¿Cuál sería su plan ahora? Fuera como fuera, debía superarlo y lo único que se le ocurría era apartarlo de su camino. Apretó los puños con fuerza y dejó que la rabia colmara su cuerpo y lo transformara. Cuatro alas doradas crecieron en su espalda. Sus ojos cambiaron de color y la silueta dio un paso hacia atrás. Sacudió la cabeza cada vez más desconcertado.

—¿Qué eres tú? —se preguntó de nuevo.

—Tu diosa Calandra ha confiado en mí y me ha entregado su don —dijo lo más altivo y poderoso que pudo—. Apártate de mi camino, Guardián. Tu tarea ha sido cumplida, los neutrales han estado a salvo, pero el tiempo de la calma ha pasado. No hay druganos blancos en el mundo, no hay guerras entre los druganos blancos o negros. Vuelve a haber paz entre todos nosotros.

—Calandra… —murmuró. Ladeó la cabeza rescatando aquel nombre de su memoria. Miró hacia el cielo que parecía volverse a iluminar bajo los rayos del sol—. Nuestra diosa hace siglos que nos ha dejado de lado.

—Os ha dejado libres como pedisteis —aseguró comprendiendo al fin lo que estaba ocurriendo. Calandra le entregaba lo que pedían a quien tenía el valor de afrontarlo. Ellos se habían sacrificado por tener libertad y eso mismo habían obtenido. A dónde les había conducido esa libertad, era asunto suyo—. Ahora os reclamo en su nombre. Ahora os toca a vosotros responder a su llamada.

Sonthorn entregó toda su fuerza a las alas y estas iluminaron el cuerpo dorado del Guardián con fuerza. Brillaron como un sol ante él y le entregaron la luz de Calandra, el poder de la misma y el calor de la verdad. Su color dorado comenzó a brillar y el metal pareció subir de temperatura ganando vida con cada instante bajo los rayos dorados de Sonthorn. Pronto alcanzó el mismo color que las alas de Sonthorn.

La silueta se arrodilló ante el guerrero.

—Ahora lo veo —aseguró. Unas lágrimas doradas como el oro fundido recorrieron sus mejillas—. Nosotros nos traicionamos a nosotros mismos. Creímos que nos había abandonado y fuimos nosotros los que la alejamos de nuestro lado.

—Nunca estuvo lejos de vosotros. Y ha vuelto para devolveros la luz.

El guerrero se acercó a él y apoyó una mano en el hombro de la silueta. Esta se hundió en el oro fundido que era su cuerpo. Apartó la mano con sorpresa.

—Entonces, ¿ha llegado el momento?

La silueta contempló a Sonthorn esperanzado.

—Ha llegado el momento de descansar. —El guerrero recordó el último legado del Guardián de Silvanasia—. ¿Tienes algún mensaje que entregar?

—No, ¿por qué lo dices?

—No, por nada. —Esta vez no habría última profecía como en Silvan—. Puedes ir en paz, has cumplido tu cometido. Ha llegado el momento de que los neutrales regresen a su hogar.

La silueta asintió, agachó la cabeza y se desvaneció en el aire. Tras él dejó de emanar el viento furioso y dorado desde la ciudad. Sonthorn volvió a la realidad y se encontró de pie ante Ónice y Vórian. La tormenta había cesado por completo y la ciudad aparecía visible en la distancia a pocas millas. El neutral lo miraba impresionado.

El guerrero miró tras de sí y descubrió las alas completamente estiradas en su espalda. Las plegó con un movimiento natural y las hizo desaparecer concentrándose.

—¿Qué has hecho? —preguntó la drugana.

—Había un Guardián aquí también —aseguró—. Nos ha permitido seguir adelante. Aprovechemos.

El grupo reemprendió la marcha bajo el cielo azul con un sol brillante que les entregaba su calor. Sus rayos bañaban la ciudad y la hacían brillar como Sonthorn había hecho con el Guardián. Mientras caminaban les relató lo ocurrido. Los neutrales debían saber que habían sido ellos los que habían rechazado a Calandra y que esta los perdonaba.

Sonthorn asumió al fin que esta era la diosa de los neutrales. ¿Qué secretos habría escondido en ellos?

CAPÍTULO 12

UN CASCO ABOLLADO

Transcurrieron pocas horas más de viaje tranquilo y antes del anochecer el grupo se detuvo a escasos cien metros de la muralla dorada. Esta se alzaba con más de dos metros de nieve acumulados en su base arrastrados por el viento. Su color dorado había perdido toda la vida que caracterizaba a los ojos de los neutrales y mostraba un tono apagado y decadente. Sonthorn apreció el mismo tono que en el Guardián cuando este había impedido su viaje durante aquella jornada.

La estructura se alzaba más de veinte metros sobre ellos. Para su sorpresa no encontraron a nadie sobre ella que les impidiera el acceso. Tampoco había una puerta a la que llamar. Miraron a Vórian en busca de explicaciones.

—Es la forma de que nadie entre —aseguró—. No se puede entrar volando y no hay puerta. Si no dejan caer la escalera, nadie entra.

—No pienso ir a buscar a Huz —masculló la drugana. Tanto con él como con Éwoly el acceso sería inmediato.

—¿Quién?

—Alguien que puede crear una pasarela hasta arriba, no importa. —Sonthorn buscó en las inmediaciones cualquier rastro de vida. Según había dicho el neutral muchos congéneres salían de caza para asegurar la comida en la ciudad—. ¿Qué hay de las patrullas de caza?

—No conozco su frecuencia ni sus rutas. Lysandra no permite que se sepa porque…

—Podrían aprovecharlo, sí —concluyó el guerrero. Vórian asintió.

—Su influjo fuera de la ciudad es mínimo. Muy pocos son los elegidos para hacerlo.

"Sube y lanza algo para nosotros —dijo la drugana—. *Tú puedes volar de día.* —Una poco sutil envidia se reflejó en su voz".

—Subiré volando y os lanzaré algo para que ascendáis. Si no, yo mismo os subiré.

Sonthorn se concentró y las alas doradas brotaron de su espalda. Se lanzó al cielo directo hacia la muralla. Tras él, Ónice y Vórian reemprendieron el camino.

—¿Qué es esta criatura? —preguntó el neutral señalando a Sonthorn. Este se alzaba ya sobre la muralla. Descendió hasta poder caminar sobre ella. Plegó las alas y buscó algo con lo que ayudarlos. A sus pies, la piedra parecía vibrar en oleadas de color que se extendían desde su posición a lo largo de toda la muralla—. No es un neutral, pero tampoco es un drugano blanco, no sé lo que es.

—Es único, por eso lo mantengo vivo. Tiene lo mejor de ambos mundos.

—Los druganos blancos no tienen nada bueno.

—Él sí. Yo supe verlo, tú también lo harás.

Vórian miró fijamente a la drugana y terminó asintiendo, al fin y al cabo había conseguido dominar la magia que les impedía llegar

a la ciudad cuando nadie había podido jamás. El Guardián que ni siquiera él sabía que existía le había permitido pasar, él también había visto algo en él. Calandra había hecho lo mismo. El neutral parecía el único incapaz de verlo.

Llegaron hasta la base de la muralla. Ónice creó una pequeña esfera de fuego ante ella y derritió la nieve que se acumulaba a su pie, no estaba dispuesta a sumergirse en ella. Cuando no quedó rastro alguno de hielo, la drugana alargó la mano hasta la muralla. Era tan fría como cabía esperar a pesar de las llamas con las que la había golpeado. Pasó los dedos sobre el lugar que el fuego había tratado peor y no descubrió rastro alguno de su magia. Movió los dedos horizontalmente y no encontró muesca, imperfección o juntura entre los bloques. Miró a Vórian con una ceja levantada.

—Los neutrales son excepcionales construyendo.

—Excepcionales en lo que les interesa, ¿no?

—Justo eso.

—Encontré algo —dijo el guerrero desde lo alto. Dejó caer una escalera de cuerda hasta ellos.

Ónice tiró de la misma confirmando su resistencia. Subió con agilidad y tras ella lo hizo Vórian. Cuando llegó hasta el guerrero se detuvo. Observó por primera vez la ciudad de los neutrales en todo su esplendor.

Heindor se extendía bajo ellos como un océano de piedra fundida congelado en el tiempo. Era una urbe de trazado innegablemente medieval, pero infinitamente más soberbia que cualquier asentamiento humano, enano o elfo. Sus calles adoquinadas, sus plazas amplias y sus casas de múltiples plantas con tejados a dos aguas. Cada cúpula, cada aguja y cada contrafuerte evidenciaba la mano de los mejores constructores, artistas, canteros y herreros que jamás hubieran pisado el mundo. No había un solo bloque fuera de lugar ni una imperfección a la

vista; la simetría y la majestuosidad de la arquitectura rozaban lo divino.

Aquel virtuosismo quedaba patente en las fachadas de todos los edificios, desde las mansiones más imponentes hasta las viviendas más humildes, pues absolutamente todas estaban intrincadamente talladas con miles de runas doradas. Sin embargo, aquel esplendor parecía marchito por completo.

En el corazón mismo de la ciudad se erguía lo que debía ser el imponente castillo de Lysandra, coronado por una torre colosal que perforaba el cielo plomizo. Desde su interior, una ligera oleada de luz recorría las runas de la ciudad siguiendo un pulso constante hacia el exterior. Sin embargo, a medida que las construcciones se alejaban de la torre y se extendían hacia la muralla donde ellos se encontraban, la vida se asfixiaba tal y como había dicho Vórian. El latido de la ciudad parecía perder toda su fuerza por el camino.

Las runas talladas en los tejados y las paredes de los barrios periféricos bajo sus pies estaban completamente apagadas, reducidas a meros surcos sin magia. El oro vivo se tornaba frío, mate y deslucido, idéntico al metal muerto del Guardián que los había detenido horas atrás. Era una belleza melancólica y desoladora; la estampa de una ciudad milenaria que moría lentamente en sus bordes, consumida y marchita por la oscuridad que latía en su mismo centro. Era una vista tan hermosa como cruel su desenlace.

—Bienvenidos a la ciudad de Heindor, la decadente tumba dorada —dijo Vórian con dolor. Señaló hacia ella e hizo un abanico con la mano—. Más de veinte mil neutrales la construyeron de la nada y no creo que más de dos mil la habiten ahora. Es imposible saberlo, solo Lysandra conoce la envergadura real de la ciudad.

Sonthorn contempló el abismo de calles vacías y silenciosas que se abría a sus pies. El viento helado silbaba entre las almenas muertas, arrastrando consigo el eco de una civilización que se marchitaba lentamente. Ónice, a su lado, entrecerró los ojos hacia la torre central donde se encontraba su objetivo.

—Un imperio de fantasmas —murmuró la drugana asqueada. Si los druganos negros hubiesen vivido en ciudades, aquel habría sido su mismo desenlace. Casi parecía que las diosas querían extinguir a las tres razas. Con una casi lo habían conseguido—. Vuelve a tu forma humana, estás compitiendo con la luz de esa zorra.

Sonthorn cerró un instante los ojos y las alas desaparecieron de nuevo. Sus ojos volvieron a ser plateados y la muralla dejó de dispersar el brillo dorado del drugano entre sus runas. La piedra volvió a perder toda su vida con aquel gesto.

—¿Qué hay tras la ciudad? Me refiero, ¿qué hay más allá? —preguntó el guerrero siguiendo con la mirada la muralla. Esta se entremezclaba con las montañas a los lados. En el lado opuesto, solo un cielo gris y oscuro en el que pronto el sol dejaría de gobernar. Una tormenta parecía tratar de destruir la ciudad al otro lado. El cielo estallaba en rayos constantes y el viento azotaba la lluvia con una furia imparable.

—Nada. No hay nada. Solo un mar embravecido y helado. Un pequeño saliente y la muerte más abajo. Solo frío irresistible, viento huracanado y una perenne tormenta de rayos. Nadie ha regresado tras tratar de desafiarlo. Es el auténtico fin del mundo —aseguró.

—Lysandra está en la torre, ¿verdad? —preguntó la drugana. Miró hacia la ciudad bajo sus pies buscando como descender de la muralla—. Llévanos hasta ella.

—No creo que sea necesario —aseguró Vórian observando cómo la ciudad parecía volver a la vida rápidamente. Un ligero temblor llegó hasta sus pies—. Pero… ¿cómo lo ha descubierto tan rápido?

—¿Qué ocurre? —preguntó el guerrero. Abrió su mente y localizó miles de puntos dorados moviéndose lentamente que parecían despertar de un profundo letargo. Sus pasos eran vacilantes y torpes, aunque ganaban coordinación con cada paso—. Bajemos.

Vórian tiró de la escalera para volverla a subir cuando un escalofrío recorrió la nuca del guerrero. Agarró el antebrazo de Vórian y las runas brillaron protectoras al instante. El neutral soltó la escalera y se apartó de él de un tirón.

—¿Qué haces?

—Deja la escalera —ordenó. El guerrero miró a Ónice con determinación. Asintió levemente.

—Hazlo —lo apoyó la drugana—. Busquemos otra forma de bajar.

—Esta es la más rápida.

—Algo me dice que el camino no es ese —dijo Sonthorn mirando hacia el sol que se extinguía.

"¿Algo o alguien? —preguntó la drugana".

"No puedo asegurarlo".

Vórian aceptó. Había visto tantas sorpresas en el drugano que aquella ni siquiera le interesaba discutirla. Solo tendrían que alejarse unos metros hasta la primera torre. Comenzó a caminar y olvidó la escalera de cuerda. Esta permaneció colgada para que cualquiera pudiera usarla más adelante.

—Tus hombres podrán usarla para regresar —dijo el guerrero tratando de que fuera algo más útil que su corazonada.

—No lo harán. Regresar sería su condena.

—¿Y la tuya no?

Vórian apretó los dientes.

—Sí, pero yo sí merezco esa condena.

La drugana observó al neutral avanzar decidido sobre la muralla dorada. A pocas docenas de metros se alzaba una torre sencilla, sin duda solo era una protección para las escaleras que daban a la muralla.

"Estoy segura de que es un líder nato, Sonth. Pocos se sacrifican por su pueblo —dijo recordando a Nefrén. El neutral cada vez le recodaba más a él".

"*Y yo* —confirmó el guerrero. Vórian era desconfiado, duro y estaba destruido por dentro, pero aun así miraba a la muerte a los ojos y continuaba adelante—. *Es capaz de desafiar a la muerte por algo mayor a él".*

"Pero a Lysandra no. ¿Estás seguro de querer conocerla?".

"*Sí* —confirmó tajante. Ónice asintió en su mente y dejó el tema de lado. De momento".

El grupo llegó a la pequeña estructura cuando el sol comenzaba a desaparecer tras las montañas. Se adentraron en ella y cuando pisaron en el suelo de piedra tras descender de la muralla, la noche había tomado el relevo.

"Siempre podemos salir volando —dijo el guerrero previsor".

Ónice chasqueó la lengua. No tenía la más mínima intención de salir huyendo.

—El único momento por el que respira Heindor —dijo el neutral abriendo el paso. Se detuvo al salir de la estructura y Ónice y Sonthorn se situaron a ambos lados.

Ante ellos, las viviendas parecían cobrar vida con cada segundo. Sus runas comenzaron a brillar iniciando una oleada de luz dorada que revivió la ciudad ante sus ojos. El pulso mágico de las inscripciones se extendió desde los cimientos hasta los tejados, trepando por las fachadas geométricas como enredaderas de fuego líquido. El oro mate y deslucido que segundos antes parecía muerto absorbió el fulgor, transformándose de pronto en una piedra cálida y vibrante que arrancaba destellos de las chimeneas ornamentadas y de los bordes de cada cúpula.

Las calles adoquinadas se iluminaron bajo sus pies, revelando una red de líneas luminosas que surcaban el suelo como venas

brillantes, guiando la mirada a través del laberinto de callejuelas hacia el corazón de la urbe. No era una luz deslumbrante como la que escupía la torre de Lysandra, sino un resplandor suave y solemne, un eco del inmenso poder que antaño había forjado aquel lugar. El frío cortante de la noche polar pareció retroceder unos pasos, rechazado por el leve y reconfortante calor mágico que emanaba ahora de la propia arquitectura.

Las sombras comenzaron a bailar entre los muros perfectos, estirándose y encogiéndose al compás del parpadeo de las runas. Aquel juego de luces creaba la inquietante ilusión de que miles de figuras invisibles caminaban de nuevo por las grandes avenidas desiertas, devolviendo a la ciudad el bullicio que había perdido.

Sonthorn observó fascinado cómo incluso las tallas más sutiles en los dinteles de las puertas y los marcos de las ventanas latían al unísono, como si Heindor entera compartiera un único y acompasado latido. Por un efímero instante, la desolación de la tumba dorada desapareció por completo, oculta bajo un manto de sobrecogedora belleza que desafiaba la oscuridad absoluta del yermo helado.

—Hermoso es poco —dijo el guerrero sobrecogido. Ónice quiso contradecirlo, frustrada por encontrar belleza en los neutrales, pero fue incapaz de engañarse a sí misma.

La luz dorada inundó por completo la calle principal, desterrando a las sombras hacia los callejones más estrechos, pero el asombro inicial de Sonthorn y Ónice se transformó rápidamente en pavor. El silencio de la ciudad se quebró con el crujido simultáneo de decenas de pesadas puertas abriéndose de par en par a lo largo de toda la avenida.

De las viviendas bañadas en la luz de las runas comenzaron a emerger las figuras de los neutrales. Sus pasos eran lentos, arrastrados y espantosamente acompasados, resonando contra el adoquinado como un macabro latido mecánico. No había atisbo de vida en sus rostros. Decenas de ojos dorados, vacíos de toda

voluntad y opacos como la piedra muerta de las murallas, se giraron al unísono para clavar su mirada en los tres intrusos.

Caminaban rígidos, tropezando levemente, como marionetas cuyos hilos tensaba una mano invisible y cruel desde la lejana torre central. Vórian retrocedió un paso, horrorizado al ver a su propio pueblo reducido a un rebaño de cascarones vacíos bajo el yugo mental de la tirana.

—Es Lysandra… —masculló el neutral, apretando los puños hasta que los nudillos le crujieron—. Ya sabe que estamos aquí.

La marea de habitantes convergió hacia ellos, bloqueando cualquier ruta de escape y cerrando el paso hacia la ciudad, pero lo que heló la sangre de Sonthorn no fue la cantidad de almas que se cernían sobre ellos, sino su espeluznante formación. En la vanguardia, formando una barrera viva e infranqueable, avanzaban los niños de la ciudad, desarmados y con los brazos inertes cayendo a los costados de sus cuerpos. Tras ellos, arrastrando los pies en la misma cadencia hipnótica y letárgica, se situaron las mujeres y los ancianos.

Solo detrás de esa primera y trágica línea de defensa aguardaban los guerreros en la retaguardia, empuñando espadas y lanzas que destellaban bajo el fulgor de las runas. Lysandra no había enviado a su guardia para detenerlos; había alzado un escudo humano con los más débiles e inocentes de Heindor, sabiendo a la perfección que los recién llegados tendrían que masacrarlos a todos si querían dar un solo paso más hacia ella.

Antes de que pudieran asimilar por completo la crueldad de aquella barrera viva, un zumbido rasgó el gélido aire sobre sus cabezas. El cielo nocturno se iluminó de golpe con un fulgor fiero, eclipsando el suave latido de las runas de las casas y proyectando sombras alargadas sobre la multitud aletargada.

Cuatro siluetas descendieron en picado con una velocidad vertiginosa. Aterrizaron con un estruendo metálico que hizo temblar los adoquines y levantó una nube de escarcha, interponiéndose

entre el grupo y la marea de habitantes. Al tocar el suelo, extendieron unas alas doradas que brillaban con una intensidad deslumbradora antes de plegarlas a sus espaldas con agilidad marcial.

Se movieron con una precisión letal y coordinada, rodeando a Sonthorn, Ónice y Vórian en apenas un parpadeo. Eran druganos neutrales, pero no compartían el aspecto famélico ni la actitud vacía de su pueblo. Aquellos guerreros irradiaban una fuerza abrumadora; eran altos, de complexión musculosa y evidentemente bien alimentados, la antítesis absoluta del sufrimiento que ahogaba a Heindor. Sus posturas denotaban años del más estricto entrenamiento militar.

Vestían armaduras doradas sin un solo rasguño, reflejando la luz mágica como espejos perfectos. Cada soldado empuñaba una lanza gruesa y de punta afilada, y portaba un escudo alargado que le cubría desde el torso hasta las rodillas. Sus rostros permanecían ocultos tras pesados yelmos cerrados coronados a ambos lados por alas metálicas forjadas hacia atrás, otorgándoles un aspecto depredador, como aves rapaces a punto de lanzarse sobre su presa.

Vórian apretó los dientes. Conocía a la perfección la letalidad de la amenaza que los cercaba por los cuatro costados.

—El Martillo —susurró el neutral, y una nota de duda tiñó su voz—. La guardia personal de Lysandra.

—Peor para ellos —masculló Ónice desenfundando su espada que brilló con su fulgor rojizo ansiosa por defender a su portadora.

Sonthorn desenfundó a su lado. No deseaba enfrentamiento alguno, pero no estaba dispuesto a que un movimiento erróneo causara daño a Ónice o a Vórian. Las runas del neutral brillaron en su cuerpo y de sus manos emergieron una espada y un escudo rúnico con el que enfrentarse a sus congéneres.

Los cuatro druganos que formaban el Martillo apuntaron al trío con sus lanzas y adoptaron posiciones de ataque. Ónice no necesitó

nada más para prepararse para luchar. Recordaba demasiado bien que Valeria había dicho que los neutrales eran mucho más fuertes de lo que parecían y no estaba dispuesta a subestimarlos. Se transformó y las alas negras parecieron absorber la luz dorada, encerrándola en un vórtice de oscuridad a su alrededor. La drugana sonrió al ver que los neutrales vacilaban ante su vista, desconcertados por completo. Volvieron sus ojos hacia Vórian.

"Contrólate —dijo el guerrero. Le envió la imagen de los niños tras los neutrales, a pocos pasos de ellos—. *Cualquier ataque los pondrá en peligro".*

"Que se aparten —le espetó sin pensarlo".

"No creo que puedan".

"Peor para ellos".

"Son solo niños, Ónice…"

Sonthorn se adelantó a la drugana. Alzó las manos y dejó su espada colgar de su puño sin fuerza ni intención. Trató de parecer lo menos amenazador posible.

—Hermanos neutrales —dijo tratando de ganar tiempo. No tenía ni idea de qué decirles—. No somos una amenaza, hemos viajado durante…

Una lanza se movió con la velocidad del rayo buscando su cuello con una agilidad y fuerza brutales. Tuvo el tiempo justo de moverse lateralmente para esquivar el ataque, no obstante no tardó en sentir el líquido caliente sobre su tórax. La lanza volvió a su posición al instante.

—¡Maldito seas! —gritó la drugana saltando hacia el neutral. Sonthorn se agarró el cuello y confirmó que no era tan grave como parecía.

Ónice atacó al neutral con su espada, esquivó su ataque y cortó la lanza de un tajo. Llegó hasta su enemigo y trató de partirlo en dos. El neutral soportó el ataque con su escudo, giró sobre sí

mismo y lanzó una patada a la drugana que la hizo retroceder sin aliento. Sacudió sus alas y se impulsó de nuevo hacia él. Esta vez golpeó el escudo con un rodillazo y el neutral salió volando contra la muchedumbre que se acercaba más y más a cada segundo.

Un segundo neutral atacó a Vórian, pero este conocía perfectamente lo que representaba el Martillo e hizo frente al neutral con maestría. Sonthorn se encontró ante dos neutrales que lo flanqueaban uno a cada lado.

—¡No somos vuestros enemigos! —gritó furioso. La sangre manaba de su cuello con más fuerza de la que había pensado.

Pero no obtuvo ninguna respuesta por parte de ninguno de los presentes. No eran más que cáscaras vacías ante él, criaturas sin alma o esencia propia. Comprendió al fin que de allí no saldría sin pelear, al menos no sin hacerlo contra el Martillo. Quizá lograse esquivar a la población, pero la guardia de Lysandra se interpondría ante él. ¿Cómo enfrentarse a ellos sin herir a los niños de la primera fila? El estómago le dio un vuelco ante el macabro desenlace al que Lysandra lo empujaba.

Si se transformaba en lo que Calandra le ofrecía era probable que no controlase su poder y muchos de los neutrales resultarían heridos. No estaba dispuesto a ello, todos podían ser necesarios para luchar en algún momento. No estaba allí para doblegarlos, sino para liberarlos, y la única forma correcta de hacerlo era con la verdad.

Se transformó y unas majestuosas alas blancas con sus característicos tonos plateados emergieron de su espalda. La luz llenó la ciudad que pareció contener la respiración por un momento. Los ojos de los espectadores observaron atónitos la imagen del drugano blanco. Abrió las alas y entregó su energía a ellas tratando de que su fulgor colmara la ciudad.

—¡No somos vuestros enemigos! —gritó de nuevo y, de nuevo, el gesto provocó el ataque de uno de los neutrales.

Sin embargo, esta vez estaba preparado y su cuerpo cambiado era mucho más rápido. Agarró la lanza que buscaba su corazón y la rompió con un movimiento rápido de su codo. Tiró de la lanza y golpeó al neutral que esta arrastró en el rostro, hundiendo su casco de un puñetazo. El neutral cayó inconsciente al suelo.

El segundo se lanzó contra él con el escudo por delante y lo hizo retroceder. Los niños se adelantaron y recogieron el cuerpo del soldado y lo alejaron de la batalla. Sonthorn sintió las alas de Ónice a su espalda y descubrió que el círculo de neutrales los empujaba unos contra otros. Miró hacia el cielo buscando una salida.

"Salgamos de aquí —le dijo a la drugana—. *Vayamos directamente a buscar a Lysandra".*

"Perfecto —respondió Ónice—. *Llévate a Vórian, yo mataré a estos neutrales".*

"No, nada de muertes".

"Solo son cuerpos vacíos —masculló Ónice asqueada—. *No es peor que cortar el trigo".*

El guerrero sacudió la cabeza en negativa. Estaba a punto de acercarse a la drugana cuando, para su sorpresa, el público pareció revivir parcialmente. Varios rostros miraron sorprendidos a su alrededor. Unos pocos niños comenzaron a llorar y gran parte del público se removió incómodo. Pronto muchos de ellos se alejaron corriendo en todas direcciones.

Los ojos de los soldados del Martillo se volvieron hacia el cielo y el guerrero los imitó. Media docena de pares de alas doradas volaban hacia ellos desde el lugar que Lysandra usaba de residencia. En el centro del grupo distinguió una silueta blanca. Abrió los ojos de par en par al aceptar que realmente era una drugana blanca la que volaba hacia ellos protegida por su guardia personal.

El Martillo se reorganizó en una fila de tres. El cuarto neutral que se habían llevado los niños se quitó el casco hundido y se puso en pie con torpeza. Se acercó a sus compañeros y desenfundó una

espada corta que colgaba de su cintura. Tenía el pelo por los hombros, rubio y rizado salvo por el lugar donde manaba la sangre tornando su melena de un color más oscuro. Sacudió la cabeza y carraspeó. Sus ojos no dejaban de observar a Sonthorn, atónitos ante lo que veía. Era la viva imagen de Lysandra, solo que su presencia imponía solo con el mero hecho de observarlo. Trastabilló y se apoyó en uno de sus compañeros.

Dos espadas y dos lanzas mantenían la distancia con ellos otorgándoles solo la salida del cielo o la muralla. Sonthorn plegó las alas y esperó a que llegara la drugana blanca que había corrompido aquella ciudad hasta él. Ónice se situó a un lado y Vórian al otro, sin embargo él no se había transformado. Tal y como les había contado, nadie podía hacerlo en la ciudad sin el permiso de Lysandra.

"*Voy a hablar con ella* —le dijo a la drugana".

Un minuto más tarde, los seis soldados aterrizaron formando un semicírculo ante los cuatro neutrales que habían acudido antes. Estos no se retiraron, pero relajaron su actitud. Lysandra descendió suavemente, planeando en círculos mientras no dejaba de mirar a los tres druganos, cada vez más desconcertada por lo que veía. Aterrizó entre los miembros del Martillo y plegó las alas.

"*Son blancas por completo* —dijo Ónice al guerrero".

Este asintió. Las alas de Lysandra carecían de los tonos plateados de las alas del guerrero.

"Tal vez haya una explicación".

Ni siquiera él se lo creyó. Miró a Lysandra a los ojos, estos sí eran plateados como los del guerrero.

"¿Crees que se ha teñido las alas? —le espetó la drugana—. *No me hagas reír. Llevo viendo estas alas cada día durante semanas, sé cómo son las alas de un drugano blanco y esas no lo son".*

Lysandra apoyó una mano en el hombro de dos de sus hombres y estos se hicieron a un lado para dejarla pasar. Avanzó con

la elegancia de un depredador que no teme a sus presas. Su armadura plateada tintineó suavemente, un sonido frío y acerado que pareció ahogar el latido mágico de las runas en aquella zona de la calle. Las intrincadas hojas de metal de sus hombreras parecían garras dispuestas a desgarrar cualquier atisbo de esperanza. El corpiño inmaculado que vestía bajo la coraza resaltaba la palidez casi marmórea de su piel, y su cabello, blanco como la escarcha, ondeaba con lentitud a pesar de que el viento había cesado por completo tras los altos muros de la ciudad.

—Vórian —pronunció su nombre. Su voz era melodiosa, cristalina, pero carente de cualquier atisbo de calidez. Sonaba como el hielo resquebrajándose bajo los pies. Miró al neutral a los ojos—. Siempre fuiste una pieza defectuosa en mi tablero. Hubiera jurado que el frío del yermo ya habría devorado tus huesos.

—Heindor no es tu tablero —espetó el neutral. A pesar de su tono desafiante, Sonthorn notó cómo el neutral cerraba sus puños con fuerza hasta que los nudillos se le pusieron blancos, luchando contra la opresión que la tirana parecía irradiar de forma natural.

Lysandra ni siquiera se inmutó ante la insolencia. Sus ojos plateados, idénticos a los del guerrero que tenía frente a ella, pasaron por alto a Vórian y se clavaron primero en la imponente figura de Ónice. La oscuridad que emanaba la drugana negra parecía chocar contra el aura gélida de la gobernante, creando una tensión casi palpable en el aire.

—Una drugana negra cruzando mis murallas —murmuró Lysandra con una leve sonrisa cargada de desdén—. Supongo que la escoria siempre encuentra la forma de colarse por las grietas.

—He entrado volando —replicó Ónice, alzando su espada enrojecida. Sus alas negras se agitaron, listas para el combate—. Puedo colar esto entre tus costillas, si lo deseas.

La sonrisa de Lysandra se ensanchó una fracción de segundo antes de desvanecerse por completo al posar su mirada, finalmente, en Sonthorn. Durante un largo instante, el silencio fue absoluto. El

Martillo se mantuvo inamovible, esperando una sola orden de su señora. Lysandra escrutó las majestuosas alas blancas y plateadas de Sonthorn, el fulgor cálido que desprendía y la postura pacífica pero firme del guerrero.

—¿Qué clase de espejismo es este? —preguntó, entrecerrando los ojos con auténtica curiosidad y una pizca de desconfianza—. No quedan miembros de mi estirpe. Mi linaje es el último, la cúspide que gobierna este refugio olvidado.

—Tú ni siquiera eres una drugana blanca —sentenció Sonthorn con voz calmada, pero lo suficientemente potente como para que el Martillo lo escuchara—. Un drugano blanco jamás usaría a su propio pueblo como un escudo, ni vaciaría sus mentes para convertirlos en esclavos. Nuestro deber fue siempre proteger, no someter.

"Ya has hablado con ella —dijo Ónice en su mente—. *Ahora, si no te importa, córtala en dos antes de que lance a todo su ejército contra nosotros".*

"Aún no. Necesito saber de dónde saca su poder y por qué sus ojos son como los míos —respondió él, manteniendo la vista fija en la tirana".

Lysandra soltó una carcajada seca, carente de humor. El sonido hizo que los civiles controlados mentalmente que aún quedaban en los márgenes de la calle dieran un paso atrás, encogiéndose de forma instintiva.

—¿Proteger? —repitió con sorna, ladeando la cabeza—. Qué concepto tan arcaico y patético. Yo no los esclavizo. Yo los salvo de su propia debilidad. El libre albedrío es un lujo que trae el caos y la destrucción y yo les ofrezco orden bajo mis alas. Si eso requiere que sacrifiquen sus vacías mentes para sostener Heindor, es un precio insignificante a pagar. —Señaló al guerrero con un dedo enguantado en plata—. Pero tú... tú eres un anacronismo. Un error que la historia olvidó corregir. Si realmente eres lo que aparentas, sométete. Entrégame esa luz plateada que irradias y te permitiré

gobernar a mi lado. Juntos podríamos hacer que Heindor devore el glaciar entero.

—¿Cómo? —preguntó Ónice, incrédula.

—Mi luz no te pertenece, Lysandra, y yo no pienso gobernar a nadie —respondió Sonthorn, dando un paso al frente y extendiendo sus alas por completo. El brillo plateado chocó contra la luz estéril de la líder—. Vengo a devolverles la voluntad que les has robado. Ríndete. Deja el mando. No tiene por qué haber ningún derramamiento de sangre hoy.

Los ojos de la tirana destellaron con una furia fría e insondable. La oferta de piedad de Sonthorn le había resultado más ofensiva que cualquier amenaza de muerte proferida por Ónice.

—Pobre iluso —susurró Lysandra—. El Martillo limpiará la calle con vuestros restos. Matad a la sombra y al traidor. Pero dejad vivo al impostor blanco; quiero darle la oportunidad de saber lo que puede hacer por mí.

Los guerreros de élite bajaron sus lanzas al unísono. El escudo de civiles que aguardaba en la retaguardia comenzó a avanzar de nuevo con un arrastrar de pies sordo y constante, cerrando la trampa.

"¿Te parece buena idea matarla ya o tampoco?"

CAPÍTULO 13

UN INFIERNO DE LLAMAS

Cerón concentró su energía en salvar a la joven ignorando el peligro que asumía ahora que habían encontrado a los Cazadores. Hasta donde él sabía, Melissa era la única capaz de mantener la ilusión que los protegiera a todos. Lo que eran capaces de hacer el resto, salvo Owen, no lo tenía claro.

Los cazadores se alejaron en todas direcciones, incluso Ronan dejó a Melissa en el suelo junto a Cerón, que dudaba qué hacer. La joven volvía a mostrar el saludable color rosado en la piel y supo que, al menos, no la perderían.

"¿Qué has hecho? —preguntó de nuevo Nefrén en su mente, esta vez más alterado. Comenzó a recorrer sus recuerdos aceleradamente—. *¡Por la Diosa!"*

"No tengo tiempo para esto. Más te vale ayudar en algo".

"Escapa de aquí. Eso será más útil que morir bajo su fuego".

"No se atreverán a usar su fuego".

"¿Por qué? Solo deben ascender para huir de los Tharbrins. Nos los pueden dejar todos para nosotros".

"Mierda".

Se agachó y recogió a la inconsciente mujer. Sin embargo, antes de decidir a dónde escapar con ella, comenzó a sentir la magia a su alrededor, una que ya había percibido en el Nido cuando Jéssica llegó furiosa para enfrentarse a Colin. Melissa desapareció de sus brazos sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

—¡Entra aquí! —gritó Owen desde el final de la estructura en la que tenía su oficina. Abbey se mantenía en pie por pura fuerza de voluntad, una figura de resistencia estoica al lado de Owen. Su postura delataba el dolor; el hombro caído y la mano sana apretando el brazo herido sobre su armadura, la misma mezcla pragmática de cuero endurecido y placas ligeras de metal oscuro, diseñadas para la movilidad y el frío. Una mueca de concentración tensaba su mandíbula pálida. Más de un mechón de pelo castaño claro se escapaba de una trenza práctica, pegado a su frente por el sudor frío del dolor.

Pero eran sus ojos los que dominaban la penumbra de la estructura metálica. Esos ojos azules, que antes mostraban el tono frío de un glaciar profundo, ahora resplandecían con una intensidad sobrenatural, con una luz interna que eclipsaba todo lo demás. No había miedo en esa mirada, solo un enfoque gélido y absoluto.

A pesar de la herida, su mano lesionada estaba firmemente plantada contra el metal que se congelaba a su alrededor, como si estuviera drenando el calor de la estructura misma. Bajo su palma, la pared no solo se enfriaba, sino que casi se transformaba. Un patrón de escarcha cristalina estallaba desde sus dedos, extendiéndose con un crujido audible, cubriendo el metal con un brillo helado que reflejaba la luz feroz de su mirada. El aire alrededor de ella bajó de temperatura al instante y su aliento se volvió visible en una nube de vaho. El dolor podía doblegar su cuerpo, pero no su poder. Incluso herida, Abbey seguía siendo el epicentro de una tormenta que congelaba el mundo a su paso.

—¡Hay que llevarse a Thorgum! —gritó señalando a la mole, pero esta se desvanecía en el aire a su vez.

—¡Corre, extranjero!

Owen le recordó que en aquel lugar, no era quién para dudar de nada de lo que ocurría con solo aquella palabra. Cerón masculló un improperio y corrió hacia el líder de los Cazadores. Sobre él, en la distancia, los dragones habían trazado su propio plan de batalla y plegaban las alas iniciando el descenso.

Cerón llegó a la entrada y Owen lo agarró de la camisa lanzándolo al interior. Tiró de una palanca y la entrada se cerró con fuerza. Abbey apoyó la otra mano en ella y se concentró en impregnar su magia en la estructura.

—Son seis, nos derretirán si no lo das todo —dijo el líder.

—No lo soportaré yo sola, jamás hemos pasado de dos —aseguró la mujer. No había duda o miedo en sus ojos azules, solo determinación. Ella informaba a su líder, él decidía como siempre había hecho, lo que los había mantenido con vida hasta aquel momento. Cuánto más, era algo imposible de asegurar.

—Traeré a Liora.

—Si la traes, Darius perderá el control.

—Lo sé.

Cerón no entendía nada de sus palabras, pero comprendía que la balanza entre el riesgo controlado y las decisiones desesperadas se estaba girando peligrosamente. Pero no podía decidir, porque en realidad no podía hacer nada por su cuenta sin que fuera un estorbo. Lo único que podía hacer en aquel momento era ponerse a su disposición y desear que Owen fuera el líder que parecía ser.

—Dime qué hacer.

—Obedecer y sobrevivir. Sígueme.

Owen corrió al interior hasta el despacho. En la primera estancia se encontraron a Thorgum y a Rhogar echando un pulso sobre la mesa. Si no podían pelear con violencia, bien podían usar su tiempo en medir su fuerza. Ambos se agarraban a la mesa con la mano contraria, que comenzaba a doblarse ante su fuerza.

Cerón puso los ojos en blanco.

—Preparaos los dos. Hay seis dragones negros que matar. —Thorgum se retiró del pulso y asintió.

—Mis armas están en el armadillo dos, señor.

—Lo sé. Te las conseguiré. ¿Crees que él estará a la altura del desafío? —preguntó señalando a Rhogar que ya se estaba poniendo en pie para retarlo ante su osadía. Thorgum apoyó su enorme manaza en su hombro y lo empujó contra la pared con violencia.

—Estará a la altura.

—Con eso me vale. Estad atentos, tras el infierno será vuestro turno. Quiero dos cabezas en el suelo antes de que se den cuenta de qué ha ocurrido.

—Las tendrás —aseguró Rhogar.

Owen asintió conforme.

—Explícale qué tenemos y… ¿dónde está Elyndra?

—Aquí. —Una sutil y reducida voz llegó desde la siguiente habitación.

No hubo ruido de pasos, solo una ráfaga de aire repentina que agitó las capas de los presentes. Un instante después, Elyndra estaba encaramada sobre el hombro masivo de Thorgum como si fuera el lugar más natural del mundo.

El contraste visual era casi ridículo. Si Thorgum era una montaña de músculos inamovible, Elyndra era un colibrí de puro nervio. Era menuda, tan pequeña que parecía que una mano del bárbaro pesaba más que ella entera. Su rostro, salpicado de incontables

pecas y enmarcado por una revuelta melena rojo caoba, estaba dominado por una sonrisa amplia y risueña, casi traviesa. Sus ojos grandes, de un gris mercurio brillante, chispeaban con una energía incapaz de mantenerla quieta. Iba ligera de armadura, puro cuero y correas, lista para desvanecerse en un borrón.

—Ve al armadillo cuatro, trae ropa para ellos —dijo señalándolos.

—Prefiero luchar así —afirmó Rhogar.

—Yo prefiero no verte así. Y tu piel no soporta el fuego, aún no eres un dragón.

Rhogar refunfuñó, pero aceptó.

—Yo prefiero verlo así —aseguró Abbey tras él, que avanzaba aportando más hielo a la estructura. Cerón cayó en la cuenta entonces del frío que comenzaba a hacer allí dentro.

—Maneja el frío ahora, ya tendrás tiempo para el calor —le espetó. Abbey asintió y continuó protegiéndolos a todos.

—Toma —dijo Elyndra entregándole una bolsa de cuero llena de ropa al mago. Desapareció y regresó con otra para Rhogar. Cerón miró incrédulo sus manos. No era capaz de imaginar por dónde había salido del armadillo.

—Sígueme y vístete —ordenó Owen entrando en su despacho saltando a través de la abertura con habilidad.

Cerón tuvo que detenerse para poder cruzar. Al girarse vio a Rhogar cambiándose ante la atenta mirada de Abbey. Elyndra corría de un lado a otro sobre cuerpo de Thorgum sin que este pudiera alcanzarla, ambos con una sonrisa sincera en los labios. La vista del gigante sentado en el suelo ocupando la mitad de la estancia desubicó su mente.

Por suerte tenía otros asuntos en los que centrarse. Terminó de cruzar y se encontró a Owen ante un hombre desconocido todavía. A diferencia de la vitalidad letal de los otros Cazadores, aquel hombre parecía haber sido tallado en madera vieja y dejada a la intemperie

durante décadas. No era un anciano, pero en aquel mundo lleno de muerte, sus cincuenta años pesaban como siglos. Estaba apoyado contra la mesa del mapa con una rigidez dolorosa, sosteniendo su peso sobre una vara de metal que usaba como bastón.

Su rostro estaba curtido hasta parecer cuero seco, surcado por arrugas profundas que no nacían de la edad, sino de una tensión perpetua y del viento helado. Una barba corta, áspera y grisácea le cubría la mandíbula, dándole un aspecto descuidado, casi salvaje, como si hubiera olvidado cómo cuidarse a sí mismo hacía mucho tiempo.

Pero fueron sus ojos los que atraparon a Cerón. Eran de un marrón turbio, oscuros y hundidos, carentes del brillo agresivo de Owen o la locura de magia de Melissa. Eran ojos que habían visto morir a todos a su alrededor y que miraban el mundo con una pesadez abrumadora, una gravedad propia que parecía arrastrar el ánimo de quien lo contemplara hacia el mismo suelo.

Su armadura era una reliquia: piezas de cuero de diferentes tonos, remendadas una y otra vez, cubiertas por un chaleco lleno de bolsillos, cables de metal y extraños artilugios mecánicos que tintineaban con suavidad al moverse. Sin embargo, el detalle más inquietante descansaba sobre su pecho, colgado de una cadena de hierro oxidado: una escama de dragón negra, partida violentamente por la mitad, exhibida no como un trofeo, sino como una penitencia.

—Terra… —dijo Owen con una inclinación de cabeza.

—Seis, Owen, jamás nos hemos enfrentado a esto —respondió el anciano.

—Trae a Liora ya —ordenó al instante.

Los ojos de Terra centellearon al instante. Tal vez Owen fuera mucho más joven que él, cualquiera era más joven que él, pero tenía el liderazgo en su sangre. Él, a aquellas alturas, solo tenía el recuerdo.

Una nueva figura se materializó en la estructura, trayendo consigo una tensión palpable, un tipo de calor nervioso que nada tenía que ver con la temperatura. Era una mujer de presencia sólida, muy diferente a la esbeltez letal de Melissa o la fibrosa resistencia de Abbey. Liora poseía una figura con curvas, una construcción generosa que desafiaba la austeridad habitual de los Cazadores. Su armadura de cuero y metal estaba adaptada a un busto prominente.

Una gruesa trenza de cabello rubio dorado le caía pesadamente sobre un hombro. Sin embargo, toda la atención se desviaba inevitablemente hacia sus ojos: dos orbes de color naranja intenso, brillando con la luz inquieta de las ascuas cuando se remueven en una hoguera a punto de estallar.

Liora no miró a Terra, ni siquiera pareció registrar la presencia de Cerón. Su atención estaba clavada con una intensidad casi dolorosa en un punto específico ajeno a aquella estancia. Había una preocupación perpetua grabada a fuego en las líneas alrededor de su boca y en su frente fruncida. Sus manos, enguantadas en cuero grueso, no descansaban; estaban en tensión a sus costados, a medio camino de levantarse, los dedos flexionándose ligeramente como si estuvieran listos para agarrar, para sofocar o contener algo invisible. Era la imagen viva de la vigilancia agotadora, la guardiana que sabe que nunca puede permitirse el lujo de parpadear.

—Llévame de vuelta —pidió a Owen.

—Son seis, Liora. Ayuda a Abbey a protegernos.

—Joder.

La mujer se alejó hacia el interior y saltó con agilidad por la puerta de metal. Solo desvió la mirada un instante hacia Cerón y siguió su camino. Ella tampoco decidía, Owen sabía perfectamente lo que pasaría si dejaba a Darius libre.

—Los cadetes, Owen —continuó el hombre de ojos marrones que tenía la habilidad de transportación—. Aún son buscadores.

—Bram está con ellos. Abbey le ha enseñado bien y nosotros llamaremos su atención. —Miró a Cerón—. Cámbiate de una maldita vez —ordenó y se volvió hacia Terra—. Él es el mago que vieron Cassius y Raanee. Él es Terra.

Cerón comenzó a desvestirse mientras escuchaba, sorprendido de que aquel hombre no supiese quién era a aquellas alturas. ¿Acaso no sabía que se había detenido su viaje para emboscarle? Terra agarró a Owen por el brazo.

—Sabes tan bien como yo que no sobrevivirán mientras sean buscadores.

—Y tú tan bien como ellos que morir es uno de los dos únicos caminos.

Owen se desasió de él y salió de sala. El frío era tangible.

—¡Melissa!

Todas las manos señalaron en una dirección.

—Estoy aquí.

La joven volvió a hacerse visible. Al parecer, Cerón era el único que no sabía dónde se encontraba en cada momento.

—Avisa a los buscadores. Que se encierren en el hielo, los iremos a buscar. Estarán más protegidos allí.

—No quieren protección, quieren luchar —aseguró Thorgum. Si alguien sabía sobre ganas de luchar, ese era él. Y Rhogar.

—Tendrán tiempo, son seis malditos dragones, no estamos preparados para esto.

Cerón comenzó a subirse los pantalones y se encontró de pronto a la pequeña Elyndra a medio palmo de su cintura. Retrocedió de un salto y a punto estuvo de caerse. Unas manos pequeñas y suaves frenaron su retroceso. Miró tras él sin encontrar a nadie. Miró hacia delante y la mujer de ojos grises seguía a medio palmo de su cadera

desnuda. La joven miraba con interés la… incapacidad del mago para terminar de vestirse.

—Hola —dijo risueña—. ¿Te ayudo?

—No, yo puedo…

Antes de darse cuenta, estaba completamente vestido, con cada cincha correctamente colocada en su armadura ligera. Sacudió la cabeza cuando un atroz mareo lo asaltó. Terra lo sujetó por los hombros y lo hizo apoyarse en la helada pared de metal.

—Elyndra no es demasiado respetuosa con la intimidad —aseguró el hombre de ojos marrones—. Siempre tiene prisa.

—Podemos seguir esto más tarde, si quieres —se ofreció la joven. Antes de darse cuenta de nuevo, Cerón tenía los pantalones en el suelo.

—¡Basta! —ordenó Owen desde la puerta—. Elyndra, tengo trabajo para ti.

Los pantalones volvieron a su lugar estratégico y Elyndra desapareció entre risas.

—Por los Dioses Desaparecidos —murmuró incrédulo.

—Te acostumbrarás, si es que salimos vivos de esta —aseguró Terra.

Cerón llegó a duras penas hasta la abertura entre las dos estancias. No faltaba nadie allí dentro, al menos que él conociera, aunque había varios desconocidos y un tal Darius que debía de ser problemático. Sin embargo, por lo que entendió ese hombre no estaba allí.

—¿Por qué tardan tanto? —preguntó Abbey. Apoyaba las dos manos en la pared de metal que ahora mostraba un palmo de hielo.

—Elyndra, averiguado. —La pequeña desapareció sin que Cerón pudiera seguirla con la mirada. ¿A dónde iba a ir si todo estaba

encerrado en metal y hielo?—. Melissa, esconde el armadillo cinco. ¿Qué has visto?

La ojos grises regresó sin resuello.

—Mala pinta.

—Eso no es el qué.

—Aún vuelan.

—Temen una trampa —aseguró Terra—. Lo han hecho antes.

—No los negros. —Owen se rascó la barba—. Nunca han razonado, nunca han ido en grupos tan grandes. ¿Qué narices ocurre aquí? —preguntó mirando a Cerón tras él. El mago negó con la cabeza.

—Solo los he visto una vez y fue enfrentándose a los dragones del Nido.

—Me buscan a mí —aseguró Rhogar al lado de Thorgum. La ropa le quedaba mucho mejor que a Cerón, parecía haber nacido para vestirla.

—¿Cómo que te buscan a ti? —preguntó Owen. Todas las miradas se volvieron hacia él—. Y ¿por qué?

—Maté a uno de ellos hace un día. —Se encogió de hombros—. ¿Venganza?

—Lo dudo.

—¿Mataste a uno tú solo? —preguntó Thorgum con respeto—. ¿Con la manos?

—Con los dientes.

—Me gusta —dijo Elyndra.

—¡Basta todos! ¡Maldita sea, tenemos media docena de dragones sobre nosotros! ¡Concentraos de una vez!

La habitación se enfrió más rápido que con la magia de Abbey. Owen se rascó la barbilla y comenzó a caminar en círculos.

—Esto me huele mal —murmuró Terra a Cerón—. Cuando camina así está explorando estrategias que no suelen ser seguras.

Owen gesticuló mientras murmuraba apartando ideas y dejando paso a las locuras. Finalmente, se detuvo y miró hacia el techo.

—Se han decidido.

"¿A qué? —se preguntó Cerón".

No necesitó preguntarlo. El impacto de seis monstruosas criaturas a la vez contra el suelo hizo vibrar la estructura por completo desequilibrándolos a todos. Se agarraron a lo que tenían más cerca, salvo Elyndra que apareció al lado de Cerón y se abrazó a su cintura con fuerza.

—Yo te protejo —le dijo con dulzura.

—Liora, conmigo. Tengo que controlar las llamas y no podré solo. —La mujer de ojos naranjas llegó hasta él—. Bienvenidos al infierno.

—¡Abbey no aguantará! —le recordó la mujer de ojos naranjas. Su brillo desapareció por un instante y regresó en cuanto cambió de objetivo. Cerón desconocía qué era capaz de hacer exactamente, pero entendió que tenía que ver con las habilidades de sus compañeros.

Un segundo después escucharon el silbido del fuego emanando de las fauces de los dragones desde todas direcciones decididos a derretir aquella estructura en la que se escondían. Las llamas impactaron en todas direcciones produciendo un ruido atronador acompañado del siseo del hielo derritiéndose a toda velocidad.

—¡Si esto se llena de Tharbrins estamos muertos!

—Él puede matarlos —apuntó Melissa y todos menos Owen volvieron sus ojos hacia Cerón, de pie ante la abertura que era la puerta, con Elyndra abrazada a su cintura con fuerza. Incluso esta

alzó la vista hacia sus ojos con la suficiente torpeza como para que su cabeza se arrastrase por la unión de sus muslos.

El hielo comenzó a derretirse en la paredes de metal y pronto el suelo se cubrió de un dedo de agua. El frío anterior se disipaba más rápido de lo que Abbey lo podía crear.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Ronan.

—No es tan sencillo. Necesito un dragón real para poder hacerlo, pero puedo —se explicó Cerón mientras apartaba a Elyndra de su entrepierna.

—Elyndra, basta —le ordenó Liora—. No es momento para eso.

—Pues ya me dirás qué momento hay mejor si vamos a morir todos aquí —dijo la joven encogiéndose de hombros. Sin embargo, dejó a Cerón respirar de nuevo.

—No vamos a morir aquí —aseguró Owen tocando la pared de hielo. Esta se debilitaba rápidamente—. No tienen más de tres intentos. —Sus ojos brillaban con una intensidad tal que transformaba la oscuridad del habitáculo en día—. Solo debemos aguantar.

—Solo tenemos una canalizadora —apuntó Terra tras él.

—Puedo ayudar —se ofreció Cerón.

—No.

"Llegará el momento —aseguró Nefrén en su cabeza—. *Paciencia, mago".*

Las llamas se detuvieron mientras volvían a prepararse para una nueva oleada infernal. Liora cambió su objetivo y ayudó a Abbey a recrear el hielo durante aquel lapso. Tal vez aquella rápida ayuda podía ser lo que cambiara el curso de la batalla. Cuando cesó el sonido de aspiración de los dragones, volvió a abandonar a la mujer de ojos azules para regresar con Owen. El infierno de llamas se

desató de nuevo contra ellos impactando con la misma intensidad brutal.

Cerón negó con la cabeza, frustrado. Podía hacer mucho por ellos, solo con una runa podía congelar todo aquel lugar. Los dragones no podrían derretirlo en días.

"Piensa, humano, maldita sea. Owen sabe lo que hace".

"Puedo hacer mucho con mi magia, no sabe de lo que soy capaz".

"O porque lo sabe te deja al margen —le espetó el drugano negro—. *Te ha medido y ha pesado tu magia desde que te vio. ¿Crees que él no es capaz de saber lo que puedes hacer? Si usas tus runas para enfriar este lugar los congelarás a todos. Si usas el fuego para derretirlo, los abrasarás. Ten tus manos quietas".*

"Pero no mi lengua".

"Con eso haz lo que quieras".

Cerón apoyó una mano en el hielo y pronunció un hechizo de frío. Alrededor de ella comenzó a bajar la temperatura, eso sí, a duras penas. Desde luego no era suficiente para equilibrar a los dragones, pero sería útil. Abrió la compuerta de su fuerza controlando el hechizo. No sabía qué era aquella cosa y no tenía ni la más remota idea de los planes de Owen, por lo que asumió que controlar sería más útil que revertir.

Miró hacia el grupo y encontró a Abbey devolviéndole la mirada. Hizo un gesto hacia él con la cabeza y Owen lo observó a su vez.

—Está ayudando, pero nada más —aseguró la mujer.

—Maldita sea. —Owen avanzó hacia él—. No hagas nada.

—¿Por qué no?

—Porque los quiero confiados. —Sus ojos brillaron y la magia de Cerón se esfumó junto a la presencia de Nefrén—. O te estás quieto

o no podremos ganar. Has venido a pedir ayuda, ¿no? Pues confía en nosotros. Sabemos perfectamente lo que hacemos.

—Owen… —murmuró Terra tras él, sin duda debatiendo su definición de "sabemos perfectamente lo que hacemos".

El líder levantó una mano hacia él reclamando silencio.

—Tengo un plan —aseguró el líder.

—Venga ya.

—No puede ser.

—Estamos muertos…

—¡Silencio! —se impuso Owen sobre todas sus quejas. Si no hubiese sido un momento tan tenso, Cerón se habría reído ante sus reacciones—. Tres oleadas, nada más. Aguantamos y los matamos. Tenemos tres buscadores que completar, haced que me sienta orgulloso.

Sus rostros se endurecieron ante un hecho que Cerón desconocía por completo, pero que debía de ser terriblemente importante para ellos. Tras él, Terra sujetó con fuerza el colgante de la media escama que portaba con dolor. Se hizo el silencio y solo el sonido de las llamas abrasando al estructura llenó el ambiente. Owen apoyó la mano en la pared de metal, casi descubierta de hielo. Lo rascó con una uña y este se desprendió. Chasqueó la lengua, incómodo.

—Melissa, avisa a Darius de que será su turno.

—Owen… ¿estás seguro de…?

—Más o menos, sí. Dejemos que se divierta por una vez.

—Está bien. —Sus ojos brillaron violetas por un instante. Liora respiró hondo y suspiró. Tragó saliva a duras penas. Nadie mejor que ella sabía lo que significaba aquello.

—Terra, prepárate para enviar a Thorgum y a Rhogar al armadillo de las armas. Liora, te quedas conmigo, subiremos al escorpión, Melissa nos esconderá. Apacigua a esos monstruos todo lo que

puedas mientras Darius se controle. Después, ignóralos y céntrate en él.

—A la orden.

—Elyndra, distrae a esas cosas. Serán cinco y nosotros doce, no podemos ir de frente.

—Yo he visto seis —dijo risueña la joven. Ladeó la cabeza.

—Serán cinco, te lo prometo.

El infierno de llamas cesó por completo y Liora volvió a concentrarse en ayudar a Abbey a refrescar el metal. El calor comenzaba a ser asfixiante para Cerón. Se ajustó el cuello del peto de cuero y placas de metal para respirar mejor. Owen lo observó y chasqueó la lengua. Dejó libre la magia del mago y Nefrén regresó.

—Mantente vivo con tu magia, pero nada más. Aquí va a hacer mucho calor, pero es la única manera que veo.

Cerón comenzó a pronunciar hechizos de frío sobre sí mismo canalizando la magia protectora sobre él. Abrió la compuerta de la misma y su energía se drenó mientras recuperaba el aliento. Controló la energía aportada y esperó para abrirla del todo.

"Parece que sabe lo que hace —dijo el drugano de su cabeza".

"Son tan… únicos… todos ellos juntos forman un equipo increíble".

"No creo que salgan todos con vida —profetizó Nefrén—. *Pero creo que lo saben y lo asumen".*

Las llamas impactaron de nuevo contra la estructura con ferocidad. Liora se concentró en Owen de nuevo dejando sola a Abbey, que pronto no fue capaz de mantener a raya el calor. El metal comenzó a cambiar de color rápidamente hacia el naranja y se vio obligada a apartar la mano de él para no quemarse. Siguió luchando en la distancia hasta que Owen negó con la cabeza.

—Déjalo y prepárate. Preparaos todos. Terra, arriba con Liora y conmigo. —El aire subió de temperatura rápidamente. El agua del suelo comenzó a bullir sobre sus pies. Ninguno pareció notarlo salvo Rhogar y Cerón. El Calán se subió a la mesa y Cerón abrió la compuerta de su energía por completo.

El aire vibró mientras se llenaba de vapor, las paredes comenzaron a volverse maleables, casi derritiéndose ante ellos. El calor era imposible de soportar.

—¡Owen! —gritó Melissa.

—¡Aguantad! —los animó a todos.

—¡Lo que no aguantará es el armadillo! —apuntó Ronan.

—¡Tiene que hacerlo!

El agua del suelo se evaporó por completo e incluso la mesa cedió bajo el peso de Rhogar que la deformó por completo haciéndolo caer contra el suelo abrasador. Gritó de dolor mientras sus manos y pies se quemaban. Ronan se giró hacia él y comenzó a curarlo con su magia.

—Esto me recuerda al Fogón —dijo Thorgum con una carcajada.

—¡Aguantad la respiración! —gritó Owen sobre su risa y todos obedecieron.

Cerón hizo lo mismo. Hacía varios segundos que era incapaz de enviar más energía para enfriar su cuerpo y ahora sufría casi tanto como el resto de los Cazadores. Estos estaban de pie mirando en todas direcciones, preparados para entrar en acción.

Diez segundos, quince, veinte… Cerón podía escuchar su propio corazón latiendo salvaje en su pecho.

Treinta, cuarenta…

Y el sonido cesó. Las llamas dejaron de volcar su furia abrasadora sobre ellos. Todo a su alrededor era rojo y dúctil, pero el armadillo había aguantado.

Owen se llevó la mano a los labios pidiendo silencio entre la nube de vapor. Señaló a Abbey y al grupo. La mujer se concentró en crear una pequeño espacio más frío y uno tras otro respiraron una bocanada de aire en una estrategia preparada de antemano. Hizo señas a Cerón y a Rhogar para imitarlos y levantó dos dedos. Ambos asintieron y uno tras otro dieron dos bocanadas de aire fresco a costa de la fuerza de Abbey.

Entonces el armadillo comenzó a sacudirse golpeado por uno de los dragones. Un golpe, dos, tres y silencio. Owen sonrió y se acercó a una palanca escondida en el techo tras una trampilla. La sujetó con la mano a pesar de su temperatura y esperó.

Lo siguiente que escucharon fue el metal siendo pisado por uno de los dragones negros. Este se había alzado sobre el armadillo y buscaba la forma de acceder a él. Sus garras se hundieron en el techo y, cuando la primera de ellas asomó sobre él, Owen tiró de la palanca con fuerza.

Y no ocurrió nada, la manivela no se movió ni un ápice. Tiró con más fuerza mientras una nueva garra aparecía al lado de la primera tras el terrible estrépito del metal desgarrándose. Sujetó la palanca con las dos manos y tiró de ella sin respuesta.

Una tercera garra se clavó en uno de los laterales. Thorgum se puso de pie, si bien quedó doblado por las caderas, la verticalidad allí dentro estaba restringida para él.

—¡Thorgum! —gritó Owen.

El gigante alargó el brazo hacia la palanca y tiró de ella con fuerza. Esta siguió el movimiento de su brazo incapaz de resistirse. Un estruendo sacudió el armadillo a continuación. Las paredes se abrieron, el aire volvió a circular y al fin pudieron ver a los dragones negros a su alrededor.

Un latigazo y una docena de silbidos recorrieron el aire a continuación. Antes de que Cerón pudiera ver qué ocurría, el dragón sobre la estructura había sido ensartado por dos lanzas, una de ellas

en el cuello y otra en el pecho. Se derrumbó sobre el techo entreabierto y se desangró sobre todos ellos.

—¡Ahora! —gritó Owen.

Elyndra desapareció en el aire. Cerón escuchó sus gritos de burla desde el otro lado del campamento, tras los dragones. Melissa hizo su trabajo y tanto ella como Owen, Liora y Terra se volvieron invisibles para el mago. Ronan y Abbey se alejaron corriendo por la pared abierta al fondo y Rhogar y Thorgum no supieron o pudieron esperar instrucciones. Cada uno de ellos agarró una de las grotescas lanzas de metal clavadas en el dragón agonizante y las arrancaron de su cuerpo. Se abrieron paso a través de las placas de metal entreabiertas y saltaron a la batalla.

—¡Muévete, extranjero! —gritó Owen desde su invisibilidad.

Cerón salió corriendo tras Abbey. Al llegar al exterior vio a Rhogar atacando con su lanza a un dragón, que saltó hacia un lado e impidió que lo ensartara, pero no pudo evitar que esta se clavara en su ala. Si había sido voluntario o no, tendría que preguntárselo después cuando todo hubiese acabado y solo si salían vivos de allí.

El dragón rugió de dolor y se lanzó hacia Rhogar mientras otros dos se posicionaban tras él y un cuarto se lanzaba al aire persiguiendo a Elyndra, que se detenía intermitentemente para que pudiera verla y no se diera la vuelta. El quinto de ellos enfrentaba a Abbey y a Ronan directamente en la salida del armadillo.

—Hiérelo —pidió Ronan a su compañera.

Abbey creó una lanza de hielo bajo el pecho del dragón que ascendió como si fuera un rayo. Esta se estrelló contra su abdomen sin resultado.

—¡Demasiado lejos! —gritó la Cazadora.

Cerón lo comprendió, aquella lanza de hielo era demasiado débil para atravesar la coraza de escamas del dragón tan lejos de un lugar

de soporte. Su hechizo era fuerte en el suelo, pero en cuanto se alejaba de una superficie firme, perdía consistencia.

—¡Otra vez! —gritó Cerón que tenía la solución. Abbey obedeció por inercia, acostumbrada tras incontables luchas en equipo.

El mago pronunció el hechizo que alteraba la gravedad y aplastó al dragón contra el suelo. Sus alas se apoyaron por completo y su cabeza y cuerpo se doblaron mientras trataba de alzarse de nuevo. La lanza de hielo se clavó en su abdomen y el dragón soltó un rugido de rabia y dolor que llamó la atención de sus compañeros. Uno de los que rodeaba a Rhogar se dirigió hacia allí de un salto.

La rabia le dio fuerzas al dragón que logró alzarse de nuevo a pesar de la intensa gravedad que Cerón proyectaba sobre él dejando a la vista la herida que habían logrado abrir bajo su vientre.

Cerón escuchó un latigazo y un silbido tras él. Una lanza se materializó en el aire en cuanto Melissa fue incapaz de ocultarla más. La lanza se dirigió al dragón, que saltó hacia un lado para esquivarla, pero para su sorpresa y la de Cerón, la lanza de metal cambió de dirección en el aire y se estrelló contra el único espacio sin escamas adentrándose en su cuerpo al menos dos metros.

El dragón rugió herido de muerte, pero no se iba a ir solo. Saltó hacia aquellos despreciables humanos y lanzó sus fauces contra ellos. La Oscuridad no lo encontraría a él solo.

CAPÍTULO 14

UNA PISTA ARDIENTE

—¡Alejaos! —gritó Abbey.

Ronan y Cerón se hicieron a un lado, pero su objetivo era Abbey. La Cazadora creó un muro de hielo ante ella que el dragón trató de trepar con desesperación sabiendo que el tiempo se le acababa. Los ojos de Ronan brillaron y de la herida de la bestia comenzó a manar una sustancia negra y burbujeante.

—¡El otro! —gritó Cerón señalando al nuevo dragón, demasiado vivo para pasarlo por alto.

Una afilada lanza de hielo apareció ante él y lo hizo detenerse. Cerón miró a Abbey, pero ella no parecía ser la responsable, estaba demasiado ocupada rehaciendo el mundo de hielo que el dragón destruía con garras y dientes. Por suerte, cada vez más despacio.

—Refuerzos —dijeron tres nuevas figuras materializándose ante el dragón.

Uno de ellos parecía ser el responsable del hielo a juzgar por su postura. Eran dos hombres y una mujer aquellos refuerzos que se enfrentaban al dragón.

—¡Este será nuestra escama! —gritó la mujer. Esta miró a Cerón con unos ojos rojos como el fuego. Era la mujer que le había amenazado con su daga al encontrarlos.

—¡Todo vuestro, Freya! —los autorizó Owen desde la distancia. Un nuevo latigazo y un silbido precedió a una lanza que cruzó el aire en dirección a los dragones con los que Rhogar y Thorgum luchaban. Cerón no supo cómo, pero ambos tenían unas mazas de metal enormes, sobre todo la de Thorgum, que debía de medir más de tres metros.

La lanza golpeó a uno de los dragones en el cuello, pero este soportó el impacto. Rugió de furia y saltó hacia el cielo donde ascendió ladeado como si estuviera desorientado por completo. El mago imaginó que Melissa sería la causa de su deriva, más aún cuando una nueva saeta voló hacia él. El dragón plegó las alas en el momento en que escuchó el chasquido del latigazo y se apartó de su trayectoria. Ya habían comprendido lo que eran aquellos sonidos y eran capaces de prepararse para ellos.

Thorgum aplastó la pata trasera de su rival con la maza, algo de lo que sus escamas serían incapaces de protegerlo de ninguna manera. El dragón rugió y saltó al aire.

—¡Cobarde! —gritó el gigante que no perdió tiempo y se dirigió hacia el rival de Rhogar.

Una nueva saeta cruzó el aire en dirección al dragón que controlaban los tres nuevos refuerzos. Sin embargo, esta vez el dragón agarró la misma con una garra y la rompió con los dientes. Cerón se fijó en él, era más grande que el resto, mucho más en realidad. Sus movimientos eran más rápidos, más precisos, no parecía dejarse llevar por la rabia asesina que caracterizaba a sus congéneres negros.

"*¡Haz algo!* —gritó Nefrén en su cabeza".

Ante él, el dragón negro caía tras la barrera de hielo incapaz de sostenerse en pie. A través de ella, el mago observó un charco del

líquido oscuro y burbujeante en el suelo. El dragón fue incapaz de sostenerse y apoyó la cabeza en el suelo tratando de respirar.

—¡Thorgum! —gritó Ronan.

El gigante dejó la batalla contra el dragón a Rhogar y corrió hacia ellos. Desapareció y reapareció en el aire saltando sobre el dragón caído con la enorme maza sobre su cabeza preparado para darle un golpe mortal. Descargó el arma y la maza aplastó el cráneo de la criatura llenándolo por completo de sangre. La maza se hundió más de un metro con un brutal sonido de huesos rotos y órganos aplastados.

El gigante rugió de orgullo al saborear la sangre de su víctima sobre su cuerpo. Arrancó el arma de su cabeza y corrió a buscar nuevos objetivos. Dos habían caído, dos habían alzado el vuelo, otro se enfrentaba a Rhogar y uno más a los llamados Buscadores. Cerón ignoró el cadáver y siguió a Abbey que corría hacia Rhogar junto a Ronan. Rodearon el dragón de los buscadores, que los miró solo durante un segundo. Acomodó su cuerpo para no ser cogido por la espalda y enfrentó a los tres con una expresión de inteligencia que no le gustó en absoluto a Cerón.

El mago cruzó una mirada con ellos y descubrió miedo y orgullo en sus ojos. No se sorprendió de que uno de los chicos, porque casi no se podía decir que fueran hombres todavía, tenía los ojos azules. Él controlaba el hielo que había impedido avanzar al dragón antes. Su compañero tenía los ojos violetas, lo que explicaba su aparición repentina. Un estallido de calor seco le golpeó la cara y le hizo cubrirse con su antebrazo. Incrédulo, descubrió que provenía de la mujer de ojos rojos que le daba la espalda.

Freya se lanzó al ataque con una temeridad que solo poseen aquellos que nunca han visto morir a un compañero. Sus ojos, dos rubíes incandescentes rojos como la sangre fresca, brillaban con una intensidad febril. A diferencia de los veteranos, su armadura de cuero estaba impoluta, sin rasguños ni remiendos, y lo más doloroso para ella, sin ninguna escama que colgase de su cuello.

Su cabello, de un castaño rico y profundo, estaba domado en una trenza práctica que restallaba como un látigo contra su espalda con cada zancada. Su rostro, aunque joven y sin las marcas de los años en la tundra, era una máscara de agresividad pura. Una determinación feroz y casi arrogante tensaba cada uno de sus músculos mientras fijaba su objetivo.

—¡Flanquead! ¡Ahora! —ordenó la joven.

Mientras corría, Freya desenvainó dos espadas cortas. El metal no brillaba con el gris del acero, sino que enrojecía por momentos en respuesta a la magia de sus ojos, dejando una estela de vapor en el aire gélido tras ella.

A su izquierda, el hombre que había creado la lanza de hielo, un joven de mandíbula cuadrada y ojos azules determinados, deslizó sus manos por el suelo, creando un camino de escarcha con el que ganar velocidad. Saltó sobre él y se deslizó hacia las patas traseras de la bestia.

El tercer miembro, un chico delgado de movimientos nerviosos y ojos violetas como Melissa se quedó atrás, llevándose las manos a las sienes, intentando proyectar confusión en la mente de un dragón que parecía demasiado lúcido para caer en aquellos trucos de principiante.

El dragón negro, enorme y más astuto que el resto, ni siquiera rugió. Simplemente giró su cuello con una velocidad viperina, ignorando el calor de las espadas de Freya, y barrió el suelo con la cola justo por donde Bram se deslizaba, calculando su trayectoria con una precisión matemática.

El joven de ojos azules vio venir la amenaza y se tiró al suelo esquivándola por pocos centímetros. Se desequilibró y rodó saliendo de su camino de hielo. Freya saltó hacia el lomo contrario del dragón y clavó ambas espadas profundamente. La bestia rugió y se giró tratando de agarrar a la insolente chica de ojos rojos. Sin embargo, sus garras se cerraron en el aire a más de un metro de distancia. Freya continuó apuñalando una y otra vez al dragón con una de las

dos espadas, mientras con la otra se colgaba de su lomo. El dragón volvió a cerrar la garra en el aire aún más lejos de Freya.

Rugió de rabia y giró la cabeza hacia el hombre de ojos violetas que luchaba por dominar la mente del dragón distorsionando la realidad para él. El dragón rugió hacia él y sus ojos destellaron por un momento de color violeta. El Cazador gritó de dolor y se desmayó al instante.

Cerón se detuvo en su carrera para ayudar a Rhogar. ¿Debería ayudarlos o no? No tuvo que pensarlo, sus piernas actuaron antes que él. Corrió de nuevo hacia el joven.

Liberado de la ilusión de su mente, el dragón localizó a Freya. Esta comprendió rápidamente que había perdido su escasa defensa y soltó las armas. Cayó al suelo y echó a correr alejándose de él. Pero el dragón no le iba a permitir marchar tan rápido. Lanzó una dentellada hacia ella y sus fauces se cerraron sobre un muro de hielo apresurado.

—¡Corre! —gritó el hombre de ojos azules.

Freya no necesitó que se lo recordaran cuando el carámbano de hielo estalló entre los dientes del dragón. Trató de dar un paso hacia ella que corría tan rápido como podía y cayó hacia delante al perder el apoyo de una de sus patas. Giró la cabeza rápidamente y vio que su pata se había congelado en el suelo. La miró con rabia y sus ojos brillaron rojos por un instante. El hielo se derritió rápidamente y volvió a correr tras la mujer.

"¿Qué está pasando aquí? —se preguntó Cerón cuando llegó hasta el joven inconsciente—. *Esa no es su habilidad. ¿Cómo demonios lo ha hecho?"*

Lanzó un hechizo de curación sobre el Cazador y este abrió los ojos de nuevo. Al momento volvió a buscar al dragón y centró su magia en distraerlo de nuevo. Cerón pudo apreciar entonces lo joven que era, no debía de ser mayor que él.

Un nuevo latigazo y un silbido se adelantaron a la siguiente saeta dirigida hacia aquel dragón. Pero este, en vez de lanzarse al aire o moverse para esquivarla, solo observó la lanza aparecer y, con un destello marrón en sus ojos, la hizo cambiar de dirección. La saeta atravesó el pecho del chico de ojos azules y lo ensartó lanzándolo por los aires más de diez metros. Finalmente la lanza se clavó en el suelo más de un metro todavía con él atravesado.

—¡No! —gritó Owen furioso. A él pronto se unieron más gritos de rabia.

El dragón observó la sangre de su tórax y un destello verde de sus ojos hizo que sus heridas se cerraran. Miró hacia el lugar donde Owen había gritado y sus ojos cambiaron al violeta de nuevo. La ilusión de Melissa desapareció y los cuatro Cazadores volvieron a la realidad junto con el escorpión que Owen cargaba de nuevo de forma inconsciente. Había sido entrenado para hacer algo así casi hasta durmiendo, solo así sobrevivirían a los dragones. Sin embargo, esta vez no parecía que fuera a ser suficiente.

El dragón se alzó orgulloso y rugió hacia el cielo donde otros dos ejemplares devolvieron su llamada. Elyndra llegó corriendo hasta Owen.

—No me sigue —aseguró. Observó el panorama bajo ella y frunció el ceño. Sin embargo, no se inmutó ante el cadáver de uno de sus compañeros—. No tardará en volver.

Ronan echó a correr hacia el cuerpo y se detuvo en el mismo momento. Sabía que era inútil, solo su voluntad por salvarlo lo había hecho avanzar. Volvió a centrarse en el dragón que enfrentaban Rhogar y Thorgum. Abbey los ayudaba, pero la mujer parecía agotada, lo cual nadie podía reprocharle. Aun así, solo la muerte la alejaría de allí.

Cerón ayudó a ponerse en pie al hombre de ojos violetas y ambos se apartaron del dragón que avanzaba hasta su presa caída. Arrancó la lanza con una de sus garras y arrastró con ella el cuerpo

hasta situarlo ante sus ojos. Saboreó la sangre que goteaba del cuerpo y rugió de rabia, esta vez mucho más fuerte que antes.

Su congénere volvió la cabeza hacia él, momento que Rhogar aprovechó para golpearlo con el mazo en el cuello dejándolo aturdido por un segundo. Thorgum hizo lo mismo en su cabeza desde el lado contrario y el dragón cayó contra el suelo con el cráneo roto, pero vivo todavía. Sus extremidades se movían frenéticamente buscando matar a lo que fuera que tuviera cerca de él.

Freya llegó corriendo para saltar sobre él con la única espada corta que le quedaba. Hundió su ardiente hoja en la abertura de su cráneo que Thorgum había abierto y la hundió una y otra vez hasta que el dragón dejó de moverse.

Cubierta de sangre y sesos, la joven lanzó un grito de victoria tan desgarrador como solo los Cazadores podían comprenderlo. Había sobrevivido a la Academia, se había graduado, había obtenido su habilidad y ahora al fin podría tener su propia escama y ser la escama de alguien. La excitación pudo con ella y volvió la vista hacia el dragón que había matado al joven de ojos azules, que descendía ya por su garganta. No era lo que buscaba, pero no iba a rechazar un buen aperitivo.

Dos rugidos en el cielo alertaron de la llegada de los otros dos dragones de vuelta a la batalla. Sobre ellos, en la distancia, unas tentativas llamaras recorrían sus labios.

—Owen… —dijo Terra tras él—. Ya han recargado.

El líder asintió.

—Lo sé. Dejad salir a Darius.

—¡Por Valeria! —exclamó Liora.

—Hacedlo ya. Libéralo y tú contrólalo como puedas.

Miró a Melissa y esta asintió. Elyndra desapareció y regresó con unas cadenas que aún humeaban al rojo vivo en sus manos. Las

dejó caer ante Owen.

—Hacía mucho que no lo veía, se ha alegrado de verme —dijo risueña la joven Elyndra. Miró hacia abajo y descubrió a Cerón—. ¡Hola!

—¡Reagrupaos! —ordenó Owen a todos los Cazadores. Todos regresaron hasta los restos calcinados del armadillo ahora desprovisto de toda protección—. Melissa, escóndenos. Kyran, ayúdala.

El hombre de ojos violetas que Cerón acompañaba asintió y se concentró junto a Melissa. Cerón se detuvo bajo Owen e iba a preguntar cómo ayudar cuando una oleada abrasadora de calor emergió de uno de los armadillos. Una vibración en el aire provocaba pulsos ardientes que golpeaban las paredes cada vez más rápido. Todos volvieron la cabeza hacia el lugar e incluso el dragón se giró, atraído por la fuente de calor. Comenzó a caminar extrañado por lo que veía.

Una nueva oleada carbonizó el armadillo y la estructura se derritió ante los ojos de todos.

—Hoy no está contento —susurró Liora.

—Pues se alegró de verme —aseguró Elyndra.

Una figura humana apareció bajo el metal candente que se derretía sobre él, que lo ignoraba como si no fuera más que el agua del rocío de la mañana que se condensaba sobre sus hombros. Saltó a la tierra, porque toda nieve en veinte metros se había derretido ya con su mera presencia, y observó al dragón. Este se concentró en él y una mueca de deseo se manifestó en sus ojos. Darius dio un paso adelante y salió de los escombros fundidos a la luz de la luna de nuevo. Respiró hondo y sonrió abandonado a la locura por completo. Cerón pudo observarlo con detenimiento ahora.

No era un hombre, era un incendio contenido en forma humana, tan similar a los Tharbrins como diferente a ellos. Su armadura de cuero negro no solo estaba chamuscada, sino que

estaba destrozada, con los bordes de las placas de metal fundidos y goteando sobre sus botas humeantes. El cuero estaba tan reseco y agrietado que se deshacía en cenizas con cada movimiento brusco, dejando entrever bajo sus grietas una piel que brillaba con un rojo incandescente.

Su rostro era una máscara de tensión y dolor antiguos. Cicatrices gruesas y brillantes, como cera derretida, le recorrían el cuello y la línea de la mandíbula, marcas de las veces que su propio poder había intentado consumirlo y recuerdo de las mismas en las que había logrado impedirlo. Pero eran sus ojos los que helaban la sangre a pesar del calor abrasador que irradiaba: dos pozos de lava líquida, sin blanco ni iris, solo un fuego rojo y furioso que ardía con una intensidad suicida.

No había rastro de humanidad en esa mirada, solo el deseo puro y sin adulterar de ver arder el mundo. Y, por primera vez, Cerón sintió más miedo del hombre que tenían delante que de los dragones que volaban sobre su cabeza. El recuerdo del hombre de la Isla del Predilecto de la Oscuridad llegó hasta él y, con él, la memoria de Vaelira y su trágica transformación. Fuera lo que fuera Darius, debía de ser la clave para comprender qué estaba ocurriendo en aquel mundo.

Cerón miró hacia arriba y buscó a Owen con la mirada tratando de obtener más información, pero el líder de los Cazadores permanecía concentrado en Darius. Sus ojos brillaban dorados como jamás lo había visto hacerlo, debía estar poniendo al límite su fuerza para evitar que las llamas llegasen hasta los Tharbrins. Si Owen fallaba, no tendrían escapatoria. El mago sacudió la cabeza y observó la escena ante él. Era lo único que podía hacer.

Darius avanzó directamente hacia el dragón. Su rostro danzaba de lado a lado de forma involuntaria, casi enfermiza. Cada paso derretía nueva nieve a su alrededor mientras dejaba fluir el calor que abrasaba su cuerpo desde dentro. Su piel mostró las mismas grietas que la de Vaelira antes de consumirse por completo. Su armadura comenzó a subir de temperatura y el aire vibró a su alrededor

empujado por cada pulso de energía. Las placas de metal quemado por incontables episodios anteriores en los que había conseguido dominar su fuego interno, dejaban salir una ligera humareda negra a medida que su color se volvía más y más ardiente.

Estiró los brazos hacia la cintura y abrió la manos. En ellas se formaron dos espadas de fuego sin que ningún metal designase su forma. Estas llamearon sobre sus manos sin que él reparase siquiera en su calor.

—Ese es el precio por matar a un rojo —dijo un hombre tras Cerón. Se volvió para descubrir que era Kyran, el ojos violetas. Le hablaba a Freya—. Por eso nunca debes matar uno.

—Somos los únicos ojos que se vuelven más inútiles al matar a un igual —masculló la joven frustrada. Sus ojos rojos refulgían de admiración por lo que era capaz de hacer Darius y de terror por el destino que había corrido.

—Recuerda que fue su decisión.

—Para salvar a su escama. Eso no es una decisión. —Los ojos de Freya se alzaron involuntariamente hacia Terra. Kyran fue más cauto y logró no volver la mirada. Le hizo una seña a su compañera para que observara a Darius. Una de las desventajas de un corazón tan ardiente como el de Freya era su sinceridad, tanto en sus palabras como en sus gestos.

—Aprende algo, si puedes —se burló su compañero.

Freya le devolvió una mueca de burla y se centró en Darius ante ella. Cerón frunció el ceño y tomó nota mental de la conversación, tanto del destino que había corrido el Cazador como de las extrañas normas de sus habilidades.

Un poderoso batir de alas frenando el descenso del dragón zarandeó al grupo impulsado por el impetuoso viento. El primero de los dos dragones restantes descendió directamente sobre el Cazador. Este lo miró con rabia, sacudiendo la cabeza de forma casi convulsa. Una sonrisa se alzó en su rostro.

El dragón se decidió por aplastarlo directamente y cayó sobre él con las cuatro patas a la vez. El impacto fue terrible y el dragón no soportó su peso y se estrelló con el pecho contra el suelo sobre Darius. Avanzó más de treinta metros agitándose hasta recuperar la posición. Se alzó sobre las patas y rugió de triunfo. Sin embargo, cuando regresó para apoderarse de su presa, un reguero de sangre se fue ampliando tras él. Sus pasos vacilaron, sus alas se relajaron, su cabeza bajó y se derrumbó sobre un costado dejando expuesta una ardiente abertura en su pecho de casi un metro de diámetro.

Cerón volvió la vista hacia el lugar donde Darius debía estar muerto, aplastado sin duda por el inmenso cuerpo del dragón. No encontró rastro alguno de él. Volvió la vista a la bestia muerta y, asqueado e impresionado a partes iguales, vio que el tórax del mismo humeaba. De él ascendía una voluta intermitente mientras su cuerpo se movía con torpeza. No tardó en asomar una llama del agujero de su pecho y tras ella emergió Darius. En su mano portaba una especie de cristal, con la forma de un prisma alargado. Estiró la mano hacia el resto de Cazadores ofreciéndoles el mismo.

—Elyndra, recupérala —ordenó Abbey y la ojos grises desapareció regresando al instante con la Esencia en la mano, pasándosela de una mano a la otra tratando de no quemarse.

Darius volvió a mirar al dragón ante él, que ladeó la cabeza desconcertado. Abrió y cerró las fauces golpeando sus dientes. Una llama recorrió la comisura de sus labios y se elevó hacia el cielo. Tomó aire y lanzó una llamarada directamente sobre Darius que no hizo el menor intento por apartarse de ella. El rastro del calor impactó a todos los cazadores que se cubrieron los ojos con los antebrazos.

—¡Agachaos! —gritó Abbey. La Cazadora usó su habilidad para crear un nuevo muro de hielo, del tamaño mínimo para protegerlos sin desperdiciar energía.

Cerón obedeció y agradeció la protección helada ante él. No fueron más de diez segundos los que las llamas golpearon a Darius,

pero aquellas alturas debía de ser carbón. Cerón chasqueó la lengua, necesitaba hablar con alguien como él. Miró a Freya, ella compartía su habilidad, ¿podría resolver alguno de los misterios que rodeaban a las criaturas como Darius? Para su sorpresa, la joven sonreía a su lado.

—Eso solo lo pondrá más furioso —murmuró.

Cerón alzó la cabeza sobre el hielo y observó las llamas extinguiéndose. En el centro de un suelo carbonizado se mantenía Darius, que respiraba agitadamente. Apretaba los puños con rabia mientras su cabeza se movía de forma errática, como si no fuera más que un fantasma tratando de escapar de un cuerpo ingrato.

—¡Liora! —gritó Owen—. ¡Prepárate! ¡Abbey, tú también! Terra, trae las cadenas. Elyndra, espera a mi señal. Thorgum, te quiero en un extremo de la cadena y a Rhogar el otro. Melissa y Kyran, haced lo que podáis con él. Ronan, espero no necesitarte. ¡A mi señal!

Fuera lo que fuera lo que planeaba Owen, era una estrategia que requería de todos los Cazadores e incluso de Rhogar. Sin embargo, algo le decía a Cerón que el objetivo del plan no era el dragón, que sacudió la cabeza desconcertado. Volvió a abrir y cerrar la boca como si tratara de hablar con Darius pidiéndole explicaciones. El hombre de ojos rojos sonrió mientras de sus manos parecían derretirse hacia el suelo formando algo similar al metal candente. Este se enfrió mientras se alejaba de él y, con una sorprendente velocidad, lanzó ambos hilos de metal hacia el dragón. Estos rodearon su cuello con la forma de cadenas al rojo vivo que se clavaron en las escamas con profundidad.

El dragón sacudió la cabeza y rugió hacia el cielo. Darius fue arrastrado por su fuerza varios metros y cayó rodando a tierra sin soltar las cadenas. Estas rodeaban sus muñecas tan incrustadas y ardientes como el cuello del dragón. Se puso de pie y tiró de ellas con todas sus fuerzas, pero aquella no era su habilidad y volvió a ser proyectado por los aires.

El dragón rugió de nuevo y su congénere llegó para ayudarlo. Se lanzó sobre Darius y rugió de dolor cuando su pata aplastada por Thorgum tocó el suelo. Equilibró su peso y lanzó una latigazo con la cola que golpeó en el hombre de ojos rojos. El impacto desprendió una nube de chispas como si Darius no fuera más que metal candente golpeado contra un yunque. Salió volando por los aires de nuevo y esta vez sus cadenas se rompieron bajo sus manos.

—Ronan, prepárate —dijo Owen. El líder de los Cazadores saltó hasta situarse el primero del grupo. El resto le siguió salvo Terra, que permaneció en lo alto de la decadente estructura. Elyndra estaba a su lado sonriendo.

Freya se giró hacia Kyran y le susurró al oído. Solo el sentido ampliado del mago logró captar sus palabras.

—Si lo alteras habrás participado en su muerte. No tendrás más oportunidades hoy y te quedarás sin escama.

Kyran tragó saliva y asintió, si bien el recuerdo de su anterior ataque regresaba a su mente. Sus ojos violetas brillaron bajo su habilidad, no se quedaría al margen. El dragón apoyó su pata destrozada con todas sus fuerzas y rugió de dolor. Cegado por el dolor y la tormenta de visiones que Kyran proyectaba sobre él y sin un enemigo al que atribuir su dolor, el dragón creyó que su congénere era la causa de su sufrimiento. Se lanzó al cuello del dragón negro, mucho más grande que él, y trató de matarlo allí mismo.

Pero un dragón no llega a semejante tamaño confiando en otros dragones negros corrompidos. No era el primero que lo desafiaba, pero no volvería a repetirlo. Agarró su cabeza con las garras y lo aplastó contra el suelo. Este se agitó furioso y vomitó todas las llamas que había renovado sobre él impactando en su abdomen. La llamarada enfureció al dragón que fue incapaz de contenerse y desgarró el cuello de su rival de un bocado. Una llamarada atroz estalló en su boca y apartó la cabeza furioso y quemado.

Miró en todas direcciones y encontró a Darius levantándose de nuevo. Su cuerpo tembló de rabia y saltó hacia el cielo sabiéndose derrotado, al menos por ahora. Ascendió tan rápido como pudo y se perdió entre las nubes donde nadie pudiera saber adónde se dirigía.

Decidió vivir para plantar batalla más adelante y eso haría.

—¡Ahora! —gritó Owen a todos los presentes.

La ilusión de Melissa desapareció y todos se hicieron presentes de nuevo. Corrieron hacia Darius, que se giró al verlos llegar. Apretó los puños y negó con la cabeza. Antes de que se diera cuenta, una cadena tan gruesa como chamuscada sujetaba cada una de sus muñecas. Elyndra le dio una a Rhogar y otra a Thorgum y se alejó, ya había cumplido su papel, no estaba dispuesta a ser quemada para nada. Ambos guerreros negros se alejaron y tiraron con todas sus fuerzas de las cadenas.

Melissa proyectó su magia sobre el ojos rojos y Abbey congeló el suelo bajo él tratando de levantar una estructura de hielo para envolverlo. Sin embargo, este se derretía casi al instante y no lograba superar la altura de sus tobillos.

—¡No me encarcelaréis de nuevo! —rugió y una oleada de calor los golpeó a todos. Los Cazadores se cubrieron con sus capas marrones y Cerón los imitó.

Ronan lo rodeó y esperó, dispuesto a curar el cuerpo de Darius. Cerón desconocía si algo podía herirle, pero por la expresión de preocupación del Cazador, supo que sería así. Se fijó con más detalle en Darius y descubrió que uno de sus hombros descendía unos centímetros. Bajo él, una abolladura en las placas de metal recordaba el lugar del impacto de la cola del dragón. Kyran se unió a Melissa y Freya se situó ante él como si no sintiera miedo alguno ante él.

—¡Resiste! —le gritó en la cara tratando de mostrar sus ojos ante él, tan rojos e intensos como los suyos—. ¡Puedes hacerlo! Tienes que celebrarlo conmigo, ¡he matado un dragón! —Darius

pareció mirarla y durante un segundo sonrió con sinceridad alejando a la locura y a la rabia que lo consumían—. ¡Voy a tener una escama!

Owen se situó tras él y sus ojos refulgieron más que la luna sobre ellos. Las llamas en la vegetación les daban un aspecto terrible a todos ellos, mágico y mortal.

—Darius —susurró a su oído. El hombre se giró y descubrió a su líder tras él. Tiró de las cadenas y rugió de rabia—. ¡Tensad! Darius, escúchame bien. Escúchanos bien, está aquí Liora, debes controlarte.

El hombre de ojos rojos miró en todas direcciones hasta que localizó a Liora. Trató de soltarse de nuevo. Sus brazos ardieron y todo el hielo de Abbey desapareció bajo él.

—¡Estoy aquí! —La Cazadora llegó hasta él. Sus lágrimas se evaporaban al estar tan cerca de él—. Estoy aquí, todo ha salido bien. Nos has salvado… me has salvado otra vez.

El rostro de Darius se agitó de nuevo. Una mueca de dolor se mostró en él. Su lado herido se hizo más patente.

—¡Todos! —gritó Owen.

Melissa y Kyran dominaron los sentimientos de Darius, Abbey enfrió su cuerpo, Rhogar y Thorgum tiraron con todas sus fuerzas a pesar de que la cadena se calentaba por momentos. Elyndra iba y venía con nieve para lanzarle a Darius, pero cuando vio que no era de utilidad, le llevó a ambos luchadores para enfriar la cadena de sus manos.

—¡Aguanta! —le gritó Freya ahora en su espalda. Ella era la inocente ilusión de lo que él fue en su juventud.

—Hazlo por mí —pidió Liora reclamando su corazón.

—La Garra te necesita ahora más que nunca. Has visto de lo que es capaz ese dragón y por Valeria que vamos a acabar con él —dijo Owen apelando a su honor.

Solo Terra se mantuvo al margen, ninguna de sus habilidades era de utilidad con él. Observó el cielo un instante y bajó al suelo. Se dirigió a uno de los armadillos que quedaban en pie, pues uno había sido consumido por las llamas de los dragones y otro por las de Darius.

El hombre de ojos rojos dudó, se resistió y, finalmente, se relajó. Las cadenas se destensaron de pronto y el hielo ascendió en un instante hasta su cintura. Su cuerpo se enfrió y su mente volvió a la realidad. Ascendió una nube de vapor tras el contacto entre el hielo y su cuerpo ardiente. Owen apoyó una mano en su hombro a pesar de la quemadura que le provocaría el gesto.

—Estoy orgulloso de ti, Darius. Sabía que lo conseguirías.

—No tenías ni idea —dijo Elyndra a su lado—. No me lo creo.

Darius sonrió a la pequeña.

—Hola —dijo con voz crepitante. Tosió y carraspeó. Elyndra reapareció con un puñado de nieve y se lo tendió. Esta se derritió al contacto con su mano. Darius suspiró. Miró a Liora a su lado y tiró de las cadenas tratando de agarrarla.

—Soltadle —pidió la mujer. Thorgum y Rhogar obedecieron. El gigante se acercó a su compañero dando grandes zancadas que hicieron temblar el suelo. El Calán se dirigió hacia Cerón.

Darius abrió los brazos y Liora lo abrazó con tanto dolor como amor. La mujer de ojos naranjas se relajó por fin y sus ojos dejaron de brillar con intensidad. Él le acarició el pelo con cariño y le susurró al oído algo que Cerón no llegó a escuchar.

—¡Recoged, nos vamos ya! —gritó Owen dejando paso a Ronan para que se encargara de Darius junto a Liora—. Quiero estar muy lejos de aquí al amanecer.

Elyndra corría ya de lado a lado preparando la marcha. Rhogar llegó hasta Cerón.

—Pues igual no son tan inútiles como pensaba —reconoció a duras penas.

El mago miró los cinco dragones negros muertos a su alrededor y asintió a su vez.

—Los Calán tienen motivos para temerlos, sí.

CAPÍTULO 15

EL SECRETO DE LA ISLA

Owen fue directamente hacia ellos dejando que Ronan y Liora se encargaran de Darius.

—Elyndra —dijo sin mirar a ningún lugar en especial. La pequeña apareció tras Cerón.

—A sus órdenes —respondió con un saludo militar.

—Deja eso para la Academia. Ve con Freya y recoged el resto de las *Esencias*. No protestes, Thorgum me hace falta.

Elyndra hizo un mohín y reapareció junto a la mujer de ojos rojos que seguía mirando a Darius con admiración y miedo.

—Venid al armadillo uno. —Owen pasó frente a Terra—. Prepara el viaje.

El hombre de ojos marrones asintió y descendió de la estructura tan despacio que pareció que flotaba en el aire. Caminó al lado de Owen a pesar de una notable cojera.

—Al menos dos armadillos inutilizados y dos Buscadores que te estarán desobedeciendo para arrancarle a los cadáveres una escama en estos momentos —dijo el anciano.

Owen suspiró, lo sabía tan bien como él. Cuando era joven él hizo lo mismo, no podía culparlos.

—¿Puedes llevarlos hasta la Academia?

—Demasiado lejos. Lo sabes tan bien como yo.

Owen llegó hasta la primera de las estructuras que cerraba el semicírculo.

—Sácala.

Terra asintió y sus ojos brillaron con su fulgor marrón. La estructura crujió y se elevó un palmo sobre el suelo ahora sin nieve, una de las ventajas de las llamas que habían azotado aquel lugar. Cerón se arrebujó en su capa. Ahora que todo había pasado, volvía a tener frío. Rhogar, en cambio, no mostraba señal alguna de sentir ni frío ni dolor por la muerte de sus congéneres. Él aseguraba querer salvar a los Calán rebeldes, pero se enfrentaba a ellos sin remordimiento.

La estructura se movió un par de metros y Terra la dejó de nuevo en el suelo, lo que confirmó otra de las habilidades de los ojos marrones que el mago desconocía. Era capaz incluso de mover objetos tan pesados como aquel. Asintió al encajar que debía de haber sido él quien redirigió las lanzas que atravesaron a los dragones. Sin embargo, también fue su magia la que usó el dragón para matar a Bram, lo que le recordó algo importante.

—¿Qué era ese dragón? —preguntó.

Owen se detuvo en seco y lo enfrentó.

—Guarda silencio, extranjero. No sé qué coño está pasando aquí. —Señaló hacia el cielo furioso—. Jamás han atacado seis dragones una Garra porque jamás seis dragones se han unido para hacerlo. —Señaló a Rhogar a continuación. El Calán no se amedrentó ante él—. Y tú has traído a ese dragón hasta aquí. No sé qué es, pero sí sé que he perdido a uno de mis hombres por tu culpa.

—Él luchó como el que más, Owen. Y no es el primer hombre ni el último que perdemos —aseguró Terra sujetando el colgante de su pecho con dolor.

El líder lo atravesó con la mirada, realmente furioso. Pero una de las ventajas de la edad era poder decir la verdad sin ambages.

—Os quiero quietos y en silencio.

—No me impedirás moverme. ¿Vas a cortarme las piernas? Ya me cortaron las alas y sigo vivo. Atrévete, humano —le espetó Rhogar.

Owen se tensó y Terra se interpuso entre ambos. Usó su magia para alejar a Rhogar cuando empujó a su líder. El Calán quedó suspendido en el aire a más de dos metros luchando por moverse. Rugió de rabia y frustración sin poder hacer nada más que flotar como un copo de nieve rebelde. Una vez pasada la batalla, el Calán volvía a su desafiante temperamento.

Thorgum observó lo ocurrido y caminó hacia el grupo. En su mano llevaba tres cristales más. Se los entregó a Owen, agarró la pierna de Rhogar y tiró de él hasta el suelo.

—La muerte vive en la Academia y todos lo sabemos, Bram el primero de ellos —aseguró el gigante mirando a su líder. Se volvió hacia Rhogar—. Y está claro que debemos tener cuidado con lo que arrastras desde el cielo. Aprovecha a descansar mientras se esclarece. O lo hacéis u os juro por Valeria que vais andando hasta la Academia.

Owen asintió a regañadientes bajo su mirada. Rhogar trató de rebelarse y Thorgum lo dejó ascender de nuevo sometido a la habilidad de Terra. Boca abajo y girando sin control, el Calán aceptó su lugar. Era imposible plantar batalla alguna desde aquella posición. El hombre de ojos marrones bajó al Calán poco a poco hasta el suelo atento a cualquier cambio.

—Preparad los armadillos —ordenó Owen zanjando el asunto y tanto Thorgum como Terra se alejaron a cumplir con su cometido.

Elyndra apareció con un nuevo cristal en la mano y se situó ante Cerón. Sin embargo, esta vez se ahorró su saludo. Le tendió el cristal y Cerón dudó en recogerlo. Este emitía un ligero fulgor blanquecino—. No es buena idea, Elyndra.

—Venga, solo quiero ver qué ocurre —dijo haciendo un mohín.

—Hoy no.

Cerón se apartó de la joven en cuanto Owen reemprendió la marcha. Siguió a Terra al interior del armadillo que este había abierto. En su interior descubrió el mismo sistema de tiro que usaban para arar los campos en Shuko, solo que no había ningún animal para tirar de él. Aun así, tampoco conocía ningún animal tan grande para hacer algo así. Owen encendió su artilugio de luz e iluminó la estancia, una que conocía perfectamente y para la que no necesitaba guía alguna.

Avanzó a través de la puerta de la pared, tan pequeña como todas las que había visto hasta ahora, y se encontró con una sala llena de literas. Tras ella había una zona que no le costó identificar como un baño. Miró en su interior y encontró a Elyndra bajo un chorro de agua caliente con gran satisfacción. Su ropa estaba en el suelo ante la puerta. Le devolvió la mirada a Cerón.

—Hay sitio para los dos.

El mago enrojeció y balbuceó. Se dio la vuelta a duras penas tras descubrir que tal vez fuera de corta estatura y su actitud infantil, pero Elyndra hacía tiempo que era una mujer.

—No, no, gracias, pero…

Se sorprendió cuando Nefrén no se burló de su mojigatería y regresó con Owen. Este guardaba los cristales en una bolsa de cuero sobre una de las literas.

—Puedes ducharte, aún tardaremos un poco en irnos.

Cerón sacudió la cabeza, tanto por la idea de desnudarse ante la Cazadora como por lo que significaba ducharse. Miró de nuevo a

Elyndra que lo invitó con la mano a participar. Volvió a concentrarse en el hombre de ojos dorados. Nefrén se burlaría de él durante días.

—No sé lo que significa ducha siquiera —aseguró. Owen lo observó desconcertado. Volvió la vista hacia Elyndra como si verla duchándose ante él fuera tan natural como respirar—. ¿Puedes devolverme mi magia? Me gustaría iluminar todo esto, es todo tan diferente a mi mundo…

"¿Qué se supone que no estás haciendo? —preguntó Nefrén recorriendo sus recuerdos—. *Entra ahora mismo y…"*

—¿No tenéis duchas en vuestro mundo? —preguntó Ronan pasando al lado de Cerón. No tardó en unirse a Elyndra bajo el agua. Ninguno de los dos parecía reparar en la desnudez del otro.

—¿Todo listo? —preguntó Owen.

—Mi parte, sí. Darius descansa con Liora.

Cerón pronunció la palabra mágica y una esfera de luz apareció ante él iluminando la habitación. La alzó hasta el techo de metal y, un instante después, Elyndra estaba ante él observando anonadada la esfera de luz. Para su sorpresa, ya estaba vestida y seca.

—¿Qué es eso? Es igual que el sol, pero pequeño, como yo —preguntó con inocencia.

—Parece que nuestros mundos tienen conocimientos muy diferentes —dijo Owen mirando con sorpresa la esfera dorada que flotaba ante él. El color de la misma llamó su atención casi más que la misma luz. Sin duda lo estaba relacionando con su habilidad tratando de comprender cómo funcionaba. Era tan inútil como que Cerón comprendiese qué era aquella cosa en la que estaba introducido o el curioso término ducha.

—Tanto que ni siquiera sé qué es esto.

—Con esto nos enfrentamos a los dragones —aseguró Abbey pasando a su lado. Se desnudó antes de entrar en la ducha en la que se encontraba Ronan. Cerón calculó que habría sitio para al

menos cuatro personas antes de tener que invadir el espacio de otros con sus cuerpos.

—¡Maldita sea, Abbey! —gritó Ronan tras el muro de metal—. ¡Que congelas el agua!

—¡No es culpa mía!

—Por Valeria… —se lamentó Owen frotándose el puente de la nariz.

—¡Me da igual! ¡No puedes entrar aquí sin Freya, ya lo sabes!

—¡Ya voy! —exclamó la mujer de ojos rojos. Esta se detuvo ante Cerón y se desnudó sin perder ojo de él. Le tendió su ropa en las manos y se metió en la ducha con el resto de Cazadores. Una nube de vapor llenó al instante el aire. El mago miró la ropa entre sus manos, estaba tan caliente que creyó que se quemaría.

—Salgamos de aquí —dijo Owen apartando el vapor de su rostro. Se echó la mochila al hombro, que tintineó con los cristales.

—Yo me quedo —dijo Rhogar y el líder de los Cazadores asintió. El Calán se desnudó y se sumergió en el vapor.

Owen salió al exterior donde Melissa se mantenía concentrada en mantener la ilusión sobre todos ellos. Kyran estaba a su lado colaborando. Para sorpresa de Cerón, los restos de los dos armadillos destruidos habían sido alejados y ahora los tres supervivientes formaban una fila. Unas gruesas cadenas los unían los unos a los otros.

—La ducha es el descanso de los Cazadores —aseguró Owen —. Es el premio a un día largo, a una batalla dura o a una muerte traumática. Creemos que el agua limpia el pasado de nuestros cuerpos. No verás a un Cazador triste bajo el agua.

El mago aceptó su punto de vista. Debían de considerarlo como si fuera un río que se llevara su dolor y solo aportara vida después. Era una forma de decir que allí dentro solo miraban hacia delante. Era una teoría interesante que le hizo valorar a los Cazadores por

algo más que por su habilidad para la lucha. Tenían normas, honor y recuerdo, lo cual los volvía mucho más interesantes.

Thorgum y Terra se presentaron ante ellos. Elyndra apareció sentada en el hombro del gigante y se abrazó a su cabeza, casi tan grande como su tórax.

—Estamos listos —aseguró el hombre de ojos marrones.

—¿Podrás soportarlo, Thorgum? —preguntó Owen, preocupado.

—Llevo días sin hacer nada. Estoy deseando hacer un poco de ejercicio.

—¿Ejercicio? —preguntó Cerón, sorprendido. ¿No había tenido bastante con la lucha contra Rhogar y la batalla contra seis dragones negros?

—Esto que ves aquí es el medio de transporte de los Cazadores. Forma una unidad independiente capaz de protegerse de los dragones o de atacarlos. Es la única manera de viajar por el territorio sin que sea un suicidio. Podemos pasar meses en ellas, solo nos limita la falta de víveres, uniones de nuevos Cazadores o la muerte —aseguró Owen con sinceridad. Cerón supo que tendría que responder muchas dudas sobre su magia después de aquello. La idea lo animó, amaba hablar de su magia en cualquier momento o lugar—. Para ser operativa y desplazarse necesitamos a Terra, que alivia el peso con su habilidad. Thorgum empuja los armadillos, Melissa nos cubre ante ojos ajenos y Elyndra se adelanta al grupo y explora los alrededores.

—Hola —saludó de nuevo moviendo las piernas adelante y atrás.

—Si sale de la ilusión, ¿cómo os encuentra de nuevo? Me fue imposible por completo descubriros antes de… bueno, de todo esto.

La joven rio risueña ante su comentario.

—Porque lo tengo a él —aseguró como si fuera lo más obvio del mundo.

—No sabe nada de este mundo, Ely —apuntó con buen criterio Owen—. Thorgum es su Escama. Te lo explicaré más adelante, pero ambos están unidos por un lazo invisible que no se puede romper.

Cerón observó que el rostro de Terra se endurecía. Una mueca de dolor lo recorrió. Agarró el colgante con media escama negra y lo apretó con fuerza. Suspiró y se alejó.

—Estaré en el nuevo uno —dijo tras un carraspeo.

El grupo lo observó marchar. Owen negó con un suspiro.

—Una pareja de escama va más allá de solo la magia. Es una unión más valiosa que la vida para nosotros. Terra…

—Estoy preparado —afirmó el gigante cortando la conversación.

Owen señaló hacia el armadillo uno que Terra alcanzaba. Ese se subió a él por una puerta lateral.

—Elyndra puede regresar junto a Thorgum porque siempre sabe dónde está, al igual que él —aseguró mientras guiaba a Cerón hacia el armadillo uno. El gigante regresó al armadillo que tenía aquello llamado ducha.

Cuando entró dentro del armadillo observó que era muy diferente a los otros dos que conocía, tanto que pudo identificar a primera vista que debía de ser el comedor. Mesas y sillas de metal se repartían por la sala. Owen avanzó y llegó hasta Terra, que había dispuesto planos y libros sobre dos de las cuatro mesas. En total Cerón contó dieciséis asientos, cuatro por mesa. Tras ellas, una puerta sencilla y amplia cortaba el paso.

Owen dejó su mochila sobre la mesa y se inclinó sobre el mapa y señaló el mismo.

—Cuatro días hasta la Academia —aseguró.

—Al menos siete. —Terra no lo tenía tan claro—. Y eso si ese maldito dragón no regresa.

—Cuatro, estoy seguro. No nos llevamos dos de los armadillos; el de mando y la enfermería están destruidos y los dejaremos aquí. Podemos ir más rápido. Si es necesario usaré la magia del extranjero. ¿Verdad?

Cerón se acercó a él ante la obvia invitación.

—Haré lo que pueda —aseguró.

Terra aceptó la idea. No sabía cómo podía ayudar o no, pero aquello era un problema para más adelante y para Owen. Él tenía suficiente con mantener su habilidad durante todo el camino.

—¿Quieres esperar al alba?

—No, nos vamos cuanto antes. No sé si ese engendro tiene intención de volver.

Terra asintió y se sentó en una de las sillas. Apoyó cómodamente las manos en la mesa y suspiró. No sería sencillo el viaje.

—Vamos allá.

Un estruendo recorrió el lugar cuando la habilidad de Terra se apoderó de los tres armadillos. Esos se zarandearon perezosamente mientras ascendían poco a poco, lo justo y necesario para aliviar la carga sobre las ruedas. Cerón escuchó a Thorgum rugir entusiasmado de iniciar la marcha y pronto sintió que el convoy se ponía en marcha. Se agarró a la mesa sorprendido por el movimiento.

—Siéntate —le indicó Owen mientras él hacía lo mismo. Cerón obedeció—. ¿Quieres contarme algo?

—No sabría decirte, pero sí que tengo muchas preguntas.

—No más que yo. Explícame qué ocurre con Rhogar.

—Lo conocí hoy mismo, como te dije. No sé casi nada sobre él. Y si preguntas por el extraño dragón, no tengo respuestas.

—Has conocido a los Calán en su Nido, has hablado con sus dragones y han confiado en ti. Sabes qué ocurre en su mundo mejor que los Cazadores a los que llevan años enfrentándose y ahora apareces caminando con uno negro. ¿Me estás diciendo que es casualidad?

—¿Casualidad? —Cerón estuvo a punto de echarse a reír ante su insinuación—. Ya no creo en las casualidades. Son los Dioses los que marcan nuestros caminos. Nosotros no somos más que peones que solo logran entrever el tablero, pero ignoran las manos que los mueve. No creo que nada de todo esto sea casualidad, ni Rhogar, ni yo, ni el dragón.

—En el Nido, ¿había algún dragón como este? —preguntó señalando hacia atrás.

—No. No hay dragones negros desde hace casi dos décadas, desde que Kalmenter desapareció de la Isla.

—El cielo está lleno de dragones negros últimamente. ¿Me engañan mis ojos?

—Son dragones corrompidos por la Oscuridad, pero no son de ese color. Es esa Oscuridad que los ha transformado a lo que he venido a enfrentarme.

—A la Oscuridad y a esa mujer. —Owen se recostó en su asiento a pesar de carecer de respaldo. Abrió la bolsa que contenía a los cristales sin extraer ninguno de ellos.

—Sí.

—¿A qué más has venido a este mundo?

—A pedirle ayuda para salvar al mío. Y a aprender las runas mágicas, tanto blancas como negras. —Owen observó a Cerón extrañado. *"Cúbreme"*, le pidió a Nefrén. Este aceptó su lugar. Dibujó una fina línea negra ante Owen que se difuminó en el aire

cuando no pudo cerrar ningún símbolo en concreto. Por instinto Owen trató de controlar la magia ante él sin resultado alguno—. Esta es la magia de Praedesi que hace uso de la Oscuridad y creo que es lo que está alterándolo todo. Estoy seguro de que esto es lo que hace que los dragones se corrompan. Lo que no logro imaginar es de dónde ha salido ese ejemplar que habéis ahuyentado.

—He visto eso antes —aseguró señalando el lugar donde estaba el trazo negro—. Solo una vez nada más, pero jamás lo olvidaré.

Owen miró a Cerón con detenimiento. La duda se dibujó en su rostro. Los Cazadores eran brutalmente sinceros para bien y para mal y su líder parecía haber vuelto a desconfiar del mago. Concentró su habilidad sobre él preparado para detenerlo si hiciera falta. Sus músculos se tensaron y un ligero movimiento de sus ojos no le pasó desapercibido al mago. Cerón alzó las manos desnudas demostrando que no era una amenaza. Sin embargo, no necesitaba sus manos para serlo.

—Yo no pertenezco a Praedesi. He venido a aprender su magia para evitarla. Necesito conocer las runas blancas para salvar mi mundo y solo a través de las runas negras puedo hacerlo. Si hubiera otro camino, lo tomaría, pero lo desconozco por completo —aseguró tratando de demostrar sinceridad—. Puedes pedirle a Melissa que me lea de nuevo si quieres.

Owen pareció meditar la opción. Tras unos segundos asintió.

—Melissa controla demasiado su poder, es capaz de buscar recuerdos, de ser precisa en los detalles, pero ese foco hace que pierda la naturalidad. Solo en ella se esconde la verdad. Kyran, ven aquí. —El joven Cazador apareció tras Cerón mientras su líder hablaba.

—Preparado —aseguró Kyran. Sin embargo, había una duda más que evidente en su rostro.

—Existe un momento único en los Cazadores que transcurre entre que participan en la muerte de su primer dragón y su elección de escama. Es un periodo breve, que debe durar menos de una semana, en el que el Cazador Buscador debe encontrar a su Escama. Para ello su habilidad se vuelve pura y terriblemente intensa. Por unos días es capaz de conocer con precisión de qué está hecho un ser humano, solo así podrá encontrar un compañero de Escama que encaje con él. No solo podrá ver lo que es, lo que ha hecho o lo que quiere, sino que podrá conocerlo todo. Su esencia, su alma, su carácter… todo queda expuesto para él. ¿Estás dispuesto a pasar por ello?

Cerón meditó durante un segundo. No le preocupaba lo que Kyran pudiera contarle a los Cazadores, sino lo que él mismo podría aprender de sí mismo. Había una gran parte de sí mismo en su interior que incluso a él le preocupaba. Sin embargo, la única forma de derrotarla era conocerla y la inesperada invitación abría una puerta tan arriesgada como valiosa.

—Acepto.

—Quiero ver qué quiere, qué busca, qué anhela. Averigua cuál es su objetivo real —le ordenó—. Esta vez no bloquearás nada, ¿verdad? Te hemos abierto la puerta de nuestro mundo y te hemos salvado la vida. Esos dragones os habrían encontrado y estoy seguro de que hubieseis muerto ante ellos. Tal vez hubieseis acabado con alguno, pero tu ignorancia respecto a ellos te habría llevado a la muerte.

"O a algo peor —pensó al imaginar cómo su magia trataría de protegerlo. Él no se sentía capaz de dejarse llevar como Sudne ante el riesgo de bajar su último escalón".

Cerón no lo dudaba. Solo la magia del dragón que había huido ya hubiese representado un desafió. Su falta total de experiencia ante ellos lo ponía en desventaja. El mago aceptó la idea. Si Owen se tomaba tiempo para explicarle su intención era porque todavía

quería confiar en él. Debía demostrar que era digno de esa confianza. Los Cazadores eran cada vez más valiosos para el mundo.

—Adelante.

Kyran se situó tras Cerón y puso una mano a cada lado de su cabeza. Sin mediar palabra, el mago sintió una errática e inexperta mente adentrándose en la suya. Esta pareció rebotar en sus recuerdos, en sus ideas, en sus sueños y en su futuro, haciéndose una torpe idea de qué era lo que tenía ante él. Melissa podía conocer sus recuerdos, pero Kyran era capaz de conocerlo a él. Cerón lo comprendió cuando el propio Kyran le entregó esas mismas sensaciones a él a cambio.

Cerón vio a un joven Kyran desconocido golpeando con los puños una puerta de madera gigantesca. Sentía miedo por lo que había tras ella, pero también orgullo por atreverse a llamarla. Sabía que la muerte era la norma tras ella y que el dolor sería casi su única compañía hasta que ella llegara abrasadora a recogerlo. Solo unos pocos sobrevivían porque solo los mejores lo soportarían. Kyran lo sabía perfectamente mientras golpeaba la puerta.

Y todo ¿para qué? ¿Por la habilidad? ¿Por el poder? ¿Por el estatus?

No, Kyran no quería ninguna de aquellas efímeras medallas. Él quería el honor, nada más.

Él creía en el honor de representar a Los Cazadores que lo había acompañado toda su vida. Cada golpe sobre la madera fue más intenso que el anterior mientras el joven de sencillos ojos marrones se perdía en su memoria.

Cada sombra en el cielo era acompañada de un rugido desgarrador que prometía la muerte. Los gritos se elevaban, los ciudadanos corrían desesperados mientras solo una persona se mantenía serena frente a la muerte que se abalanzaba sobre ellos. Una capa marrón ondeaba al viento y unos ojos brillaban con una intensidad sobrenatural.

Sus órdenes eran precisas, rápidas, letales; un oasis de estabilidad entre el caos que inspiraba a quien tenía ojos para ser capaz de verlo. Pero no era solo su calma, sino su autoridad. Quien vestía la capa no tenía inconveniente ninguno en golpear a los que huían si tenían una tarea que cumplir.

Todos eran necesarios para sobrevivir y todos debían hacerlo. Nadie podía dejarse llevar por el miedo o este les derrotaría antes que el dragón. Su voz era firme, sus instrucciones rápidas y su mano… poco sutil. La protección se organizó en solo unos segundos ante los ojos de un muy joven Kyran que brillaron de orgullo.

Por desgracia, no todos los ojos tenían la misma visión que él. Muchos mascullaban cuando otros directamente se burlaban. El problema de los tiempos de paz es que borran en recuerdo de lo necesario para mantenerse con vida. Ya nadie respetaba a los Cazadores porque su labor era la más silenciosa, austera e intermitentemente. Sin embargo, ellos mantenían a salvo las ciudades de los dragones como siempre habían hecho, creyesen en ellos o no. Su labor no era ser venerado, sino cazar dragones y para eso estaba allí.

Los tiempos de calma había arrastrado por el suelo la reputación de la Academia, pues los impuestos para mantenerla viva siempre eran mal aceptados.

Hasta que un dragón proyecta su sombra sobre ti y suplicas por tu vida por la ayuda de los Cazadores.

Por desgracia, no ocurría a menudo, para eso las ciudades tenían las barreras creadas por sus *Esencias*, ¿no? Solo los líderes y los que escuchaban a los Cazadores sabían que las *Esencias* eran cada vez más débiles. No tardaría en llegar el día en que cualquier dragón sería capaz de superarla sin esfuerzo. Y ese día estaba cada vez más cerca.

Kyran trató de gritar de nuevo pero ni un solo sonido salió de su garganta. Ya había desgarrado su voz durante los días previos sin resultado. Pero no se iba a rendir. Él no lo haría igual que su abuela

no lo había hecho. El recuerdo del momento en que vio a su primer dragón siendo solo un muchacho volvió a su mente. Su puño aceleró su movimiento y la madera recibió el primer sacrifico de sangre del joven.

Si atravesaba aquella puerta, serían muchos más.

El dragón naranja de su memoria atravesó la barrera como si esta jamás hubiese estado allí y aterrizó sobre un grupo de casas. Rugió triunfal y observó a todas aquellas criaturas corriendo despavoridas ante él. Entonces vio al Cazador caminando altivo hacia él y un escalofrío le recorrió desde la cola hasta las puntas de las alas. Saltó al suelo y enfrentó a su enemigo.

Kyran golpeó con ambas manos la puerta perdido en su memoria. Parecía en un trance de honor, miedo, esperanza y muerte mientras reclamaba a golpes entrar en aquel lugar de honor, miedo, esperanza y muerte. Se detuvo al recaer en la visión, pues para quien sabía ver, era imposible no hacerlo. Su pasado se entremezclaba con su futuro y supo definitivamente que aquel era su lugar. Golpeó de nuevo y esta vez la puerta se abrió.

Una Cazadora de ojos violetas miró al joven de arriba abajo. Sus ojos refulgieron durante un instante. Observó sus manos manchadas de sangre y reparó en el reguero que había dejado en la madera. Asintió conforme y se hizo a un lado.

Kyran lo había conseguido. Sabía que era el camino correcto, que ocurriera lo que ocurriera allí dentro, era donde debía estar.

El Cazador abandonó la mente de Cerón y se apartó un paso, pálido como la muerte. Ni siquiera todos los dragones juntos habían logrado que perdiera el color un ápice.

—¿Y bien? —preguntó Owen extrañado ante la reacción del Cazador. Sus ojos dorados brillaron con fuerza, quizá preparándose para protegerlo del mago.

Kyran miró a Cerón que lo observaba extrañado.

—¿Qué ocurre? —preguntó el mago.

El Cazador de ojos violetas carraspeó y se humedeció los labios. Miró a Owen y después a Cerón de nuevo. Se removió incómodo.

—Cazador Kyran —dijo con autoridad Owen llamando su atención. Este contempló a Owen como si lo viera por primera vez. Sacudió la cabeza volviendo a la realidad.

—Es… es seguro confiar en él. —Kyran estaba pálido. Owen enarcó una ceja—. Es cierto lo que dice. Ha venido buscando la manera de salvar su mundo.

—¿Por qué parece que me estás mintiendo?

—Porque me ha impresionado su determinación, señor. No va a… nada lo detendrá. Sabe que su magia lo mantendrá vivo, aunque eso mismo lo aterra. Y hay un detalle respecto a la mujer de su visión —dijo enigmático e incluso Cerón se volvió hacia él interesado.

—Te escucho —aseguró Owen. Incluso Terra volvió la vista hacia ellos interesado de pronto. El convoy pareció hundirse unos pocos centímetros y todos sintieron una ligera reducción de velocidad.

—Siente que es parte de su familia. Su objetivo no es acabar con ella, sino protegerla. Es extraño, pero quiere salvar al cuerpo cuando su familia es lo que habita en ella.

Owen respiró hondo y se acomodó en la silla observando a Cerón concentrado. Sus ojos brillaban más que antes incluso.

—¿Algo más que sea importante ahora?

Kyran miró a Cerón y se humedeció las labios.

—No, mi señor.

—Dile a Melissa que ordene a Rhogar vestirse. —Los ojos de Kyran brillaron por un instante transmitiendo su información. Cerón tenía mil preguntas sobre ello y a duras penas logró contenerse.

—Está vestido. —Una sonrisa apareció en sus labios—. Melissa afirma que malinterpretó lo que era una ducha mixta. Está empujando con Thorgum.

Owen sonrió a su vez e incluso Terra amagó una confusa sombra de algo similar.

—Terra, por favor. Trae al Calán.

El convoy vaciló de nuevo y Rhogar se encontró empujando la pared de metal ante el ojos marrones. Sacudió la cabeza desconcertado.

—Otra cosa que no esperabas, ¿verdad? —se burló Kyran.

Rhogar lo miró con odio mientras sonreía.

—En mi mundo tenemos hijos muy pronto —respondió mientras se alzaba dejando de empujar la pared. Se volvió hacia Owen—. No creo que sea ni el primero ni el último que se deja llevar por lo que parece. ¿Qué quieres?

—Saber.

—Pregúntale a él. Yo prefiero empujar. Y ya que no puedo hacerlo como quiero, empujaré el convoy con Thorgum.

—Háblame de ese dragón —pidió Owen pasando por alto su ironía. Recordó la primera vez que conoció las duchas mixtas de la Academia con sonrojo e ilusión—. ¿Qué sabes de él?

—Sé que él aceptó cambiar y yo no.

—¿Lo conoces? —preguntó Terra sorprendido.

—Somos los primeros Calán rebeldes. Esos a los que llamas lagartos negros.

—Espera, ¿estás diciendo que eras uno de ellos? —preguntó Owen tan anonadado como Terra. Rhogar asintió. Una mueca de locura se manifestó en su rostro.

—Desde hace veinte años y hasta ayer mismo. Él me encontró a las pocas horas.

Cerón fue ahora el centro de atención. Decidió alejar todas las medias verdades de una vez, estaba harto de hablar en clave en todo momento.

—Rhogar encontró la manera de volver atrás. Mató a un dragón consumido por la Oscuridad y logró regresar a su forma humana.

Owen abrió los ojos de par en par.

—Parece que ha sabido encontrar su propio camino. Ese dragón usa las habilidades de otros colores a pesar de ser negro.

—¿Ideas?

—Yo encontré la manera de volver a caminar para salvar a mis hermanos rebeldes apartando la Oscuridad de mi camino. Él debió de encontrar la forma de aprovecharse de las *Esencias* de mis hermanos para aprovecharse de sus habilidades. Mira, como vosotros —se burló con una mueca de asco.

—Nosotros no… —protestó Kyran. Owen acalló sus palabras con un gesto de la mano.

—¿Cómo?

Rhogar se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Hacía veinte años que no veía a ese dragón. Ha crecido mucho, debo decir. Supongo que absorbe sus *Esencias* al matarlos.

—¿Sabes quién es?

Rhogar chasqueó la lengua, molesto de repente. En su rostro apareció un gesto similar a la vergüenza, a la decepción más profunda.

—Mi hermana —reconoció con dolor. Su voz se apagó.

Owen y Terra se miraron durante un instante.

—Tiene que ser una broma —dijo Kyran. Sus ojos brillaron de admiración. Sus piernas vacilaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cerón.

—La Guerra de las Esencias ocurrió entre un dragón y una Calán que logró volver atrás. Ella fue la primera en conseguirlo y abrió el camino a lo que son los Cazadores desde entonces.

—Y a lo que son los Calán —masculló Rhogar que sabía lo que significaba.

El mago frunció el ceño. Había escuchado demasiadas veces aquel fragmento de su historia para que se le pasara por alto ahora.

—Valeria —dijeron a la vez Cerón y Owen.

El líder de los Cazadores miró hacia el horizonte y apretó los dientes.

—Terra, haz lo que quieras, pero debemos llegar cuanto antes. —El hombre de ojos marrones asintió—. Kyran, díselo a Thorgum.

Sus ojos violetas brillaron. Estaba pálido por completo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cerón.

—Ocurre algo que lleva miles de años olvidado —respondió rápidamente. Se puso en pie y comenzó a revolver entre los papeles en la mesa tras de sí—. La Guerra de las Esencias cambió la Academia no solo por cómo se relaciona con los dragones ni por lo que hizo Valeria.

—Sino por lo que descubrió en ella —respondió Kyran tras él. Owen no le detuvo y continuó—. Un lugar de magia pura que lleva desactivado desde entonces.

"¡El Conducto de la Diosa está en la Academia! —pensó Cerón —. *¡Lo he encontrado!"*

—Ahora sé que eso es lo que busca tu amiga —sentenció Owen —. Y no pienso permitírselo.

CAPÍTULO 16

UNA CIUDAD RÚNICA

"¡Morirán docenas! —Sonthorn miró a los niños que volvían a sus posiciones y se le hizo un nudo en el estómago—. *No puedo permitirlo".*

—¡Detente! —exclamó el guerrero a Lysandra. La mujer se volvió lentamente hacia él. Apoyó una mano en el hombro del primer neutral y todos detuvieron sus movimientos sin palabra alguna que delatara sus intenciones.

—¿Sí?

Sonthorn carraspeó, no tenía ni la más mínima idea de qué decirle para evitar la lucha. Pensó más rápido de lo que lo había hecho en su vida, tanto que supo que Cerón estaría orgulloso de él. Lysandra no quería matarlo, quería tenerlo a su lado. Si era la única drugana blanca, lo necesitaba para prolongar su propia estirpe. Lysandra era joven aún, poco mayor que él si acaso. Tenía una vida larga por delante, pero tras su muerte, su legado se extinguiría y supo que no estaba dispuesta a permitirlo.

Varias ideas pasaron por la mente del guerrero, la mayoría de ellas enfurecerían a Ónice. Descartó las más bruscas y dio un paso

hacia delante abriendo las alas protegiendo a sus compañeros. Las lanzas de los neutrales se mantuvieron a un palmo de su pecho. Miró a cada uno de los miembros del Martillo, todos ellos concentrados en él salvo uno, el que había golpeado antes. Este miraba desconcertado en todas direcciones tratando de orientarse. Lysandra enarcó una ceja impaciente y ladeó la cabeza.

—He venido hasta aquí para conocerte —aseguró. No era mentira, al fin y al cabo. Ónice había ido a matarla, sí, pero él a conocerla y tratar de reconducirla. Escuchó a Vórian removerse incómodo tras él.

—Tus palabras no indicaban eso. Has hablado de rendirme y deponer el mando —recordó con una sonrisa irónica. Sus ojos brillaron sutilmente y dio un paso hacia el guerrero—. Pero… es posible que sea así, en el fondo de tu alma errada —murmuró frunciendo el ceño—. Sí, veo la verdad en tus ojos.

—Mira más de cerca si lo deseas.

Tal vez pudiera mirar dentro de ella y encontrar la bondad en su corazón tal y como había hecho con Ónice.

"Ten cuidado".

"Si nos atacan, morirán demasiados. Tal vez el destino de la guerra esté en uno solo de ellos. No quiero víctimas".

"Pues no seas tú una de ellas —le espetó la drugana".

—Dime a qué han venido ellos —ordenó Lysandra. Sus ojos refulgían empujados por su magia.

—Vórian me ha traído hasta aquí, él me habló de ti.

Lysandra miró al neutral asqueada. Bajó la vista hacia su cintura y chasqueó la lengua molesta. Su siguiente objetivo fue Ónice, que la miró desafiante. Su espada brilló con más fuerza instándola a iniciar batalla.

—¿Y ella? Es tu enemiga, igual que la mía. ¿Por qué no le has dado muerte? —Miró de arriba abajo a la drugana y su sonrisa se ensanchó—. Oh, creo que ya sé por qué sigue viva. Es tu juguete, ¿verdad?

—¿Mi… juguete? —preguntó Sonthorn, extrañado.

"Sexual, idiota —le espetó la drugana—. *Dile que sí o prepárate para luchar. No me hagas elegir a mí".*

—Debe ser un buen juguete. Jamás pude tener yo uno así. Su fuego es indomable, por lo que he leído —alabó y Ónice tuvo que darle la razón—. ¿Es ese el motivo?

—Es solo mía —dijo Sonthorn, tajante—. Está bajo mi control y mi mando. —Casi pudo sentir la rabia de Ónice ante sus palabras. Ahora le tocaba a ella acatar la posición a las que había relegado al guerrero y a Tristán en la cueva de Byford. Esta vez no le gustó en absoluto.

Lysandra miró a los tres druganos y amagó una sonrisa. Se dio la vuelta lentamente, con descaro. Su pelo blanco cayó sobre sus alas al volverse.

—Matadlos a los tres —ordenó pillándolos desprevenidos a todos.

El guerrero abrió los ojos de par en par, convocó un escudo de energía contra el que se estrellaron las lanzas de los neutrales rompiéndose en mil pedazos. Los tres druganos observaron cómo el pueblo caminaba hacia ellos y se apoyaba sobre El Martillo. Cualquier ataque acabaría con ellos.

—¿La mato ahora o tampoco te viene bien? —preguntó la drugana.

—¡Estoy con ella! —gritó Vórian.

—¡Nada de muertes!

Sonthorn observó que Lysandra se alejaba lentamente entre los neutrales de la ciudad, ajena al desenlace que creía definitivo. Todas sus órdenes habían sido cumplidas, ¿por qué aquella no lo iba a ser?

Las lanzas fueron repuestas por las espadas que golpearon la esfera con frenesí. Esta aguantó sin ningún problema. Las armas no eran un problema para el guerrero. Un murmullo de golpes sordos rodeó al grupo. Todos los miembros del Martillo golpeaban con desesperación la barrera menos uno de ellos. El único sin casco, que se mantenía quieto tan desorientado como antes. Los niños lo empujaban a la lucha mientras él pugnaba por evitarla.

—Vórian, ideas —dijo el guerrero—. Y rápido.

—Matarla —se adelantó la drugana.

—Es lo mejor —confirmó el neutral.

—Me da igual que sea lo mejor, no voy a permitir que esta gente muera aquí. Piensa algo —le ordenó.

—Huid, yo los entretendré. Id a su casa y matadla allí mismo. Es lo único que se me ocurre para salir de aquí.

—Saldremos todos de aquí. Nada de sacrificios.

"Ni siquiera a mí me parece una buena idea —dijo la drugana".

Las espadas dejaron de golpear la esfera. El Martillo se apartó unos pasos y una mujer de cabellos rubios se abrió paso entre los soldados dorados. Sus ojos, vacíos de la voluntad que un día debieron albergar, brillaban ahora con un fulgor dorado antinatural, sintonizado a la perfección con el pulso de la ciudad.

Vórian ahogó un grito y dio un paso atrás, chocando contra la esfera de Sonthorn. Su arma tembló en sus manos y todo el valor que había reunido pareció esfumarse de un plumazo.

—Elara… —susurró el neutral con la voz quebrada. El dolor lo atravesó con más fuerza que cualquier lanza—. No… ella no…

—¿Quién es? —preguntó Sonthorn sin apartar la vista de la recién llegada, manteniendo su concentración en la barrera plateada.

—Era… era mi esposa. Ella fue la que me tatuó las runas… la que me dio este poder. Su conocimiento de la magia antigua es absoluto. Su don es el conocimiento de las runas… de todas.

Sonthorn abrió los ojos de par en par y observó a la mujer incrédulo. Ella tenía el saber que tanto necesitaban.

"*Tiene que ser una broma* —dijo Ónice incómoda. Balanceó la espada mucho más preocupada que antes".

La mujer se detuvo a escasos palmos de la esfera de Sonthorn. No miró a Vórian con amor ni con reproche; no era más que un recipiente vacío y consagrado en cuerpo y alma a Lysandra. Sin embargo, la esfera para ella sí que resultó interesante. Era una magia nueva, un poder extraño, un agente externo en su vacía vida. Se concentró en la tarea que Lysandra le entregaba y abrió los brazos en cruz. La ciudad pareció latir al unísono con sus ojos y el pulso, que antes se acercaba desde el castillo de Lysandra, cambió de dirección bajo su poder. Ella era su fuente ahora. Bajo su ropa unos símbolos brillaron similares a los de Vórian, si bien si se prestaba la suficiente atención, revelaban una magia completamente diferente a la suya.

Movió ambas manos hacia la cúpula protectora y cerró los ojos. Bajo sus pies, los adoquines estallaron en un resplandor cegador. Las runas doradas que adornaban cada edificio, cada calle y cada muro de la ciudad respondieron a su llamada, canalizando la inmensa fuerza milenaria de Heindor a pesar de su decadencia. Un brillo dorado y mágico descendió por las paredes a su alrededor, avanzó por el suelo hacia ella y se fundió con su cuerpo. Un instante después, fluyó por los brazos de la mujer que lo proyectó contra el escudo plateado que protegía a los tres druganos. Un flujo de runas doradas impactó contra la esfera con violencia.

—La voluntad de Lysandra es inquebrantable —dijo Elara con una voz hueca que resonó en cada rincón de la plaza como si ella misma fuera la propia ciudad a la que le arrebataba su poder. Miró por un instante en la dirección de Vórian—. Este siempre ha sido el camino para los neutrales.

Las runas doradas se adhirieron a la superficie de la esfera de Sonthorn como enredaderas doradas incandescentes. Comenzaron a multiplicarse a una velocidad de vértigo, tejiendo una red que ahogaba la luz del guerrero. Sonthorn apretó los dientes y tensó cada músculo de su cuerpo, sintiendo cómo el peso de toda una ciudad presionaba su magia. La esfera comenzó a agrietarse. Apoyó una rodilla en el suelo incapaz de soportar el peso de la ciudad sobre él. La esfera comenzó a colapsar.

"*¡Mierda!* —le gritó Ónice, acomodando su espada en la mano. Apoyó ambas contra la esfera y sostuvo la barrera junto a Sonthorn".

"*¡Es demasiado peso!* —gritó el guerrero. Su rodilla se hundía en el suelo—. *¡Es como si estuviera lanzando la maldita propia ciudad contra nosotros!".*

La esfera de luz cristalizó por un segundo y estalló en mil pedazos plateados que se disolvieron antes de tocar el suelo. El Martillo alzó sus armas de inmediato contra ellos. Sonthorn se levantó de un salto y Ónice los enfrentó cambiando el agarre de su espada. Sin embargo no hizo falta que atacaran. Sin darles tiempo a reaccionar, Elara bajó los brazos de golpe apuntando al adoquinado.

Las runas de la calle cobraron vida. Como gruesas cadenas de metal fundido, emergieron de la piedra y se enroscaron en los tobillos de los tres druganos. Ónice trató de impulsarse hacia el cielo instintivamente, pero las ataduras mágicas tiraron de ella con una fuerza brutal, aplastándola contra el suelo, rodeando su cuerpo y apresando sus alas negras contra su espalda. Una cadena se cerró sobre su cuello y la obligó a apoyar ambas manos en el suelo. Gritó furiosa y desesperada. La Oscuridad comenzó a rodearla absorbiendo el fulgor de las runas doradas.

Sonthorn intentó liberarse golpeándolas con su espada tal y como había hecho en la Torre de Mármol Negro. Las runas absorbieron el impacto, multiplicándose una tras otra hasta inmovilizarle los brazos y el torso, obligándolo a arrodillarse con brusquedad. Una armadura de runas doradas cercaba su torso por completo, solo sus alas permanecían libres.

Vórian ni siquiera se resistió. Las marcas que su propia esposa le había tatuado antaño reaccionaron al hechizo de la mujer, brillando con dolor y traicionando a su portador para encadenarlo junto a sus aliados. Él no necesitó cadenas para quedar paralizado, su propio cuerpo le impedía moverse.

Sonthorn apretó los dientes, sintiendo el frío del metal mágico contra su cuerpo a pesar de la ropa. Tensó los brazos tratando de liberarse de las cadenas que lo rodeaban sin lograrlo. Estas tiraron hacia el suelo y aunque rugió de rabia fue incapaz de erguirse de nuevo. Apoyó las manos en el suelo incapaz de levantarse. Concentró sus energías en sus músculos sin resultado. Simplemente, no tenía la fuerza necesaria para lograrlo.

Pero el guerrero no se iba a rendir. No había recorrido el mundo entero en todas direcciones para dejarse encadenar en una ciudad dorada a las órdenes de una déspota congénere. Tenía que resolverlo, tenía que aclarar qué estaba pasando. Los neutrales le necesitaban tanto como él a ellos. Miró hacia los niños de rostros vacíos que sostenían a los druganos del Martillo. Eran cáscaras vacías de toda alma, de toda voluntad.

La rabia lo envolvió. ¿Cómo se atrevía aquella mujer a despojarlos de su voluntad? Alzó la cabeza hacia ella y una nueva cadena emergió del suelo cerrándose sobre su cuello. Esta se deslizó y comenzó a apretar con fuerza. El guerrero miró a la que Vórian decía que había sido su mujer. ¿Por qué no les había hablado de ella? Era realmente poderosa, una criatura con una habilidad única que podía cambiar el curso de La Guerra. Sin embargo, estaba tan vacía como el resto de los habitantes de Heindor.

La mujer lo contempló mientras su garganta se cerraba. Comenzó a ver pequeños destellos de luz ante sus ojos, no tardaría en sucumbir. Decidió ganar tiempo y amplió su ser a su alrededor buscando una solución que se le escapaba. Lo que vio lo sorprendió por completo. La ciudad dorada parecía difuminarse en su dirección. Elara tomaba su fuerza y la usaba contra él siguiendo el pulso dorado que sus ojos marcaban. Ella era un método para canalizar la fuerza de la ciudad, pero no era su poder el que lo atenazaba, sino el de Heindor. Ella marcaba la dirección y la ciudad empujaba.

Sonthorn observó a la mujer del plano, una figura creada con runas doradas, ajena de toda vida extrañamente similar al Guardián, salvo que ella carecía de un cuerpo como él. Ella solo era una llave con la que abría aquel plano, pero no lo habitaba. Su conexión con la magia de Heindor era total.

"Esta ciudad antes escuchó mis órdenes —pensó el guerrero al recordar como el Guardián había respetado su presencia. Heindor era el fiel reflejo de lo volubles que eran los neutrales".

Entonces lo supo.

Las alas blancas en aquella ciudad no le causarían más que problemas.

Pero él tenía otras con las que doblegar su poder.

Volvió a la realidad y cerró los ojos, ya no los necesitaba. Además, veía tan borroso que no podía concentrarse. Apretó cada músculo de su cuerpo y dejó que la rabia ancestral de Calandra lo golpeara.

Si Heindor reclamaba oro para someterlos, él le daría oro. Abandonó la resistencia de su propia estirpe y se sumergió profundamente en el don que Calandra le había entregado. Un estallido de luz cálida y cegadora barrió la plaza, borrando las sombras y obligando al Martillo a cubrirse los ojos. Cuatro majestuosas alas doradas brotaron de la espalda del guerrero, desplegándose con una fuerza arrolladora que hizo temblar el

mismísimo suelo. El fulgor plateado de Heindor desapareció, sustituido por el aura divina de la diosa de los neutrales.

Las cadenas rúnicas que lo apresaban dejaron de apretar al instante. Elara ahogó un grito sordo y cayó de rodillas, llevándose las manos a la cabeza al sentir cómo el control absoluto de la ciudad le era arrebatado de improviso. Las runas de los adoquines, de las fachadas y de las murallas palpitaron en perfecta sintonía con el latido de Sonthorn. Las cadenas que ataban a Ónice y a Vórian se deshicieron en una fina lluvia de chispas inofensivas. Ahora, la ciudad respondía a él.

Elara apartó las manos de su cabeza y miró al grupo con otros ojos. Una lágrima recorrió su mejilla.

La drugana blanca, que había comenzado a alejarse dando el combate por concluido, se detuvo en seco. Se giró lentamente. Al contemplar la figura imponente de Sonthorn, bañado en aquel poder absoluto y con sus cuatro alas extendidas, sus ojos plateados se abrieron de par en par. La apatía y el desdén se borraron de su rostro, reemplazados por una codicia abrasadora.

—El camino de los neutrales —le dijo Elara a Vórian. Al instante, Lysandra la miró con los ojos brillando y Elara perdió toda su voluntad de nuevo. Se puso en pie alzada por su ama.

Lysandra levantó una mano, deteniendo en el acto a los soldados del Martillo que ya se preparaban para una carga suicida contra el guerrero dorado.

—Deteneos —ordenó Lysandra. Su voz cortó la tensión como un cuchillo—. Retirad las armas.

La tirana caminó de vuelta hacia ellos, ignorando a la población civil y a la propia Elara. Sus ojos volvían a ser la misma cárcel que habían sido los últimos años.

—Fascinante —murmuró, casi sin aliento, extasiada como solo las mejores noches de su vida habían logrado en ella—. Eres mucho más que un error del pasado. Llevas la esencia misma de este lugar

en tu interior... Tú… tienes el poder para hacer que Heindor sea eterna. Que mi estirpe sea eterna.

Se detuvo a unos metros, irguiéndose con toda su letal elegancia.

—He cambiado de opinión —anunció Lysandra, dirigiendo por fin su mirada hacia Ónice y Vórian—. Os ofrezco un trato. Vosotros dos, la sombra y el traidor, sois libres de marcharos. Podéis tomar la escalera, abandonar mis dominios y conservar vuestras insignificantes vidas. Nadie os detendrá. A cambio, él se queda conmigo.

"¡Ni hablar! —bramó Ónice en la mente del guerrero, aferrando su espada con furia—. *¡No voy a dejarte a solas con esta psicópata!".*

"Piénsalo por un momento, Ónice —respondió Sonthorn, manteniendo el rostro impasible—. *Es lo que estábamos buscando. Es nuestra única forma de entrar en su torre sin tener que masacrar a media ciudad para lograrlo".*

"¿Estás loco? ¡Te matará en cuanto estemos lejos o te convertirá en uno de sus esclavos vacíos! Prefiero matarlos a todos".

"Ella no puede doblegar mi mente, cuando yo mismo tengo esa habilidad. Además, no sé cómo pero ahora yo controlo las runas de su ciudad —argumentó él con firmeza—. *Quiere mi poder, no mi muerte".*

"Quiero follarte y que le des un vástago con el que mantenerse en el poder —espetó segura de lo que decía".

"No lo logrará, te lo aseguro —afirmó con determinación el drugano. Incluso él se había dado cuenta de su propósito—*. Finge aceptar el trato. Entraré en la ciudad con ella y descubriré qué demonios es y de dónde saca su poder. Tú aprovecha la oportunidad: infíltrate, busca el medallón de Úrsula y libéralos a todos junto a Vórian".*

Ónice dudó, apretando la mandíbula con tanta fuerza que le dolió. Sin embargo, fue más dolorosa la decisión que mil latigazos de Kem. Odiaba la idea y detestaba separarse de él, pero sabía que era una jugada arriesgada pero perfecta.

"Bien —concedió la drugana de mala gana—. *Conseguiré ese maldito medallón. Pero escúchame bien, Sonth: si la cosa se tuerce lo más mínimo, si veo que corres peligro, le corto la cabeza y acabamos con esto a mi manera".*

"Cuento con ello —concluyó Sonthorn".

Ónice sacudió sus alas negras, envainó su espada con un chasquido amenazador y dio un paso al frente, encarando a la tirana con una sonrisa lobuna.

—Trato hecho, zorra plateada —espetó la drugana, escupiendo a sus pies—. Quédate con el chico dorado. Nosotros nos largamos de este cementerio.

La comisura de su labio subió en un gesto de victoria y expectación que hizo temblar a Ónice, pues lo reconoció del recuerdo de Vórian.

"Se aparta y me mira a los ojos. La comisura de su labio sube en un gesto que conozco y que deseo. Al instante noto cómo mis pantalones me aprietan y mis manos buscan las ataduras. Lysandra se aparta de mí y me mira".

Las náuseas volvieron a ella y miró a Sonthorn furiosa, frustrada y, si cabe, más furiosa. Sin embargo y a diferencia de las veces anteriores, fue capaz de controlarse y no se dejó llevar por la Oscuridad de Ágata que latía en su interior. Al menos tenía una efímera victoria. Apartó la vista de la drugana blanca y se volvió hacia Vórian.

—Vámonos —le ordenó.

El neutral asintió. Estaba pálido y sus manos temblaban de forma incontrolada. No dejaba de mirar a Elara, incapaz aún de

aceptar que estuviera viva y ante sus ojos. Ónice pasó a su lado.

—Arreglaremos esto —aseguró con un murmullo. Vórian sacudió la cabeza como si volviera a la realidad. Observó a la drugana ante él y sus ojos negros reclamaron su atención.

Ónice extendió sus alas y saltó hasta la cima de la muralla donde esperó a que Vórian acudiera. El neutral tragó saliva y, con un suspiro y una última mirada a Elara, inició el camino hacia la pequeña edificación que escondía las escaleras por las que habían descendido.

—Vórian —dijo Lysandra con voz neutra sin el más mínimo sentimiento—. La próxima vez que te vea ni siquiera te dejaré decir una palabra. Morirás en cuanto sepa que has regresado. Me has servido bien —dijo con una sonrisa ardiente—, por eso te dejo vivir, nada más. Escóndete donde quieras, pero lejos de mi ciudad.

El neutral no contestó y se alejó de ella. Subió por las escaleras y llegó ante Ónice.

"Sería muy útil si este inútil pudiera volar en la ciudad —dijo mentalmente al guerrero—. *¿Puedes hacer que se lo permita?"*

El guerrero se concentró en su alrededor. La ciudad seguía unida a él de forma involuntaria.

"Que lo intente".

—Transfórmate —le ordenó Ónice.

—¿Qué? ¿Cómo? No puedo en Heindor, nadie puede salvo que Lysandra le dé permiso.

—Ahora sí —aseguró sin la más mínima seguridad. No obstante, no iba a ser ella la que dudara de sí misma y su palabra. Si no lograba cambiar, le echaría la culpa a él sin ningún remordimiento.

Vórian suspiró y cerró los ojos concentrándose. Para sorpresa de todos, unas alas doradas emergieron de su espalda. Las abrió

todo lo que pudo y las sacudió incrédulo. Solo el Martillo lograba algo así, porque solo a ellos permitía Lysandra cambiar. La drugana blanca miró frustrada al neutral. Frunció el ceño y se dirigió al Martillo.

—Matadlo —ordenó—. Arrancadle las alas y traedlas ante mí.

—¡No! —gritó el guerrero interponiéndose entre los soldados y Vórian. *"¡Volad!"*, le gritó a la drugana—. ¡Ese no es el trato!

Todos los soldados menos uno se lanzaron al cielo de un salto impulsándose con su alas doradas.

—¡Sígueme! —ordenó Ónice saltando al otro lado de la muralla. Se elevó en el cielo y giró hacia el oeste.

Vórian la siguió al instante y ambos ascendieron tan rápido como pudieron. Sonthorn miró a Lysandra con dureza.

—Déjalos marchar.

—Nadie pone a prueba mi paciencia —respondió sin más.

Pero él podía hacer algo aún. Se concentró en la ciudad unida a su cuerpo y le ordenó que doblegara a los soldados del Martillo. Estos perdieron las alas y cayeron al suelo donde se estrellaron con dureza. Lysandra los observó con los ojos abiertos de par en par. Miró al guerrero tan furiosa como impresionada. Su respiración se aceleró al comprender quién estaba usando su ciudad contra ella.

—Has dado tu palabra. ¿Es que en esta ciudad no hay honor? —preguntó Sonthorn saboreando el poder que Heindor trasmitía hasta él. Sentía el latir de la ciudad a su alrededor, tanto que pudo ver incluso cómo las runas de esta brillaban con cada impulso procedente de su cuerpo.

Los soldados se pusieron en pie con torpeza, tan extrañados como doloridos por la caída. El soldado que permanecía sin casco acudió a ayudarlos a ponerse en pie. Solo Lysandra estaba ante él ahora, desarmada y vulnerable. Tras ellos, el ejército de cáscaras vacías de vida que era el pueblo de Heindor.

La drugana miraba al guerrero de hito a hito, tal vez retándolo a hacer lo que Ónice quería y él no.

Atrévete tú a romper tu palabra, parecían decir sus ojos plateados. Sonthorn sabía que quizá no volvería a tener una oportunidad así, pero suspiró y guardó su arma. Él no era así. Él no haría algo así. Hay momentos únicos en los que una decisión equivocada puede arrastrar en una espiral incontrolada de errores terribles y él no estaba dispuesto a dejar ganar a la Oscuridad gracias a ello.

Lysandra ladeó la cabeza y asintió ante su gesto. Sus ojos brillaron con intensidad y los ciudadanos de Heindor sacudieron las cabezas desconcertados. Sus ojos volvieron a recuperar la vida que les había sido arrebatada antes. Observaron a Lysandra y se inclinaron ante ella aclamando su bondad, su fuerza y su valor por defenderlos de los invasores. Lysandra hinchó su pecho y las placas de metal plateado se rozaron entre sí, emitiendo un sonido similar a un jadeo.

—Volved a vuestros quehaceres —ordenó magnánima—. La ciudad está a salvo y pronto mi legado podrá continuar mucho más fuerte que antes. La estirpe de druganos blancos de Heindor perdurará mil años más.

Un clamor extasiado se alzó entre el público. Sonthorn amplió su ser y los observó tal y como Ónice le había enseñado en la cima de la torre de Neyvel en Darmid. La drugana le había enseñado a ver la voluntad en los demás con facilidad y él lo puso en práctica. Pudo confirmar cómo el clamor era auténtico. Los ciudadanos de Heindor se mostraban llenos de júbilo por la noticia. Su dicha era casi absoluta. Buscó tras de sí a los soldados del Martillo y todos mostraban la misma alegría.

Todos salvo uno.

Sonthorn se centró en él. Era el soldado sin casco, el mismo al que había golpeado. Su cabello rubio seguía cubierto de sangre y caía sobre su rostro ocultando su expresión. Sin embargo, no podía

esconder su esencia y esta era ardientemente rebelde. Ayudaba a sus compañeros heridos con dedicación, pero su alma ardía por dentro.

—Mi pueblo me ama, extranjero —dijo Lysandra obligándolo a regresar a la realidad—. Todo Heindor me ama. Espero que no tardes mucho en hacerlo tú también.

El guerrero plegó las alas y observó a Lysandra ante él. Era un poco más alta que Ónice y sus alas blancas eran limpias y suaves, a diferencia de las suyas. Sin duda ella pasaría más tiempo cuidando sus plumas que volando, lo que explicaba su ligereza. Eran unas alas para ser miradas, ni una sola pluma osaba apartarse de su lugar perfecto.

Apretó los dientes cuando comprendió que era exactamente igual que aquella ciudad. Nada fuera de lugar, nadie alzaba la cabeza o esta sería cortada como ocurría con los rebeldes que seguían a Vórian. Estaban allí para servir a Lysandra y no al revés. Pero Sonthorn sabía que unas alas estaban hechas para volar, no para servir de adorno. El camino que había elegido la drugana blanca era el equivocado.

Los ojos de Lysandra brillaron con fuerza al mirarlo tratando de doblegarlo. Sonthorn no sintió fuerza alguna sobre él.

—Mi señora —dijo Elara. Sonthorn desvió un instante la mirada hacia Elara, aprovechando la momentánea tregua. Ahora que la vorágine mágica había cesado y las cadenas rúnicas habían desaparecido, pudo observarla con detenimiento.

Era una mujer de una belleza serena, pero trágicamente marchita. Su cabello rubio, rizado y carente de brillo, caía sobre sus hombros como un manto de hilo de oro viejo y olvidado. El rostro, de facciones suaves y delicadas, poseía la palidez enfermiza de quien lleva años sin sentir el calor auténtico. El tiempo la había convertido en una máscara de mármol, desprovista de cualquier línea de expresión; no había rastro de alegría, de miedo ni del más

mínimo dolor por haber tenido a su esposo a escasos metros, a diferencia de Vórian.

Vestía una túnica de corte austero y elegante, confeccionada en una tela gruesa de color blanco ceniza que recordaba a la estética de la propia Lysandra. Estaba ceñida a su figura por un cinturón de pesados eslabones metálicos. Los bordes de sus amplias mangas y faldones estaban rematados con intrincados hilos de oro que formaban patrones geométricos, idénticos a los que cubrían las casas de Heindor.

Sin embargo, lo que verdaderamente llamó la atención del guerrero fue su piel. Desde la base del cuello hasta el dorso de sus manos, sutiles cicatrices doradas surcaban su carne al igual que su marido. Eran tatuajes rúnicos integrados en su propio cuerpo, marcas mágicas que destellaban tenuemente al compás de su respiración pausada. Sus ojos, que alguna vez debieron estar llenos de vida y amor por Vórian, no eran ahora más que dos esferas de oro líquido y opaco. Dos pozos fríos e insondables, fijos en su señora con una devoción mecánica, absoluta y aterradora a disposición de Lysandra.

—¿Qué? —preguntó molesta la drugana blanca. ¿Sería por ella o por la falta de resultados en el guerrero?

—El castillo debería ayudar a…

—Lo sé —masculló interrumpiéndola. Elara asintió y guardó silencio.

"Los mismos tatuajes que Vórian. —Buscó a Ónice con su pensamiento, pero había desparecido en la distancia. Había perdido su rastro en el cielo cuando se vio obligado a actuar contra el Martillo—. *Ella los grabó en él y… ¿en sí misma? ¿Hay alguien más que sepa hacerlo?".*

—¿Conoces las runas? —preguntó a Elara.

Los ojos de la drugana brillaron con una chispa de vida por un instante, un minúsculo atisbo de pasión que ni siquiera la visión de

Vórian habían logrado traer de vuelta.

—Sí.

—Me gustaría saber sobre ellas. —El rostro de Elara recuperó el color por un momento—. Yo sé usar alguna de ellas.

Sonthorn comenzó a trazar una línea dorada ante la drugana. Sus ojos se abrieron de par en par. Miró a Sonthorn incrédula. Su corazón volvió a latir por un momento.

—¡Basta! Vuelve a casa —ordenó Lysandra a Elara con un brillo plateado en los ojos. La drugana agachó la cabeza y se marchó rápidamente empujada por la orden de su señora.

Los soldados volvieron a rodear a Sonthorn.

—En mi mundo las runas han sido casi olvidadas. Es reconfortante ver que Heindor mantiene su recuerdo —aseguró tratando de quitarle importancia a lo ocurrido. Las runas habían traído de vuelta a Elara más que el recuerdo de su propio marido. Era un detalle que no debería olvidar.

Lysandra observó al guerrero con dureza. Este traía ante ella todo lo que buscaba envuelto en peligro. ¿Sería capaz de doblegar a alguien como ella? Sacudió la cabeza y sonrió, nadie era como ella.

—Las runas son uno de los secretos que guarda esta ciudad. Acompáñame a mi hogar, te enseñaré…

—Me gustaría conocer la ciudad primero —la atajó. Lysandra hizo gala de un autocontrol que no sabía que tenía y se sintió orgullosa por ello. Nadie la dejaba con la palabra en la boca—. Si es posible.

—No mientras vayas armado —aseguró— ni transformado. Jamás he visto a un drugano con cuatro alas y no creo que nadie más deba verlo. Seamos dos sencillos druganos blancos observando la ciudad que les ha tocado gobernar. ¿Te parece?

El guerrero aceptó. Se concentró y volvió a su forma humana. Sus ojos volvieron a ser plateados al igual que los de Lysandra. Esta los observó con una rabiosa avaricia imposible de ocultar. Sonthorn se desabrochó el cinturón y le tendió la espada al soldado sin casco. A aquellas alturas sabía que él sería su única baza en la ciudad, al menos hasta que Ónice y Vórian lograsen adentrarse en ella.

—No agarres el mango, solo la funda, soldado —dijo mirándolo a los ojos. Aprovechó el momento para buscar en ellos la determinación que debía tener un auténtico rebelde. Sin embargo, lo que encontró fue un chico más joven aún que él que, si bien tenía la voluntad de rebelarse, no tenía la fuerza para hacerlo. Era poco más que un muchacho atrapado en una guerra que no le correspondía y en la que se precipitaba sin desearlo. Conocía el bando correcto, pero carecía del valor de empujarlo a la victoria.

"Es la viva imagen de mí mismo cuando salí de Shuko —se dijo con dolor al recordarlo".

El soldado asintió y asió la funda de la espada. Se retiró un par de metros de nuevo y dejó que los soldados del Martillo mejor preparados que él rodearan a Sonthorn.

—¿Te parece bien así? —preguntó.

—Sí —respondió Lysandra. Sin embargo, ella no volvió a su forma humana—. Deja que te enseñe Heindor, la última ciudad gobernada por los druganos blancos en este u otros mundos.

CAPÍTULO 17

EL ECO DE ELARA

Mientras Sonthorn se dejaba guiar por las calles doradas bajo la atenta y posesiva mirada de Lysandra, muy por encima de ellos, el cielo plomizo de Heindor ocultaba a sus dos aliados ascendiendo tan rápido como eran capaces.

Ónice batió sus alas negras con furia, ascendiendo en espiral hasta que el gélido viento polar amenazó con congelarle el aliento. Abajo, la ciudad no era más que un inmenso entramado de runas pulsátiles, un faro de falsa esperanza en mitad del yermo invierno. Se detuvo en el aire, flotando en la oscuridad absoluta que la arropaba como un viejo amigo, y esperó.

Apenas unos segundos después, Vórian emergió de las nubes bajas. Sus alas doradas brillaban con intensidad, pero sus movimientos eran torpes y erráticos, delatando no solo su falta de costumbre al vuelo, sino el profundo tormento que lo devoraba por dentro.

Se detuvo frente a Ónice, jadeando. Sus ojos dorados estaban fijos en la ciudad y la sorpresa que esta le había deparado.

—La he visto —murmuró el neutral, con la voz rota por una mezcla de rabia y desesperación—. Era Elara. Estaba justo ahí, a

pocos metros de mí. Y me ha mirado como si... como si yo no fuera más que una piedra en el camino. Como si todos los años que pasamos juntos no hubieran existido jamás.

Ónice chasqueó la lengua, apartando un mechón azabache de su rostro. No tenía tiempo ni paciencia para el drama emocional de los neutrales, no cuando Sonthorn acababa de meterse voluntariamente en la jaula dorada de Lysandra.

—Tu esposa es un cascarón vacío al servicio de una zorra plateada, Vórian. Acéptalo de una maldita vez y concéntrate —le espetó la drugana, agarrando al neutral por el peto de su armadura para obligarlo a mirarla—. Sonthorn ha comprado el tiempo que necesitábamos, pero no sé cuánto pasará antes de que Lysandra decida que es más útil muerto o esclavizado. Así que dime: ¿dónde demonios guarda ese maldito medallón?

Vórian tragó saliva, forzándose a apartar la imagen de Elara de su mente. Observó la estructura de Heindor desde las alturas y señaló con un dedo tembloroso hacia el centro de la ciudad.

—En la torre central. Es el castillo de su familia —dijo, recuperando poco a poco el aplomo de un líder rebelde—. Es el lugar más seguro de toda la ciudad. Nunca lo lleva encima; Úrsula se lo entregó a sus padres y desde entonces lo esconden. Si hay un lugar en que pueda estar seguro, es allí.

—Si es seguro para ella, es que no lo es para nosotros —masculló Ónice.

—Y menos ahora que te ha visto. Estoy seguro de que el Martillo estará vigilando los cielos. Lysandra no permitirá que nada escape a su control ahora.

Ónice siguió la dirección de su dedo. El castillo se alzaba como una aguja afilada, rodeado por un halo de luz rúnica desde el que se extendía un pulso hacia el resto de la ciudad. Entrar allí no iba a ser fácil, ni siquiera por el aire. Buscó a Sonthorn en el suelo, o al menos su brillo dorado, y no lo localizó. Comprendió entonces por

qué las runas habían vuelto a latir desde la torre olvidando al drugano.

—Entonces vamos a tener que colarnos en su propia casa mientras ella se distrae con Sonthorn. —Ónice sonrió, una mueca lobuna y carente de humor que hizo que sus alas negras se erizaran —. Escúchame bien, neutral. Vamos a entrar, vamos a robar esa maldita reliquia y, si nos cruzamos con tu mujer, espero que tengas las agallas de apartarla de mi camino. Porque si ella o cualquier otro soldado dorado intenta detenerme... —La espada de Ónice brilló con un fulgor rojizo en la oscuridad del cielo— te prometo que Heindor va a conocer la verdadera Oscuridad. ¿Entendido?

Vórian miró la espada y luego los ojos implacables de la drugana negra. Por primera vez desde que había iniciado su rebelión, comprendió que había aliado su destino a algo mucho más peligroso que la tiranía de Lysandra.

Asintió lentamente.

—Ella no es… no puede…

—Ella sola estuvo a punto de acabar con nosotros.

Vórian suspiró con dolor. Fuera quien fuera la Elara que él había conocido, ya no estaba allí.

—Entendido —respondió al final.

—Perfecto —concluyó Ónice, envainando el arma y plegando las alas para lanzarse en un picado suicida hacia las sombras de los tejados dorados—. Vamos a saquear a una reina.

Ónice cayó como una piedra, cortando el viento helado en un descenso vertical. Abrió las alas a escasos metros de los tejados de Heindor, dispuesta a fundirse con las sombras. Sin embargo, la ciudad no era un simple escenario, sino una extensión de la voluntad de Lysandra y pronto se dio cuenta de ello.

En el instante en que las botas de la drugana negra rozaron las tejas, las runas del edificio no solo no se apagaron bajo su

Oscuridad, sino que estallaron en un fulgor cegador que repelió sus sombras como si el propio tejado se hubiera incendiado. Una alarma silenciosa y mágica vibró en el aire, sacudiendo los cimientos de la urbe. Un pulso agudo y desesperado se extendió desde su posición y chocó contra el que provenía del centro del poder de Lysandra. Ambas corrientes de magia estallaron al enfrentarse creando una explosión dorada imposible de obviar.

Vórian, que aterrizaba a su lado con torpeza, ahogó un grito cuando el destello lo cegó momentáneamente.

—¡Qué narices es esto! —gritó la drugana.

—¡No lo sé! ¡Jamás lo había visto antes!

No tuvo tiempo de decir más. El cielo plomizo sobre ellos se rasgó con el zumbido de decenas de alas. El Martillo los había estado esperando. Una docena de soldados con armaduras doradas relucientes cayeron en picado desde las torres adyacentes, empuñando lanzas que apuntaron directamente al pecho de la drugana y del traidor.

Ónice rugió con furia. La espada rojiza cortó el aire, interceptando la primera lanza con un tajo brutal que partió el asta dorada en dos. Giró sobre sí misma, esquivando el segundo envite, y lanzó una patada que mandó a uno de los guardias a rodar por el tejado inclinado.

—¡Venid a por mí, escoria dorada! —bramó, la ansiedad y la Oscuridad bombeando por sus venas a la vez.

Pero no eran cuatro soldados como en la plaza. Eran más de una docena los que surcaban los cielos hacia ella. Eran demasiados y luchaban con una coordinación aterradora, guiados por la misma mente que trataba de doblegar a Sonthorn. Tres lanzas más la obligaron a retroceder hasta el borde del tejado. Vórian, defendiéndose a duras penas con su espada mágica, recibió un golpe con el canto de un escudo que lo hizo trastabillar.

—¿Alguna idea? —preguntó el neutral.

Ónice se miró los puños. A su alrededor una sombra oscura ganaba nitidez, envolviéndola, dándole calor, protegiéndola, robándole quién era. Volvió a tener la misma sensación que en la guarida de Byford, solo que esta vez supo ver que perdía el control sobre sí misma y se negó a dejarse llevar.

La drugana apretó los dientes, escupiendo un juramento. Odiaba huir, odiaba retroceder, pero incluso ella sabía reconocer una trampa mortal cuando la tenía delante. Desplegó sus alas negras y las batió lanzando la Oscuridad que la rodeaba, lo cual cegó momentáneamente a la vanguardia del Martillo.

—Salgamos de aquí.

Agarró a Vórian del hombro, tirando de él hacia el cielo. Buscó una salida a toda velocidad mientras observaba a los soldados de Lysandra. Planteó la idea de ir hacia el sur, por donde habían venido. El continente sería un refugio amplio en el que esconderse mientras trazaban un plan.

Sin embargo, en aquella dirección los soldados dorados formaban una fila defensiva en el aire, bloqueando el camino hacia el continente. Un semicírculo de guerreros, al menos dos docenas más, ascendían en todas direcciones. Para su sorpresa, no trataban de rodearlos, sino que se unían a sus congéneres. Buscó rápidamente una salida a ambos lados, pero las montañas bloqueaban las salidas naturales. Solo les quedaba retroceder hacia el norte.

—¡Al norte! —le gritó a Vórian.

—¡Es una condena a muerte! —respondió el neutral.

Los inexpresivos rostros de los miembros del Martillo ignoraron sus dudas y los azuzaron con embates coordinados hacia la única dirección posible. Más y más neutrales ascendieron hacia ellos.

"Y eso que Lysandra no quiere que vuelen… —masculló para sí misma, frustrada y furiosa. Sin embargo, estaba más aterrada aún. Había escapado de Ágata por muy poco, solo las runas doradas le

habían permitido ver la oscuridad que la rodeaba. Si se dejaba llevar allí mismo, sería el fin para ella y, a continuación, el del mundo".

—¡Es la única salida!

Vórian obedeció y ambos volaron a la desesperada, esquivando furiosas estocadas y ráfagas de magia dorada. Cruzaron la inmensa muralla posterior de Heindor, aquella que marcaba el final de la ciudad y daba inicio a lo que Vórian llamaba el fin del mundo.

En el instante en que ambos dejaron atrás la piedra dorada, el Martillo frenó en seco en el aire dejándolos libres. Los soldados se mantuvieron suspendidos sobre las almenas, observándolos en silencio, como si supieran que cruzar esa línea era una condena mucho peor que sus lanzas.

Ónice comprendió por qué un segundo después cuando la realidad le impactó en el rostro. Hasta entonces había creído que lo que Vórian llamaba el fin del mundo no eran más que cobardías de neutrales. Ahora entendió por qué nadie regresaba tras cruzar la muralla y abrió los ojos de par en par cuando se sumergió en el abismo tras la ciudad.

El viento más allá de Heindor no soplaba; rugía. Una tormenta desesperada, peor incluso que la del Guardián de Heindor, se desató sobre ellos. Un huracán de hielo y nieve cristalizada golpeó sus alas con la fuerza de un mazo. Perdieron altura al instante, arrastrados por la turbulencia e incapaces de mantener el control.

Cayeron rodando sobre un páramo de nieve virgen y roca negra, envueltos en un frío tan absoluto que a la drugana le quemó los pulmones. Se puso en pie a duras penas, clavando la espada en el suelo para no ser arrastrada por las huracanadas ráfagas de viento y hielo. El estruendo a su alrededor era ensordecedor. Su pelo y alas eran proyectadas tras ella con tanta fuerza que sintió que el viento se los arrancaría. Se sujetó con ambas manos a la espada clavada en la roca.

—i¿Qué demonios es este lugar?! —gritó Ónice, buscando a Vórian.

El neutral estaba a unos metros, arrodillado y sujetándose con las manos a la roca bajo la nieve. Ante ellos, a solo un par de metros, la roca se cortaba abruptamente. Habían llegado al fin auténtico del mundo. Un acantilado titánico, de caída vertiginosa y oscura, que se precipitaba hacia un océano congelado y embravecido, donde gigantescos bloques de hielo chocaban entre sí con bramidos monstruosos.

—¡Es el final! ¡No hay nada más! —respondió Vórian, cubriéndose el rostro con un brazo.

Ónice se acercó al abismo arrastrándose a duras penas. La ventisca era tan densa que apenas se veía más allá de unos palmos, pero la sensación de desolación era absoluta. Miró hacia el cielo que estallaba en una tormenta de rayos. Una red incesante de luces serpenteantes rasgaba una negrura absoluta, iluminando la noche con destellos cegadores e irracionales. No había pausa entre los relámpagos; era un pulso violento, un centelleo frenético que revelaba un abismo turbulento y opresivo sobre sus cabezas.

El trueno había dejado de ser un sonido para convertirse en una vibración física, un crujido continuo y ensordecedor que parecía resquebrajar los mismos cimientos de la realidad. El viento aullaba con la furia de una bestia herida que buscaba acabar con el causante de su dolor. Era un vendaval huracanado que los empujaba contra el suelo con una fuerza aplastante, amenazando con aplastarlos contra la cornisa de piedra negra y arrastrarlos hasta el vacío.

La tempestad venía cargada de un frío cortante, implacable, que atravesaba cualquier protección hasta alcanzar la carne. Los músculos de la drugana se agarrotaban, entumecidos por una temperatura que paralizaba la sangre, mientras una gruesa capa de escarcha comenzaba a tejerse sobre sus cabellos y pestañas, congelando su aliento antes siquiera de que abandonara los labios.

Debajo de ellos, el mundo terminaba en una vorágine de destrucción absoluta. El océano embravecido era una masa de agua y hielo negro rugiente que se alzaba en olas monstruosas, auténticas montañas de hielo oscuro que se precipitaban contra la roca del acantilado con impactos sísmicos. La violencia de los choques era tal que el mar estallaba hacia arriba, escupiendo columnas titánicas de espuma y agua helada que se elevaban más de cincuenta metros en el aire, cayendo sobre ellos como una lluvia invertida, salada y helada.

No era una simple tempestad. La atmósfera era tétrica, terminal y asfixiante. Transmitía la innegable y aterradora sensación de que las costuras del mundo habían cedido de forma definitiva, dejando paso a un caos primigenio dispuesto a devorar cualquier rastro de vida en aquel abismo al fin del mundo.

Ónice miró tras de sí furiosa. El Martillo había descendido y los observaba cómodamente desde su posición en la muralla donde la tormenta parecía reacia a acudir.

Golpeó la empuñadura de su espada con una mano y al soltarse estuvo a punto de salir volando. Habían fracasado. Lysandra los había expulsado como a insectos molestos y no había forma posible de volver atrás. Se preguntó si el día traería una calma pasajera con la que poder tratar de regresar, pero a su alrededor no descubrió ningún lugar para huir. Atrás la muralla de decenas de metros que solo volando alcanzaría, ante ella la muerte. A los lados, oscuridad.

Sin embargo, antes de que la drugana pudiera maldecir su suerte, un resplandor llamó su atención. Volvió la cabeza hacia el lugar que iluminaba con una extraña luz dorada que osaba enfrentarse a la de los rayos continuos del cielo.

Vórian se había puesto en pie de forma rígida, casi hipnótica. No miraba a Ónice, ni a la tormenta, ni a la muralla dorada de Heindor. Sus ojos estaban fijos en sus propios brazos. Bajo las placas de su armadura, las runas que Elara le había tatuado estaban

brillando con una intensidad furiosa. Pero no era el latido opresivo, rítmico y tiránico de la ciudad dorada. Era un fulgor salvaje, antiguo y desesperado, que palpitaba con una fuerza que parecía quemarle la piel y que traspasaba incluso el metal de su armadura.

—¿Vórian? —Ónice dio un paso hacia él y se vio obligada a volver a su posición. El viento casi la arrastró hacia el precipicio—. ¿Qué narices haces?

—No lo …sé —susurró el neutral. Su voz sonaba lejana, ahogada por el viento, pero carente del miedo de antes—. No sé qué me ocurre.

El neutral comenzó a caminar luchando contra la tormenta. Sus pasos eran torpes pero su dirección era firme. Se dirigió directamente hacia el abismo.

—¡Cuidado! —Ónice se lanzó hacia delante para agarrarlo y fue repelida por el viento huracanado. Logró clavar la espada a tiempo para no ser arrastrada y se arrodilló sobre la piedra para oponer la menor resistencia al viento. No le permitiría dejarla allí sola. Plegó las alas y extendió la mano hacia él tratando de agarrarlo—. ¡Detente!

Por suerte, Vórian se detuvo justo en el borde del acantilado, a escasos centímetros de la caída al vacío. Las runas de su cuerpo brillaban ahora con tanta intensidad que iluminaban la nieve a su alrededor. Pero el neutral no miraba hacia el océano helado, el cielo negro o la tormenta ante él, sino hacia un saliente escarpado en la propia pared vertical del abismo.

—¡Allí abajo! —exclamó. Levantó un brazo tembloroso y señaló hacia él.

Ónice se asomó con cautela, luchando contra la tormenta que amenazaba con empujarla al vacío. A unos diez metros por debajo del borde, desafiando la lógica y oculta a los ojos de cualquiera que no supiera dónde mirar, había una cavidad en la piedra. Una cueva natural, oscura y silenciosa, de cuyas profundidades parecía emanar

un tenue brillo dorado que sintonizaba a la perfección con el latido frenético de los tatuajes de Vórian.

El neutral la miró con los ojos dorados muy abiertos.

—¡Hay algo ahí abajo!

Ónice amplió su ser y descubrió una fuente dorada de magia. Esta se introducía en la roca bajo ellos, alejándose hacia la ciudad bajo ella. Volvió a la realidad al momento.

—¿Qué narices? —masculló sorprendida—. ¿Cómo no hemos visto esto antes? ¿Sabías que estaba ahí?

—¡No tengo ni la menor idea! ¡Nadie ha vuelto jamás! ¿Cómo iba a saberlo? —admitió Vórian. El frío parecía haber dejado de afectarle, completamente absorto en el fulgor de sus propios brazos. Estos se tensaron y brillaron con más fuerza aún. Apretó los dientes conteniendo un grito de dolor—. ¡Las runas! ¡Me están quemando! —Sus brazos se lanzaron hacia el suelo con fuerza—. ¡Es como si me arrastraran hacia abajo!

Ónice evaluó la situación en un latido. Tras ella, el cielo estaba vigilado por un ejército letal bajo el mando de una mente implacable. Ante ella, la tormenta amenazaba con arrojarlos a un océano de hielo donde solo encontrarían la muerte. Y debajo, un agujero en la roca que emanaba una magia incomprensible, desconocida y poderosa.

—Un pozo ciego bajo el fin del mundo… —gruñó la drugana, limpiándose los cristales de hielo que se le acumulaban en las pestañas. Por nada del mundo se metería bajo tierra de nuevo, estaba segura de que allí estaba Ágata esperando cualquier momento de debilidad—. ¡Podría ser una de sus trampas!

—¡No lo creo! ¡Jamás ha llegado hasta aquí, ni siquiera ella! ¡Podría ser lo único en esta ciudad que Lysandra no controla!— rebatió el neutral a gritos, la tormenta era demasiado intensa para hablar. Para él no existía Ágata, por lo que no lo veía como Ónice.

Miró a la drugana a los ojos con una determinación inesperada—. ¡Voy a bajar!

No esperó la aprobación de la drugana negra. Vórian se inclinó sobre el borde resbaladizo y comenzó a descender por la pared vertical, aferrándose a los salientes de la roca oscura con una fuerza nacida de la pura desesperación. Sus alas fueron sacudidas por la tormenta de forma violenta y se vio obligado a volver a su forma humana para no ser arrastrado por el viento huracanado.

Ónice soltó un bufido de exasperación. Lo vio descender ante ella, centímetro a centímetro, indecisa. No aguantaría mucho en el exterior, de eso estaba segura. Su magia no la protegía en absoluto ya, al contrario que en el frío del norte del Valle de Valán o incluso durante su lucha contra el Guardián de Heindor. La tormenta era diferente a todo lo que había visto, salvo el maldito glaciar de que creía que se había librado tan solo unas horas antes.

Una pieza encajó en su puzle mental al unir el glaciar y el maldito y real fin del mundo ante el que se alzaban. Ambos parecían tener el mismo tipo de magia en ellos, una desgarradoramente poderosa. Pero el glaciar estaba hecho para detener a Ágata, ¿estaría diseñado aquel fin del mundo y el pasadizo bajo él con el mismo propósito? Observó el cuerpo de Vórian iluminado por su brillo dorado proveniente de las runas de su piel y chasqueó la lengua frustrada.

Había visto aquel mismo brillo en la runa de Sonthorn que derritió el hielo. Aquel era el camino que Calandra había puesto ante ellos para seguir adelante.

—Malditas seáis todas —masculló mirando al cielo. Ninguna luna presidía el firmamento. Las nubes negras eran demasiado intensas para dejar pasar su imagen—. Más os vale saber lo que hacéis.

Ónice volvió a su forma humana y se humedeció los labios, nerviosa hasta el extremo. Una caída al vacío jamás había provocado el menor miedo en ella, al menos mientras fuera de noche, pero

sabía que si resbalaba caería sin remedio y sus alas no servirían para nada contra aquella tormenta.

Suspiró y se dispuso a bajar. Apoyó el abdomen contra el borde y dejó caer los pies. Para su sorpresa, estos encontraron un lugar firme en el que apoyarse casi sin esfuerzo. Parecían incluso estar esperando sus pasos con desesperación.

Masculló un último improperio hacia las diosas, las ciudades doradas, las runas, los neutrales, Lysandra, el hielo y Ágata. Sin embargo, no estuvo satisfecha y dedicó una nueva retahíla de insultos sobre la drugana blanca antes de comenzar a bajar. Si tenía que morir en aquel descenso, lo haría quedándose a gusto.

La roca negra estaba húmeda y fría, pero los asideros eran firmes y variados. Además, el furioso viento la empujaba constantemente contra la pared, por lo que sus brazos casi no tuvieron que soportar su peso. El descenso fue terrorífico pero corto. No tardó demasiado hasta llegar hasta Vórian. Este la esperaba en el exterior de la pared de piedra iluminando su destino con su brillo dorado.

—¡Odio todo lo neutral! —le gritó cuando llegó hasta él.

Vórian asintió aceptando sus motivos. Sin embargo, su rostro iluminado desde su pecho, en contraste con los rayos plateados del cielo, se mostró decidido. Señaló hacia el interior de la piedra donde les esperaba una oscuridad total, ni siquiera los destellos constantes lograban adentrarse en ella.

Cuando ambos cruzaron el acceso y se adentraron en la pared de piedra, el aullido del viento desapareció de golpe, ahogado por un silencio pesado y denso. La cueva no tenía nada de espectacular ni de arquitectónico. Era una simple galería de piedra en bruto, angosta y asfixiante.

Sin embargo, a los pocos pasos, la naturaleza del túnel cambió. La roca desnuda dio paso a una superficie lisa y pulida hasta el punto de alcanzar el brillo de un espejo negro. El fulgor que

emanaba de la piel de Vórian rebotó en las paredes, creando la ilusión de que caminaban a través de un caleidoscopio de oro líquido. El aire perdió su mordisco helado, volviéndose cálido y cargado de una estática que les erizó el vello de la nuca.

Ónice desenvainó su espada por instinto, aunque el arma no emitía su habitual brillo rojizo, sino que este se mantenía casi apagado, como si reverenciara el lugar o no se atreviera a mostrarse. La magia de aquel lugar sofocaba a la de la drugana al igual que a su espada, como si una mano invisible se cerrara en torno a su garganta.

—Hay algo aquí —susurró la drugana, deteniéndose en seco. Sus ojos negros escudriñaron la negrura que se abría ante ellos. Amplió su ser sin descubrir nada en su camino, al menos vivo. Sin embargo, sabía que su cuerpo no le engañaba nunca. Había aprendido a confiar más en él que en sus propios ojos—. No estamos solos. No sé qué es, pero estoy segura de que hay algo.

Vórian miró en todas direcciones. Giró sobre sí mismo y el brillo que emitía giró con él. Alzó un brazo señalando un recodo del túnel que se iluminaba poco a poco, fortalecido por el brillo del neutral. Al principio, Ónice creyó que era un truco de la luz rebotando en la piedra pulida, pero una figura se hizo nítida a medida que el neutral avanzaba hacia ella como si su luz fuera la que le diera vida.

No era un guardián y desde luego no era ningún monstruo. Era una mujer de luz dorada, traslúcida e inmaterial, suspendida en el aire como una mota de polvo atrapada en un rayo de sol. Estaba de espaldas a ellos, absorta en la contemplación de un grueso tomo encuadernado en cuero que sostenía entre las manos. Su cabello rubio caía sobre sus hombros en una cascada de rizos que Ónice reconoció al instante.

Vórian dejó escapar un sonido ahogado, a medio camino entre un sollozo y un grito.

—Elara… —susurró, dando un paso vacilante hacia el espectro de su mujer.

La figura no reaccionó a su voz. Parecía ajena a su presencia, atrapada en un bucle temporal. Con un movimiento grácil, la aparición levantó una mano y trazó un símbolo brillante en el aire. La runa quedó suspendida, vibrando con una nota musical baja y profunda. Elara observó el símbolo, asintió para sí misma y anotó algo apresuradamente en su libro.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Ónice, acercándose a Vórian sin apartar la vista del fantasma—. ¿Una trampa de la zorra plateada?

—No —respondió el neutral, incapaz de apartar los ojos de la mujer que amaba. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas, reflejando la luz dorada de sus tatuajes—. Es… es un recuerdo. Un eco de su pasado. Elara me habló de esto... de los días en que investigaba las raíces de la ciudad, mucho antes de que desapareciera. Ahora sé que Lysandra fue la que la apartó de mí y para controlarla.

—Dijiste que nadie usaba las runas en tu ciudad salvo Lysandra.

—Y así ha sido siempre. Solo Elara ha sido capaz de esquivar su voluntad.

El espectro de Elara cerró el libro de golpe. Se giró lentamente, revelando un rostro joven, lleno de vida y de una pasión devoradora por el conocimiento; un contraste brutal y desgarrador con la máscara de mármol que habían enfrentado minutos antes en la plaza. Sus ojos no eran pozos vacíos, sino que brillaban con inteligencia y terror a partes iguales. Ónice encontró la conexión con Cerón al instante. Dibujó una nueva runa y esta se marchitó en el aire. Movió la cabeza de lado a lado entristecida.

—La magia está invertida —murmuró el eco de Elara, su voz resonando en el túnel como un susurro arrastrado por el viento—. Heindor no nos protege. Nos devora.

La imagen parpadeó, distorsionándose por un segundo antes de volver a estabilizarse. Elara alzó la vista, y por un instante aterrador, pareció mirar directamente a Vórian.

—Si Lysandra descubre lo que he encontrado, ya nada la detendrá —continuó el espectro, abrazando el libro contra su pecho con desesperación—. Tengo que esconder la llave.

La figura de luz dorada se deshizo en un millar de chispas incandescentes que llovieron sobre el suelo de cristal negro antes de desvanecerse por completo, devolviendo el túnel a la penumbra.

El silencio volvió a cerrarse sobre ellos, más pesado y asfixiante que antes. La única luz procedía ahora del pecho y los brazos de Vórian, cuyo fulgor dorado temblaba al compás de su respiración entrecortada. El neutral permanecía de rodillas, con la mirada fija en el punto donde la imagen de su esposa se había disuelto, como si esperara que regresara para terminar su frase.

Ónice dejó caer la espada, aunque no la envainó. La opresión mágica del túnel seguía allí y el eco de las palabras de Elara vibraba en el aire espeso del túnel. Todo su ser le gritaba que algo iba mal.

—¿La magia está invertida? —masculló la drugana, rompiendo el silencio. Su voz sonó extraña en aquella acústica perfecta y desprovista de ecos—. ¿De qué demonios estaba hablando tu mujer? ¿Y qué magia?

Vórian sacudió la cabeza despacio, poniéndose en pie con dificultad. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, dejando un rastro dorado sobre su piel sucia por los rigores del viaje.

—No lo sé. Te juro que no lo sé —confesó con un hilo de voz—. Elara siempre fue una erudita, una apasionada de la historia antigua y la magia rúnica. Pasaba noches enteras despierta estudiando textos que nadie más entendía. Yo... yo solo era un soldado. Me limitaba a amarla y a protegerla mientras ella desentrañaba sus misterios.

—Ya sé a quién se parece… ¿Qué misterios desentrañó?

Miró sus propios brazos, donde las inscripciones ardían con un fuego silencioso. Los alzó hacia la drugana.

—Me habló de este pasadizo pocas veces, siempre entre susurros, como si temiera que las mismas paredes de nuestra casa la escucharan. Decía que Heindor ocultaba un secreto bajo sus cimientos, algo que precedía a la propia Lysandra y a sus padres. Siempre creí que eran teorías extravagantes, historias irreales. Qué ciego he sido…

—Esa mujer no quería que Lysandra supiera lo que sabe. ¿Tú crees que la habrá torturado lo suficiente ya o le dejamos más tiempo? —ironizó—. Sigamos adelante.

Ónice se giró y reemprendió la marcha a través del túnel pulido. La curiosidad y la necesidad imperiosa de encontrar una ventaja contra la tirana blanca la empujaban hacia delante, superando su aversión instintiva a los espacios cerrados.

—*Tengo que esconder la llave* —repitió Vórian, siguiendo sus pasos. Sus tatuajes iluminaban el camino, reflejándose en las paredes como un río de oro—. Si es una llave física, algo que abre una puerta o activa un mecanismo, Lysandra la estará buscando. ¿Crees que la escondió aquí abajo?

—Si Lysandra no conoce este lugar, es el escondite perfecto —respondió Ónice sin detenerse—. Nadie cuerdo entraría por su propia voluntad. Ya puedes ir pensando cómo salir de aquí antes de que me vuelva loca.

Continuaron avanzando por la galería. La pendiente era suave y constante, hundiéndolos cada vez más profundamente bajo la ciudad. Ónice abrió y cerró los dedos nerviosa, el recuerdo de Ágata latía cada vez más fuerte en su interior. La temperatura seguía subiendo y la estática en el aire era tan intensa que el cabello de ambos flotaba levemente alrededor de sus rostros. El túnel parecía no tener fin, un camino interminable hacia el corazón de un misterio antiguo.

De pronto, la luz rúnica de Vórian parpadeó violentamente. El neutral se detuvo en seco y señaló con la mano. Ónice se giró al instante, con la espada en guardia. Ante ellos, la negrura del túnel volvió a rasgarse con un destello de luz dorada. La figura de Elara reapareció, pero esta vez la escena era diferente, mucho más íntima y cargada de una desesperación tangible.

No estaba en el túnel. El eco proyectaba una habitación pequeña y austera, tenuemente iluminada por una sola vela. Elara estaba sentada en un taburete de madera, de espaldas a una ventana cerrada y no sostenía ningún libro. En su lugar, su mano derecha empuñaba un punzón de hueso afilado, y su brazo izquierdo estaba desnudo hasta el hombro.

El sudor perlaba su frente y sus labios estaban apretados en una línea fina y dolorosa. Con un movimiento lento, preciso y tembloroso, clavó el punzón en su propia carne. Vórian ahogó un grito de puro horror al ver la sangre manar de la piel de su esposa.

Elara no emitió sonido alguno. Con una determinación que helaba la sangre, comenzó a arrastrar el punzón, tallando una runa compleja y antigua en su antebrazo. El símbolo brilló con luz dorada en el momento en que quedó completado, sanando instantáneamente la herida, pero dejando la cicatriz incandescente en su piel.

La drugana alzó la vista hacia el techo de la habitación proyectada, y sus ojos, llenos de terror e inteligencia, brillaron con una luz febril.

—No puedo confiar en nadie más —murmuró el eco de Elara. Su voz se mostró quebrada por un dolor físico y emocional que solo Vórian era capaz de comprender—. Si me descubre, si me obliga a servirla, las runas de la ciudad me obedecerán y por lo tanto a ella. Pero estas... —Se acarició el brazo recién marcado con ternura—. Estas no podrá controlarlas. Estas son solo mías. Son la auténtica verdad de Heindor.

Mojó el punzón en un pequeño tintero dorado y se preparó para tallar una nueva runa en su hombro.

—Tengo que convertirme en el mapa —susurró con desesperación y el punzón volvió a clavarse en su piel. Sus movimientos eran cada vez más rápidos. Alzó la cabeza de pronto y guardó silencio, su mano congelada en el movimiento. Tras unos segundos volvió a respirar y continuó su obra—. Tengo que ser la cerradura y la llave. Solo Vórian podrá cumplirlo. Solo él sabrá cómo deshacer lo que han hecho. Solo él podrá completar aquello para lo que yo no tengo la voluntad necesaria.

La imagen parpadeó violentamente, distorsionándose bajo la presión de la magia ancestral del túnel. Elara, joven y llena de dolor, los miró una última vez antes de que su eco se desintegrara en una lluvia de chispas doradas, devolviendo al túnel a su silencio sepulcral.

El silencio regresó con una pesadez abrumadora tras la desaparición del eco. Vórian se miró los brazos y el pecho, recorriendo con los dedos los bordes de sus propios tatuajes como si viera su piel por primera vez.

—Yo… no sabía nada de esto —murmuró, con la voz rota, incapaz de asimilar la magnitud del secreto que había compartido Elara con él sin saberlo—. Jamás me lo dijo.

—¿Y qué hay de tus runas, neutral? —preguntó Ónice, señalando con la punta de la espada el cuerpo incandescente del hombre—. Si ella era el mapa y la cerradura, ¿qué se supone que te grabó a ti?

Vórian tragó saliva. El dolor del sacrificio de la mujer que amaba lo estaba desgarrando por dentro de una forma que ni la peor de las torturas físicas lograría.

—Me dijo que eran para protegerme, nada más. Debían ayudarme a soportar la influencia de Lysandra —explicó, apretando los puños. La espada y el escudo asomaron de cada uno de sus

antebrazos. Ónice arqueó una ceja y un escalofrío recorrió su espalda. Si aquellas runas habían ayudado a Vórian a resistirse a Ágata y aun así había ocurrido lo de su visión, ¿qué sería capaz de hacerle a Sonthorn? ¿Sería capaz de soportarla?—. Le creí, le creí sin dudar. Era mi esposa, ¿por qué iba a dudar de ella?

—Porque estaba fabricando algo en ti en tus propias narices —sentenció la drugana negra con una frialdad calculada, aunque en el fondo admiraba la brutal astucia de aquella mujer dorada, lo que le molestaba—. Avanza. Se nos acaba el tiempo y Sonthorn no aguantará eternamente la pantomima con la zorra plateada.

Siguieron adelante. El túnel parecía reaccionar a la determinación de Vórian, ensanchándose ligeramente mientras la pendiente se volvía más pronunciada. El calor era ahora sofocante. Ónice apretó los dientes; la Oscuridad de Ágata se revolvía en sus entrañas, excitada, casi frenética por la inmensa cantidad de poder mágico que se concentraba a su alrededor. Estaban llegando a las raíces mismas de Heindor.

De pronto, la luz rúnica de Vórian estalló con una violencia que obligó a Ónice a cubrirse los ojos. El eco mágico más potente de todos rasgó la penumbra del túnel, inundándolo todo con una claridad cegadora.

Esta vez la visión era abrumadoramente real. Proyectaba su propia habitación en Heindor, la cama que ambos habían compartido durante años. Sobre las sábanas empapadas en sudor y sangre yacía el propio Vórian. Estaba inconsciente, con el torso desnudo y el cuerpo entero sacudido por violentas convulsiones, víctima del poder oculto que estaba siendo forzado a entrar en su cuerpo a través de las runas.

A su lado, Elara guardaba el punzón de hueso manchado de sangre. Estaba agotada, pálida como un espectro y con los ojos enrojecidos por las lágrimas reprimidas. Acababa de terminar el último trazo sobre el pecho de su marido. La mujer dejó el tintero a un lado y se inclinó sobre el cuerpo agonizante de Vórian, que

luchaba contra la fiebre en un combate demasiado equilibrado. Con una ternura infinita, apoyó una mano sobre su pecho ardiente, justo sobre la runa central que ahora latía con vida propia sobre su corazón.

—Aguanta, mi amor —susurró Elara. Su voz resonó en las paredes del túnel con una claridad que rompió el corazón del Vórian real. Incluso Ónice pudo sentir el amor en las palabras de la neutral —. Ten el coraje para seguir siempre adelante, incluso cuando yo no pueda. Tal vez yo sea la llave, pero tú serás la mano que abra Heindor a la verdad. Perdóname por lo que tengo que hacer, no hay otra solución. Estoy segura de que sabe que he encontrado algo y no puedo permitir que me utilice. Te quiero y siempre te querré. Encontrarás el camino, estoy segura, porque nada te detendrá jamás. Estaré esperando a que lo consigas, te lo prometo.

Elara se inclinó, depositó un beso trémulo sobre la frente empapada de su marido y se levantó. No miró atrás. Su rostro se endureció, transformándose en la máscara inexpresiva que Lysandra pronto reclamaría como propia. Salió de la habitación, abandonándolo para siempre para enfrentarse a su propio oscuro destino.

La visión se desvaneció de golpe, absorbida por la oscuridad del túnel solo contrarrestada por el brillo del neutral. Vórian se quedó paralizado en el centro del túnel. Sus lágrimas ya no fluían, era incapaz de sentir nada, colapsado por lo que acababa de ver. El temblor de sus manos había desaparecido por completo. Todo el tormento, toda la confusión y la rabia que lo habían consumido desde que inició su rebelión se cristalizaron en ese instante en una única y letal certeza.

—Fue la última vez que la vi —murmuró con dolor—. Creía que había muerto. Todos estos años separados y ahora…

—¿Ahora? Seguir adelante —le interrumpió la drugana—. No sé qué ha descubierto tu esposa, pero te juro que vas a encontrarlo quieras o no. —Ónice apretó los puños mientras la Oscuridad se

acumulaba a su alrededor desplazando el brillo del neutral—. Y no tenemos mucho tiempo.

CAPÍTULO 18

MI SEÑORA

El guerrero se situó al lado de Lysandra. Tuvo buen cuidado de no rozar siquiera sus alas blancas. No dejaba de sorprenderle el color tan regular que estas tenían, idéntico al de su pelo. Caminaron atravesando las calles de la ciudad de Heindor mientras el guerrero se preguntaba la razón de tal similitud.

El suelo era de piedra dorada al igual que los edificios. Se acercó a una de las viviendas y acarició el material confirmando que no estaban hechas de oro, solo era piedra normal y corriente a la que le habían entregado el color dorado de los neutrales. Recorrió una de las runas con un dedo mientras Lysandra esperaba para continuar la marcha exasperada con aquel ligero retraso. Dentro de la vivienda no había nadie. Parecía que nadie habitaba ya aquel hogar. No le sorprendió dado que la ciudad había albergado diez veces más neutrales que en aquel momento. Además, estos habían ido mudándose hacia el centro de la ciudad, donde las runas aún mantenían sus hogares calientes.

—¿Toda la ciudad está llena de runas? —preguntó con inocencia.

—Sí, pero estas no son interesantes. En mi castillo son mucho más útiles, así que si me sigues…

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo —sentenció. El guerrero enarcó una ceja sin poder evitarlo. Por suerte estaba de espaldas a ella. Acarició una nueva runa más, tal vez tratando de que esta le transmitiera algún recuerdo, sin resultado alguno.

Regresó junto a Lysandra y reemprendieron el camino. Pronto aceptó que, si eliminaba el color dorado y las inscripciones en las edificaciones, estas no se diferenciaban demasiado de cualquier ciudad del continente. Los mismos tejados que en Darmid, los mismos tipos de negocios que Pámer e incluso la misma estructura de calles que en Firman. A pesar de ello, no se extrañó de que compartiera la misma arquitectura. Aunque los neutrales habían abandonado el mundo hacía cientos de años, se habían traído con ellos la misma arquitectura.

"¿O es obra de mis antepasados? Firman fue construida según las instrucciones de los druganos blancos durante la separación. Sin embargo, aquí los repudiaban, al menos Vórian. —Algo no encajaba en su puzle mental y decidió aclararlo".

—Háblame de mis antepasados —pidió con suavidad—. Jamás he conocido a uno vivo y libre… Tú eres la única drugana blanca del mundo ahora. Debes de tener tantas historias…

—No solo tengo historias —aseguró alzando con sutileza la comisura de sus labios. El guerrero sintió una oleada de calor y carraspeó. Lysandra sonrió con su gesto. El guerrero no pudo negar la belleza despiadada que poseía—. ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo se construyó? ¿Cuándo ocurrió?

—No puedo saber el tiempo exacto y, la verdad, no me importa. Yo solo miro hacia delante. Atrás solo quedan los errores del pasado. El futuro es un tapiz en blanco en el que dibujar un mundo próspero —dijo la drugana blanca. Sonthorn pensaba igual, a

pesar de que el pasado era lo que le había llevado hasta allí. Tal vez no quisiera pensar en él, pero se veía golpeado por él quisiera o no —. Heindor fue construida por los neutrales que se negaron a abandonar el continente. —Lysandra observó al guerrero y su expresión—. Pero tú eso ya lo sabías, ¿no es así? Tal vez puedas mentir a esa mujer, pero a mí no. Los Grandes Señores sabemos ver la verdad oculta en el corazón.

—Sé que hay un mundo de neutrales lejos del continente, pero nunca he ido y no sé llegar —confesó. No había necesidad de mentir y menos a ella. Estaba seguro de que sería capaz de captar cada una de sus mentiras. Solo Ónice sería capaz de engañarla.

—Me gustaría visitarlo algún día —confesó—. ¿Me llevarás si tienes ocasión?

El guerrero pensó por un momento en alguien como Lysandra doblegando a los cientos o a los miles de druganos dorados de Heinsen y un escalofrío recorrió su espalda. Por nada del mundo permitiría algo así.

—No está en mi mano hacerlo. Ni siquiera me lo planteo —respondió tratando de no desagradarla. Lysandra sonrió de nuevo. Su rostro parecía brillar al unísono con sus ojos—. ¿Cuántos druganos hay en Heindor?

—Pocos, demasiado pocos para mí.

—Pocos no es un número.

—No, no lo es —respondió sin dar detalles—. Pero pronto serán más.

—¿Por qué?

Lysandra amagó una sonrisa y guardó silencio. Se detuvo y Sonthorn se encontró de frente con la estatua de un drugano blanco con las alas abiertas. Bajo él encontró la inscripción que Vórian les había relatado en la cueva de Byford. Sin embargo, cada uno de los caracteres que lo formaban estaba hecho de runas indescifrables

para él. Miró hacia arriba y confirmó que la escultura era tan impresionante como la de Firman. Sin duda era previa a la separación de las razas, pero entonces, ¿cuándo habían creado aquella ciudad? Heinsen, la ciudad de Egon, había nacido después, cuando los neutrales abandonaron el continente para alejarse de las guerras de sus congéneres, empujados por los nacimientos cada vez más numerosos de los druganos negros.

Un destello antinatural rompió la monotonía rúnica de las calles. Sonthorn alzó la vista hacia el cielo plomizo de Heindor y sintió que un nudo se le formaba en la garganta. Las runas de los tejados más altos acababan de estallar en un fulgor cegador, respondiendo a una intrusión directa. Un segundo después, el cielo se llenó con el zumbido de decenas de alas doradas en todas direcciones. Los soldados del Martillo convergieron sobre los intrusos como un enjambre letal, actuando bajo la voluntad silenciosa de la mujer que caminaba junto a él.

Desde el suelo, el guerrero observó la brutal danza. Vio el inconfundible destello rojizo de la espada de la drugana negra partiendo la defensa de un guardia. Por desgracia, también vio cómo la fuerza combinada del batallón obligaba a Vórian a retroceder bajo una lluvia de golpes. El corazón de Sonthorn dio un vuelco; su instinto primario le gritaba que convocara sus cuatro alas doradas y se lanzara al cielo en su ayuda, pero el plan que habían trazado en la plaza lo obligó a mantener su papel y a confiar en Ónice. La drugana sabría qué hacer.

La escaramuza en las alturas fue tan breve como aplastante. Los guardias no parecían buscar una matanza inmediata y formaron un muro infranqueable de escudos y lanzas suspendido en el cielo, bloqueando cualquier ruta hacia el castillo o hacia el sur. Con una embestida implacable, empujaron a Ónice y al neutral hacia la única dirección libre: el norte. Sonthorn apretó los puños, impotente, al ver a sus dos aliados cruzar la inmensa muralla posterior para ser inmediatamente engullidos por la monstruosa tormenta de hielo que rugía en el límite del mundo.

—No te preocupes por ellos, Sonthorn —murmuró Lysandra a su lado, posando una mano delicada sobre su brazo. Su voz era un arrullo suave y embriagador que lo obligó a apartar la mirada del cielo vacío. La drugana blanca ni siquiera había alzado la vista para contemplar el combate; sus ojos plateados seguían fijos en él, ardiendo con una codicia desmedida—. El norte no perdona a los traidores. Su historia terminará en la tormenta, pero la nuestra… la nuestra acaba de empezar.

Sonthorn apretó los dientes y respiró hondo calmando la rabia que latía en su interior. Se apartó de la drugana sin movimientos bruscos y se concentró en la estatua ante ellos enterrando la preocupación por Ónice y Vórian. Para su sorpresa, no le costó hacerlo. Decidió cambiar de tema y descubrir qué sabía sobre Ónice.

—No te sorprendió ver a un drugano negro en esta ciudad. Lo reconociste al instante a pesar de que jamás habrás visto a uno de ellos con vida —afirmó más para sí mismo que para ella. Lysandra mantuvo su expresión pétrea. Observaba la figura ante ella.

—Mis antepasados crearon esta ciudad para proteger a los neutrales, para asegurar su supervivencia a cualquier precio —dijo con deliberada lentitud, como si quisiera controlar cada matiz de su tono. Quizá creyera que Sonthorn podía encontrar la mentira en sus palabras, lo cual estaba muy lejos de ser verdad. Aun así, la idea de protegerlos a cualquier precio tenía demasiadas posibilidades, muchas de ellas terribles. Apoyó una mano en la pierna de la estatua ante ella e hizo una ligera reverencia—. Conocer a mis enemigos era lo mínimo que podía hacer.

—¿Qué dice el texto? —preguntó el guerrero observando los símbolos grabados. Estos no emitían fulgor alguno a diferencia del resto de la ciudad.

—Nadie lo sabe —aseguró con una voz tan dulce, suave y emocionada que Sonthorn sacudió la cabeza sorprendido. Carraspeó y apartó la inesperada idea de consolar a la tirana que azotó su mente—. Jamás nadie ha sabido leerlas.

—¿Qué hay de la mujer de las runas que he visto antes? ¿Puede ella leerlo?

—¿Crees que si ella supiera lo que dice no me lo habría contado ya? Esta es mi ciudad desde que nací, la misma que ha albergado a muchos antepasados tan heroicos como yo. Créeme, si supiera lo que dice aquí sería mucho más feliz. Seguramente hable de lo grandiosos que eran nuestros antepasados. Ojalá pudiera conocer qué dice.

Sonthorn asintió y aceptó la idea que Lysandra le exponía. Vórian debía de haberles mentido. Era la única explicación posible dado su odio hacia los druganos blancos que solo trataban de protegerlos. Al fin y al cabo, era un traidor, ¿no?

—Lamento haber insinuado algo así —se disculpó el guerrero. El rostro de Lysandra se contrajo golpeado por el dolor que la duda del guerrero provocaba en ella—. En mi mundo las runas se han perdido. No puedo leer ninguna de ellas y yo solo puedo usar unas pocas muy sencillas.

Lysandra palmeó la pierna de la estatua despidiéndose de ella y se giró con torpeza acariciando suavemente el rostro de Sonthorn con sus alas. Le devolvió una sonrisa sincera, jovial y apasionada.

—Espero poder saciar tu curiosidad, guerrero. Eres el primer drugano blanco que conozco desde mi padre. Además eres el primero que ha cruzado el mundo para verme. ¿Debo sentirme halagada? —Sus ojos brillaron emocionados ante el gesto de Sonthorn.

—Es lo menos que…

El sonido de una espada estrellándose contra el suelo llamó su atención. Se giró al instante y enfrentó al enemigo que su instinto le decía que estaba cerca. Sin embargo, solo encontró al Martillo vigilándolo y a su espada en el suelo. El soldado que la custodiaba se agachó a recogerla de nuevo, la asió y volvió a su postura expectante.

Sonthorn sacudió la cabeza y apartó la bruma en la que se había sumido su mente sin darse cuenta. Observó a Lysandra a su lado, su rostro mostraba la tiránica furia de quien ha dejado escapar a su presa por un error inesperado. Se humedeció los labios mientras meditaba. Podía deshacerse del Martillo, no serían distracciones ya para ellos, pero se arriesgaba a quedarse a solas con el guerrero. Un espécimen como él podía acabar con ella con sus propias manos, más aún cuando él estaba entrenado en el combate y ella no. Se tragó un improperio e inició la marcha hacia su castillo. Aún faltaba mucho para alcanzar todo su potencial.

Estaba perdiendo el tiempo allí abajo.

—Sígueme —ordenó, esta vez no había emoción, dulzura o suavidad.

El guerrero obedeció tragando saliva. No se había dado cuenta de cuánto estaba influyendo en él la drugana.

"Es tan sutil, tan breve, tan intenso, tan… natural que casi siento que estos sentimientos hacia ella son míos —se dijo incapaz de creer lo que estaba experimentando—. *¿Cómo puedo distinguir qué siento y qué no si no sé lo que debo sentir? Es una drugana blanca, equivocada, sí, pero es parte de mi especie".*

—Somos los dos últimos druganos blancos con vida —aseguró Lysandra—. ¿Qué te hace sentir eso?

La drugana parecía haber leído sus pensamientos.

"¿Será capaz de hacerlo? —se preguntó. Desconocía tanto sobre su propia raza como sobre la de los neutrales".

—Siento… esperanza por no ser el último, pero también decepción por cómo has gobernado esta ciudad —admitió con sinceridad—. Una gran parte de mí se alegra de conocerte, otra inseparable grita que eres un peligro para tu pueblo.

—Mi pueblo —repitió Lysandra con una sonrisa—. Me gusta que incluso tú, que desprecias mi gobierno, veas que es mi pueblo y no

el tuyo el que gobierno. ¿Cómo crees que son los neutrales? ¿A cuántos has conocido en tu mundo?

—He conocido a dos de ellos y han sido valientes, inteligentes y honorables.

Lysandra se detuvo y giró hacia el guerrero. Sus ojos parecían brillar con emoción.

—Entonces has conocido a más héroes dorados que yo en toda mi vida. Ojalá yo hubiese tenido la posibilidad que tú has disfrutado. Veo en tus ojos que eran auténticos guerreros, hábiles héroes como lo fue nuestra raza antaño.

Lysandra apoyó una mano sobre el brazo de Sonthorn. Este sintió una oleada de paz en su cuerpo, una brisa fresca y ajena a las guerras que libraba a diario. Era el viento de la libertad, el reflejo de blanco de una luna en una noche de verano. Su cuerpo le trasmitió la misma sensación que había sentido el día que se encontró con Tarnicis en Darmid. Apartó la mano antes de que el guerrero pudiera darse cuenta del deliberado contacto.

—Lamento escuchar algo así. Pero esta ciudad está llena de neutrales, a la fuerza debe haber alguno que encaje con mi descripción.

Lysandra chasqueó la lengua y reemprendió la marcha. Aún no estaba lo bastante cerca, el guerrero se seguía resistiendo.

—Los neutrales son una raza única —continuó Lysandra mientras caminaba. Aceleró el paso ligeramente—. Capaces de lo peor. Si deben matar, lo harán de formas atroces. Si deciden robar, nada los detendrá. Son apasionados en todo lo que hacen, es verdad. El problema es cuando esa pasión se encamina hacia el mal. Ellos no están limitados como nosotros a ser lo que debemos ser.

—Ellos pueden elegir, tal vez eso los haga más valiosos.

—Y peligrosos. ¿Sabes cuántas veces han intentado asesinarme? —La pregunta pilló desprevenido al guerrero. Casi

palideció ante la osadía de que alguien tratara de acabar con aquella drugana blanca, protectora de la ciudad de Heindor. Observó a los soldados del Martillo a su alrededor. No apartaban los ojos de él, las lanzas apuntando a su cuerpo en todo momento—. En efecto, por eso el Martillo me protege día y noche. Ya no… ya casi no puedo dormir del miedo que soporto a diario por esta carga que llevo. Mírame, ¿qué edad crees que tengo?

Lysandra se detuvo de nuevo. Tras ella se alzaba una estructura similar a un castillo, solo que mucho más pequeño. Era una copia a escala del castillo de Neyvel, sin duda lo habían construido para alojar a mucha menos población que Darmid. Comprendió que aquella ciudad no estaba destinada a crecer.

Quizá tampoco a sobrevivir.

Observó a la drugana y esta vez vio las ojeras marcadas en un rostro demasiado joven para soportar una carga que requería de unos hombros más maduros. Descubrió su pelo revuelto, su postura encogida, su leve y constante desviar de la mirada en busca de peligros en todas direcciones. Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en lo que habría tenido que sufrir para sobrevivir.

—No la suficiente para la carga que llevas —respondió el guerrero—. Deberían soportarla tus padres, no tú.

—Mis padres fueron asesinados por los mismos neutrales que yo protejo. —El dolor se reflejó en su rostro. El guerrero comprendió la magnitud de su sacrificio al seguir guiando a los neutrales a pesar de todo.

—Te honra mantener tu posición a pesar de la traición de tus siervos. Es… deberías… deberías…

El guerrero se quedó en blanco. Sacudió la cabeza desorientado. Lysandra dio una ligera patada al suelo frustrada y reemprendió la marcha. Estaba cerca, pero no lo bastante. Sonthorn la siguió y se situó a su lado.

—Lamento lo ocurrido. Pero ¿por qué este odio hacia ti?

—Odio hacia nosotros —puntualizó—. Porque no entienden nuestro legado, nuestro propósito, nuestra naturaleza. No son capaces de comprender el bien mayor cuando solo se preocupan por sí mismos. Lo único que les importa es tener la barriga llena, arte en sus manos y noches ardientes.

Sonthorn asintió. Egon era exactamente igual a como lo describía. Por lo que había dicho Valeria, casi todos los neutrales eran como él. Lysandra no se equivocaba a juzgarlos, solo erraba en el número. No todos eran así.

—Vórian no es así.

Lysandra suspiró con dolor. Siguió adelante y se detuvo ante la entrada a su castillo, por supuesto dorado al igual que el resto de la ciudad. Las runas que cubrían su piedra brillaba con intensidad. El fulgor dorado se reflejó en las alas de la drugana creando una extraña combinación.

—La traición de Vórian fue la que más me dolió —aseguró compungida. Hizo una señal hacia la puerta de madera reforzada y los soldados se apresuraron a abrirla ante ella—. Él desgarró mi confianza en los neutrales cuando creí que tenían redención.

Una lágrima recorrió el rostro de la mujer. Su nariz se arrugó, sus labios se inclinaron hacia su barbilla y sus hombros se hundieron. Las placas de su armadura tintinearon sobre sus hombros cuando estos subieron y bajaron al compás de sus sollozos. El guerrero no pudo evitar rodear con los brazos a Lysandra. Aquella joven inocente sufría por cada una de las traiciones de sus siervos.

La abrazó compartiendo su dolor y ella enterró su cabeza en su pecho. Se asió a su espalda y sollozó de nuevo hasta que una de las manos del guerrero acarició su pelo con ternura. Es lo mínimo que podía hacer por una líder tan sacrificada por sus hombres y mujeres.

—No tenía ni idea —confesó el guerrero—. No sabía nada de esto. ¿Qué hizo para causar en ti tanto dolor?

Lysandra sollozó de nuevo y respiró hondo. Se apartó de Sonthorn y trató de recuperar parte de la compostura que se le atribuía a la líder de Heindor. Se acomodó la ropa y el pelo con torpeza dejando sus ojos plateados relucir frente al guerrero aún impregnados de lágrimas. Era la viva imagen del dolor.

—Vórian mató a mis padres.

—¡Traición! —exclamó incrédulo. Miró tras de sí de forma inconsciente buscando a Vórian a su espalda. Lysandra gruñó por un momento y agarró la mandíbula del guerrero obligándolo a mirarla. Jamás una mano tan suave recorrió su rostro. La drugana deslizó los dedos por la barba de Sonthorn con un suspiro.

—Él sirvió a mi padre durante décadas. Era el líder de los soldados del Martillo, su palabra era ley en esta ciudad. Podía haberlo tenido todo a mi lado, podía incluso haber gobernado a los neutrales a pesar de no ser un drugano blanco. Él debía mostrarles la verdad respecto a mí y, sin embargo, decidió traicionar a mis padres y acabó con la vida de ambos mientras dormían.

El guerrero sintió náuseas al conocer aquella historia. No solo había traicionado a su padres, sino que los había asesinado mientras no podían defenderse.

—Una cobardía terrible. Abusó de su confianza y los asesinó mientras no se podían defender —murmuró tratando de digerir algo así. Era una traición tan despiadada que le costaba aceptar que alguien pudiera cometer semejante crimen.

La puerta terminó de abrirse y el fulgor de las runas del interior del castillo los iluminó. Lysandra se adentró de inmediato, debía aprovechar la repulsa del guerrero por Vórian para terminar de doblegarlo. El guerrero la siguió y al cruzar el umbral una atmósfera cargada de un silencio casi religioso los envolvió.

El guerrero observó su alrededor. Comprendió que el interior del castillo de Lysandra no buscaba calidez, sino perfección. Las estancias eran amplias y de techos altísimos, sostenidos por

columnas de piedra negra pulida donde las runas doradas no solo brillaban, sino que proyectaban levemente sus símbolos en el aire casi con una luz tangible. No había antorchas; la propia estructura emanaba un brillo dorado que bañaba cada rincón, eliminando cualquier rastro de sombra donde alguien pudiera esconderse.

El mobiliario era escaso y de una elegancia cortante. Grandes tapices de seda blanca colgaban de las paredes, bordados con hilos de plata que representaban la historia de la estirpe de los druganos blancos. El suelo, de un mármol tan oscuro que parecía cristal negro, reflejaba el fulgor de las runas del techo, dando la sensación de que se caminaba sobre un cielo estrellado e invertido.

Todo en el diseño del castillo estaba pensado para recordar la superioridad de su moradora: desde la acústica, que amplificaba el suave roce de las alas de Lysandra, hasta la disposición de los pasillos, que convergían hacia el gran salón central, un espacio diáfano donde el lujo se manifestaba en la ausencia de desorden. Era un lugar donde la belleza y el control se daban la mano, tan impecable que resultaba inhumano.

Las puertas se cerraron tras ellos con un estrépito sordo, dejando al Martillo fuera. Por primera vez, estaban a solas. Ya no importaba, estaban en su dominio, tal y como le había dicho Elara.

—Bienvenido a la verdad de nuestra estirpe —susurró Lysandra, su voz resonó en las paredes de mármol negro con una vibración que pareció acariciar la propia mente del guerrero, su corazón incluso.

Caminaron hacia el gran salón central. Sonthorn se sintió extraño; la pesadez de sus miembros había desaparecido, sustituida por una euforia creciente que no logró identificar. Cada vez que sus ojos se cruzaban con los de ella, los destellos plateados de Lysandra parecían expandirse, ocupando todo su campo visual y apartándolo del resto del mundo.

—¿Sientes eso? —preguntó Lysandra, deteniéndose en el centro de una estancia circular tras el primer pasillo—. Es la

conexión con la verdad de nuestro legado. Los druganos blancos somos los protectores, los más fieles servidores. Nuestra vida no vale nada sin alguien a quien defender.

Lysandra se acercó al guerrero. La distancia de seguridad que Sonthorn siempre mantenía se había evaporado poco a poco con sus palabras.

Ella era la única de su especie, su igual, su espejo. ¿Cómo rechazarla? La calidez que emanaba de la mujer era como un hogar que nunca supo que añoraba y que ahora lo arropaba en una noche fría y tétrica. Sin embargo, el recuerdo de Vórian y la imagen que se había formado de él como líder chocaron con la historia de Lysandra.

—Vórian dijo que… dijo que… —Las palabras rehuían los labios de Sonthorn. Se sentía incapaz de decir una atrocidad como su recuerdo le pedía.

—Vórian te habló de un monstruo —dijo ella atrapando la idea. Negó con la cabeza apesadumbrada. Acortó el último paso y su mano rozó su antebrazo sin pedir permiso ni perdón. Se situó ante él con un paso ágil y apoyó su otra mano sobre el otro brazo del guerrero—. Pero mírame. Mira el dolor que cargo por proteger a un pueblo que no me respeta, que no me quiere y que busca mi muerte. Él te usó para llegar hasta mí. Usó tu nobleza para que lo trajeras de vuelta a la ciudad que traicionó.

—Él... él dijo que el pueblo sufría —alcanzó a decir el guerrero, aunque su propia voz le sonaba lejana, como si viniera de debajo del hielo.

—El pueblo es feliz porque no tiene que elegir —respondió ella con una dulzura letal. Sus ojos plateados se clavaron en los de él—. ¿No estás cansado de elegir, guerrero? ¿De decidir quién vive y quién muere? Aquí, conmigo, no hay decisiones. Solo hay propósito.

Lysandra expandió sus alas blancas, envolviéndolos a ambos en un capullo de plumas inmaculadas. El aroma de la mujer se volvió embriagador. Sonthorn sintió que sus propias alas plateadas

brotaban de su espalda en una danza inesperada en la que intentaban fundirse con la luz de ella. La barrera mental que él creía inexpugnable comenzó a agrietarse ante la presión de una magia que no era hostil, sino seductora.

Un escalofrío recorrió su cuerpo y se extendió hasta sus alas. Estas iluminaron su alrededor con su plateada luz apartando el blanco de Lysandra y devolviendo al guerrero a la realidad. Miró a su alrededor con otros ojos.

—¿Dónde estamos? —se preguntó. Se apartó de Lysandra de un salto empujando las alas de la mujer.

Lysandra apartó la mirada tratando de evitar que viera su rostro de frustración contenida. Se cubrió con las alas y le dio la espalda. Respiró hondo y controló su voz tanto como pudo. Nadie lo hacía mejor que ella.

—Esta es la morada de mis antepasados —dijo abriendo las manos. Debía conducir al guerrero hasta la estancia en la que ella era imposible de doblegar—. Fue aquí donde Vórian nos traicionó.

—¿Por qué? ¿Qué le llevaría a hacerlo? —preguntó el guerrero. Apartó la cabeza cuando descubrió que sus ojos recorrían el cuerpo de la drugana y no solo sus alas. Se centró en las paredes doradas cubiertas por símbolos dorados, los tapices plateados y la piedra negra—. Una curiosa combinación.

—¿Cómo? Ah, los colores. —Lo que fuera por no perder al drugano—. Te contaré su secreto si me dices tu nombre. Tú sabes quién soy yo y yo no sé nada de ti. Creía que todos los druganos blancos eran educados correctamente en el continente.

—No, me temo que ya no hay ningún drugano blanco educado como pedían nuestros antepasados. —El guerrero amagó una sonrisa triste. Lysandra sí que sonrió abiertamente, el guerrero aceptaba quién era ella—. Mi nombre es Sonthorn y soy el último de los druganos blancos. O al menos lo era… hasta ahora.

Lysandra asintió con dolor y caminó hasta detenerse bajo uno de los tapices plateados.

—La raza más noble, más poderosa y leal casi condenada a muerte con el paso de los siglos. Míralos, Sonthorn —susurró Lysandra acariciando los hilos de plata que formaban el intrincado tapiz—. ¿Reconoces este lugar?

El guerrero alzó la vista hacia el bordado. La obra representaba una ciudad colosal, de torres blancas y esbeltas que parecían perforar un cielo impoluto. Un sinfín de figuras con alas inmaculadas surcaban los aires o se erguían orgullosas sobre las almenas. No había miedo, ni decadencia, ni tiranía en aquella imagen; solo la majestuosidad absoluta de quienes habían nacido para guiar, proteger y traer la luz al mundo.

Había estado en aquel lugar una sola vez, pero jamás olvidaría ni lo que era ni lo que significaba. Verla de nuevo ante él, aunque solo fuera en un bordado, le robó el aliento.

—Silvan, la capital de Silvanasia.

—Sí, pero no solo eso. Es Silvan en todo su esplendor. Fue la cuna de nuestra estirpe. ¿Sabes cómo se llamaba la Dirigente Blanca? —El guerrero negó con la cabeza—. Lysandra. La primera drugana blanca y la última. ¿No te parece curioso?

Sonthorn sintió un nudo en la garganta. Durante toda su vida había cargado con el peso aplastante de ser el único, una reliquia solitaria de un tiempo que el mundo había decidido borrar. Había aceptado su destino con honor, pero ver a los suyos allí, tan llenos de vida, gloria y propósito, hizo que una punzada de profunda y antigua soledad le atravesara el pecho.

Ahora compartía la carga con una igual. Miró a la drugana con otros ojos.

—Nos arrebataron todo —continuó la drugana, su voz temblando con una fragilidad tan perfecta que resultaba imposible dudar de ella—. El mundo nos exigió sacrificio tras sacrificio, nos

pidió que derramáramos nuestra sangre para protegerlos y cuando ya no quedaban guerras que librar, nos dieron la espalda. Nos dejaron extinguirnos hasta convertirnos en un mero mito.

—Silvan cayó por la traición y el dolor de los druganos negros —murmuró Sonthorn, dando un paso inconsciente hacia el tapiz, anhelando poder tocar aquellas figuras de plata.

—Vórian es mi propio drugano negro. Y, sin embargo, le he perdonado la vida como tú has perdonado a tu drugana negra. Tú no cargas con las decisiones de tus antepasados, pero cargas con su legado. Un legado que estaba muerto hasta esta noche.

—Creí que todo estaba perdido. No había luz en mi noche, no había luna en mi cielo…

—Solo quedamos tú y yo. Dos chispas solitarias en un mundo que se empeña en ahogarnos en la Oscuridad. He pasado mi vida entera en esta ciudad, Sonthorn, esperando que naciera un drugano blanco que siguiera mis pasos. —Lysandra se giró hacia él. La luz dorada del pasillo arrancó destellos de sus ojos plateados, que ahora brillaban empañados por lágrimas no derramadas—. Jamás ocurrió y solo he estado rodeada de neutrales. Miles de ellos. Jamás, en todos mis años de vida, me he sentido tan horriblemente sola como en el momento en que te vi desplegar tus alas blancas.

La confesión golpeó las defensas del guerrero con más fuerza que el embate de cualquier espada. Lysandra acortó la distancia entre ambos, moviéndose con una lentitud reverencial. Extendió una mano y, esta vez, no buscó su rostro ni su armadura, sino que rozó con la yema de los dedos las plumas plateadas de una de las alas de Sonthorn.

Él se estremeció incapaz de apartarse del contacto.

—Tú has cargado con este mismo vacío, ¿verdad? —susurró ella, acercándose un paso más, envolviéndolo de nuevo en su aroma a sándalo y magia antigua—. Caminar entre humanos, druganos negros y neutrales sabiendo que nadie, por mucho que te ame o te

respete, podrá comprender jamás la inmensidad de la carga que llevas dentro. El peso aplastante de ser el último.

Sonthorn bajó la mirada hacia ella. En el rostro de Lysandra no vio a la tirana que esclavizaba a su pueblo, sino a una igual; una mujer que había sido aplastada por el mismo destino cruel que a él le había tocado soportar.

—Ha sido un camino muy largo —confesó él en un susurro áspero, rindiéndose por un instante a la verdad de sus sentimientos —. Y muy frío.

Lysandra sonrió con una melancolía desgarradora y deslizó su mano desde el ala hasta el hombro del guerrero.

—Ya no tienes que pasar frío, Sonthorn. Y ya no tienes que estar solo en el mundo —le prometió, y el eco de sus palabras vibró en las paredes de cristal negro—. Nosotros no somos el final. Si unimos nuestra luz, si compartimos este peso... podemos ser el renacimiento de todo lo que perdimos en Silvan. Ven conmigo. Déjame mostrarte lo que podemos llegar a ser.

Sin esperar respuesta, entrelazó sus dedos con los de él. La calidez de su tacto adormeció las últimas dudas que aleteaban en la mente del guerrero y, con el corazón dividido entre el deber y el anhelo, Sonthorn se dejó guiar de nuevo a través de los impecables pasillos del castillo, directo hacia la trampa final de la drugana.

Lysandra tiró suavemente de su mano, apartándolo del tapiz de Silvan antes de que la razón pudiera abrirse paso entre la espesa bruma de la melancolía. Lo guio a través de un arco oscuro hacia un pasillo más estrecho, donde el fulgor dorado de las runas de Heindor comenzaba a atenuarse, sustituido por una luminiscencia fría, solemne y puramente plateada proveniente del fondo del mismo.

—Hay algo más que debes ver —susurró ella. El eco de sus pasos resonaba en la piedra negra pulida del suelo, marcando un compás fúnebre—. Algo que te hará comprender por qué la piedad es un lujo que ya no podemos permitirnos.

Unas pesadas puertas de doble hoja, grabadas con plumas entrelazadas, se abrieron lentamente a su paso sin que ella las tocara. La estancia en la que entraron era más pequeña, abovedada y sumida en un silencio tan denso que a Sonthorn le zumbaban los oídos. En el centro de la sala, iluminada por un único haz vertical de luz mágica, descansaba una amplia vitrina cilíndrica de un cristal tan puro que parecía agua congelada en el tiempo.

El guerrero contuvo la respiración al acercarse.

Dentro de la cápsula transparente, suspendidos en un reposo antinatural, yacían un hombre y una mujer. Sus alas blancas, idénticas a las de Lysandra, caían lánguidas a sus costados, peinadas y ordenadas con una devoción enfermiza. El rostro de la mujer era idéntico al de la joven tirana, aunque marcado por una serena madurez. El del hombre, de facciones recias, conservaba la majestuosidad inquebrantable de un líder. Ambos vestían túnicas inmaculadas, manchadas en el pecho por un cerco oscuro y reseco que contrastaba violentamente con la pureza de la escena. La sangre coagulada de dos heridas mortales.

—Mis padres —dijo Lysandra, deteniéndose a un palmo del cristal. Apoyó la palma de su mano abierta contra la superficie transparente, como si pudiera sentir el calor que hacía tiempo había abandonado aquellos cuerpos—. Mi padre era el Gran Señor de Heindor.

Sonthorn sintió un nudo áspero en la garganta. La visión de dos druganos blancos asesinados era un golpe brutal a sus cimientos, una profanación a la escasa familia que le quedaba en el mundo. Sus ojos plateados recorrieron las figuras inertes, deteniéndose en las heridas de sus pechos. Eran estocadas certeras, directas al corazón.

—Fue cobarde —añadió Lysandra con la voz quebrada, dejando caer la cabeza hasta apoyar la frente contra la superficie fría—. Vórian no tuvo el valor de atacarlos mirándolos a los ojos. Entró en sus aposentos de madrugada. La hoja de su espada estaba untada

en veneno para que no pudieran usar su luz para sanarse. Los encontré a la mañana siguiente sobre su propia sangre.

El guerrero apretó los puños. La furia amenazó con aflorar de nuevo, pero esta vez no estaba dirigida hacia la gobernante de la ciudad, sino hacia el neutral al que él mismo había dejado marchar. El líder estoico y sacrificado que había creído ver en Vórian se desmoronó por completo en su mente, sustituido por la imagen de un asesino ruin y calculador.

—¿Por qué los mantienes aquí? —preguntó Sonthorn en un susurro ronco, incapaz de apartar la vista de los padres muertos—. Deberían descansar en paz.

—Los mantengo aquí para no olvidar jamás el precio de nuestra compasión. —Lysandra se giró hacia él. Una sola lágrima, plateada y perfecta, resbaló por su mejilla pálida—. Les dimos todo, Sonthorn. Les dimos refugio en este yermo helado, luz para calentarse y muros para protegerse. Y, a cambio, clavaron su acero traicionero en el corazón de mi familia.

Acortó la distancia entre ambos de nuevo y tomó el rostro del guerrero entre sus manos. Sus pulgares acariciaron con extrema suavidad las facciones tensas de Sonthorn.

—Mírala y dime que Vórian merece la libertad que le has otorgado. Dime que los neutrales no necesitan ser controlados, atados y guiados con mano de hierro para evitar que nos masacren de nuevo. —Sus ojos penetraron en los de él, buscando apagar cualquier rastro de duda bajo una avalancha de dolor compartido—. No somos tiranos, Sonthorn. Somos los carceleros de unos monstruos ingratos. Y ahora que estás aquí, ya no tendré que soportar esta guardia yo sola.

Lysandra apartó sus manos del rostro del guerrero con una lentitud calculada, dejando que el frío de su ausencia lo golpeara de nuevo.

—Pero eso no es todo, Sonthorn. El precio de nuestra supervivencia exige sacrificios aún mayores. Un líder de verdad debe estar dispuesto a mancharse las manos para que su pueblo camine sobre la luz.

La drugana se apartó de la vitrina y se arrodilló sobre el impoluto suelo de cristal negro. Sus dedos trazaron una figura geométrica sobre la superficie sin juntas visibles. Un leve siseo rompió el sepulcral silencio de la sala mientras una gruesa sección del suelo se deslizaba sin fricción hacia un lado, revelando una estrecha escalera de caracol tallada en piedra bruta que se hundía en las entrañas del castillo.

Una ráfaga de aire viciado, cargado de un poder denso y primario, ascendió desde las sombras. Lysandra se introdujo en ella y Sonthorn la siguió en su descenso sin plantearse siquiera otra opción. A medida que bajaban, la perfección arquitectónica y la luz plateada desaparecían, devoradas por un abismo de roca desnuda iluminado únicamente por un tenue resplandor cobrizo.

Al final de los peldaños, una mazmorra se abrió ante ellos, brutal y despiadada.

En el centro de la estancia circular, suspendida por gruesas cadenas de hierro que se clavaban en sus muñecas y tobillos, yacía una mujer. Sus pies descalzos apenas rozaban el suelo de piedra. Tenía la cabeza caída hacia la espalda, derrotada por el peso del agotamiento, pero lo que robó el aliento de Sonthorn fue su cabello. Una cascada revuelta y sucia de un rojo intenso, ardiente e inconfundible.

Fuego puro latiendo en mitad del hielo de Heindor.

Era el rasgo innegable de la raza Vanhir, una anomalía absoluta en aquel rincón remoto y helado del mundo.

Las cadenas que la apresaban no eran simples ataduras de metal; parecían latir al absorber una energía visible que fluía desde la prisionera pelirroja hacia los muros del castillo, alimentando la

tiranía de la ciudad entera, que vibraba al ritmo con que las cadenas le arrebataban su energía.

—El mundo es cruel, Sonthorn, y el hielo no perdona —susurró Lysandra, situándose a la espalda del guerrero. Su voz era un arrullo seductor en la penumbra—. La ciudad necesita energía. Mi magia necesita un ancla para mantener a raya a los monstruos y proteger nuestro legado. Ella es… un recurso. Solo es la fuente que mantiene viva nuestra luz.

Sonthorn contempló a la mujer encadenada. Su instinto más profundo, todo lo que alguna vez había definido a su estirpe, le gritó que alzara una espada de la que carecía ahora, que destrozara las cadenas y liberara a aquella inocente de su tormento. Debería haber sentido una repulsión insoportable y, sin embargo, cuando intentó convocar su furia, solo encontró vacío.

La asfixiante magia del castillo, el dolor por los padres asesinados en la vitrina superior y la insoportable soledad de ser el último habían minado sus cimientos. La voluntad de Lysandra se cerró sobre él como una prensa de hierro forrada en terciopelo blanco.

Ya no podía resistirse o, simplemente, ya no quería luchar.

Estaba cansado de tomar decisiones, harto de cargar con el peso del mundo entero sobre sus alas.

—No tienes que volver a cargar con el peso de nuestra raza tú solo —le susurró la drugana, leyendo su rendición antes incluso de que él la formulara. Lysandra rodeó su cuello con los brazos y apoyó el pecho contra su espalda. Su armadura tintineó tras él—. Ríndete, guerrero. Déjame llevar el timón. Acepta tu lugar a mi lado y te prometo que nunca más conocerás la soledad.

Sonthorn dejó caer los brazos a los costados. Su mente se quebró con un suspiro mudo, aceptando por fin la jaula de oro y plata que ella le ofrecía.

Al sentir su sumisión absoluta, Lysandra lo obligó a girarse. Sus alas inmaculadas se abrieron y se cerraron en torno a ambos, aislándolos de la prisionera, de la oscuridad y del mundo exterior. Sin darle tiempo a articular una sola palabra, Lysandra selló su victoria.

Sus labios reclamaron los del guerrero en un beso profundo, posesivo y cargado de un poder embriagador que terminó de ahogar la luz de Sonthorn en un mar de plata. Él cerró los ojos y se dejó arrastrar por el abismo, entregando su voluntad a la última Gran Señora de Heindor.

—Mi señora… —dijo con un suspiro entre los besos apasionados.

SOBRE EL AUTOR

Como habrás podido imaginar, soy un autor particular. Las descripciones no me apasionan y trato de describir las escenas de mis libros a través de acciones de los personajes, sus gestos o su tono de voz. Tal vez es debido a que también soy escritor de guiones de cortos y largometrajes. Mi pasión por el cine va en paralelo con la literaria. Ejemplo de cortos serían Pinar Check, Correr, Poker de reinas, Pelotas fuera o Conspiranoia; o los largometrajes Sueños de papel o Adremiun (ambas sin comercializar aún).

Espero que hayas disfrutado de mi historia y te invito a continuar con más volúmenes de ella. Están disponibles todos ellos en Amazon. Mi intención no es hacerme rico, pero escribir es un trabajo muy duro que lleva muchísimas horas y debe estar remunerado acorde.

Puedes seguirme en las redes sociales en las que no me verás hacer spam, puedes añadirme sin preocuparte por ello. Responderé las dudas que no sean spoilers y siempre estaré disponible para una buena crítica.

@AntonioMonAutor en Twitter e Instagram

Por otro lado, si has conseguido este volumen de forma poco legítima, te agradezco que si te ha gustado y quieres seguir

leyendo mis libros, deja buenos comentarios y valoraciones, habla de mi historia y podré continuar escribiendo.

Si te ha gustado la novela, ¡cuelga una foto tuya en Instagram o Twitter con la obra y etiquétame!

¡Muchas gracias por acompañarme!

DEJA TU COMENTARIO

No olvides dejar tu comentario, los escritores vivimos de las reseñas, son la única forma de que nuestro trabajo se conozca.

MUCHAS GRACIAS

Gracias por haber permanecido al lado de mis personajes durante todas estas páginas. Tu apoyo y comentarios son bienvenidos y muy agradecidos. Tanto si has disfrutado como si tienes algo que aportar a nuevos lectores, déjalo en comentarios para que pueda mejorar como escritor y así ayude a otros posibles compradores.

Tengo 39 años y, aunque escribí esta historia hace mucho tiempo, he decidido revisarla y continuarla por fin. En los próximos meses iré añadiendo partes a la historia. A medida que continúo escribiendo comprendo la amplitud del mundo de Ergasth que estoy creando. Este es un territorio lleno de magia al que no he hecho más que asomarme aún. La historia principal avanza, pero a medida que dejo personajes atrás, sé que merecen un tratamiento especial, pues tienen demasiado que contarnos tanto de ellos mismos como de su mundo.

Pronto el lector descubrirá la vida de personajes tan especiales como Marit y muchos otros que aún no han aparecido y que estoy seguro de que querríais conocer. Mi intención es irlos incluyendo de forma intercalada en formato de novela corta (a no ser que su historia sea más larga) a medida que publico volúmenes de la historia principal. Eso sí, ¡sin retrasarla! La historia de Sonthorn es

larga y apasionante, no volveré a dejar colgados a mis lectores y fans.